

MILLS BELLENDEN

La bella
Helena



VESTALES

Bellenden, Mills
La bella Helena - 1.a ed. - San Martín : Vestales, 2020.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4454-70-6

1. Narrativa. 2. Narrativa Histórica. I. Título
CDD 863

© Editorial Vestales, 2020.
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-70-6
Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2020

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

CAPÍTULO 1

Tortuga, fines de 1688.

Los hombres bebían sentados a una mesa en el lóbrego rincón de una sucia taberna en el puerto. Las botellas vacías se acumulaban sin que ellos dieran muestra de estar ebrios. Tenían la piel curtida por el sol de aquellos parajes, por el viento y el salitre del mar. No eran la clase de persona con la que uno querría encontrarse a altas horas de la noche en algún oscuro y solitario callejón; salvo que uno fuera como ellos, claro. Vestían ropas algo deslustradas y calzado viejo, que contrastaba sin duda con los aretes de oro que les brillaban en las orejas y con los anillos en los dedos. El que parecía más entrado en años se cubría la cabeza con un pañuelo de colores chillones, debajo del cual lucía unas prominentes patillas rizadas y una barba bastante incipiente. Tomó la botella por el cuello para beber bajo la atenta mirada de su compañero y echó un largo trago antes de limpiarse con la bocamanga los restos de licor.

—¿Sabemos cuándo llegará el capitán, Morgan?

El tal Morgan chasqueó la lengua y se inclinó hacia adelante para hablar en susurros. Tenía el pelo revuelto, del color del trigo, y le caía de forma irregular sobre la cabeza y el rostro.

—Mandó recado para asegurarnos que, dentro de una semana, zarparía desde Inglaterra.

—Una semana —repitió el primero, con la mirada perdida en el vacío mientras sopesaba la respuesta.

—Al parecer tiene que resolver ciertos asuntos allí antes de embarcar. No me preguntes por ellos, porque los desconozco. Ya sabes cómo es. —Morgan se encogió de hombros.

—¿En qué barco piensa navegar?

—Snelgrid dijo que en el *Tesoro Real*, un navío algo grande y lento, según describía su carta. Irá cargado de oro hacia Port Royal, de eso no le cabe la menor duda. —El acompañante de Morgan sonrió, lo que dejó al descubierto una hilera de dientes algo deslucidos—. Cortesía del monarca para el nuevo gobernador de la isla.

—Lo abordaremos antes de que sus jarcias queden a la vista de la guarnición de Port Royal. De ese modo no habrá represalias.

—No estés tan seguro. En cuanto la noticia llegue a Londres, mandarán sus navíos a buscarnos, y con ellos a ese conocido cazador de piratas que ya ha entregado a muchos de los nuestros al verdugo.

—Habrá que esperar a ver qué talante muestra el futuro rey de Inglaterra ahora que todo indica que Jacobo tiene los días contados.

—Ese petimetre de Guillermo de Orange no tiene nada que hacer, es una marioneta que manejarán a su antojo los *tories* y los *whigs*. Por eso no hay que preocuparse —le aseguró antes de volver a levantar la botella para beber—. Llevan meses intentando atrapar al capitán, y ya ves... De hecho, a estas horas debe de estar paseando por los más distinguidos salones de Londres sin que nadie lo sospeche —dijo entre risas antes de vaciar el contenido de la botella en su sedienta garganta ante las carcajadas de su amigo.

* * *

Londres.

Heather Brooke caminaba con una distinción y elegancia que llamaban la atención de manera poderosa entre las personas invitadas al baile en la residencia de lord Ascroft. Ella se limitaba a regalarles una divertida sonrisa mientras jugueteaba con el abanico que llevaba en la mano. Inclina la cabeza a modo de saludo, parpadeaba con celeridad e ingenuidad fingida a modo de coqueteo con algún que otro caballero; incluso en ocasiones se dejaba besar la mano. De vez en cuando, lanzaba una mirada de curiosidad a su querida amiga y acompañante, Kitty, para chequear que permaneciera a su lado en todo momento.

El baile se celebraba a modo de despedida de lord Ascroft de la vida social londinense. Según se decía en los círculos más allegados a él, se marchaba al Nuevo Mundo en busca de oportunidades que le permitieran ampliar su fortuna. Algunas malas lenguas aseguraban, por el contrario, que lo hacía para escapar del clima de rebelión política que había comenzado a palpase en la sociedad londinense durante las pasadas semanas. Nadie ignoraba la incertidumbre que crecía por el inminente cambio de monarca en las islas.

El propio lord Ascroft, que departía de manera relajada con otros invitados, no fue ajeno a la inigualable belleza de la señorita Brooke cuando ella se acercó para saludarlo. La mirada de él recorrió el vaporoso vestido de muselina de color turquesa en el que iba enfundada, que resaltaba el color negro de sus cabellos. Los ojos azules de la joven, del color de un cielo despejado en altamar, chispeaban. Ella se sintió llena de emoción al encontrarse frente al renombrado capitán de la Armada británica, Montgomery Ascroft; toda una eminencia en la lucha contra la piratería en el Caribe. Una sonrisa cínica bailó en los labios de Heather.

—Buenas noches, milord. Celebro verlo de nuevo —lo saludó con una impecable reverencia que dejó más al descubierto el llamativo escote de su vestido. Luego extendió el brazo para que el caballero le besara la mano.

—Señorita Brooke, esperaba con ansia verla otra vez para poder despedirme antes de partir hacia el Nuevo Mundo —le confesó en tanto asentía de manera leve, sin perderla de vista ni tan siquiera cuando le rozó la mano con los labios.

—En ese caso, aquí estoy. Ah, ¿se acuerda de mi buena amiga Kitty?

Heather se apartó un poco del campo de visión de lord Ascroft para dejar pasar a una joven muchacha de tez algo más oscura y cuya mirada podría competir en expresividad y fulgor con la de la mismísima señorita Brooke. Lord Ascroft parecía en trance mientras intentaba decidir cuál de las dos mujeres era más llamativa.

—Mucho gusto, señorita. Recuerdo haberla conocido hace algunas semanas en la fiesta de lord Osborne.

—Cierto. Es un placer estar aquí. Pero es una lástima que sea una despedida —le aseguró con cierto toque de tristeza.

—Bueno, no es más que un retiro provisional de la vida social aquí en Inglaterra, una situación que puede revertirse en cualquier momento.

—Entonces, ¿no piensa pasar mucho tiempo en el Nuevo Mundo?

—No estoy seguro.

—En ese caso... esta partida ¿significa que deja su cargo en el almirantazgo?

Lord Ascroft sonrió con delicadeza y situó las manos a la espalda, lo que lo obligó a inclinarse de manera casi imperceptible sobre la señorita Brooke lo suficiente como para que la fragancia de su perfume lo aturdiere. Durante un momento perdió el hilo de la conversación. Pero ¿qué hombre podría jurar que tampoco lo haría ante la presencia de una mujer tan hermosa?

—Sí, aunque uno nunca puede descuidarse. En cualquier momento podrían necesitarme.

—Y hacerlo volver de su retiro —añadió ella con una sonrisa dulce.

—Eso es. ¿Y ustedes dos?, ¿piensan quedarse mucho en Londres? ¿Toda la temporada tal vez? —Él paseó la mirada por ambas damas para no ser descarado al mostrar su preferencia por la señorita Brooke.

—Oh, no. Ya hemos anunciado a la señora Blanchard, en cuya casa nos hemos alojado durante estos días, que en breve partiremos también hacia el Nuevo Mundo. Será ella la que se encargue de todo aquí.

—¿Qué las lleva lejos de Londres?

La mirada de curiosidad de él recorrió los rostros de las dos mujeres. En verdad eran hermosas, se dijo, dignas de ser contempladas. Pero ¿quiénes eran en verdad? Habían llegado a Londres, procedentes del continente, para hacer acto de aparición en numerosos eventos sociales hacía ya algunas semanas. Según los más recientes chismorreos, no se les conocía pretendiente alguno, menos aún prometido. Aunque, eso sí, no les había faltado un extenso ramillete de curiosos que se les había acercado. Se alojaban en la casa de una tal señora Blanchard, que debía de hacer de dama de compañía para ambas, aunque no estaba allí presente.

—Un tío mío ha fallecido de repente por causas desconocidas y me ha dejado una hacienda en Port Royal para que la administre. Por otra parte, todos somos conscientes de las turbulencias políticas que nos azotan. Según se comenta, anglicanos y protestantes se han unido para derrocar a Jacobo. Hablan de invitar a Guillermo de Orange para que se sienta en el trono. No creemos acertado quedarnos en Inglaterra con un rey extranjero, y menos cuando se intuyen disturbios a corto o mediano plazo que podrían desembocar en una nueva guerra civil.

Lord Ascroft fue testigo del gesto de preocupación de ambas damas.

—Lo entiendo. Sí, no corren buenos tiempos en Inglaterra. Tal vez sea mejor alejarse una temporada hasta que las cosas se tranquilicen. Espero que su viaje hasta Port Royal sea tranquilo y que no se topen con ningún contratiempo.

—Oh, ¿lo dice por los piratas que navegan por aquellas aguas? —intervino Kitty, revelando su temor.

—Sí, a ellos me refiero.

—Como el afamado capitán de *La Bella Helena*, por ejemplo —continuó ella, sobresaltada al pensar en ese nombre.

—Veo que usted también ha oído hablar de él.

Montgomery se mostró sorprendido en un primer momento, aunque instantes después el asombro inicial quedó relegado a un segundo plano. No era nada anormal que las mujeres inglesas conocieran las andanzas de aquel renombrado corsario. En reuniones como aquella, las jóvenes gustaban de imaginar historias y fantasear con aquel capitán al que nadie había visto en persona y del que solo se conocían sus actos.

—Todo el mundo habla de su navío y de sus ataques a los mercantes ingleses, si bien tampoco desdeña ninguna presa que provenga de otra nación —concluyó Kitty.

—Las veo muy al tanto de los asuntos relacionados con ese pirata —señaló lord Ascroft con curiosidad.

—Solo son chismes de viejas solteras, viudas y damiselas que se repiten en las largas y tediosas reuniones de té —le confesó Heather en voz baja—. También se rumorea que nunca nadie lo ha visto.

—Eso parece.

Hubo un momento de pausa. En el caso de Montgomery, se había quedado maravillado por la mirada azul y cristalina de la joven. Ella, por su parte, no pudo resistirse a acercarse a él, incluso más de lo permitido, como si tuviera una especie de imán que la atraía. Pero entonces reaccionó.

—Si nos disculpa, vamos a saludar a unos viejos conocidos.

—Por supuesto. Yo también aprovecharé para intercambiar algunas palabras con el resto de los invitados. Ha sido un placer verlas de nuevo. Espero que más tarde me concedan un baile —les dijo a ambas antes de darles sendos besamanos.

—Así lo haremos —asintió Heather con una sonrisa bastante significativa y la mirada entornada con curiosidad hacia él.

La dos lo vieron alejarse entre la multitud que había acudido a la fiesta. La señorita Brooke sonrió de manera cínica cuando él se perdió entre la gente.

—Es muy apuesto nuestro querido lord Ascroft, ¿no crees? —Heather lanzó una mirada a su amiga, quien asintió mientras se mordisqueaba el labio inferior.

—Sí, lo es. Pero no te conviene, ya lo sabes.

Heather frunció los labios y miró a Kitty con desilusión.

—¿Por qué siempre te empeñas en obligarme a despertar cuando estoy soñando con un hombre apuesto? —le preguntó malhumorada al tiempo que agitaba el abanico contra el pecho con ímpetu.

—Porque sabes que tengo razón. ¿Estabas soñando con él? ¿Justo con Montgomery Ascroft?

Kitty abrió los ojos y la boca con desmesura en un claro gesto de incredulidad por lo que su amiga estaba confesándole.

—Ah, no me hagas caso, ¿quieres? Soy consciente de quién es y de lo que hemos venido a hacer. Vamos, demos un paseo y tomemos algo.

—No olvides que le has prometido un baile. —Kitty arqueó una ceja en señal de expectación ante lo que su compañera fuera a responder.

—Tú también, querida, tampoco lo olvides —agregó con una media sonrisa llena de encanto e ironía.

—¿Cómo quieres que lo olvide con un hombre como él? —Miró a su amiga con gesto inocente, pestañeó con ligereza como si estuviera coqueteando con algún caballero e hizo un leve mohín con los labios—. Incluso podría gustarme...

Heather Brooke entrecerró los ojos mientras su mirada pasaba del azul cielo a un tono más frío al escuchar aquel comentario.

—Ni se te ocurrirá, querida —advirtió, lo que provocó una carcajada falsa en la otra joven.

—Tranquila, *chérie*, no hace falta que saques las uñas. Nunca se me ocurriría disputarte un hombre, y mucho menos a lord Ascroft. —Arqueó una ceja con suspicacia y sonrió mientras su amiga correspondía el gesto e inspiraba hondo antes de seguir caminando por la amplia residencia.

* * *

Montgomery Ascroft se despidió de las dos mujeres con una intensa sensación de inquietud ante la perspectiva de que ambas fueran a cruzar el océano. Llegar al Nuevo Mundo era algo arriesgado en esos días, una travesía que podía convertirse en un auténtico infierno si se caía en manos de alguno de los capitanes corsarios que habían mencionado. Aquellos piratas surcaban las aguas del Mar Caribe con total impunidad. ¿Cómo se podía apresar a un filibustero francés si se actuaba en nombre del rey gracias a una patente de corso concedida por el mismo monarca o por uno de sus secretarios? ¿Y ese conocido capitán de *La Bella Helena*? ¿Quién demonios era? ¿Dónde se encontraría? Apostaba a que contaba con una extensa y eficiente red de espías que le pasaba toda la información relativa a los navíos que después abordaba. Nunca se lo había cruzado en sus años de servicio en la Armada británica. Había dado caza a algunos de los corsarios más conocidos en aquellos días, pero *La Bella Helena* se le había resistido.

Empujó la puerta de su amplio despacho revestido de muebles de madera maciza en tonos caoba y se acercó a la imponente mesa sobre la que descansaban unos cuantos legajos. Allí lo aguardaban varios emisarios del propio rey. Derrick, su hombre de confianza, había citado a aquellos representantes allí.

—Caballeros, disculpen la demora, pero, como entenderán, hay numerosos invitados que me retienen con preguntas acerca de mi decisión —se excusó al tiempo que les dedicaba una breve reverencia para luego acercarse a la mesa.

El suelo estaba cubierto por una mullida alfombra que amortiguaba sus pasos. Los allí presentes bien se volvieron hacia él o bien se apartaron para dejarlo pasar.

—Espero que, en mi ausencia, hayan disfrutado de las comodidades de la casa —dijo en referencia a la variedad de licores y a los cigarros que tenían a disposición.

—Gracias por tu amabilidad, Montgomery —expresó con total confianza Richard Asbrook, miembro del almirantazgo.

—Es lo menos que puedo hacer. Bien, ¿de qué se trata? ¿A qué viene la urgencia por tener esta reunión?

—Se debe a la situación que atraviesa el país. Aquí nos encontramos los leales partidarios de su majestad, como puedes ver.

Richard extendió el brazo para señalar a los invitados.

—Entiendo. No corren buenos tiempos para la monarquía ni para los católicos —asintió Montgomery.

—Los anglicanos y los protestantes se han unido y han ofrecido el trono a Guillermo de Orange, el yerno protestante del rey. Eso supone un golpe a nuestra religión —protestó otro de los presentes al tiempo que daba un paso al frente para conferir más intensidad a sus palabras.

—Sí, pero también lo fue el hecho de que el propio monarca obligara a los obispos anglicanos a leer la Ley de Indulgencia, Roger.

—Su majestad ofreció cierta tolerancia religiosa y, a cambio, el arzobispo de Canterbury y seis obispos anglicanos se confabularon para entrar en negociaciones con el príncipe de Orange para que acepte presentarse en Inglaterra y ocupar el trono.

—Caballeros, caballeros, nos estamos desviando del tema que nos ha traído aquí esta noche —intervino Richard, quien trataba de aplacar los ánimos de sus colegas—. Todo esto ya lo conocemos, así como que en breve Guillermo se presentará en Inglaterra dispuesto a reclamar la corona. Pero nos atañe otro asunto, Montgomery.

—Sí, creo que no conseguiremos nada discutiendo entre nosotros por algo que parece destinado a suceder. ¿De qué querían hablarme?

—Despedirte... —Richard frunció el ceño en tanto meditaba sobre aquella noticia.

—Dentro de unos días, parto hacia el Nuevo Mundo, como bien saben. Es un más que merecido retiro —apuntó con una leve sonrisa que se le borró del rostro al momento.

Durante un instante el silencio se adueñó del despacho. Los allí presentes se miraron entre sí y luego a Montgomery, quien parecía no comprender muy bien qué sucedía, aunque apostaba a que aquella urgente asamblea tenía que ver con él.

—¿Qué les pasa? ¿Por qué se han quedado callados y me miran como si hubiera confesado un

crimen? ¿Sucedo algo con el rey? —Los observó con gesto de alarma ante la idea de que algo terrible hubiera sucedido y de que él fuera ajeno a ello.

—Por su majestad no debes preocuparte, está a salvo.

—¿Entonces?

—Montgomery, estamos aquí para solicitar tu ayuda o tu colaboración, como prefieras definirlo —le informó Richard con gesto serio.

—¿De qué se trata? ¿Qué clase de encerrona es esta? —Entrecerró los ojos, fijos en su amigo.

—Necesitamos que navegues al Caribe.

—Acabo de decir que pienso hacerlo dentro de unos días, así que no hay problema con eso.

Richard extrajo unos documentos del interior del bolsillo de su levita y los extendió ante el dueño de casa.

—Aquí tienes detallado el motivo por el que nos hemos reunido esta noche.

Montgomery tomó los papeles con cautela sin dejar de mirar a Richard en ningún momento, y luego desdobló el primero de ellos. Se trataba de una petición formal de parte de su majestad, el rey Jacobo. Comenzó a leer el contenido de la misiva sin poder escapar del asombro hasta que estalló en una sonora carcajada mientras golpeaba con la mano el papel.

—¿Qué clase de broma es esta? —preguntó en tanto señalaba el documento en cuestión.

—No es ninguna broma. Está firmado y sellado por su majestad.

—Sí, su majestad, que está haciendo el equipaje para abandonar Inglaterra ante la inminente llegada de su yerno.

—A pesar de ello...

—Esto es una locura, una insensatez por parte del rey o de sus colaboradores. O tal vez de ambos —insistió sin poder parar de reír y sacudir la cabeza.

—Entiendo que lo parezca, pero ayudaría a la causa de nuestra patria.

—¿“Ayudar” dices? ¿Cómo? ¿Me lo puedes explicar? —le preguntó al tiempo que daba un paso al frente y clavaba la vista en su colega—. ¿Cómo puedes decir que esto que me pides puede ayudar al rey a recuperar el trono?

—Es necesario. Aquel que domine el mar dominará el mundo.

—Sí, claro, y ustedes quieren que yo me presente ante los principales capitanes de Tortuga y les pida que luchen a favor del rey Jacobo.

—Los otros pliegos son patentes de corso.

—Sí, ya lo veo. Firmadas por el mismo monarca que ha estado persiguiendo a esos rufianes para colgarlos de una soga. Deben de estar muy desesperados para proponerme semejante plan justo a mí —les dejó claro al señalarse a sí mismo con un dedo.

—Entiende que, con la patente de corso, los capitanes afines a Jacobo podrán navegar a su antojo por las aguas del Caribe.

—Ya lo hacen sin necesidad de documentos de ningún tipo —le aseguró antes de arrojar los papeles sobre la mesa con cierto enojo—. Es una locura pensar que aceptarán, y más si soy yo quien se los propone. Tendría suerte si siguiera vivo un minuto después de poner mis pies en la playa de Tortuga. ¿Acaso se te ha olvidado que he cazado a esos tipos durante años? Derroté a algunos con mis propias manos, y a otros los conduje al patíbulo.

—Habla con el capitán de *La Bella Helena* —sugirió Roger con el objetivo de apaciguar los ánimos—. Aseguran que él es quien manda en Tortuga, que no se hace nada sin que él lo sepa y dé el visto bueno.

Montgomery se quedó callado. Se apoyó contra el borde de la mesa con los brazos cruzados y la mirada perdida. Era la segunda vez esa noche que se mencionaba a ese hombre en una conversación. No pudo evitar sonreír al recordar a la señorita Brooke y su amiga, pero arrojó a ambas fuera de sus pensamientos porque no era el momento de distraerse con esa imagen.

—Nunca te has enfrentado a él.

Montgomery sacudió la cabeza.

—No. Nunca logré verlo siquiera. He escuchado relatos sobre varias de sus hazañas. Asaltó posesiones españolas en la cuenca del Caribe, barcos mercantes franceses, holandeses, españoles e incluso ingleses.

—Pues convéncelo para que siga haciéndolo —le sugirió Richard.

—Para eso no hace falta que vaya a verlo. Se basta él solo, créeme —le aseguró con un deje cínico.

—Pero necesitamos que cambie su objetivo a los barcos de Guillermo de Orange y sus seguidores.

Montgomery frunció el ceño y agitó un dedo delante de su amigo.

—¿Pretenden que ataque los navíos del futuro rey de Inglaterra?

—Así es. Es sabido que Guillermo de Orange y su esposa no son muy amigos de los piratas. Port Royal se convertirá pronto en el centro del Almirantazgo inglés bajo el mando del nuevo monarca, y los protestantes y los anglicanos irán controlando todo poco a poco si no lo impedimos.

—¿Qué puede importarle a alguien como el capitán de *La Bella Helena* lo que suceda en Londres? Él es libre para hacer lo que quiera en el Caribe, nadie ha conseguido detenerlo. ¿Y quién les dice que quiera defender a Jacobo? Ni siquiera sabemos qué religión practica.

—Tendrás que averiguarlo, Montgomery —le pidió su colega de manera directa y seria, en tanto lo contemplaba con fijeza sin dejarle otra opción—. Las patentes de corso legitiman a esos capitanes para que acometan contra cualquier embarcación o posesión inglesa con tal de proteger al legítimo rey, Jacobo Estuardo.

—¿Y si el rey Jacobo regresa al trono? ¿Qué obtendrán a cambio? Ten en cuenta que no son gente fácil de convencer.

—El perdón real.

Montgomery se quedó callado de repente y miró a su amigo sin poder creer que hubiera dicho semejante disparate. No podía ser verdad.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba. Quieren que luchen en el mar por él para terminar recibiendo su indulto.

—¿Eso significa que aceptas nuestra petición?

—Lo cierto es que podría negarme, ya que no estoy de servicio —razonó, lo que provocó una sensación de angustia en los presentes, que palidieron y lo contemplaron sin creer que lo dijera en serio—. Saben todos que esta orden dejará de tener valor en cuanto el príncipe de Orange llegue a Londres y protestantes y anglicanos le abran paso hasta el mismo trono en Whitehall.

—Somos consientes de ello.

—Pero, por otra parte, lo tomaré como un desafío y una manera de conocer en persona de una vez por todas al famoso capitán de *La Bella Helena*. Eso, si no me pegan un tiro en cuanto ponga un pie en Tortuga, caballeros. Aunque también puede que hundan una daga en mis costillas.

—Entendemos los riesgos que correrás. Mientras, aquí, en Inglaterra, organizaremos la resistencia contra Orange.

—¿Cómo?

—Los partidarios de Jacobo en Escocia, aparte de ser católicos, son fervientes seguidores de la casa Estuardo.

—Escocia siempre ha sido leal a Jacobo —asintió Ascroft—. Incluso no descartaría que, llegado el caso, se levantaran en armas para defender su derecho al trono.

—Esperemos que ese momento no llegue, por el bien de todos —expresó Richard, temeroso de que la situación pudiera avanzar de tal manera.

—Bien, confiemos en eso. —Montgomery sacudió la cabeza varias veces, inspiró hondo y lanzó una última mirada a su amigo y a los caballeros allí reunidos—. Si me disculpan, tengo invitados que atender y de los que despedirme antes de partir.

Los hombres asintieron, más aliviados entonces porque Montgomery había aceptado el encargo.

—Espero que todo salga bien. No creas que no entiendo tu posición —le aseguró Richard al acercarse a él para hacerlo partícipe de sus temores—, pero es necesario que Jacobo conserve la corona.

—Lo cierto es que no sé si es mejor marcharse o quedarse. Las cosas van a ponerse feas por lo que supongo, ¿no es así?

Richard sonrió con desgano mientras contemplaba a Montgomery abandonar la estancia sin decir una sola palabra más a los allí congregados.

Ascroft necesitaba despejarse después de semejante noticia. Tal vez debería buscar a la señorita Brooke y pedirle, no uno, sino todos los bailes si hacía falta, con tal de olvidarse, aunque fuera por un momento, de la situación vivida, se dijo con una sonrisa. Pero tampoco creía que esa fuera la solución. Lo que en verdad necesitaba y deseaba era otra cosa. De manera que atendería a los invitados.

Heather y Kitty conversaban de manera relajada y divertida con varios caballeros que las rodeaban sin dejar de agasajarlas. Montgomery no daba crédito al ramillete de admiradores que se había acercado hasta ellas en el tiempo en que él las había dejado solas. Se detuvo a escasos pasos sin poder evitar sonreír con gesto divertido. Sin duda ambas damas eran toda una joya para los jóvenes que buscaban esposa, aunque no creía que ellas estuvieran dispuestas a casarse.

Montgomery decidió acercarse más, hasta situarse a la altura del nutrido grupo, que se dispersó cuando todos lo reconocieron. Tal gesto provocó que él quedara frente a la señorita Heather Brooke, a quien contempló con una cierta admiración y curiosidad.

Ella le sostuvo la mirada al tiempo que agitaba el abanico sobre su escote para ocultarlo de las miradas indiscretas. Sonrió con calidez, divertida por la manera en que los caballeros habían hecho espacio al dueño de casa en señal de respeto. Entonces todos se centraron en agasajar a Kitty, quien de improviso se vio sitiada como si fuera un navío a punto de ser abordado.

—Me ha quedado claro que todos los caballeros lo respetan por ser el anfitrión —comentó la señorita Brooke con un mohín de labios y una caída de párpados bastante seductora.

—Nada de eso.

—Entonces ¿cómo explica lo que acaba de suceder? Todos se han apartado para dejarnos a solas y enfocarse en mi querida amiga.

—No ha sido más que una simple coincidencia. Pero, si prefiere volver con ellos... — Montgomery hizo ademán de alejarse y al instante sintió que lo detenía el abanico de la señorita sobre el antebrazo.

—Nada de eso. Le debía un baile, ¿lo ha olvidado?

—No, no lo he olvidado, con esa intención la he venido a buscar. Si me hace el honor.

El caballero le tendió la mano para que ella la aceptara y se dejara conducir hasta la pista de baile. Al momento los dos se dieron cuenta de que se convertían en el foco de las miradas de los allí reunidos: el anfitrión de la velada junto a la misteriosa y hermosa señorita Heather Brooke, la cual parecía haber surgido de la nada en Londres con su inseparable amiga. La gente desconocía de dónde provenían las jóvenes, y era notable el revuelo que habían armado. Tal vez la belleza y ese enigma que las rodeaba era lo que despertaba el interés de los hombres que las pretendían.

Heather sonrió ante la situación. No estaba acostumbrada a llamar la atención de esa forma y pensó que más bien se debía a la presencia de Ascroft. Entonces se colocó frente a él y dejó que le sostuviera la mano.

Montgomery fijó la atención en su compañera de baile, cuyo atractivo, así como la profundidad de su mirada, lo cautivaban sin igual.

—¿Qué le parece la velada? —Él se inclinó de más hacia ella, tanto que temió sucumbir a sus labios entreabiertos y, cuando se dio cuenta, se retiró, más por decoro que porque en verdad tuviera ganas de hacerlo.

—Divertida, elegante y bastante comedida. Nada que ver con algunas a las que hemos sido invitadas Kitty y yo.

—Me basta con que me asegure que se encuentra a gusto.

—Eso sí puedo decírselo, y más ahora que estoy bailando con usted. —Heather entornó la mirada y percibió cierta timidez en su anfitrión.

—¿Cuándo partirán hacia el Nuevo Mundo? —se lanzó a preguntarle él en un intento por virar el rumbo de la conversación. De ese modo parecería que la cercanía de ella no lo afectaba, a diferencia de como sucedía en verdad. En su interior no podía dejar de pensar en lo atraído que se

sentía por ella.

—Todavía no lo hemos decidido. Supongo que en breve. ¿Y usted? Antes ha dicho que navegará también hacia allí con motivo de su retiro ahora que la situación política en Inglaterra parece estar algo agitada.

—Sí, eso dije. Supongo que dentro de poco. —No pensaba revelarle a aquella dama los entresijos políticos en los que estaba metido. “¿Retiro?”, pensó con un toque irónico. Tendría que esperar una temporada; eso si antes no acababa colgado de una soga en Tortuga. Entonces podría decirse que su situación sería un retiro forzoso y perpetuo.

—¿Dónde tiene pensado establecerse?

Heather le sonrió de manera cohibida pero seductora. Con cada vuelta del baile, él parecía estar más fascinado con aquella mujer. Lástima que se marcharía pronto. Sin duda era toda una atracción para la vista y un divertimento ideal para esos días de convulsión política. La presencia de esa mujer en Londres le habría servido para evitar pensar en el nuevo cometido que le habían asignado: encontrar al capitán pirata de *La Bella Helena*.

—No tengo un lugar predilecto. Ustedes van a Port Royal, si no mal recuerdo —le dijo mientras inclinaba de manera leve la cabeza para saludarla, como correspondía a la conclusión del baile. Montgomery no pudo evitar fijarse en la redondez del busto de la dama cuando ella se encorvó para saludarlo. Su piel parecía suave.

—Sí, ya le comenté lo de la hacienda de mi querido tío.

—Lamento oírla decir eso.

—Tal vez podría visitarnos o incluso quedarse un tiempo con nosotras. Sería bienvenido.

El caballero se sintió turbado al escuchar semejante propuesta. ¿Lo estaba invitando a pasar una temporada en su hacienda de Port Royal? ¿Con qué propósito? Pareció titubear y no encontrar las palabras necesarias en ese momento, por lo que se limitó a balbucear frases sin sentido.

—La verdad... Eh... Yo...

Heather sonrió divertida e incluso dejó escapar una carcajada al verlo en aquel aprieto. Era evidente que no lo esperaba de ella, lo cual le agradó.

—Quédese tranquilo, lord Ascroft, no estoy pidiendo que venga a vivir con Kitty y conmigo —le refirió sin poder abandonar la pose jocosa, y lo escrutó con cuidado—. Solo se trataba de un ofrecimiento amistoso.

—Agradezco su propuesta y su hospitalidad, de veras.

—Recuerde: si siente la necesidad de pasar una temporada en la hacienda, hágamelo saber. No

obstante, siempre puede preguntar por mí en Port Royal y alguien le indicará dónde queda la casa. Es fácil llegar.

—Lo tendré en cuenta.

Heather asintió en tanto trataba de esconder la sonrisa cínica que le bailaba en los labios. Se divertía al coquetear de manera inocente con aquel sujeto, aunque no estaba interesada en él como hombre. “No, nada de eso”, se dijo de inmediato. Montgomery Ascroft le gustaba, parecía todo un caballero con las damas además de una persona valiente y de acción cuando se convertía en el aguerrido capitán de navío; pero nada más.

—Eso significa que deja su actual cometido. —Heather contempló cómo él fruncía el ceño sin que pareciera haber entendido el comentario—. Me refiero a que ya no tiene que perseguir a los piratas.

—No, claro. He decidido dejarlo.

—Bueno, supongo que, ahora que en Inglaterra va a producirse un cambio de monarca, no se lo necesita.

Él decidió seguirle el juego y de ese modo olvidarse de la repentina necesidad de quedarse a solas con ella encerrados en un cuarto para seducirla sin compasión.

—Así es.

—Fíjese, mi querida Kitty no para de bailar —le indicó al señalar a su amiga, que terminaba una pieza para dar comienzo a otra—. Temo que no le queden fuerzas para hacerlo con usted.

—No importa.

Uno de los caballeros que antes las habían adulado se acercó hasta Heather para solicitarle la siguiente danza.

—Con su permiso —expresó ella al lanzar una mirada a Montgomery, que se limitó a asentir.

—Claro.

—Espero volver a verlo esta noche ante de que se retire —le sugirió mientras Ascroft sonreía con cierto reparo y parecía recelar del comportamiento de aquella mujer.

La vio alejarse en compañía del otro caballero y al momento se sintió algo más aliviado e incluso relajado. La presencia de la señorita Brooke lo había confundido durante un momento. ¡Había llegado a pensar en encerrarse con ella en un cuarto de la casa para seducirla! ¡Por san Jorge, aquello era una completa locura!, pensó en el preciso instante que su mejor amigo y ayuda de cámara, Derrick, se acercaba hasta él.

—Tienes mala cara, ¿sucede algo?

Montgomery apretó los labios y frunció el ceño. ¿Mala cara? No creía que la compañía de la dama fuera la responsable de ello. Quizá sí lo fuera el hecho de que se había marchado, o las ideas que lo habían asaltado acerca de quedarse a solas con ella. Lo cierto era que nunca había pensado así en una mujer.

—Sígueme fuera —le dijo antes de caminar hacia la terraza, un lugar algo apartado del improvisado salón de baile. De ese modo no tendría la tentación de quedarse a contemplar a la señorita Heather mientras ella bailaba con otros hombres. Escapar de la casa le vendría bien para despejarse.

Una vez fuera, el viento nocturno le golpeó el rostro como si se tratara de una bofetada para ponerlo sobre aviso de lo que estaba haciendo. Montgomery se volvió hacia Derrick, al que, estaba seguro, no le iba a hacer gracia lo que tenía que decirle.

—Olvídate de nuestro retiro.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido con la reunión que tenías? Tiene algo que ver con la expresión de tu rostro recién, ¿no es verdad?

El dueño de casa tomó aire antes de contarle a su confidente lo sucedido. Por el momento dejaría a un lado a la señorita Brooke.

—El Almirantazgo, que, como sabes, está de parte del actual monarca, y ciertas personalidades cercanas a él me han encargado una última misión.

—¿Una última misión? ¿A qué diablos te refieres?

Derrick entrecerró los ojos con gesto de preocupación y desconcierto.

—Te seré franco y breve. Debo navegar hasta Tortuga y convencer a los capitanes piratas de que luchen en favor de Jacobo y en contra del príncipe Guillermo de Orange.

Derrick permaneció callado durante unos segundos mientras asimilaba aquella información. Luego, se limitó a sacudir la cabeza sin comprender.

—¿Luchar por un rey que hasta hoy los ha estado persiguiendo para conducirlos al patíbulo? ¿Es alguna clase de broma?

—Eso mismo les he contestado yo.

—¿Y qué te han dicho?

—Me han entregado patentes de corso para ellos, para que no tengan problemas con la Justicia inglesa.

—¿Firmadas por Jacobo Estuardo? —Arqueó las cejas en señal de incredulidad.

—Sí.

—¿Y qué valor tendrán esos documentos una vez que sea depuesto del trono? Por no mencionar que los capitanes de Tortuga no han necesitado patentes de corso hasta ahora para hacer lo que les viene en su real gana.

—Ninguna. En eso te doy toda la razón, viejo amigo —admitió con cierto desdén al tiempo que agitaba la mano en el aire—. ¿Con quiénes se piensan que están tratando? ¿Creen que un papel firmado por un rey depuesto les importa?

—Seguirán haciendo lo mismo que hasta ahora más allá de quién se siente en el palacio de Whitehall. ¿Qué piensas hacer?

—Embarcarme rumbo al Caribe y llegar hasta Tortuga para encontrar al capitán de *La Bella Helena*.

—¿Planeas exponerles la situación? ¿Crees que pelearán por un rey en el exilio? ¿Te han pedido que encuentres a ese famoso capitán que nadie logra atrapar pero del que todos hablan?

—Los piratas solo luchan por el oro, las riquezas y las baratijas que luego puedan vender o gastar. No creo que vayan a arriesgarse por una cuestión monárquica, pero cumpliré la orden —afirmó solemne—. En cuanto a si me han pedido que encuentre y convenza al capitán de *La Bella Helena*, la respuesta es que sí, eso esperan que haga.

—Eso si no nos topamos con su navío en alta mar.

—En ese caso, me lo pondrá más fácil. Por cierto, has dicho “topamos”... ¿Estás pensando en embarcarte conmigo? Quiero que sepas que a ti no te obliga el Almirantazgo.

—Pues claro que pienso embarcarme contigo. Llegaremos hasta Tortuga, les explicaremos la situación y que ellos decidan. Incluso podríamos unirnos a ellos y hacer fortuna.

—¿Te has vuelto loco? —Montgomery lanzó una mirada de incredulidad a su amigo.

—Uno nunca sabe. La situación en Inglaterra se va a poner fea, eso está claro. Con Jacobo en el exilio y un monarca extranjero en el trono, ¿cuánto tiempo crees que tardará en romperse la armonía? ¿Has escuchado la nueva propuesta del príncipe de Orange para la Iglesia de Escocia?

—¿Te refieres a que les va a permitir una Iglesia presbiteriana libre de la tiranía católica que se mantenía con Jacobo?

Ascroft observó asentir a su amigo.

—Eso mismo. Imagina la reacción de todos los católicos de Escocia, los leales seguidores de Jacobo. Los clanes...

Montgomery frunció el ceño y afirmó con la cabeza, convencido de lo que supondría la instauración de una Iglesia así en Escocia.

—Me hago una idea.

—Ya hay voces que se han levantado contra esta medida. John Graham de Claverhouse ha sido el que más se ha hecho escuchar.

—El vizconde de Dundee es un leal y ferviente seguidor de la casa Estuardo, no me extraña nada.

—Así es. Pues ahora imagina durante un momento que fuera capaz de aglutinar un ejército de escoceses leales a Jacobo. Imagina aunque sea un segundo que lograra levantar en armas las Tierras Altas de Escocia.

—¿Un ejército de jacobitas? ¿Estás planteando una posible revuelta en Escocia? ¿Una rebelión a favor de Estuardo? —Montgomery sacudía la cabeza sin terminar de creer que ello pudiera llegar a suceder—. Sería desastroso.

—Es una opción probable si llega el príncipe de Orange. Los vientos de insurrección que soplan en Escocia pueden llegar aquí, a Londres, si Claverhouse sabe agitarlos con precisión. —Derrick asintió con la mirada entornada hacia su amigo, que apretaba los labios en un claro gesto de preocupación.

—¿Y Jacobo?

—Las malas lenguas hablan de que no le quedará otra que huir a Francia si Claverhouse y los seguidores de la casa Estuardo no logran triunfar ante el príncipe Guillermo de Orange. Por eso mismo te comentaba que la situación se va a poner complicada. Y, salvo que prefieras quedarte a ver hacia dónde se inclina la balanza en la contienda...

—Acabo de decirte que tengo una misión y que debo zarpar cuanto antes hacia Port Royal. Después buscaremos la forma de llegar a Tortuga y entrevistarnos con ese capitán de *La Bella Helena* —le resumió sin mucho convencimiento de que llegara a conocerlo.

—Bien. Pero dejemos a un lado la política, dime, ¿qué tal la señorita con la que has estado bailando? —Derrick arqueó una ceja con suspicacia.

—No me la menciones —lo frenó, y sacudió la mano en el aire con desgana.

—¿Por qué? Me ha parecido una mujer... espectacular, de esas que esconden un cuerpo digno de ser apreciado bajo las telas, ya me entiendes. Y no me hagas hablar de su amiga.

—Si tanto te gustan, ve a bailar con ambas.

—Solo su amiga me interesa. Tiene un toque... no sé. Me gusta cómo sonrío.

—Adelante —lo instó con un ademán de la mano hacia el salón.

—No creo que pueda hacerlo.

—No veo por qué no. Yo he bailado con la señorita Brooke, que por cierto viajará al Nuevo Mundo en breve.

—¿Eso te ha contado mientras danzaban?

—Ha heredado una hacienda en Port Royal y debe ir a dirigirla. —Había un toque de falta de interés en el comentario.

—Vaya.

—Me ha invitado a que pase a visitarla e incluso a que me quede una temporada. ¿Puedes creerlo?

Montgomery no parecía haberse recobrado todavía de la impresión que el ofrecimiento le había causado.

—¿En serio te lo ha propuesto?

El dueño de casa asintió al tiempo que contemplaba la cara de incredulidad de su amigo. Luego, lo vio enfocar la mirada hacia él.

—Así como te lo cuento.

—¿No estará buscando un esposo que dirija la hacienda? Te lo pregunto por el interés que he percibido en su manera de mirarte durante el baile. —El toque sarcástico de la pregunta de Derrick puso sobre alerta a Montgomery, que hasta entonces no había caído en esa posibilidad.

—Sería estúpido por su parte pensar que yo... —Sacudió la cabeza para desechar la idea—. ¿Qué manera de mirarme? ¿De qué estás hablando?

—Yo, en tu lugar, tendría cuidado. Tal vez la señorita Brooke haya puesto sus ojos en ti porque te considera un buen partido, amigo. ¿Sabes?, creo que se me han quitado las ganas de bailar con su amiga —bromeó Derrick mientras asentía con total convicción.

Montgomery no había acabado de digerir la petición del Almirantazgo con respecto a los capitanes de Tortuga, y a eso se le sumaba la perspectiva de que la dulce y seductora señorita Brooke le estuviera haciendo una proposición de matrimonio. ¿Qué clase de locura era la que se había apoderado de la gente esa noche?, se preguntó en tanto sacudía la cabeza para descartar

cualquier idea de nupcias. Por eso mismo decidió permanecer en la terraza y no adentrarse al interior de la casa, no fuera a ser que la tal señorita Brooke volviera a requerirlo para un nuevo baile. No sabía por qué, pero el comentario de Derrick le había dejado un regusto amargo.

CAPÍTULO 2

Las dos mujeres concedían sus bailes a los caballeros que así se los solicitaban. Pero, en un momento de la velada, Heather rechazó el que se le ofrecía y abandonó el salón para ir al exterior en busca de un poco tanto aire como tranquilidad. La noche era cerrada, y la luna se alzaba en lo alto del cielo, desde donde arrojaba su haz de luz sobre la tierra. La terraza estaba casi vacía cuando ella salió. Una persona captó por completo su atención: lord Ascroft. Permanecía erguido, con las manos apoyadas sobre la balaustrada, en una posición cómoda, relajada, con la vista perdida en el horizonte. ¿Por qué no estaba en el interior de la casa, ocupado en atender a los invitados? Algo le preocupaba, dedujo Heather. Le bastaba con fijarse en la expresión de su rostro: el ceño fruncido, los labios apretados y el cuerpo tenso. Tal vez los asuntos relacionados con la partida hacia el Nuevo Mundo le flotaban en la mente.

Ella se detuvo de repente para poderlo contemplar en silencio desde la distancia y de ese modo observar sus gestos, sus rasgos... Sonrió con esa mezcla de ironía, diversión y descaro que la caracterizaba. Sin perderlo de vista, se acercó hasta él con paso comedido, como si no hubiera notado su presencia. No quería que él pensara que lo estaba buscando. La fibra rebelde en el interior de Heather ansiaba seguir conociéndolo. Se aburría en el interior de la mansión con aquellos caballeros demasiado finos y elegantes. A ella le gustaba él. Tal vez incluso coquetearía un poco con Ascroft, pese a que Kitty le había asegurado que no era un hombre para ella. Pero la señorita Brooke no era de la clase de mujeres que se amedrentan ante el peligro, ante lo imposible. No, a ella le gustaba arriesgarse, asomarse al abismo, hacer real lo que para otros se volvía inalcanzable, enfrentarse al destino una y otra vez hasta amoldarlo a su propia conveniencia. Por eso seguía viva.

Montgomery mantenía una postura relajada en tanto trataba de no pensar en nada. Se había inclinado hacia adelante y había dejado que los antebrazos descansaran sobre la balaustrada. Con las manos entrelazadas al frente, tenía la mirada perdida entre los árboles, que daban forma a un pequeño bosque dentro de sus posesiones. Estaba absorto en una especie de meditación acerca de los acontecimientos de esa noche, y la verdad era que no sabía con exactitud cuál de todos ellos lo había sorprendido más. La situación política y social en las islas, con esos nubarrones que la asolaban en forma de una posible rebelión en Escocia por parte de los partidarios de Jacobo Estuardo; la misión que le habían encargado desde los despachos del Almirantazgo para buscar al capitán de *La Bella Helena*; o tal vez la inquietante presencia de la señorita Brooke y su amiga.

El ligero frufnú de la tela de un vestido captó su atención. Volvió el rostro hacia el lugar de procedencia de ese sonido y tuvo que parpadear varias veces para convencerse de que a su lado se encontraba uno de los temas que estaba repasando en la mente.

De inmediato se incorporó para quedarse de pie frente a la señorita mientras ella sonreía con gesto risueño. Durante un momento creyó estar perdiendo todo el sentido del deber, la cordura e incluso las palabras. No sabía muy bien qué decir al tenerla frente a él con esa sonrisa y esos ojos que parecían cobrar vida.

—Disculpe que lo haya molestado, no era mi intención —le dijo ella con la mirada entornada hacia él en un gesto que denotaba arrepentimiento.

—Nada más lejos de la realidad, señorita Brooke.

—Lo vi apoyado aquí, en una pose algo relajada...

—Sí, necesitaba despejarme un momento. Ahí dentro hace demasiado calor —le aseguró, y señaló la casa con la cabeza.

—Por ese mismo motivo me he visto obligada a salir, en especial después de no haber dejado de bailar.

—Comprendo. Al parecer su amiga, la señorita Kitty, y usted se han convertido en el centro de atención para los caballeros que han asistido esta noche.

Heather esbozó una media sonrisa cargada de timidez, o eso pretendía hacerle ver a él. Lo cierto era que no tenía experiencia en el campo de los hombres y de las relaciones románticas, y mucho menos conocía las señales que indicaban que un caballero le gustaba de verdad. Montgomery la atraía por su porte y carácter, pero no podría asegurar que lo hiciera como hombre. Además, no tenía intención de enredarse con él.

—Eso parece.

—¿Le sucede con asiduidad?

Ella arqueó las cejas y estiró de nuevo los labios mientras trataba de desplegar un abanico, que parecía haberse atascado. El gesto la puso más nerviosa, sobre todo cuando sintió la mirada fija de él.

Montgomery la contempló con curiosidad. ¿No estaba acostumbrada a utilizar el abanico? ¿Tan solo un artificio para darse cierta importancia? Era la primera vez que observaba a una dama tener dificultades a la hora de manejar tan simple objeto. Al final ella desistió y lo dejó sobre el pasamanos, lo que arrancó una carcajada de la garganta de él.

—¿De qué demonios se ríe? —Ella levantó la mirada brillante hacia él para fulminarlo y hacerle ver que no le hacía ninguna gracia esa reacción.

—Veo que no es una experta con el abanico.

—Yo...

—No todas las mujeres logran dominarlo con precisión, y mucho menos conocer su lenguaje. ¿Por qué lo emplea?

—Para complementar el vestuario, nada más. —Ella pareció recuperar parte de la compostura que había perdido—. ¿Qué hace aquí fuera, aparte de tomar aire? ¿Lo aburre su propia fiesta?

Montgomery advirtió el gesto de sorpresa en ella, que lo contemplaba con las cejas arqueadas y los ojos abiertos al máximo. Pero en lo que más se fijó fue en su boca, en ese delicioso mohín que no dejaba de resultarle chocante. Aquella intrigante mujer vestía como una dama, si bien los gestos que efectuaba no parecían estar acordes a tal porte, como si estuviera aparentando. ¿Quién era? ¿Qué ocultaba?

—No, nada de eso. Aunque es verdad que necesitaba alejarme un poco de ese ambiente cargado, ya se lo he dicho. ¿Y su compañera? ¿La ha dejado bailando?

Heather sonrió burlona ante esa interrogación, lo que desconcertó a Ascroft todavía más.

—¿Por qué? ¿Tal vez desea su compañía más que la mía?

De nuevo aquella mujer lo dejaba sin recursos para reaccionar. ¿A qué conclusión había llegado con esa inocente y casual interpelación? Sin duda, a que más le valía medir sus propias palabras o, de lo contrario, acabaría enredado en el juego de aquella dama.

—No, claro que no —se apresuró a aclarar él ante la sonrisa de complacencia que parecía mostrar ella—. Solo era una formalidad. Espero que no haya creído que mi interés en su amiga iba más allá de una simple curiosidad.

—Con los hombres una nunca sabe, lord Ascroft. —Se envaró ante él y se acercó en demasía, sin medir los riesgos. Levantó la mirada hacia el rostro del anfitrión y sonrió de manera recatada.

Montgomery ya no sabía qué demonios pensar de ella. Su comportamiento lo tenía cautivado; tan atrevido, tan poco decoroso para una muchacha de su edad y clase. Entonces, un pensamiento extraño pero no tan disparatado se le cruzó por la mente: ¿no sería una cortesana?, ¿una mujer que tal vez buscaba un nuevo amante? Porque, de lo contrario, seguía sin comprender la actitud que mostraba con él. Otro en su lugar se habría aprovechado de la situación que ella parecía estarle brindando, pero Ascroft se limitó a observarla con cierto recelo tras la conclusión a la que acababa de llegar.

—No sé con qué clase de hombres está acostumbrada a tratar, señorita Brooke, pero, en lo que a mí respecta, no soy del tipo que se aprovecharía de una dama.

—Es la imagen que da: un caballero educado en la rectitud de la Armada. ¿No está casado?

—No, no lo estoy.

—¿Comprometido? —Ella arqueó una ceja con interés y cierta suspicacia.

—No, tampoco. No tengo deseo alguno por ahora de formar una familia, si es lo próximo que va a preguntarme —se anticipó antes de que ella sacara sus propias conclusiones.

—No, no iba a preguntárselo, pero agradezco su sinceridad.

—¿Y usted? No he visto que haya traído una carabina ni esta noche ni en otras veladas en las que hemos coincidido —le confesó al recordar algunas de esas ocasiones.

—Veo que he despertado su curiosidad —lo acicateó de manera cínica.

—No es lo que se imagina.

—¿Qué sabe lo que yo pienso sobre usted, lord Ascroft? —Lo contempló de manera fija, con lo labios entreabiertos y el pulso acelerado—. Estoy convencida de que no tiene idea. Nuestra carabina, como bien dice, la señora Hudson, se encuentra en el salón junto a nuestro más allegado hombre de confianza. Pero, como comprenderá, no vamos a molestarla a cada momento que un caballero nos solicite un baile, un paseo o una charla informal.

—De acuerdo. Prometo no hacerle más cuestionamientos ni apreciaciones al respecto. Pero reconozco que usted es un completo enigma. —Sin ser consciente, él se acercó más todavía a ella hasta que sus cuerpos se rozaron, sus respiraciones se acompasaron en una sola y sus miradas de fundieron.

—¿Y le atraen los enigmas? —Ella elevó una ceja con suspicacia antes de alzar el rostro como si le estuviera ofreciendo los labios para que él se apoderara de ellos. El corazón le latía con fuerza bajo el ceñido corpiño del vestido, hasta el punto que parecía que pretendía abandonar su cuerpo. Más le valía a ella controlarse ante aquel inesperado empuje por parte de él, ya que era algo para que lo que no estaba preparada.

Montgomery apretó los dientes y cerró las manos en puños contra los costados del cuerpo. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué sentía el impulso de no permitirle marcharse de allí sin antes haberla besado?

Heather Brooke lo contempló mientras esperaba que le respondiera, pero él parecía haber olvidado por completo cuál era la pregunta. Entonces el caballero comenzó a inclinarse hacia el rostro de ella, más en concreto hacia sus labios.

El sonido de unos pasos detrás hizo que Montgomery levantara la mirada, apretara los labios hasta convertirlos en una delgada línea e hiciera un gesto con la cabeza hacia el espacio que había detrás de ella.

Heather no quería volverse por un motivo desconocido. No. Pretendía seguir contemplándolo como si no hubiera sucedido nada. No escuchaba la melodía que salía flotando del interior de la casa, ni las pisadas que acababan de detenerse a su espalda, ni mucho menos el sonido que producía la tela del vestido de la mujer que acababa de aparecer y que había captado la atención de lord Ascroft.

—Creo que vienen a buscaros. —Él entornó la mirada hacia ella una última vez. Era consciente de que no volvería a verla después de esa noche, de que sus destinos no discurrían por el mismo camino. Sin embargo, aunque sintiera el deseo de besarla, a sabiendas de que no volverían a verse, no lo haría, porque no era justo para ninguno de los dos.

Heather giró el rostro con lentitud para lanzar un furtivo vistazo por encima del hombro. Sonrió cuando descubrió a Kitty en mitad de la terraza, como si la estuviera esperando. Se volvió para quedarse frente a su amiga, a la que dirigió una seria mirada de advertencia.

—¿Me buscabas, querida? —trató de mostrarse cordial y amable a ojos de Montgomery, como si no le importara aquella interrupción, pero en su interior crepitaba la furia por lo que había estado a punto de suceder y que la providencia en forma de su amiga había evitado. Ella estaba convencida de que él iba a besarla, pero justo en ese momento había tenido que aparecer Kitty, y el momento mágico se había roto.

—Más bien a lord Ascroft —respondió—. Teníamos un baile pendiente.

Montgomery no estaba preparado para tantos sobresaltos esa noche. Lo último que esperaba era tener que compartir una pieza con la amiga de la señorita Brooke. No obstante, no podía faltar a esa promesa que había olvidado por completo al estar más pendiente de todos los asuntos que habían ido surgiendo esa velada.

—Por supuesto, estaré encantado de complacerla.

—Si no interrumpo nada... —Kitty miró a su amiga y sonrió.

El rostro de Heather Brooke parecía algo más serio, petrificado, casi como una máscara. ¿Por qué le recorría la espalda aquel escalofrío hasta erizarle los cabellos sueltos en la nuca? ¿Por qué sentía la obligación de pedirle a Kitty que se marchara y los dejara solos? Ambas eran conscientes de que una sola orden bastaría para que Kitty se echara atrás, pero Heather no lo hizo, ni siquiera lo intentó.

—Me estaba despidiendo de lord Ascroft para volver al interior de la casa. Puedes disponer de ese baile, Kitty, siempre que nuestro anfitrión esté de acuerdo. —Lanzó una mirada hacia él para divisar la expresión que dejaba ver. Calma total. Tal vez hasta podía ser que él hubiera deseado ese obstáculo, dada la situación algo comprometedor en que estaban. De haber aparecido Kitty unos segundos después, podría haberse topado con una escena que diera pie a indetenibles chismorreos. Y aunque a ella le importaba más bien poco lo que el resto de la gente dijera o pensara, no le apetecía lo más mínimo convertirse en el centro de atención de la fiesta.

—No tengo ningún inconveniente en bailar con usted, joven dama —declaró Montgomery, deseoso de escapar de la terraza.

—En ese caso, vayamos antes de que comience a sonar la siguiente canción —sugirió Kitty, que extendió el brazo para que él lo tomara y la condujera al salón.

En un momento en que Montgomery parecía distraído, ella volvió el rostro hacia Heather, cuyo semblante mostraba una mezcla de rabia contenida y alivio. Kitty frunció el ceño en tanto se preguntaba qué habría sucedido entre su amiga y lord Ascroft. ¿Acaso había interrumpido algo con lo que Heather no contaba? No la creía capaz de cometer una locura con aquel hombre, pero, por otra parte, ¿qué o quién se lo impedía?

Heather permaneció en el mismo lugar en el que lord Ascroft y Kitty la habían dejado. Por un lado debía agradecerle a su amiga esa aparición en el momento más oportuno; no entendía por qué una parte de sí misma se mostraba esquiva y resentida por la interrupción. ¿Acaso deseaba que él hubiera recorrido el corto espacio que había separado sus bocas? ¿Qué clase de locura se había apoderado de ella para querer que él la besara? No estaba en sus cabales si pensaba de esa forma.

Con la mente turbada y el pecho agitado, se dio vuelta hacia la balaustrada para dejar la mirada perdida en un punto lejano y se retorció las manos con cierto nerviosismo. No era sin duda lo que ella esperaba encontrar cuando lo conociera en persona. No era la imagen que su mente había proyectado semanas antes. Al verlo, había experimentado una sacudida inesperada que había amenazado con echar por tierra todos los planes. Después de todo, aquel era el gran lord Ascroft, el capitán de la Armada británica en el Caribe, el hombre que había conducido al patíbulo a varios capitanes piratas y había acabado con otros.

* * *

Montgomery trataba por todos medios de no distraerse para evitar pisar a Kitty, pero lo vivido con la señorita Brooke momentos antes lo tenía absorto. Heather era impredecible. Se suponía que se trataba de una dama que debía hacerse respetar y no andar insinuándosele a un hombre, acercándose en demasía como si buscara que la besara. ¡Por todos los santos! Eso le había llamado la atención desde el primer momento en que se habían encontrado a solas en la terraza. A menos que en realidad se tratara de una cortesana, no entendía muy bien sus juegos.

Kitty intentaba ahogar la risa que le causaba cada vez que miraba a lord Ascroft al recordar la situación que había interrumpido en la terraza. Podría decirse que había llegado en el momento justo en que su querida amiga estaba a punto de cometer una estupidez. Debía admitir que el

conocido Montgomery Ascroft era un hombre apuesto, interesante y que podría cautivar a cualquier mujer, pero no a Heather Brooke; salvo que se hubiera vuelto loca de repente al verlo y hubiera cambiado de opinión.

El baile llegó a su fin y, tras una breve reverencia, Montgomery condujo a la señorita junto a su amiga. Él había contemplado a Heather en diversos momentos mientras danzaban, ocasiones en las que sus ojos se habían cruzado y habían expresado distintas emociones. Incluso había tenido la impresión de ser un objeto de estudio bajo la atenta mirada de ella.

No volvieron a dirigirse una sola palabra durante el resto de la velada. Montgomery ni siquiera fue consciente del momento en el que las dos mujeres se marcharon de su hogar. Pero era mejor así, sin despedidas de ningún tipo ni promesas de volverse a ver, porque él sabía que eso no sucedería. A partir del día siguiente, debería ponerse a trabajar en una importante misión, y no había tiempo ni espacio en su vida para pensar en mujeres intrigantes, como la señorita Brooke.

Permaneció pensativo durante unos minutos hasta que Derrick apareció en el despacho.

—¿Se han marchado todos los invitados?

—Así es, no queda ninguno en la casa. El servicio se ha retirado a descansar después de una noche agitada.

Derrick se aflojó el corbatín y se dejó caer en uno de los mullidos sillones.

Montgomery seguía taciturno, perdido en sus pensamientos y ajeno a la presencia de su amigo, que aguardaba con paciencia a que le dirigiera la palabra. Sin embargo, al ver que el dueño de casa no parecía inclinado a prestarle atención, insistió.

—Dime, ¿sigues pensando en los piratas y en cómo vas a hacer para convencerlos de que apoyen a Jacobo?

—No, ese tema lo he relegado a un rincón apartado de mi mente. ¿Qué te han parecido las dos señoritas de las que hablamos?

Derrick abrió los ojos en proporción a la sorpresa que aquella pregunta le había provocado. No esperaba que le saliera con algo así.

—A decir verdad..., son dos mujeres atractivas, quizás demasiado descaradas para mi gusto. —Sonrió con un toque burlón—. ¿Por qué me lo preguntas? Apenas he intercambiado algunas opiniones con Kitty. Además de un baile, claro está.

—Te lo pregunto por si habías notado algo extraño en su comportamiento.

—¿Extraño? No sé a qué te refieres.

—En parte has percibido lo mismo que yo: son algo atrevidas.

—Sí, eso me han parecido. Acudir a las fiestas sin una carabina que vele por su seguridad... Claro que, tras observar su comportamiento, tampoco creo que les haga mucha falta.

—No, no. Según la señorita Brooke, su carabina y un hombre de su entera confianza han estado presentes durante toda la velada. Supongo que son las personas con las que llegaron y se marcharon. Pero no he tenido el gusto de conocerlos. —Montgomery arqueó las cejas y abrió los ojos hasta su máxima expresión.

—Bueno, es su palabra contra nuestros pensamientos. No irás a decirme que has cambiado de opinión con respecto a la oferta de la señorita Brooke y piensas acudir a visitarla en su hacienda de Port Royal.

Había un claro sentido del humor en el comentario de Derrick, que acompañó con unas carcajadas.

—Nada más lejos de la realidad No, no se trata de eso. Olvídalo y retirémonos a descansar. A partir de mañana, empezaremos a preparar nuestro viaje. Ya nos las ingeniaremos para dar con el capitán de *La Bella Helena*.

Ascroft se levantó del sillón, dio una palmada en el hombro a Derrick y caminó hacia la puerta del estudio. En su mente todavía revivía el momento en la terraza junto a la señorita Brooke, del que no había hecho partícipe a Derrick. Sonrió con cierta timidez mientras percibía un rastro de perfume femenino impregnado en su propia ropa y de repente se preguntó qué habría sucedido si la hubiera besado, como de hecho anhelaba en aquel momento en que se encontraban solos. Por desgracia o por fortuna, ya nunca podría saberlo. “Mejor”, se convenció. A partir del día siguiente, debía mantener la cabeza despejada y no dejarse distraer por mujeres.

* * *

De nuevo en casa, Heather y Kitty conversaban con placidez sentadas en los sillones del salón. Un tibio fuego ardía en el hogar y calentaba el ambiente, que se había enfriado un poco con la llegada de la noche. Heather había decidido retirarse antes de que los caballeros logaran dejarla exhausta con sus continuos bailes, o esa era al menos la excusa que había utilizado, aunque en su interior sabía que no era cierta del todo. La repentina huida de la velada en casa de lord Ascroft se debía única y exclusivamente a él, al estado de agitación que le había provocado al quedarse solos. No solo no había logrado desprenderse de esa sensación, sino que además había experimentado una extraña comezón al verlo bailar con Kitty. Las miradas de Heather y Montgomery se habían cruzado en un par de ocasiones y, aunque ella se repetía a sí misma que ese hecho no le influía para nada, verlo con su amiga no le había hecho demasiada gracia. Por eso, al finalizar aquella pieza y antes de que él les dijera algo, Heather había propuesto marcharse a casa y así escapar de

las preguntas por parte de él y de los reproches a sí misma por el modo en que se había comportado esa noche. Por fortuna habían logrado desaparecer sin levantar la ola de murmullos que habían provocado al llegar.

Durante el camino a su hogar, Heather había permanecido callada en todo momento. Ni siquiera había dirigido la palabra al cochero que las llevaba a casa, sino que se había limitado a asentir cuando aquel les había preguntado si deseaban marcharse ya.

Kitty había respetado el silencio de su amiga durante el trayecto desde la residencia de lord Ascroft hasta la que ellas ocupaban. Esa quietud en el interior del carruaje le había permitido contemplar a Heather, quien había permanecido con la atención fija en la ventana en tanto observaba la oscuridad de la noche sobre la ciudad, la tenue luz de las farolas y a los coches que transitaban a esas horas. Había algo en el gesto de su amiga que le llamó la atención, pero que decidió no mencionar porque conocía el carácter de Heather cuando se molestaba.

—Es la primera vez en mi vida que he bailado tanto —comentó Kitty sonriente con ojos chispeantes al recordar esos momentos. Pretendía llamar la atención de su amiga entonces que ya por fin se encontraban descansando en el salón de la casa que habían alquilado a la señora Hudson.

—Pues no te acostumbres, querida, nos quedaremos poco en Londres. —El tono seco, firme e irascible de Heather hizo que Kitty resoplara.

—¿Sabes ya cuándo nos iremos?

La señorita Brooke frunció los labios, se levantó del sillón sin decir nada, caminó hasta la puerta de la estancia y la abrió con la fuerza de un huracán.

Kitty comprendió que estaba enfurecida y creía conocer el motivo.

—¡Snelgrid! —llamó Heather a voces antes de regresar al salón y dar vueltas por el centro del mismo sobre la mullida alfombra que cubría el suelo.

—¿Desea algo, capitán? —preguntó un hombre de rostro moreno surcado de arrugas bajo los ojos y en las comisuras de los labios. Tenía el pelo entrecano y con prominentes patillas. Se cuadró ante la señorita, dispuesto a esperar indicaciones.

Heather Brooke se volvió hacia él con una mirada heladora y amenazadora como el filo de una espada. Caminó hacia él con paso firme y se envaró con gesto fiero, como si fuera a golpearlo, pese a la diferencia de estatura.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que no me llames así? —le preguntó con los ojos entrecerrados y mirada desafiante.

—Lo siento, capit... señorita Brooke —rectificó en el último instante, cuando los ojos de ella ya se mostraban asesinos una vez más. El hombre no creía que le fuera a dejar pasar otro descuido.

Las carcajadas de Kitty llamaron la atención de Heather, que volvió la atención hacia su amiga sin pizca de gracia.

—¿Te diviertes?

—Mujer, no te enfades con el pobre Snelgrid —dijo con un gesto del mentón hacia él—. No está acostumbrado a llamarte “señorita”, entiende que para él es igual de complicado que para mí dedicarme a bailar y a comportarme como una dama. —Kitty parpadeó varias veces con timidez y frunció los labios—. Imagina lo que me cuesta decir que no a los caballeros que, con sus buenas intenciones, quieren cortejarme.

—Ya hemos hablado de ello infinidad de veces. Si alguien lo escucha llamarme así, podríamos levantar sospechas, y eso es justo lo último que queremos. Ahora dime: ¿qué hay del barco, del *Tesoro Real*? ¿Está todo listo? —Heather cruzó los brazos bajo los pechos y se quedó observando al hombre con el ceño fruncido.

—Todo listo, ya tenemos los pasajes.

—¿Cuándo zarpa?

—Dentro de tres días. Desde Plymouth.

—¿Y el capitán? ¿Qué opinión te merece?

Snelgrid chasqueó la lengua.

—Normal. No creo que oponga mucha resistencia.

—¿Están avisados nuestros hombres?

—Sí, desde hace días. Morgan sabe lo que tiene que hacer. Si todo sale como hemos planeado, nos toparemos con ellos antes de llegar siquiera a La Española.

Heather frunció los labios con gesto pensativo.

—El cargamento del *Tesoro Real* es muy valioso. Lo envían a Port Royal para establecer allí la nueva delegación del príncipe de Orange, futuro rey de Inglaterra. Lástima que no vaya a llegar a destino —expresó con ironía sin dejar de sonreír—. ¿Algo más que merezca la pena saber?

—Por ahora, no.

—¿Y el barco? ¿Qué te ha parecido?

—Pesado. Dos cubiertas. Tiene veinte cañones y una dotación de sesenta hombres, sin contar los posibles pasajeros. Teniendo en cuenta el cargamento de oro que almacenará en la bodega, supongo que navegaremos despacio. Será una presa fácil para *La Bella Helena*. —Asintió con convencimiento.

—Ten cuidado, no subestimes nunca a un objetivo —le advirtió Heather con una sonrisa cínica—. No debes dejarte impresionar ni engañar por su aspecto, ¿verdad, Kitty?

—Sin duda, querida. ¿Qué crees que pensaría tu amigo lord Ascroft si te conociera en realidad? —le preguntó la muchacha con una mueca divertida al imaginarse esa situación.

—Por suerte para él, no creo que eso llegue a suceder jamás.

—¿Y si pasara? Ya lo escuchaste esta noche, tiene pensando partir hacia Port Royal, ¿no? ¿Qué le impide subir a bordo del *Tesoro Real*? ¿Lo has llegado a pensar?

Heather entrecerró los ojos y cerró las manos hasta convertirlas en puños en señal de irritación. Si esa circunstancia llegara a darse, ella se encontraría en una encrucijada.

—En ese caso, espero que lord Ascroft tenga la suficiente sangre fría para distinguir lo que le conviene, querida. Puedes retirarte —le dijo a Snelgrid, quien dejó a las dos jóvenes a solas de nuevo.

—Sabes quién es él en verdad —insistió Kitty para tratar de refrescarle la memoria.

—No lo olvido —le aseguró con los ojos entrecerrados y los dientes apretados, furiosa por los recuerdos.

—Casi diría que te favorecería que él subiera a bordo del *Tesoro Real*. De ese modo, cuando nos topáramos con *La Bella Helena* y descubriera quién eres, podrías saldar la cuenta pendiente que tienes con él por tu padre.

—Ya lo sé. Sé quién es; no hace falta que me lo recuerdes a todas horas.

—¿Te vengarás, entonces? —Kitty se incorporó del sillón y caminó hacia su amiga con la esperanza de que le dijera la verdad.

—Ya te he dicho que dependerá de él. Si elige el bando equivocado, no me dejará otra opción —le refirió con una fría mirada y tono seguro.

—Hay una última cuestión que quiero saber. —Heather miró a su amiga a la espera de la consulta—. ¿Lo has besado?

—¿Se puede saber a qué diablos viene esa pregunta? ¿Has perdido el juicio de tanto bailar con elegantes y distinguidos caballeros? —La miró de pies a cabeza como si no la reconociera en ese momento.

—Nada de eso. Soy consciente de quién soy y del lugar en el que nos encontramos en todo momento.

—Entonces no entiendo por qué dudas de mí.

—Porque los encontré en una situación algo comprometedoras cuando salí a la terraza, por eso.

—No sé qué es lo que crees haber visto, pero te anticipo que tus sospechas son infundadas, querida. Y si no tienes nada mejor que hacer, te aconsejo que te retires a descansar. ¿No afirmabas estar agotada por los incesantes bailes? —Heather sonrió de manera cínica al tiempo que elevaba una ceja.

—Sí, será lo mejor. Buenas noches y... que descanses —Kitty sonrió burlona antes esas últimas palabras. Era evidente que su amiga estaba confusa porque no había esperado que lord Ascroft le causara semejante impresión. Más le valía tener cuidado si no quería perder algo más que la cabeza.

Heather permaneció un rato sola en el salón tras apresurarse a cerrar la puerta cuando Kitty se fue. Caminó hacia el aparador de licores y vertió una generosa cantidad en una copa. Luego, comenzó a paladear la bebida con lentitud hasta que, al pensar en lord Ascroft, decidió vaciar el resto del contenido de un solo trago. El licor bajó por su garganta como un reguero de fuego líquido hasta aposentarse en su estómago. Pensó en aquel hombre, en lo que representaba para ella y en cuál era su condición. No, claro que no lo había olvidado, como le había asegurado a Kitty. Había viajado a Londres con una nueva identidad para conocerlo, para tenerlo cerca. “Montgomery Ascroft”, repitió en su cabeza mientras sostenía la botella de alcohol en la mano antes de verter un poco más en el vaso.

—Tengo una deuda pendiente contigo que espero saldar cuanto antes —pronunció como si él estuviera delante de ella en ese preciso momento.

CAPÍTULO 3

Tanto Montgomery como Derrick tenían todo el equipaje preparado para emprender el camino hacia el puerto de Plymouth. Allí embarcarían en el *Tesoro Real* rumbo a Port Royal. Durante los dos días anteriores, Montgomery había estado revisando la documentación que le habían entregado: las patentes de corso para los principales capitanes de Tortuga. Solo tenían que estampar su nombre en aquellas hojas para que tuvieran vigencia. Se trataba de una descabellada ocurrencia en un último intento por evitar que Jacobo Eduardo Estuardo se viera fuera del trono. Montgomery confiaba en que esa situación se revertiría lo antes posible y en que esa loca idea quedara en una simple anécdota. Si eran ciertas las noticias más recientes que corrían por Londres, en Escocia se estaba preparando un levantamiento de los clanes a favor de Jacobo. John Graham de Claverhouse era el hombre que los estaba aglutinando para luchar en defensa del rey depuesto. Toda la situación era algo irrisoria y desafortunada y parecía conducir a ambos países a una nueva guerra después de siglos de convivencia en paz.

—¿Alguien más, aparte de los hombres cercanos a Jacobo, conoce tu encargo? —le preguntó Derrick en voz baja para que ningún oído indiscreto lo escuchara. Acababan de descender del carruaje que los había conducido hasta el puerto, donde la actividad era frenética desde temprano.

Montgomery negó con la cabeza.

—Nadie.

—Eso está bien. Nos permitirá pasar desapercibidos. Uno nunca sabe quiénes son sus compañeros de travesía.

—En eso tienes razón: uno nunca puede imaginarse quiénes lo acompañarán —repitió al tiempo que esbozaba una sonrisa divertida en principio, pero que después se fue diluyendo como la niebla con la que había amanecido la ciudad esa mañana.

—Que me cuelguen si esas dos mujeres que se acercan no son...

—La señorita Heather Brooke y su inseparable amiga Kitty —completó Montgomery que sintió una leve sacudida al considerar semejante posibilidad.

—¿Van a embarcar en el *Tesoro Real*?

—No apostaría ni un chelín contra tu apreciación, créeme. No recuerdo si te comenté la otra noche que la señorita Brooke me dijo que viajarían hacia Port Royal para hacerse cargo de la hacienda de un tío suyo. Aunque desconocía que fueran a hacerlo tan pronto y, al parecer, en el mismo barco que nosotros.

—Me lo habías contado. También me dijiste que te invitó a que pasaras a saludarlas y a quedarte un tiempo si era necesario —le recordó Derrick con cierta sorna porque sabía que Ascroft no deseaba enredarse en las faldas de ninguna mujer por el momento.

—Pues yo solo espero que no nos topemos con ningún barco pirata durante la travesía —le comentó con gesto turbado ante la posibilidad de algo así sucediera, sin perder de vista a las dos mujeres.

Montgomery encontró a la señorita Heather arrebatadora, enfundada en aquel vestido sencillo pero elegante en tonos ocre. Se le ajustaba al talle y resaltaba cada una de sus curvas: un busto redondo, con corpiño ceñido, y caderas pronunciadas, desde las que la tela caía recta. Sin duda aquel cuerpo resultaría un deleite para cualquier hombre que se fijara en ella. No la recordaba tan sensual la otra noche en que habían coincidido, y eso que había estado bailando con ella y luego incluso se habían quedado a solas. No, no podía ser la misma mujer. O tal vez sus propios intentos por no pensar en ella le habían nublado el sentido después de todo. La mirada de Heather era chispeante. Sus labios carnosos adoptaban una sonrisa que con gusto él habría estado dispuesto a hacer suya en ese mismo instante, sin importarle el lugar ni las personas presentes. Era innegable, se había vuelto loco, por completo desquiciado, si pensaba en aquella mujer de esa forma.

Heather sonrió con encanto cuando divisó a Montgomery y a su ayuda de cámara en las cercanías del mismo navío al que Kitty y ella se dirigían. Aquella casualidad le agitó el espíritu en un primer momento para luego dar paso a un comportamiento relajado y cordial.

Kitty emitió un ligero silbido cuando vio a los dos hombres allí, junto al mismo barco al que iba a subirse ellas, pero lo que más atención le llamó fue el cambio en el semblante de su querida amiga, la manera en que se sacudió y las dudas que afloraron a su rostro al toparse con aquel hombre de nuevo. La providencia estaba de parte de Heather. Lo que Kitty no se atrevía a asegurar era con qué propósito.

—¡Qué sorpresa, lord Ascroft! —saludó Brooke con un tono dulce y meloso al tiempo que efectuaba una leve reverencia ante él.

—Buenos días, señorita. ¿Qué hace por aquí tan temprano?

Montgomery hizo la pregunta más por obligación y curiosidad que porque la presencia de ella lo sorprendiera. Temía su respuesta, que no era otra que la noticia de que iba a embarcarse en el *Tesoro Real*.

—Como le comenté la otra noche, Kitty y yo partimos a Port Royal para tomar posesión de la hacienda de mi tío. Este es el barco que nos conducirá hasta allí —le dijo mientras señalaba el

navío con la mano—. ¿Y ustedes dos? ¿No irán a subir también a este? —Heather arqueó las cejas en señal de expectación y dicha. Luego desvió la mirada un instante para centrarla en Derrick, quien se mostraba sorprendido y contrariado a la vez ante aquella ocurrencia del destino.

—Sí. La verdad es... que el *Tesoro Real* era el único barco que zarpaba en estos días hacia Port Royal, de manera que aquí estamos, mi amigo y ayuda de cámara, Derrick, y yo, dispuestos a subir a bordo.

—En ese caso, seremos compañeros de viaje.

Ella elevó el mentón para mirarlo con orgullo y un toque de desafío. “¿Por qué no?”, parecía querer decir. Aquel hombre era apuesto, y su presencia respondía con justicia al apelativo con el que se lo conocía: “el cazador de piratas”. Salvo porque ella no iba a dejarse atrapar. Por el contrario, ella sería quien decidiría cuándo llegaría el momento en el que lord Ascroft se convertiría en su presa.

El semblante de él mostraba seguridad y aplomo. Poseía mirada era intensa y semejaba querer ahondar en los más profundos secretos de ella, como si la estuviera estudiando para poder valorarla mejor después.

—Será todo un placer.

—De ese modo, la travesía se hará menos anodina, ¿verdad, querida?, al contar con la presencia de lord Ascroft y su ayuda de cámara —profirió a Kitty, que se mordía los carrillos para ahogar las carcajadas por lo caprichoso que resultaba en ocasiones el destino.

—Sin duda hará el viaje más interesante —asintió ella mientras pasaba la mirada de Heather a Derrick.

Los recuerdos de Kitty eran algo difusos. Los caballeros apenas si le habían dejado tiempo para poder recrearse en el aspecto de aquel empleado, recio y sereno como el de su señor, y con un atractivo muy considerable. Durante un instante la joven pensó en él de una manera que le estaba prohibida. Si en algún momento él llegara a enterarse de quién era ella en realidad y de clase de vida que había llevado hasta conocer a su querida Heather, dejaría de tratarla como lo que no era: una dama. Por ese motivo se limitó a inspirar y a sonreír con fingida timidez.

—¿Van a subir a bordo ya? —preguntó Montgomery, que miraba a las dos mujeres por igual. Pese a que la señorita Heather Brooke le llamaba más la atención que su amiga, él no pretendía mostrarse descortés al quedarse mirándola de manera fija. No quería que lo malinterpretara en ningún momento después de que ella le hubiera ofrecido residir en su hacienda en Port Royal. No iba a cruzar el océano para encontrar una esposa, sino a un capitán pirata.

—Sí. Si nuestro ayudante es tan amable de subir el equipaje. —Hizo una señal hacia Snelgrid, quien llevaba los dos baúles de las señoritas.

—¿Puedes ayudar? —le preguntó Montgomery con un gesto a Derrick, quien no vaciló ni un instante antes de acometer esa empresa ante los atentos ojos de Kitty.

—Es muy amable —le dijo ella con la mirada fija en el muchacho, que asintió.

—No es ninguna molestia, señorita.

—¿Subimos pues? —le preguntó Montgomery a la señorita Brooke mientras hacía un ademán hacia la pasarela de acceso al barco.

—¿Y su equipaje?

—Oh, no se preocupe, ya está a bordo.

—En ese caso...

Heather emprendió el camino de ascenso por la plancha de madera para acceder a la cubierta del navío ante la atenta mirada del capitán, un hombre entrado en años de aspecto curtido en el ambiente marino.

—Señorita. Lord Ascroft, celebros verlo —anunció al tiempo que le tendía la mano, bajo la atenta mirada de Heather.

—Capitán McGowan, creía que ya se habría retirado del mar.

—No, señor. Imposible para alguien que lo lleva en la sangre.

—Permítame que le presente a la señorita Brooke. Coincidimos en mi casa hace algunas noches y me comentó que viajaría a Port Royal en breve. Ha sido una tremenda coincidencia que nos hayamos encontrado esta mañana.

—Señorita Brooke, sea bienvenida a bordo. Espero que la travesía no se le haga dura y que no se mareen.

—Gracias, capitán, eso espero yo también.

—¿Su equipaje?

—Derrick se ha encargado de él. Imagino que las damas tienen un camarote.

—Oh, sí, claro. Déjenme ver la lista de pasajeros —le pidió el capitán, que se dispuso a revisar sus papeles—. Sí, lo tienen. Justo enfrente del suyo, lord Ascroft.

—Vaya, qué casualidad. Parece que estamos destinados a realizar este viaje juntos —comentó ella, divertida y sonriente.

—Eso parece. Las acompañaré para que se instalen y después vendré a hablar con el capitán.

Montgomery quería alejarse a toda costa de ella, dado el interés que mostraba en pasar tiempo juntos. Ya habían compartido demasiados momentos.

De manera que la escoltó hacia el fondo del navío y localizó su camarote a la izquierda. Durante un momento pareció que el pasillo se hacía más estrecho, y Montgomery sintió el cuerpo de ella demasiado cerca. Aquel perfume volvió a invadirlo hasta casi hacerle perder la compostura. No lo había olvidado porque se le había impregnado en la ropa la noche en la que habían pasado tanto tiempo conversando.

De repente, Heather se volvió sin ser consciente de la cercanía de Ascroft, y sus cuerpos se apretaron el uno contra el otro cuando pasó un marinero junto a ellos. Entonces la puerta del camarote se abrió y se precipitaron hacia el interior. Montgomery se abalanzó sobre el de ella con un ímpetu que provocó un ligero sofoco en la señorita Brooke.

—¡Oh! —exclamó ella cuando sintió la presión del cuerpo de Montgomery sobre el propio en un primer momento. A continuación, las manos de él la rodearon por la cintura para evitar que cayera al suelo mientras trastabillaban por el reducido espacio del camarote. Heather sintió que el calor aumentaba cuando el rostro de él se acercó más al de ella, fruto del impulso que habían tomado.

Montgomery se sintió turbado por ese hecho y se quedó contemplando de manera fija los ojos claros de la joven en un esfuerzo por evitar centrarse en sus labios entreabiertos. La escuchó suspirar un segundo mientras él deslizaba el nudo que le apretaba la garganta y se secaba la boca en presencia de aquella preciosa y enigmática mujer. De cerca se veía incluso más hermosa, y tenerla así no hacía más que acrecentarle el deseo por besarla, sobre todo cuando percibió la sonrisa de ella, irónica y divertida, cuando por fin se fijó en sus labios, que ella humedeció con lentitud.

¿Qué clase de dama era, se preguntó una vez más? ¿Acaso lo estaba incitando a que la besara? ¿Lo estaba seduciendo?, se preguntaba él, incapaz de coordinar sus propios pensamientos con sus actos. Por fin la soltó para que ella retrocediera y dejara de ser una tentación para él.

La contempló de pies a cabeza sin poder remediar sentir una profunda atracción hacia ella. Anhelaba cerrar la puerta del camarote y demostrarle lo que le provocaba cada vez que la tenía cerca, pero no era apropiado para alguien como él. No estaba allí para enredarse con una completa desconocida, por mucho que le atrajera.

—Discúlpeme, señorita Brooke, no ha sido una situación muy decorosa, pero... me empujaron y...

—No hace falta que se explique, lord Ascroft, soy consciente de que no era su intención que acabáramos casi en el suelo.

—Le reitero mis disculpas. Iré a ver si Derrick ha subido a bordo.

—Dígale a Kitty que la espero aquí —le pidió con voz zalamera al tiempo que ahogaba la sonrisa tras el mal trago que había pasado.

Sí, en definitiva lord Ascroft era un caballero, un hombre que, ella apostaba, sabía cómo tratar a una mujer. Había leído el deseo en la mirada de él, en sus manos temblorosas sobre la cintura de ella, en esa respiración algo agitada por la cercanía de sus bocas. Durante un momento lo había visto vacilar acerca de si sería acertado tomar posesión de sus labios, pero al final él se había echado atrás. No quería comprometer ese viaje. Ni ella tampoco.

La joven se volvió para echar un vistazo al camarote con dos camas, una jofaina de agua, toallas y demás enseres propios de un lugar así. No tenía nada que ver con el lujo que ella conocía de otras naves.

Kitty asomó la cabeza y sorprendió a su amiga con una sonrisa divertida.

—¿Qué ocurre?

—Pasa y cierra la puerta, ¿quieres?

—Pero van a traer nuestro equipaje.

—No importa. Que toquen la puerta —le dijo de manera autoritaria.

—¿Qué ha pasado entre lord Ascroft y tú? —preguntó Kitty con la mirada entornada hacia su amiga y un toque irónico y curioso a la vez en la voz—. Lo he visto salir de aquí con cara de pocos amigos.

—¿En serio? Vaya... ¿Es esa la impresión que le ha quedado después de lo sucedido? Lo cierto es que nos hemos visto en una situación algo... comprometedora —le comentó Heather con gesto risueño al recordar lo acontecido.

—¿A qué te refieres con eso? —Kitty bajó el tono y enfocó la atención en su amiga.

—Nos empujaron en el pasillo, y fue tal el ímpetu que la puerta del camarote se abrió de golpe. De no ser por los reflejos de él, que me sujetó por la cintura en un segundo, habría acabado en el suelo con él encima.

—¿Qué?

—Se ha quedado mirándome como si fuera a besarme.

—Pero no lo ha hecho, ¿no? —La cautela brilló en el tono de Kitty.

—No. —Heather sacudió la cabeza y descubrió que una parte de sí misma lo habría deseado; la misma parte que se sentía algo desilusionada.

—¿Te has vuelto loca? Si llegara a besarte y después descubriera que eres...

—No me ha besado, ya te lo he dicho —la cortó de manera brusca y fría, como su mirada en ese momento—. No sabe ni sospecha siquiera quién soy, así que baja la voz, ¿quieres?

Kitty sacudió la cabeza sin poder creer el gesto que reflejaba el rostro de su amiga, ni mucho menos el brillo de su mirada. Sonrió de manera ladina al llegar a una conclusión que confirmaba lo que le había confesado la noche en la que ambas habían visitado la casa de él.

—¿Qué te sucede? ¿Por qué me miras de esa manera y sonríes?

Repetidos golpes en la puerta hicieron que la respuesta de Kitty tuviera que esperar.

—Pase —ordenó Heather en voz alta, y al instante la entrada se abrió para mostrar a Derrick cargado con las maletas de las dos mujeres.

—Señoritas, su equipaje —les anunció antes de dejar los bultos en el suelo. Luego se volvió hacia Kitty y sonrió al verla allí.

Ella, por su parte, asintió.

—Gracias, ha sido muy amable al ayudarnos.

—No se preocupe. El señor me lo pidió, y bueno..., siempre es un placer ayudar a dos damas. Ahora, si me disculpan —dijo antes de inclinar la cabeza hacia ambas, aunque se demoró unos segundos de más con Kitty, quien sonrió cuando Derrick cerró la puerta detrás de él.

—¿Qué me estabas diciendo antes de que ese atractivo hombre se presentara con nuestro equipaje y te dedicara semejante mirada, eh? —ironizó Heather con los brazos cruzados bajo el busto y una sonrisa abierta.

—Será mejor que deshagamos el equipaje, ¿no crees?

Heather se quedó contemplándola unos segundos mientras su amiga le daba la espalda para dirigirse hacia las maletas. Kitty no quería que fuera testigo del rubor que le coloreaba el rostro, ni de la respiración agitada que acababa de acelerarle el pecho de manera insospechada.

—Sería conveniente que tú también te cuidaras de lo que me estabas reprochando hace un momento, ¿no crees? —Heather lanzó una mirada suspicaz a Kitty y sonrió con ironía al contemplar el talante de su compañera.

* * *

Montgomery abandonó el camarote de la señorita Brooke como si estuviera escapando del mismo infierno. No es que considerara que aquella mujer fuera como el diablo, pero sí una tentación a la que él había estado a un paso de sucumbir. Sacudió la cabeza y apretó los labios en tanto apuraba el paso en dirección a cubierta para comprobar las maniobras de la tripulación. Pasó por delante de algunos hombres hasta apoyarse sobre la borda, donde permaneció contemplando la ciudad y el puerto, al que no estaba seguro de si regresaría. Trató de centrarse en su misión en un intento por no pensar en Heather Brooke, pero, por extraño que pareciera, la imagen de ella volvía a deslizarse en su mente al recordar el momento compartido hacía escasos minutos. Tener aquel cuerpo tan cerca del suyo, entre sus manos, con esa boca que parecía estar reclamándolo... Apretó la mandíbula y golpeó la madera con el puño. Esperaba poder pasar el mayor tiempo posible alejado de ella. Con suerte, una vez que desembarcaran en Port Royal, no volvería a verla.

—No sabía que estabas en cubierta.

La voz de Derrick le causó un ligero sobresalto, que logró dominar enseguida.

—Salí a contemplar el trabajo de los marineros. ¿Qué tal ha ido todo?

—Acompañé a la amiga de la señorita Brooke a su camarote para dejar el equipaje. Está justo enfrente del nuestro.

—Sí, ya me he dado cuenta —le dijo sin darle mayor importancia al hecho.

—Te noto algo ausente, incluso irascible. ¿Es por la misión? —apreció Derrick al tiempo que se situaba junto a él.

—Me preocupa que podamos toparnos con algún barco no deseado en alta mar. Hay mujeres a bordo, y ello podría suponer un peligroso contratiempo.

—En ese caso, esperemos que esa situación no se produzca, por el bien de todos nosotros. ¿Qué te sucede con ella? —Derrick miró de manera fija a su amigo—. Tengo la ligera impresión de que no te cae nada bien.

—¿A qué viene tu pregunta? Y esa apreciación tuya... —Montgomery se sintió alarmado y confundido a la vez.

—La señorita Kitty y yo te vimos salir de su camarote como si fueras un gato que escapa del agua —ironizó Derrick, y palmeó a su amigo en el brazo.

—Ah, no... Nada... No era nada importante.

—¿Volvió a insinuarte que vayas a visitarla a Port Royal? Yo, en tu lugar, tendría cuidado, no

vaya a ser que te quiera para otros menesteres.

Ascroft sonrió con cinismo, dispuesto a seguirle el juego.

—Pues ya se le puede ir de la cabeza esa idea que sugieres si en verdad lo está pensando. No me dirijo a Port Royal en busca de esposa —reiteró de mal humor en tanto sacudía la mano contra la borda.

—Tal vez deberías dejárselo en claro la próxima vez que se queden a solas y ella se te insinúe. Por cierto, he estado pensando que es extraño que ambas mujeres anden sin compañía por Londres y ahora se embarquen de igual manera rumbo al Nuevo Mundo, ¿no te parece? Salvo por su sirviente... ¿Te has fijado en el aspecto que tiene? Parece que hubiera pertenecido a un barco pirata.

—Ambas me han llamado la atención desde el primer momento en que las conocí, pero eso ya lo sabes. Sí, es extraño que anden solas excepto por su criado, como bien señalas. En cuanto al aspecto, no tengo por qué juzgarlo. Mejor que tenga apariencia de matón, de ese modo cualquiera que intente aprovecharse de ellas lo pensará dos veces —le informó a Derrick al tiempo que lanzaba una mirada hacia los hombres que estaban en la cubierta.

—¿Mujeres solteras que buscan un esposo?

—Ni lo sé, ni me interesa en lo más mínimo, créeme

—Ten cuidado, no vaya a ser que caigas en sus artimañas. —Una sonrisa irónica bailó en el rostro del ayuda de cámara.

Por suerte para Montgomery, el capitán se acercaba a él en ese instante, por lo que podría dejar de hablar de la señorita Brooke y de su misteriosa vida.

—Quería hablar contigo, Ascroft —le dijo al alcanzarlo.

—Pues aquí me tienes. Yo también quería hacerlo.

—Lo primero y más apremiante es saber quiénes son las dos mujeres que los acompañaban —inquirió mientras pasaba la mirada de él a Derrick.

—No lo sé. Aparecieron de la noche a la mañana en las veladas en sociedad. En un principio pensé que eran damas casaderas en busca de un marido, pero todo parece indicar que no es esa su intención.

—¿Solo eso? —El capitán McGowan abrió los ojos y arqueó las cejas en señal de sorpresa.

—Hace un par de noches, estuvieron en mi casa, en la fiesta que di para despedirme de Londres por una larga temporada. No estoy enterado de nada más, salvo de que son un par de amigas que quieren llegar a Port Royal. Al parecer un pariente de la señorita Brooke le ha dejado

una hacienda, y ellas se dirigen a tomar posesión de la residencia. Es lo único que puedo decirte.

El capitán frunció los labios en un gesto pensativo.

—Siempre es peligroso llevar mujeres a bordo; más cuando tenemos que atravesar aguas infestadas de piratas y maleantes.

—Confiemos en que nada malo suceda.

—Sí, eso espero. El Almirantazgo me informó que navegarías hasta Port Royal.

—Así es. Una vez allí, me las arreglaré para continuar con mi viaje.

—Tortuga no es un destino aconsejable, créeme —le advirtió con gesto preocupado.

—Soy consciente de ello, pero no me queda otra opción.

—Cuando nuestro amigo en común, Richard, se presentó en mi casa para contarme cuál era tu situación, no pude menos que prevenirlo del riesgo que corrías, pero me aseguró que tú ya lo conocías y que estabas dispuesto a exponerte.

Montgomery no pudo evitar reírse de manera abierta.

—Yo diría que no me dejaron otra elección.

—Eso imaginé yo. Lo último que supe de ti era que te habías retirado del Almirantazgo una vez que atrapaste al capitán Mansfield y que ya no ibas en busca de piratas contrarios a la corona.

—Sí, pero ya ves, me envían al frente como a cualquier oficial o soldado. Aunque esta vez no se trata de conducir a ninguno de ellos al patíbulo.

—Richard me lo comentó. Le dije que era una completa necedad lo que pretenden. ¿Quién es sus cabales aceptaría luchar a favor de un rey que lo ha perseguido durante años para ponerle una corbata de sogas? —se quejó el capitán.

—Eso mismo pensamos Derrick y yo: que ninguno lo hará.

—Da gracias si consigues llegar hasta ellos sin que te maten. En cuanto sepan quién eres...

—Me basta con llegar hasta el capitán de *La Bella Helena*, solo hasta él. Es el más respetado en Tortuga. Ya veremos si me permite explicarle cuál es la situación actual, y mucho más complicado será convencerlo.

—Nadie sabe qué aspecto tiene, solo que se apropió del navío que maneja hace algún tiempo.

—¿Qué quieres decir? —La curiosidad pudo con Montgomery.

—Se dice que se quedó con ese barco en una subasta en la isla de Tortuga. Pertenece a un tal capitán Manston.

—¿Te refieres al capitán Cedric Manston?

—Ese creo que era el nombre. ¿Lo conoces?

Montgomery permaneció callado, con la mirada en el vacío, durante unos instantes.

—Sí, tuve un encuentro con él en el mar.

—¿Y qué sucedió? —interrogó el capitán.

—Lo llevé preso a Londres para ser juzgado por piratería contra la corona inglesa.

—Supongo que habrá corrido la suerte de muchos otros piratas.

Montgomery asintió sin agregar nada más.

—De manera que el actual capitán de *La Bella Helena* se apropió del navío de Manston —continuó Derrick.

—Así es. Aunque ese no era el nombre original del navío, sino... —Montgomery se quedó callado una vez más cuando recordó el mote del buque pirata mientras los dos hombres lo miraban intrigados—. No puede ser... Sería demasiada casualidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Derrick, extrañado por el cambio que había experimentado su amigo en un instante.

—*Heather Brooke*.

A Derrick aquel nombre le sonó como una sentencia. Se quedó paralizado al momento, sin poder apartar la vista de su jefe. ¿Estaba seguro de que ese era el nombre de la embarcación del capitán Manston?

—¿Tenía el mismo nombre que la pasajera? —McGowan frunció el ceño, contrariado.

—Supongo que será una simple casualidad —comentó Derrick con la intención de desviar el interés de la conversación.

—¿No creerás que existe una relación entre ese pirata y dicha señorita? —McGowan se mostró suspicaz ante la posibilidad—. Acabas de decirme que ella va a Port Royal a heredar una hacienda de un pariente muerto.

—Sí, pero lo de Manston sucedió hace tiempo. Ya casi lo había olvidado.

—No le des más vueltas. Supongo que, como dice Derrick, se trata de una simple casualidad. De lo que estoy seguro es que el capitán de *La Bella Helena* no apoyará al rey depuesto.

—Lo mismo creemos nosotros —asintió Derrick al ver que Ascroft se había quedado callado. Estaba seguro de que seguía pensando si existiría algún vínculo entre la señorita Brooke y el fallecido capitán—. Las cosas se están poniendo feas en Inglaterra.

—Y se van a poner peor —añadió el capitán McGowan—. Hazme caso. Por cierto, espero que me acompañen a cenar en mi camarote. No te importará que extienda la invitación a las dos damas, ¿no?

Montgomery sacudió la cabeza. Estaba perdido por completo en sus propios pensamientos y no respondió en un primer momento. Luego, pareció dominar los nervios y sacarse de la mente a Heather, aunque aquella casualidad iba a hacer que pensara más en ella si cabía.

—No, claro que no. Además, tú eres el que manda aquí. Por cierto, ¿qué me dices del barco y la tripulación?

—Vamos bien pertrechados de armas y municiones: veinte cañones pesados, unas pocas culebrinas, mosquetes, pistolas, sables y hachas. Hay sesenta hombres de primera, expertos marinos y soldados. Pero quiera Dios que no nos encontremos con piratas —le advirtió al tiempo que arqueaba las cejas—. Los dejo mientras voy a dar las oportunas indicaciones. Recuerda la cena.

Ascroft asintió sin mediar palabra. En ese momento no sabía decir qué era lo que le preocupaba más, si volver a ver a la señorita Brooke o encontrarse con piratas.

—Si no fuéramos amigos desde hace diez años, no me atrevería a preguntarte esto.

—No creo que sea para tanto, ¿no? —bromeó Montgomery sonriente—. No te preocupes por tu puesto de ayuda de cámara, Derrick.

—¿Qué te sucede con la señorita Brooke? He visto cómo tensabas los músculos y que tu semblante cambió de manera radical cuando el capitán nos comunicó que iba a invitarlas a cenar. ¿Tiene algo que ver con que su nombre esté relacionado con el capitán Manston? ¿Crees que ese pariente que ella mencionó podría ser...?

Montgomery sonrió ante la perspicacia de su compañero.

—No lo sé. Me ha sorprendido esa coincidencia; eso es todo. Ahora vayamos a deshacer el equipaje y dejemos de mencionar a la señorita Brooke o le zumbarán los oídos.

Sí, era lo mejor, pensó mientras caminaba hacia el camarote. Convenía concentrarse en lo que sucedía a bordo, aunque no podía evitar pensar si existía algún tipo de relación entre aquella dama y el capitán Manston, al que él había llevado a la horca hacía algún tiempo.

CAPÍTULO 4

Heather recibió con agrado la invitación del capitán para que tanto ella como Kitty lo acompañaran a cenar esa misma noche. No había dudado en aceptarla al escuchar que lord Ascroft y su ayudante Derrick también asistirían. Sonrió con una mezcla de ironía y diversión al imaginarse lo que les esperaba.

—No estarás pensando en seducirlo, ¿verdad? —La pregunta de Kitty provocó una leve pero sonora carcajada en Heather, que se volvió hacia su amiga con la mirada achispada por la emoción y el reto que ello supondría.

—No entra en mis planes más inmediatos, creía que ya lo sabías.

—Eso mismo pensaba en un principio, pero, después de verte coquetear con él... Y tu excusa de obtener información sobre la situación que por la atraviesa la nación, así como del...

—Calla, no es necesario ahondar siempre en lo mismo. Somos dos damas camino de Port Royal para hacernos cargo de la hacienda de mi difunto tío, eso es lo que cuenta.

—Sí, todo eso está muy bien, pero, si no quieres que la gente saque conclusiones equivocadas, procura no dar pie a ello —le aconsejó Kitty, algo enojada por la actitud de su amiga.

—Solo me estoy divirtiendo un poco con él, nada más. Ya sabes lo que pienso —le espetó con un tono frío y cortante que no arredró a la otra muchacha.

—Permite que lo dude, querida. Si fuera tú, tendría cuidado con las diversiones, ya sabes lo que sucede en ocasiones: no todo el mundo comprende las reglas del juego —le aconsejó con un tono mordaz y una sonrisa cínica que Heather comprendió al momento.

—Será mejor que dejemos el asunto y nos arreglemos. No es conveniente hacerlos esperar demasiado.

Heather Brooke se volvió hacia el espejo que había en el camarote para terminar de emperifollarse mientras contemplaba el gesto de rabia en su propio rostro. No iba a dar un paso en falso, de ello estaba segura. Si había conseguido lo que tenía era porque no se dejaba deslumbrar por el brillo de la seda, ni se fiaba de las palabras amistosas de sus allegados. Había ido a Londres con una misión; de repente la fortuna le había sonreído al obsequiarle algo mejor e inesperado.

—Por cierto, ¿has visto a Snelgrid?

Heather miró a su amiga desde el reflejo y asintió.

—Sí. Se relaciona con la tripulación como uno más. No conviene que nos vean cerca de él, ya lo sabes, y ya se lo he avisado a él también. Ahora, dime, ¿qué te parece? —Heather se dio vuelta hacia su amiga con el rostro deslumbrante, y Kitty abrió los ojos como platos y sonrió con toda intención.

—Y tú aseguras que no buscas seducir a Montgomery Ascroft. Pues, a no ser que sea de piedra, esta noche caerá rendido a tus pies —aseveró mientras asentía, convencida de que así sería, ante el gesto de incredulidad de su amiga, quien dejó aquel comentario sin respuesta. No quería seguir rondando siempre el mismo asunto.

—No creo que sea para tanto, querida —le aseguró Heather al tiempo que bajaba la mirada hacia el vestido antes de volverse hacia el espejo y contemplarse en él una vez más.

—Lo que tú digas. Pero yo procuraría cubrirme ese escote, se supone que somos dos inocentes damas —apreció Kitty con una sonrisa bastante significativa mientras arqueaba las cejas.

Heather puso los ojos en blanco y se dio los últimos retoques en el pelo sin hacer caso a su amiga.

* * *

Cuando las dos mujeres llegaron al camarote del capitán, el hombre de guardia las anunció al resto de los invitados.

Montgomery creyó estar viviendo un sueño, porque sin lugar a dudas la aparición de la señorita Heather Brooke en aquel vestido rojo con ribetes negros, con un recogido que dejaba libres algunos rizos sobre el rostro, acababa de pararle el corazón. No podía creer el deseo que le recorría el cuerpo al contemplarla. Se olvidó por completo de la conversación que estaba compartiendo con el capitán y se levantó ante la presencia de ambas damas. Se sujetó con fuerza al respaldo de la silla para mantener la compostura. ¿Quién diablos era aquella mujer?, se preguntó de nuevo mientras dirigía la mirada hacia Kitty, quien, al igual que su amiga, estaba deslumbrante, pero no tanto como Heather. ¿O tal vez fuera impresión suya? Lo que sí quedaba claro era que Derrick, que permanecía junto a él, había contenido la respiración al verlas.

McGowan se acercó a ellas y, tras darles un beso en la mano, las condujo a sus respectivos asientos en la mesa, mientras los allí presentes permanecían de pie, a la espera de que ellas se acomodaran.

Montgomery desvió la atención hacia el capitán y los dos mandos sentados a la mesa para no sucumbir a los encantos de aquella mujer, pero al hacerlo comprendió que no era el único al que la visión de ambas lo había afectado.

—Caballeros —murmuró la señorita Brooke con cierta timidez mientras dedicaba a todos un vistazo, hasta que, en una segunda pasada, se demoró, como cabía esperar, en el rostro de Montgomery. Él le devolvió la mirada con una mezcla de curiosidad e intriga. Sin duda había conseguido dejarlo sin palabras ni capacidad de reacción, lo intuía—. Le agradezco la invitación, capitán.

—Era lo menos que podía hacer, dado que son las únicas mujeres que hay a bordo. No sería de buena educación dejarlas comer algo a solas en su triste camarote.

Ascroft sonrió con disimulo en tanto centraba la atención en el capitán. Sentarse justo delante de la señorita Brooke lo obligaba a mirarla cada cierto tiempo.

—No cabe duda de que su travesía hasta Port Royal es de admirar —le confesó el segundo al mando, sentado a la izquierda de la joven.

Montgomery aprovechó aquel momento en que ella conversaba con el oficial para observarla con cierta atención. Era una mujer bonita, con instrucción y buenas maneras. Lo que volvía a llamarle la atención era que ambas viajaran sin una doncella o una carabina que las protegiera. Solo estaba ese sirviente, al que había visto entremezclarse con la tripulación. Todo aquello era algo extraño y volvía a conducir sus pensamientos a la relación de las muchachas con *La Bella Helena*. Claro que, por otra parte, si él pensaba en la manera en que ella parecía habersele insinuado tanto en la fiesta en su casa como esa misma mañana en el camarote, tal vez no necesitaran ninguna protección. La opción de que ambas fueran mujeres de mala vida volvió a deslizarse por la mente del caballero.

—Bueno, gracias, pero es necesario hacerlo si queremos asentarnos allí.

La cena comenzó a servirse mientras los invitados charlaban de manera apacible. El capitán McGowan tomó su copa de vino y, tras levantarse con ella en la mano, propuso brindar por el rey.

—¡Por el rey! ¡Por Jacobo Estuardo!

Todos lo siguieron en el brindis, incluidas las dos mujeres, que no vacilaron un instante. Heather no despegó los ojos de Montgomery mientras ambos bebían de sus respectivos vasos y pudo sentir la curiosidad en la mirada de él y el calor que se expandía por su propio cuerpo. Tal sensación la obligó a apartar la vista.

—¿Qué opinión le merecen los últimos acontecimientos en Inglaterra, señorita Brooke? —La pregunta del capitán despertó el interés en Montgomery, quien hasta ese instante no había escuchado el punto de vista de la joven, o al menos no recordaba haber hablado de ese asunto con ella.

—Sin duda el clima de incertidumbre generado por la futura llegada del príncipe Orange no es nada bueno. Entiendo que anglicanos y protestantes se han unido para derrocar a un monarca católico, ¿me equivoco? —preguntó, y luego paseó la mirada por los rostros de los comensales para descubrir sus opiniones y en especial la de lord Ascroft.

—Podría resumirse de tal manera. Aunque no es menos cierto que los dos partidos políticos, los *tories* y los *whigs*, también parecen haber llegado a un acuerdo para nombrar rey al yerno del actual monarca. Aluden que Inglaterra lleva demasiados años bajo el mando de los Estuardo — señaló el segundo al mando, el oficial Trellis.

—¿Tanto tiempo? —preguntó ella con el ceño fruncido, en clara señal de sorpresa por ese comentario.

—Es ridículo que esa teoría sea la causa por la que han derrocado a Jacobo —comentó el capitán, algo confuso e incluso ofuscado por esa perspectiva.

—Es la casa real británica por excelencia desde que el hijo de María Estuardo se sentó en el trono. Y ahora pretenden instaurar una monarquía extranjera —señaló Heather con total naturalidad—. ¿Qué opinión le merece, lord Ascroft?

Estaba esperando que ella se dirigiera a él para hacerle cualquier pregunta o apreciación al respecto del tema, por lo que no lo sorprendió y se enfrentó a la mirada de la joven con total naturalidad. Se dijo a sí mismo que aquel par de ojos que lo contemplaban de manera fija no lo afectaban.

—No soy un político como para comprender lo que sucede en Londres. Mi campo de acción ha sido siempre el mar.

—Como cazador de piratas —añadió la señorita Brooke con toda intención, con la mirada entornada hacia él, mientras sentía un leve golpe del pie de Kitty contra el propio, como si le estuviera advirtiendo algo—. Pero tendrá una opinión al respecto, imagino.

Él asintió sin poder ocultar una sonrisa.

—Tiene razón, señorita, no voy a negar algo que he llevado a cabo durante gran parte de mi vida. En cuanto a su pregunta, admito que toda esta situación afectará en gran medida no solo a Inglaterra, sino a Irlanda y a Escocia.

—¿También? —preguntó McGowan, sorprendido por esa suposición.

—Al parecer una revuelta por parte de los seguidores de Jacobo Estuardo se está fraguando en las Tierras Altas escocesas.

—¿Pretenden iniciar una rebelión? —El oficial Trellis parecía preocupado por las noticias.

—Eso intenta Claverhouse. Al parecer está reuniendo a los clanes escoceses para dar batalla a las tropas inglesas.

—¿Crees que llegará a consumarse?

—No me cabe la menor duda. El levantamiento está en marcha, caballeros... y damas. — Montgomery hizo una leve inclinación con la cabeza hacia las muchachas.

Heather no perdió detalle de aquel gesto, ni tampoco de sus palabras. Desconocía que la revuelta estuviera tan cerca. De todos modos, a ellas dos les daba igual lo que sucediera. Regresarían a casa después de haber encontrado al sujeto que habían ido a buscar a Londres. Solo quedaba cumplir lo prometido, pero eso por el momento le parecía algo complicado. No había previsto encontrarse con un hombre como él.

—¿Supone esto que regresará al servicio activo, lord Ascroft? Le escuché decir que lo había dejado la otra noche en su casa. —Heather dirigió la vista hacia él con toda intención.

—Sí, dejé el Almirantazgo hace unos meses y no creo que vuelva. De hecho este viaje es para buscar fortuna en el Nuevo Mundo.

—Sin embargo, todavía quedan piratas que surcan las aguas del Caribe. Piense que esos maleantes podrían pasarse al bando del príncipe Guillermo de Orange.

Montgomery emitió un sonido gutural de asentimiento.

—Sí, todavía hay capitanes que navegan a sus anchas por las costas del Caribe, pero comprenderá que ya no es mi labor apresarlos. Espero que no luchen bajo la bandera de Orange —confesó con un ligero temor por esa posibilidad. La había considerado en una ocasión, pero la había dejado de lado por creerla imposible: los corsarios luchaban por el oro, no por un ideal político.

—Lo que sugiere la señorita Brooke no es descabellado, aunque no creo que lo hagan —opinó McGowan—. Es más, creo que, en el caso de desencadenarse una confrontación, se producirá en suelo inglés o escocés, no en el mar.

—Pero los navegantes podrían acudir con sus buques a la costa inglesa y desembarcar para unirse a las tropas de Guillermo de Orange, o bien atacar las posiciones en el litoral escocés —apuntó la propia Heather Brooke para sorpresa de los presentes.

—Confiemos en que eso no suceda. —Montgomery cerró la mano en un puño al imaginar durante un segundo que lo que ella suponía fuera cierto. Sería el final de los Estuardo y de su propia carrera en el Almirantazgo y en cualquier estamento político o militar.

—Debemos aguardar al cambio de monarca —se aventuró a expresar el capitán McGowan—. Hasta que el príncipe Guillermo de Orange no tome asiento en el trono, no sabremos cuál será su posición con respecto a la piratería, señorita Brooke. Pero no creo que corran peligro alguno en su hacienda de Port Royal, si es eso lo que le preocupa.

—No, pero ¿quién sabe qué puede suceder en alta mar? ¿Y quién puede asegurar que no ataquen Port Royal? —Heather Brooke lanzó la pregunta a los invitados al tiempo que ella tomaba una copa de vino y bebía. No perdió de vista la mueca de desconcierto —o tal vez de desaprobación— de Montgomery.

—Por lo pronto confiemos en que los piratas nos dejen llegar a Port Royal sin ningún contratiempo —apuntó el capitán.

—Ustedes dos son amigas, ¿verdad? ¿Desde cuándo se conocen? —preguntó el oficial Trellis al hacer un gesto hacia las mujeres.

—Oh, desde que éramos niñas, ¿verdad, Heather? —Kitty fue la primera en responder al ver que su amiga permanecía pensativa, con la mirada fija en lord Ascroft—. Lo cierto es que nuestras madres eran ya grandes amigas, pero con el tiempo se separaron. Mi familia se marchó a Irlanda, por lo que Heather y yo perdimos contacto. Hasta hace poco, que el azar nos reunió de nuevo.

—¿Y ha decidido acompañarla a Port Royal? —preguntó Derrick, que intervenía en la conversación por primera vez, sin apartar la mirada de Kitty. La encontraba intrigante a la vez que atractiva.

—Fui yo quien la invitó a venir conmigo, si no tenía mejores planes, claro está —intervino Heather, que miraba a Derrick por primera vez desde que se había sentado a la mesa. De esa manera apartaría la atención de Montgomery aunque fuera durante unos segundos.

—¿Cómo es posible que realicen tal viaje sin una dama de compañía? Es todo un atrevimiento por su parte, si me permiten —apuntó el capitán sin dejar de observarlas.

—Sí, es algo extraño, pero la cuestión es bastante sencilla: casi toda mi familia reside hoy en día en Port Royal, la pobre Kitty está sola en el mundo y nuestra anfitriona en Londres está algo mayor para hacer este viaje. Solo nos acompaña un sirviente para protegernos si nos encontramos con algún peligro.

—Con todo, es arriesgado lo que están haciendo —reiteró Trellis, que contemplaba a la señorita Brooke con curiosidad.

—Bueno, contamos con la ayuda de ustedes si la situación se pusiera difícil, ¿no es cierto, caballeros? —preguntó con una dulce y cautivadora sonrisa que provocó un coro de carcajadas.

Montgomery entrecerró los ojos sin dejar de mirarla. Sí, sabía ganarse a la gente con una sonrisa afable y unas palabras acertadas, pero estaba seguro de que ella no necesitaría la ayuda ni la protección de ningún hombre. Cada minuto que la observaba y la escuchaba, más se convencía de que esa dama formaba parte de un grupo selecto de mujeres que no había conocido antes; jóvenes independientes, fuertes de carácter y de espíritu, que parecían dominar la situación con solvencia. Poseía un toque diferente que lo tenía atrapado sin escapatoria.

La cena prosiguió hasta que Montgomery se excusó para salir a tomar aire antes de acostarse. Necesitaba ordenar los pensamientos en torno a lo dicho y escuchado durante la velada. Al mismo tiempo, las dos mujeres se disculparon ante todos ellos para retirarse a dormir. El día había sido largo y ajetreado.

—Ve tú, yo voy a hacer compañía a mi querido lord Ascroft —le dijo Heather a su amiga.

—¿Sigues empeñada en meterte en la boca del lobo? —Kitty no podía salir del asombro en cuanto al comportamiento de la otra, pero sabía que, por mucho que lo intentara, no conseguiría hacerla cambiar de parecer, al menos por el momento. Ya vería qué sucedería más adelante, cuando llegara la hora de la verdad y Heather Brooke volviera a ser ella misma. Esperaba que todo ese juego no le afectara el corazón ni que terminara por ablandarse.

* * *

La noche desplegaba un manto oscuro sobre el mar, lo que lo teñía de tonos azules y verdes con reflejos plateados debido a la luz de la luna creciente. El vaivén de la nave y el sonido de las olas al romper contra la quilla podrían haber adormecido a cualquiera en ese momento, excepto a Montgomery, que permanecía inclinado sobre la borda, con los antebrazos apoyados sobre la madera y las manos entrelazadas al frente. Tenía el semblante serio y taciturno, sin lograr apartar de su mente a la endiablada señorita Brooke. ¿Qué clase de locura era aquella a la que parecía someterlo el destino? ¿Por qué demonios la había puesto en su camino? ¿Acaso tenía algún fin? Se pasó la mano por el rostro como si ese gesto pudiera despejar sus pensamientos.

El frufú producido por el roce de la tela de un vestido al caminar captó su atención, mucho más después de escuchar algunas murmuraciones y silbidos provenientes de los pocos hombres que había sobre la cubierta, a la espera del relevo.

Ascroft volvió el rostro y lanzó una mirada por encima del hombro derecho para cerciorarse de la identidad de quien producía aquel dulce sonido. Los brillantes ojos de Heather se clavaron en él de manera directa, refulgentes como dos estrellas. La tez de la señorita Brooke parecía más pálida y más suave con el reflejo de la luz de la luna que caía sobre ella; su escote palpitaba de acuerdo con la cadencia de la respiración, lo que captó la atención del caballero pese a no querer ser descarado al dirigir la vista hacia aquella parte de la anatomía de la joven. Una sonrisa

traviesa le bailaba en los labios con cada paso que la acercaba a la borda. Él la contempló mientras ella se despojaba de los alfileres y las horquillas con los que se había recogido el pelo. En pocos segundos, las preciosas ondas quedaron libres para caerle sobre el rostro y acariciarle los hombros de manera ligera.

Él se quedó sin capacidad de reacción. Ella se asemejaba a las sirenas de la mitología clásica, que engañaban a los marineros con sus dulces voces para conducirlos hacia un trágico final.

Uno de los navegantes comenzó a tocar una tonada con un acordeón mientras otro lo acompañaba con una mandolina.

La suave melodía acariciaba los oídos de Heather y parecía mecerla de igual modo que las olas lo hacían con la embarcación. Durante un instante cerró los ojos y se dejó llevar por la música, el ligero viento nocturno, el olor a sal procedente del mar...

—Hay una noche perfecta para dormir sobre la cubierta.

—No se lo aconsejo después de las miradas, los comentarios y los silbidos que le han dedicado los hombres aquí —le refirió él en un tono jocoso.

—¿Dejaría que me pusieran la mano encima? ¿Un caballero como usted? —ironizó ella con una sonrisa endiablada.

—Señorita Brooke, estoy en clara desventaja, son cinco a uno. No creo que pudiera con todos aunque me lo propusiera.

—No puedo creer que diga eso.

—¿Por qué?, si se puede saber.

—Usted, que es un valiente y temerario cazador de piratas, ¿no podría hacer frente a cinco marineros desarmados? —El tono irónico y zalamero de ella, acompañado de una mirada bastante significativa, obligó a Montgomery a hacer un esfuerzo para mantener la cordura.

—Creo que me estima en demasía.

—En ese caso, ¿me dejaría a mi suerte? —Ella arqueó una ceja con toda intención y lo miró de reojo.

—Le convendría no tentarla. ¿Por qué no se ha retirado a descansar? Su amiga, la señorita Kitty, ¿ya se ha ido?

—¿Acaso pretende acompañarla, lord Ascroft? —Había un toque cínico y travieso en el rostro de ella que Montgomery no pasó por alto.

—Nada más lejos de la realidad. No tengo el más ligero interés en su amiga. Creo habérselo dicho en una ocasión. Ni en ninguna otra mujer, de hecho —precisó para dejar claras sus intenciones.

Heather Brooke sonrió primero y luego se mordisqueó el labio con gesto pensativo.

—Entonces, ¿no lo espera ninguna mujer en Port Royal?

—No —respondió él de manera resuelta y directa, con la atención fija en el rostro de ella y en lo cerca que parecía estar del propio. ¿Acaso se había aproximado más a él?, se preguntó mientras trataba de mantener una distancia prudencial entre ellos.

Ya le había costado bastante resistirse a ella en el camarote, cuando la puerta se había abierto de golpe y él había tenido que sujetarla. Recordar ese curvilíneo cuerpo bajo sus manos hizo que se tensara un momento. Sería mejor pensar en la misión que lo ocupaba en lugar de en aquella mujer.

—Supongo que se ha dedicado en cuerpo y alma a la Marina y se ha olvidado de buscarse una esposa —adivinó con cierto reproche tras volver el rostro hacia el horizonte. Le gustaba hacerse la misteriosa y la desinteresada con él. Sentía la mirada de Ascroft pendiente de ella y podía percibir cómo la acariciaba con la vista, desde el cuello a la clavícula para descender después por el escote.

—Lo que yo haya hecho con mi vida... No creo que sea de su interés, señorita Brooke —le aseguró después de meditar la respuesta.

—Cierto. Pero reconozca que tengo razón. Según he escuchado contar a la gente que lo conoce, se ha pasado media vida como navegante en pos de los capitanes piratas.

—Entienda que mi trabajo me obligaba a permanecer largas temporadas lejos de mi casa. ¿Qué mujer estaría dispuesta a compartir su vida conmigo, con un hombre que vive en el mar la mitad de los días con los que cuenta el año?

Montgomery levantó un poco la voz, llevado por los demonios que ella provocaba en él. Tener al lado a una mujer tan hermosa y fascinante como ella y no poderla tocar... Oh, no, no lo haría. Era una joven que, en cuanto se estableciera en Port Royal, tendría un montón de pretendientes entre los que elegir, de manera que más le valía dejarla en paz en ese sentido.

—Una mujer que amara al mar tanto como a usted —le contestó, con la mirada fija en la de él, mientras el pecho se le agitaba bajo el corpiño sin ser consciente de todo lo que ello podría suponer.

—Un barco no es lugar para una dama.

—No estoy segura de compartir su opinión. Creo que una joven puede adecuarse a la vida en un navío de igual manera que un hombre.

—¿Y qué haría en medio de un combate, de una tormenta o de una galerna? El océano es tan hermoso como traidor.

“Al igual que podría llegar a serlo usted”, se dijo para mantenerse en alerta con ella. Montgomery se quedó en silencio durante unos segundos. Sacudió la cabeza y decidió ser él quien pasara al ataque para indagar sobre la vida de ella.

—¿Qué me dice de usted? ¿Espera encontrar un marido en Port Royal? Cuento con ello una vez que los caballeros solteros se enteren de su presencia en la isla. Y con una hacienda por dirigir, no le faltarán pretendientes, estoy seguro. ¿O tal vez ya tenga un matrimonio concertado a su llegada a la isla? —Frunció el ceño con un toque de celos. Deseaba besarla y estrecharla contra él primero para después despojarla de esos ropajes y descubrir el cuerpo que ocultaban.

Heather permanecía con la mirada perdida en el horizonte, donde el cielo y el mar parecían unirse, aunque no fuera cierto; nunca lo harían. Parecía una perfecta analogía de lo que sucedía con sus respectivos destinos. Volvió la cabeza con lentitud hacia él y se quedó contemplándolo con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué debería buscar un esposo?

—Porque es lo más habitual —le explicó él sin comprender el reparo de ella ni hacia dónde se dirigía esa conversación.

—Lo habitual —repitió ella en un susurro—. Ya entiendo, considera que, por ser dos mujeres quienes van a Port Royal a establecerse, no podremos valernos por nosotras mismas para sacar la hacienda adelante. ¿Es eso lo que me está queriendo decir? —La burla y la ironía volvieron a hacer acto de presencia en la mirada y el tono de ella.

—No es cuestión de que puedan dirigir o no el lugar junto a las personas más calificadas.

—Exacto, usted lo ha dicho.

—¿No desea formar una familia?, ¿un esposo?, ¿niños, tal vez? Tenga en cuenta lo que acabo de referirle antes: en cuanto los solteros de Port Royal se enteren de la presencia de usted y de la señorita Kitty, acudirán como moscas a la miel.

—¿Usted también? —Ella arqueó una ceja con toda suspicacia, consciente de que él no le estaba destinado bajo ningún concepto. Si él llegara a conocer su verdadera identidad... Y aunque era un hombre apuesto, por el que cualquier mujer suspiraría, para ella no era posible. Pero hasta entonces, hasta que todo saliera a la luz, ella se dedicaría a divertirse un poco con él. ¿Qué daño podría hacerle si ambos sabían que nunca entregarían el corazón al otro?

—¿Yo? —Montgomery se alertó ante aquella proposición. Ella no podía estar hablando en serio, solo pretendía burlarse de él—. No tengo intención de casarme, señorita Brooke, ya se lo he referido antes.

—Puede llamarme Heather. Después de todo, entre nosotros ya hay cierta confianza —le susurró al tiempo que apretaba el cuerpo contra el de él y entreabría los labios a la espera, tal vez, de que él los reclamara. Apoyó las manos sobre los antebrazos de Ascroft y elevó la vista.

Él sentía la ligera opresión de las manos de ella en los antebrazos, pero lo que más le preocupó fue saber que ella daba la impresión de estar dispuesta a dejarse besar por él; o al menos eso deducía por la manera en la que se le había acercado, con el rostro levantado mirándolo fijo. ¿Qué locura la había poseído? ¿Aquella muchacha no era consciente de lo que estaba haciendo? La contempló humedecerse los labios primero y luego entreabrirlos para tomar aire.

—Heather, no estaría en mis cabales si la besara.

—¿Qué puede importarme su juicio en este momento? Ambos sabemos que no estamos destinados a caminar juntos, que somos como el mar y el cielo, que nos separaremos en cuanto lleguemos a Port Royal —le mintió, a sabiendas de que eso no sucedería. Pero no pensaba hacerlo partícipe de lo que estaba por llegar.

—Si lo tiene tan asumido, ¿por qué me incita a besarla?

—Porque he percibido tu deseo de hacerlo desde la noche en la que coincidimos en tu casa. Y hoy, cuando me has sujetado entre tus brazos en mi camarote, no era preocupación por mi bienestar lo que percibí —le confesó en tanto lo tuteaba por primera vez, decidida a mostrarse franca e incluso descarada.

Montgomery la miró sorprendido. Sin duda alguna ella tenía toda la razón. Había deseado besarla desde la noche en la que la había visto. Esa misma mañana, cuando las circunstancias lo habían empujado a rodearla con los brazos para que no tropezara y cayera al suelo, se había dado cuenta de que aquella mujer podría ser su perdición si no se apartaba a tiempo. ¿Acaso era ya demasiado tarde?

—Tal vez tengas razón, pero ¿qué ganaríamos con ello? —Él la había sujetado por los brazos de manera casual. Sentía la piel de ella, suave y fría debido al ligero viento que se había levantado del mar y al descenso de la temperatura.

—Sentir que nuestros deseos se cumplen —le susurró mientras se acercaba más y levantaba el mentón para que él la besara de una vez.

Montgomery se inclinó de manera lenta y calculada sobre ella, le posó una mano en la mejilla y sintió el calor de ese rostro encendido. Tal vez se debiera al vino, o tal vez al descarado que mostraba con él; no lo sabía, ni le interesaba en lo más mínimo. Estaba a un paso de vender el alma al mismísimo diablo, pero él todavía no era consciente de ello.

Tanteó los labios de la joven en un roce ligero en un principio, para probar hasta dónde estaba dispuesta ella a llegar, si aquello era un mero juego de seducción o algo más. Ella le había dejado claro que sus caminos no terminarían uniéndose y tenía toda la razón del mundo. Ninguno de los dos parecía dispuesto a ir más allá un mero beso. No iba a llevarla a su camarote ni se dejaría arrastrar por ella hasta el lecho. No tenía la intención de complicarse la vida, ni con ella, ni con otra mujer. Pero, desde que la había conocido, sentía el anhelo de besarla aunque fuera una vez. No había conseguido apartar de la mente esta idea, que se hacía más acuciante cada vez que coincidían. Y entonces por fin tenía la oportunidad. Una ocasión idílica, con la luna en lo alto de un cielo despejado, la ligera brisa procedente del mar que los arropaba y la dulce tonada que tocaba el grupo de marineros mientras ellos seguían en lo suyo.

Heather Brooke se dejó llevar en un principio por el ritmo que él le marcaba: un beso suave, delicado y lento que consiguió encenderla sin que se lo esperara. Entreabrió los labios para que él los humedeciera con esa lengua. Ella se volvió juguetona y se atrevió a tomar el labio inferior de él entre los propios para succionarlo y mordisquearlo. Gimió y apretó el cuerpo contra el de él en respuesta al mayor empuje que experimentaba hasta que decidió que era el momento de apartarse antes de que el beso se convirtiera en algo más íntimo.

Se miraron a los ojos como si ambos buscaran una respuesta a lo sucedido o tal vez a lo que ocurriría a partir de ese momento.

Heather sentía el pulso palparle en sus sienes mientras el corazón le latía con el mismo ritmo de los disparos de las baterías de artillería: acompasado y sin intervalos. Se humedeció los labios y apartó la vista de él. Experimentaba algo así como una repentina bofetada de calor en el rostro. Se volvió hacia la borda para contemplar el mar como si esperara que el viento que procedía del océano le templara los nervios hasta calmarle la agitación. Cerró los ojos y la mente a cualquier tontería que se le pudiera ocurrir. No había sido lo que ella esperaba. ¡Maldita fuera! El beso y las tenues caricias de las manos de él en sus brazos la habían empujado a una marejada de sensaciones que no esperaba experimentar por alguien como él, una persona a quien odiaba y había jurado matar.

—¿Te preocupa algo, Heather?

La pregunta de él la obligó a sacudir la cabeza, pero no pudo evitar el escalofrío que le recorrió el cuerpo cuando lo escuchó llamarla por su nombre, lejos del trato social. Ella se dio vuelta, con la respiración contenida en todo momento. La mirada de él parecía ahondar en sus más recónditos pensamientos. No le hacía ni pizca de gracia que la sola presencia de aquel caballero le agitara el pecho. De repente tenía la impresión de que no volvería a ser la misma después de esa noche.

—No temas, no voy a pedirte que vengas conmigo a Port Royal solo porque me hayas besado —le dijo en un tono irónico tras recomponer el gesto. Sin embargo, ella era consciente de que estaba algo conmovida.

—No lo esperaba, ya que por lo general las mujeres no hacen esas cosas.

—Por lo general... Tienes razón.

“El problema es que yo no soy la dama que tú crees”, se dijo en tanto trataba de volver a mostrarse fría e indiferente con respecto a todo lo que estaba sucediendo. Si desde un primer momento debería haberse apartado de él por lo que representaba, en ese instante le urgía la imperiosa necesidad de hacerlo.

—Es mejor que me retire. Kitty estará sola y... se estará preguntando por qué tardo tanto.

—Te acompaño.

—No, no hace falta que seas tan galante. —Lo retuvo al apoyar una mano en el pecho de él para que no avanzara ni un paso más. No sabía lo que podía traer la noche, y ella no estaba tan loca como para entregarse por un capricho.

—Como gustes. —Se inclinó de manera leve a modo de despedida y la contempló dirigirse hacia el camarote mientras los sujetos que hacían guardia parecían ajenos a lo que había sucedido entre ellos. “Mejor”, pensó él. De ese modo se ahorrarían las habladurías.

Heather se dirigió hacia sus aposentos envuelta en una especie de bruma de pensamientos contradictorios y sentimientos enfrentados a los que no lograba encontrarle una explicación. Había dejado que él la besara porque en el fondo ella lo había deseado, no cabía otro razonamiento posible. De manera que no había nada que reprocharse ni de lo que lamentarse.

Llamó varias veces a la puerta del camarote.

—Kitty, abre. Soy yo, Heather.

El sonido de pasos que se acercaban a la puerta la tranquilizó. Durante un momento se le pasó por la cabeza que la muchacha podría estar en compañía de Derrick, el amigo y ayuda de cámara de Montgomery, pero al instante descartó tal idea por inverosímil. Apenas se abrió la puerta, Heather entró como un huracán, lo que dejó a Kitty confundida y sorprendida. La miró con el ceño fruncido mientras cerraba tras ella y echaba todos los cerrojos para que a nadie se le ocurriera ingresar. Se apoyó contra la puerta y, con los brazos cruzados bajo los pechos, dirigió una mirada interrogadora a su compañera.

—¿Y bien?

Heather se movía por el camarote como si fuera una fiera enjaulada, con el semblante serio y las manos apoyadas en las caderas primero, antes de llevarse el pulgar a los labios. Estaba cabizbaja y malhumorada, cualquiera se daba cuenta. De repente, la señorita Brooke se detuvo y fijó la atención en Kitty. Se mordisqueó el labio y sacudió la cabeza.

—Me ha besado.

—Era lo que querías, ¿no?

—No, nada más lejos de mi intención. Quiero decir...

—En ese caso, ¿por qué has estado coqueteando con él desde que lo viste? —Kitty arqueó una ceja con suspicacia y frunció los labios en un mohín.

Sí, eso era lo que había estado haciendo desde que lo había visto. Había participado con él del peligroso juego de la seducción y se había arriesgado como si se encontrara en una partida de cartas en Tortuga con los demás capitanes: sin importarle la cantidad de monedas que pudiera perder, porque era consciente de que el dinero no era un problema para ella. Sin embargo no había esperado de Montgomery que le causara ese efecto, que no pudiera dejar de contemplarlo, de bailar con él o estar a su lado. También había sentido el deseo, no, la necesidad de que él la acariciara y, por último..., la besara.

—Está bien. ¿Y ahora? ¿Qué va a suceder? Supongo que nada extraño, puesto que me temo que lord Ascroft no tiene ninguna intención de quedarse a tu lado, ¿me equivoco? Y por otra parte, está tu cuenta pendiente con él.

Heather permanecía con la mirada perdida en el suelo del camarote, como si fuera ajena a los comentarios de su amiga. Entonces sacudió la cabeza para hacerle ver que la había escuchado.

—No, no te equivocas.

—En ese caso, todo aclarado. Ahora, si me disculpas, quiero dormir un poco antes de un nuevo día, que, por cierto, no sabemos qué nos deparará.

Heather siguió absorta en lo ocurrido. Recordó una vez más el beso que había compartido con él. De haber sabido el estado en el que iba a dejarla, no se le habría ocurrido hacerlo. Sentía la sangre hervirle en las venas y sospechaba que no sería capaz de dormir en ese estado, lo cual llamó la atención de Kitty.

—¿Hay algo que no me has contado? —le preguntó al incorporarse en la cama hasta dejar la espalda apoyada contra el cabecero.

—No, no, no ha sucedido nada más. Lo he dejado en la cubierta. No quería permanecer más tiempo con él.

—¿Por qué? ¿Acaso no te ha gustado la manera en la que te ha besado? —inquirió con una sonrisa burlona—. ¿O es lo contrario? ¿Tal vez lo has disfrutado demasiado y por eso has salido huyendo?

La risita socarrona de Kitty no ayudó a que los nervios de Heather se tranquilizaran, sino todo lo contrario. La señorita Brooke lanzó una mirada fría y bastante explícita a su compañera para que se callara.

—No es de tu incumbencia, no lo olvides.

—No, no lo olvido. Solo trataba de ser amable. Pero, si no quieres hablar... Buenas noches. — Hizo ademán de echarse a dormir, pero la voz de Heather la detuvo un segundo.

—Perdona, no tienes la culpa de mi estado de agitación. No tengo derecho a hablarte así, Kitty —le aseguró con una mirada más cálida.

—¿Qué ha sucedido? Nunca te he visto perder el control... Salvo en una ocasión —agregó al recordar aquel episodio en el que ella había tenido que salir en su defensa. De haberla dejado, aquel francés habría acabado muerto.

—Tienes razón. Nunca lo he perdido, pero esta noche, hace unos minutos... No debí llevar tan lejos mi capricho; no sin tener en cuenta cuáles podrían ser las consecuencias —le comentó mientras se sentaba en la cama de ella, con la mirada fija en el rostro de su amiga.

—Uno nunca sabe cuáles serán las consecuencias de sus actos. No debes preocuparte por eso ahora, dentro de unos días, volverás a ser la misma.

—Sí, estoy convencida de ello —asintió, y dejó que su propia mirada se perdiera en el vacío mientras en su interior no parecía alcanzar la calma que mostraba—. Dentro de unos días, cuando todo mi mundo regrese a la normalidad.

—¿Sigues pensando lo mismo de él ahora que lo conoces?

Heather inspiró hondo. Mentirle a su amiga y a sí misma no serviría de nada. Asegurarle que nada en ella había cambiado carecía de sentido. Por eso apretó los labios y, con una media sonrisa amarga, sacudió la cabeza de manera leve.

—Lo decidiré cuando el momento se presente. Ve a descansar, has dicho que tienes sueño. Buenas noches. Pero, antes, ayúdame con el vestido —le pidió al tiempo que se recogía el pelo para que Kitty pudiera desabotonarle la espalda.

Más tarde, Heather se acostó y esperó que el sueño la venciera de inmediato, pero no fue de ese modo. Todo por culpa de un beso. Se había mostrado atrevida y descarada porque seguía creyendo que él se echaría atrás en el último instante. Lo que no esperaba de ningún modo era que él la besara y que ese beso fuera como el disparo de artillería que hace zozobrar un navío.

* * *

Cuando Montgomery entró en su camarote, Derrick estaba todavía despierto. Al ver el semblante de su amigo, dedujo que nada bueno le había sucedido en compañía de aquella mujer.

—Pensé que estarías conversando todavía con el capitán y los demás —le dijo Montgomery en un intento por alejar el tema de conversación de la señorita Brooke.

—Lo cierto es que se han retirado temprano y no me ha quedado otra opción que venir aquí.

—¿Algún comentario que merezca la pena conocer?

—No, nada que destacar. ¿Y tú? ¿Qué tal te ha ido con la intrigante señorita Brooke?

El toque irónico, junto con aquella sonrisa de su amigo, aumentaron todavía más el enfado de Ascroft, que se sentó en una silla y dejó que su mirada vagara, como si buscara algo o a alguien. Estaba ofuscado consigo mismo por lo que había hecho, no podía creerlo ni perdonárselo. Inspiró hondo y enfocó la mirada en su amigo.

—Es sin duda una mujer... contradictoria. Hay algo en ella que no encaja del todo.

—¿No le has preguntado por su posible relación con el pirata Manston?

—No, hemos charlado de otros asuntos.

Montgomery quería dar la impresión de no darle importancia a todo aquello, pero no le iba a resultar tan sencillo. Se pasó la mano por el rostro en un intento por despejarse.

—¿Qué te sucede? ¿Hay algo que no me has dicho?

Relajó los hombros. Parecía un hombre abatido, resignado, y en cierto modo tal vez así fuera como se sentía.

—La he besado.

Derrick permaneció en silencio un tiempo en tanto asimilaba aquella noticia. Tal vez no fuera tan sorprendente después de todo si tenía en cuenta la relación que se había establecido entre la señorita Brooke y Montgomery, quien lo contemplaba a la espera de que respondiera algo. Pero, al comprobar que su ayuda de cámara no parecía dispuesto a hacerlo, fue él quien rompió la quietud.

—¿Por qué no dices nada?

—Porque no tengo nada que decir.

—¿Ni siquiera vas a reprochármelo? —El gesto de sorpresa de Montgomery no influyó para nada en Derrick, quien se limitó a negar con la cabeza—. ¿Me has entendido? ¿Me has escuchado bien?

Ascroft parecía algo desesperado y no sabía qué le ofendía más, si el silencio de su camarada o el desprecio que sentía por sí mismo por lo que había hecho.

—¿Qué esperas que te diga?

—¡Que soy una canalla por haber besado a una dama sin tener intención de cortejarla! ¡Que me he dejado llevar por el deseo que ella despierta en mí! —Montgomery gesticulaba con los brazos de manera ostentosa, nervioso, fuera de sí.

—Lo cierto es que ella parecía estar buscándolo —comentó Derrick, lo que captó la atención de Montgomery, quien abrió los ojos como platos al escuchar aquel comentario—. En cierto modo es así como yo lo considero. Creo recordar que ya estuviste a punto de besarla en la terraza de tu casa la noche que diste la fiesta de despedida.

—Sí. Pero no es excusa para que me haya dejado arrastrar por el deseo y...

—Tienes que ver el lado positivo. —Montgomery volvió a mostrar su asombro por el comentario—. No has ido más allá de un beso, y en breve te librarás de ella.

Ascroft frunció el ceño y emitió un gemido de protesta.

—Ya no sé qué diablos pensar.

—¿Sobre qué?

—Sobre si conseguiré escapar de ella —recalcó mientras contemplaba a Derrick y agitaba un dedo ante él.

—Lo harás en cuanto desembarquemos en Port Royal, salvo que tengas intención de visitar su hacienda. —El ayuda de cámara sonrió con ironía.

—No, no pienso hacerlo. Ya he tenido bastante.

—Desconozco la verdad acerca de relación entre ella y ese capitán Manston, pero, ¿y si la señorita Brooke pudiera conducirte hasta el hombre que dirige *La Bella Helena*? Tal vez deberías tener una conversación con ella sobre este asunto. Piénsalo, no es descabellado.

Montgomery tenía los brazos cruzados, con el mentón sobre una mano. Su mirada expresaba curiosidad. Sin duda el comentario de Derrick había despertado algo en él.

—Tendré que pensarlo. Pero no esta noche, ni mañana. Pretendo dormir un poco —le aseguró mientras se desvestía para tumbarse en una de las dos camas con las que contaba el camarote.

Derrick sonrió una vez más, pero no agregó nada. Por el momento su amigo tenía bastante en qué pensar con el lío de faldas en el que se había metido. La señorita Brooke lo mantendría entretenido hasta llegar a Port Royal y lo apartaría del verdadero cometido. Aunque, si fuera él, no sabría a quién temería más, si a ella o al capitán de *La Bella Helena*.

CAPÍTULO 5

El viento hinchaba las velas de *La Bella Helena* y hacía que surcara las aguas a gran velocidad. El mar se abría a su paso como un libro y formaba montañas de espuma cuando el agua golpeaba el casco. Los hombres estaban entregados a las maniobras que debían realizar sobre la cubierta, ninguno permanecía con los brazos cruzados ni se les pasaba por la cabeza hacerlo por temor a las represalias. Y eso que llevaban días de navegación sin su capitán. Pero esa era la máxima que se había impuesto a bordo desde que Heather se había hecho cargo de la embarcación. Había hombres en la arboladura y en las cubiertas inferiores que revisaban las piezas de artillería para tenerlas a punto para lo que se avecinaba.

Dos marinos miraban de manera fija el horizonte sin mediar palabra alguna. Parecían estar esperando algo, una señal. Uno de ellos, el que tenía un catalejo en las manos, chasqueó la lengua mientras se lo entregaba a su compañero.

—A esta distancia me parece poco probable que divisemos sus velas, Morgan.

—Tal vez sea un poco pronto, pero, según los cálculos, no deberíamos tardar en avistarlo. ¿Qué dice Flint? —le preguntó al tiempo que hacía un gesto hacia la cofa del palo mayor, donde el vigía oteaba el horizonte en busca de las velas del *Tesoro Real*.

—Todavía nada. De lo contrario, ya habría dado la voz de alarma.

—¿Es posible que nuestras conjeturas sean erróneas, Ross?

—No, imposible. Todo está medido al milímetro —le respondió con seguridad. Levantó la mirada hacia el vigía y, con sus manos alrededor de boca, lo llamó—: ¡Eh, muchacho! ¿Todavía nada?

—¡No!

—Tengamos paciencia. ¿Todo dispuesto en las cubiertas inferiores?

—Las baterías están limpias, engrasadas y listas para tronar si el capitán del *Tesoro Real* no se aviene a razones. Los hombres están ansiosos por tener un poco de acción.

—Hay que tener cuidado. No debemos olvidar que la capitana, la señorita Kitty y Snelgrid van a bordo.

—¿Acaso piensas que nuestros artilleros son novatos?, ¿que van a errar el tiro y matarlos? — preguntó Ross mientras los pulgares en su cinturón ancho de cuero y daba un paso hacia el otro hombre, con el que se encaró.

—¡Eh, allí! —gritó de repente Flint desde la cofa—. ¡Veo una vela!

Morgan extendió el catalejo y se lo llevó al ojo para comprobar la información del subalterno. Estaba todavía algo lejos, pero se distinguía la silueta de un navío.

—No puedo asegurar que sea el *Tesoro Real*, pero por si acaso estaremos preparados. ¡Hombres de *La Bella Helena*! ¡A la maniobra! ¡Artilleros, a sus puestos! Timonel, mantén el rumbo. Dejaremos que se acerquen —ordenó Morgan a viva voz para que todos los hombres lo escucharan.

—Confíemos en que se trate de nuestra capitana. No me gustaría perder el tiempo con una presa o tener que dejarlo seguir su rumbo —se lamentó Ross, que chasqueó la lengua al tiempo que se pasaba la mano por el mentón sin afeitado.

—Sí, a mí tampoco. No conviene entretenernos. Podríamos desviarnos del rumbo y de nuestro cometido.

* * *

Montgomery permanecía en cubierta con la mirada perdida en el vasto océano que se extendía ante ellos. Hacía días que evitaba la compañía de la señorita Brooke, al parecer con el beneplácito de ella misma, quien tampoco deseaba enredarse en un romance. Anhelaba que avistaran tierra para desembarcar y olvidarse de ella de una vez por todas. Se centraría en el verdadero motivo por el que había embarcado rumbo al Nuevo Mundo.

¿Por qué diablos se había dejado arrastrar por el deseo de besarla? ¿Por qué no se había contenido y la había apartado? ¡Maldita fuera, se suponía que él era un caballero! ¡No iba besando a las jóvenes damas casaderas como si fueran simples tabernerías! Lo que más le encendía la rabia era el hecho de que no se había detenido porque había esperado el momento de besarla desde el instante en el que habían bailado en su casa. Había sido entonces cuando se había fijado mejor en ella; luego el carisma y la manera de actuar de aquella mujer, que no se asemejaba a nada que hubiera conocido antes, lo habían cautivado.

—¿Te preocupa algo?

La voz de Derrick lo sobresaltó. Montgomery no pretendía darle más importancia, ya que, una vez que el barco llegara a Port Royal, cada uno emprendería su camino y no volverían a verse. Él, por lo pronto, buscaría la manera de zarpar hacia la isla de Tortuga lo antes posible. No quería pasar demasiado tiempo en la misma ciudad en la que ella se asentaría. Apostaba a que no aguardaría ni un segundo para invitarlo a su hacienda, y entonces la situación se le podría ir de las manos.

—La relativa calma que se respira. Pero al mismo tiempo no estoy a gusto.

—Ahora mismo debemos de estar entrando o estar ya incluso en aguas peligrosas —le comentó Derrick con las cejas alzadas.

—Ya se me ha pasado por la cabeza ese hecho.

—A lo mejor no nos topamos con ningún barco pirata.

—Sería una gran suerte, no lo dudes.

—¿Por qué el rey Jacobo no ofreció en su momento las patentes de corso a los capitanes? Si lo hubiera hecho, habrían luchado por él al enterarse de que ha sido depuesto del trono.

—Yo también he llegado a cuestionármelo. El rey quería limpiar estas aguas de piratas sin pararse a pensar en ningún momento en que, al cabo del tiempo, podría necesitarlos.

—No te han dejado una situación agradable, ¿eh?

—Convencerlos no va a resultar sencillo, en especial al ser yo el que exponga el ofrecimiento.

—Confiemos en que entren en razón y naveguen con la bandera de la casa Estuardo. Claro que, por otra parte, no necesitan esas patentes para seguir con sus correrías por el Caribe.

—Así es. De todos modos, lo único que pueden hacer es atraer a los barcos de la Armada para presentar batalla en alta mar, o tal vez navegar hasta las costas británicas y desembarcar para unirse a Claverhouse. Esa podía ser una buena idea.

—¿Piratas luchando en tierra? —Derrick frunció el ceño y miró a su amigo sin poder creer que eso pudiera favorecer a Claverhouse—. Dime, ¿qué tal con la señorita Brooke? No los he vuelto a ver juntos.

Montgomery asintió con los labios apretados en señal de preocupación. Derrick tenía razón al respecto de que no habían vuelto a estar juntos. Iba a responderle cuando el aviso del vigía los alertó.

—¡Una vela en el horizonte!

Aquel grito tensó el cuerpo de Montgomery, quien de inmediato apoyó las manos sobre la borda y escudriñó el horizonte. No hizo falta que se esforzara demasiado para divisar el navío de tres palos que surcaba aquellas aguas.

—Ahí están. Mucho me temo que no lograremos escapar —aseguró con los dientes apretados y las manos cerradas en puños.

—Deberías hablar con el capitán.

—No hace falta, aquí estoy. He escuchado la advertencia del vigía. Montgomery, ¿qué opinas? —le preguntó al tiempo que le tendía el catalejo para que pudiera tener una visión más cercana y nítida del buque.

—Está algo lejos todavía, pero parece un barco grande. Navega a toda vela. Al parecer tiene prisa por algo.

—¿Tal vez por alcanzar la costa? Podría tratarse de un mercante que teme ser interceptado en estas aguas —sugirió McGowan.

—No sabemos si son amigos o enemigos —le aseguró Montgomery tras entregarle de vuelta el aparato.

—¿Podría estar escapando? O tal vez nos haya confundido con corsarios, como apunta el capitán —dijo Derrick para intentar quitar peso al asunto.

—No lo sé, pero haríamos bien en prepararnos por si son piratas.

—Está bien. Diré a los hombres que estén alerta. Estas aguas son peligrosas, y no me sorprendería lo más mínimo que ese barco fuera el de algún capitán de Tortuga. Sería conveniente también avisar a las damas. —McGowan se quedó mirando a Montgomery, a la espera de que se ofreciera voluntario para hacerlo.

—¿Por qué no lo haces tú mismo? —le sugirió con un gesto del mentón en dirección al sitio donde ambas muchachas en ese momento salían a cubierta, sin duda alertadas por el alboroto que se había armado.

Los hombres se movían de un sitio a otro con celeridad y destreza, según contempló Heather mientras caminaba hacia del lugar donde estaban reunidos Montgomery y el capitán.

Cuando Ascroft la vio aparecer, tuvo la sensación de que los intentos por olvidarse de ella eran agua pasada. Con el pelo suelto y el cuello del vestido a medio abotonar, mientras la tela se le ceñía al cuerpo como una segunda piel, sintió cómo aquella imagen le despertaba el deseo. Y eso que en ese instante había algo más importante en que pensar. Debía cavilar cómo protegerlas ante una posible batalla naval.

—¿Qué sucede, capitán? Los hombres corren por todas partes como si los persiguiera el diablo —comentó Heather, que lo observaba con gesto contrariado.

—Señorita, acabamos de avistar un barco.

—¿Un barco? —preguntó algo excitada por la situación en tanto sentía que el pulso se le aceleraba.

—Sí.

—¿Piratas?

—No lo sabemos todavía. Les ruego que...

—¿Piensa presentar batalla?

—Es algo prematuro. Tal vez pasen de largo.

—Pero, ¿y si no lo hacen?

—Señorita Brooke, le convendría quedarse encerrada en su camarote por las dudas —intervino Montgomery, que captó la atención de ella en ese preciso instante—. Desconocemos si son amigos o enemigos, pero hasta entonces les aconsejo que obedezcan.

Ella pareció retarlo con la mirada al quedarse contemplándolo como si estuviera esperando a que él dijera algo más. Pero, cuando se percató de que no lo haría, prosiguió con el interrogatorio.

—¿Lo dice por si nos atacan?

—Exacto. Desconocemos si son piratas ingleses o corsarios franceses u holandeses, tal vez, pero de lo que estoy seguro es de que no nos dejarán tranquilos. Insisto en mi consejo de que permanezcan encerradas en sus aposentos hasta que alguien vaya a buscarlas. Con un poco de suerte, podríamos eludirlos —le dijo al señalar hacia la forma de un barco con las velas desplegadas al viento que acortaba las distancias.

—Señorita Brooke, la cubierta de un navío en mitad de una batalla no es el lugar más apropiado para una dama —reiteró el capitán con gesto preocupado.

—De acuerdo. Permaneceremos en el camarote hasta que el señor Montgomery acuda a informarnos que ya no hay peligro. Vamos, Kitty —la apuró con una mirada para que la acompañara de regreso al interior de la embarcación mientras sonreía por lo bajo.

Los hombres las vieron alejarse y solo entonces volvieron a centrarse en el tema que los ocupaba.

—Será mejor que nos preparemos, amigo McGowan —le dijo Montgomery, y le palmeó el hombro—. No creo que nos libremos de una buena refriega en alta mar.

—Yo tampoco, pero no quería asustarlas —le aseguró sin despegar la vista del camino que las damas habían emprendido.

—Da igual. Es lo que hay. Preparémonos ya. Supongo que no entregarás el barco sin presentar batalla —alentó en tono irónico.

—Un escocés jamás se rinde. ¡Por el rey Jacobo, caballeros! —exclamó, y se descubrió la cabeza para después volverse a poner el sombrero.

—¡Por el rey! —repitió Montgomery antes de estrecharle la mano—. Derrick, echaba de menos estos momentos.

—Lo imagino. Tú estás hecho para perseguir piratas, no muchachitas casaderas —le aseguró con una sonrisa mientras hacía un gesto hacia el camarote donde en ese momento Heather Brooke y Kitty permanecían encerradas.

—Será mejor que nos preparemos para lo peor. No vaya a ser que ese barco nos tome desprevenidos.

* * *

Kitty se retorció las manos en un gesto de incertidumbre, ansiosa por saber qué sucedía sobre la cubierta del *Tesoro Real*. De vez en cuando, lanzaba miradas a su amiga Heather, quien parecía bastante más relajada, sentada en la cama, con la espalda apoyada contra el cabecero y un semblante pensativo.

—¿Será *La Bella Helena*?

Heather desvió la atención hacia Kitty y le sostuvo la mirada.

—Tal vez. Poco importa. Nosotras debemos seguir con el plan trazado.

—¿Sigues pensando lo mismo? —Kitty entornó los ojos hacia ella a la espera de que tal vez se echara atrás en el último momento.

—¿Piensas que un beso puede cambiar lo que siento por Montgomery Ascroft? —Arqueó una ceja con suspicacia para acompañar a esa pregunta pronunciada en un tono frío y sereno como el mar.

El ruido de pasos en la cubierta superior, así como en las inferiores, dieron a entender a ambas mujeres que la tripulación del *Tesoro Real* se aprestaba para el ataque.

—Parece que hay movimiento en las piezas de artillería —supuso Heather, y bajó de la cama para asomarse por la ventana del camarote.

—Si es *La Bella Helena* o no, lo sabremos pronto —le aseguró Kitty con una sonrisa irónica y sin apartar la mirada de su amiga, a quien no creía capaz de llevar a cabo su venganza.

* * *

Montgomery se movía rápido por la cubierta, presa de un estado de agitación que no había conocido antes. Ni él mismo se reconocía en ese preciso momento, en el que la batalla se cernía sobre el navío en el que viajaba.

—¿Qué diablos te sucede? Pareces un grumete recién salido de la academia que espera nervioso la batalla. Ni siquiera sabemos si la habrá —le comentó Derrick, que se situó al lado de él.

—Presiento que así será. En estas aguas no es sencillo viajar sin tropezarte con algún capitán de Tortuga.

—Pero no tienen por qué ser piratas. Puede tratarse de un navío mercante, como el nuestro.

—Por el bien de todos, espero que tengas razón —le aseguró con la mano cerrada alrededor de la empuñadura de su sable y la mirada fija en el buque que se acercaba—. Pero el hecho de que venga directo hacia nosotros me da qué pensar. ¿Te has fijado? Han soltado todo el velamen para aprovechar el viento a su favor y ganar velocidad. Si miras con detenimiento, te darás cuenta de que no se trata de un mercante. Observa su artillería —le indicó tras entregarle un catalejo— y dime cuántas piezas divisas.

—He contado veinticinco.

—Eso solo en uno de sus costados. ¿Te parece un número normal para un mercante? —inquirió al recoger el artefacto de manos de su amigo.

* * *

A bordo de *La Bella Helena*, el ritmo de trabajo era frenético. Los artilleros habían cebado las piezas para ser disparadas a la señal y habían esparcido arena sobre la cubierta para no resbalar con la sangre de los heridos. Los hombres permanecían agazapados, con las mechas listas para encenderlas cuando se lo ordenaran.

—Un disparo de aviso. Espero que sea suficiente para que no se metan en problemas —aseguró Morgan, que observaba la maniobra del navío a través de su propio catalejo—. Parece que se mueven mucho sobre la cubierta.

—Esperan que atacemos —sugirió Bartholomew, jefe de artilleros, mientras se balanceaba sobre los tacones de sus botas con los pulgares metidos en el cinturón de cuero.

—Pues no los hagamos esperar. ¡Disparen un solo cañón, muchachos! Pero con cuidado. No queremos lastimar a la capitana —ordenó Morgan sin soltar el catalejo, para así poder ver la reacción del barco inglés.

—¡Como ordenes, Morgan! —acató Bartholomew—. Vamos, dejen que este hable —dijo al posarla mano sobre el frío hierro del cañón, que no tardaría en calentarse hasta ponerse al rojo vivo.

El sonido del disparo produjo diversos efectos en las cubiertas de ambas embarcaciones. Morgan observó las consecuencias en la cubierta del *Tesoro Real* a través del catalejo.

* * *

Montgomery no se inmutó cuando escuchó el disparo de aviso procedente del otro navío, sino que se limitó a asentir.

—No sé por qué no me sorprende.

—¿Qué haremos? —La pregunta del capitán McGowan tensó los músculos de Ascroft.

—Llevamos mujeres a bordo —apuntó Derrick—. Si caen en sus manos... —No se atrevió a continuar.

—¿Sugiere que respondamos a su disparo? —inquirió McGowan, alertado.

—Si no hubiera mujeres aquí, le diría que los atacáramos —comenzó a explicar Montgomery con los dientes apretados por la rabia que experimentaba en ese preciso instante. Tenía las manos cerradas en puños, con los nudillos pálidos—. Pero en este caso no es lo más sensato.

—¿Y la carga? Hay una gran cantidad de oro y plata en las bodegas enviada en nombre del nuevo monarca: Guillermo de Orange —le recordó el capitán—. Perderemos el barco, el cargamento y a las mujeres.

—Tal vez si les entregamos el dinero, nos dejen ir junto con las dos damas —se aventuró a decir Derrick al ver que la situación podía pasar de tensa a calma—. ¿Qué nos importa Guillermo de Orange, si aquí todos somos leales a los Estuardo?

* * *

En el interior del camarote, Heather y Kitty permanecían expectantes ante el desarrollo de los acontecimientos. Se habían asomado a la ventana para ver si podían vislumbrar algo más que el amplio mar. Habían escuchado el sonido de un disparo de cañón hacía unos minutos, y todavía no había habido respuesta de parte del *Tesoro Real*.

—¿Crees que contestarán a la provocación? —preguntó Kitty, ávida por presenciar el devenir de los sucesos.

Heather entrecerró los ojos y frunció los labios en tanto consideraba las dos posibilidades que se abrían ante ellas.

—Tanto si deciden responder al disparo de advertencia como si no, en ambos casos, tienen las de perder. Apuesto a que el gentil lord Ascroft se debate en este preciso instante entre sus dos opciones. Solo que tiene un grave problema. —Heather batió las pestañas como alas de mariposa.

—Nosotras —se aventuró a completar Kitty con naturalidad.

—No lo veo capaz de arriesgar nuestras vidas. ¿Y tú?

El sonido de un segundo cañonazo puso en alerta a las dos jóvenes. ¿Sería capaz lord Ascroft de efectuar un contraataque?

* * *

El trasiego en la cubierta del *Tesoro Real* había aumentado desde que el capitán McGowan había decidido responder al disparo de aviso procedente de *La Bella Helena*, cuyo nombre habían leído en el casco del barco.

—Sé que es una locura, pero, si consiguiera hablar con su capitán para exponerle la situación... —comentó Montgomery con los puños apretados por la impotencia y la rabia que sentía.

—No importa qué le digas, ahora mismo somos una presa fácil para él. Tal vez, si no te mata, puedas explicarle después —le sugirió Derrick, que contemplaba a su amigo con gesto preocupado.

* * *

A bordo de *La Bella Helena*, los hombres aguardaban con expectación las órdenes del segundo al mando. Morgan chasqueó la lengua decepcionado porque la cuestión no se había podido resolver de manera pacífica.

—Míralo por el lado bueno —le comentó Ross.

—¿Cuál es?

—Tendremos un poco de acción, que nunca viene mal.

Morgan apartó al pirata para situarse de pie en el castillo de popa, desde donde todos los tripulantes lo podían ver.

—Hombres de *La Bella Helena*, no olviden quién viaja en ese navío. Disparen a los mástiles y a las velas, no queremos herir a nuestra capitana. Preparen las mechas y embistan en línea a intervalos cortos. Tal vez, si ven que vamos en serio, lo piensen dos veces antes de responder a nuestro fuego. Que los hombres se preparen para el abordaje, Ross.

* * *

Montgomery esperó con paciencia la respuesta de los contrincantes, que no tardó mucho tiempo en llegar. El atronador sonido de los cañones al acometer en línea contra ellos hizo que pensara que las puertas del infierno se estaban abriendo. Pronto, una lluvia de finas y cortantes astillas, cuerdas y parte del velamen cayó sobre la cubierta e hirió a algunos hombres.

—¡Nos va a salir cara la afrenta! —gritó el capitán cuando la detonaciones cesado y el desastre se cernía sobre ellos—. Si les damos tiempo a que recarguen, nos borrarán del mapa.

—Pues entonces dé la orden de disparar. No tenemos otra salida, ya —le gritó Montgomery, que trataba de hacerse entender por encima del ruido, los lamentos y el humo de la pólvora, que se esparcía como una neblina espesa.

Pero, antes de que los cañones del *Tesoro Real* hablaran, una segunda andanada procedente de *La Bella Helena* volvió a provocar un desperfecto en la arboladura, en los obenques y en infinidad de cabos.

—¡Fuego, maldita sea! —reclamó Montgomery al ver al capitán McGowan caído sobre la cubierta con un hilo de sangre que manaba de su cabeza. Había sido alcanzado por una parte de la arboladura, al igual que otros hombres que yacían a su lado sin vida.

La artillería del *Tesoro Real* se hizo escuchar y causó algunos daños en el buque pirata, que se acercaba, dispuesto a abordarlos.

Montgomery desenvainó la espada con una mano mientras en la otra sostenía una pistola, con la cual apuntó hacia la horda de corsarios que, jaleados por Morgan, vociferaban y esgrimían armas y ganchos.

—¡Lancen los arpeos! —gritó aquel antes de dar la orden de iniciar el abordaje. Una infinidad de cabos surcaron el aire para engarzarse en la borda, en las jarcias e incluso en la mano de alguno de los hombres del barco mercante, que trataba por todos los medios de cortar la cuerda sujeta al garfio.

En el interior del camarote, Heather y Kitty escuchaban el sonido de los disparos, el ruido del acero al entrecuchar y los gritos de los hombres. De repente el olor a pólvora impregnó el ambiente al filtrarse por la ventana abierta de la habitación.

—¿Crees que tardarán mucho en venir a buscarnos? —preguntó Kitty con la mirada fija en su compañera.

—Supongo que unos minutos. No creo que la lucha se demore demasiado.

Por encima de sus cabezas, en la cubierta, dos hombres se batían con honor y pundonor a sabiendas de que tenían las de perder. A Montgomery y Derrick solo le quedaban espadas para mantener a raya a los enemigos, y el cansancio comenzaba a hacer mella en ellos, que sentían los brazos pesados. En uno de los varios lances que disputaban, Montgomery perdió el sable y se vio con la punta del de un pirata contra el pecho.

—Exijo hablar con su capitán —vociferó con gesto serio y con las manos en alto en señal de rendición. Tenía la mirada fija en aquel hombre, cuyo rostro dejó ver una media sonrisa irónica.

Tenían órdenes de no acabar con la vida de aquellos que se rindieran, solo por eso Montgomery seguía respirando.

El combate cesó cuando la tripulación del *Tesoro Real* comprendió que toda resistencia era estéril ante el empuje de los bucaneros.

Morgan se abrió paso hasta quedar frente a Ascroft y entrecerró los ojos mientras le dirigía una mirada de cierta curiosidad. Se rascó el mentón sin afeitarse y por último cruzó los brazos sobre el amplio pecho.

—¿Es usted el capitán del *Tesoro Real*?

—No. ¿Y usted? ¿Es quien comanda *La Bella Helena*? —inquirió al tiempo que realizaba un gesto con el mentón en dirección a él.

Morgan sacudió la cabeza.

—No, solo soy el segundo al mando.

—Entonces, dígame quién es o lléveme ante él. Es vital que hable con él.

Morgan sonrió con ironía, sin inmutarse por la urgencia de aquel inglés.

—¿Para qué busca a mi capitán? ¿Para rogar por su vida?

—Traigo cartas desde Londres firmadas por el rey Jacobo.

Durante unos segundos el silencio inundó la cubierta. Los hombres permanecían expectantes ante aquella conversación.

—Más bien querrá decir el anterior rey, ya que es Guillermo de Orange quien ahora se sienta en el trono —lo corrigió, no sin sorna, Morgan—. No nos interesan sus papeles. ¿Dónde está el oro que transportan a Port Royal? Eso sí que es de utilidad. Hable ahora y tal vez el capitán se muestre indulgente con usted.

—No tengo idea del contenido de este navío —mintió para tratar de ganar tiempo y obligar al capitán de *La Bella Helena* a mostrarse.

—Está bien. De todos ustedes, ¿quién está al mando? —preguntó en tanto pasaba la mirada por el grupo de prisioneros que habían sido reducidos contra la borda.

Ninguno parecía saberlo. Se contemplaron entre ellos durante unos segundos hasta que la paciencia de Morgan pareció terminarse.

—Si no me lo dicen, empezaré a colgarlos de los...

—Está muerto —soltó Montgomery, lo que captó la atención del pirata, que arqueó una ceja a la espera de una explicación.

—¿Muerto? ¿Dónde? —consultó tras encararse con él, con los puños sobre las caderas, mientras su espada se movía contra su pierna.

—Está ahí. —Montgomery hizo un gesto con el mentón hacia el lugar que ocupaba el cuerpo sin vida del capitán McGowan.

Ross volvió la mirada hacia el lugar indicado. Frunció los labios, chasqueó la lengua y sonrió.

—Podría tratarse de un truco.

—Podría, pero no lo es. Conozco al capitán McGowan hace años. Navegué con él...

—Sí, cuando apresaba piratas para llevarlos ante el verdugo —lo interrumpió Morgan, que extrajo la pistola que llevaba sujeta a un costado por un ancho fajín y con la que apuntó a Montgomery—. Debería pegarle un tiro por lo que hizo con muchos de esos valientes capitanes.

—Las órdenes se cumplen, no se discuten —le rebatió sin apartar los ojos de aquel rostro apergaminado y bronceado por el sol.

—¡Busquen el oro, muchachos! —ordenó a los hombres, que de inmediato se dirigieron hacia las cubiertas inferiores—. ¿Viaja alguien más en este navío?

Montgomery recordó la presencia de las dos mujeres que permanecían encerradas en el camarote y que debían de adivinar lo que había sucedido. Lanzó una mirada rápida a Derrick, quien asintió y cerró los ojos un segundo, apesadumbrado al pensar lo que podría sucederles a ambas. Pero no tenían forma de escapar.

Un golpe seco en la puerta del camarote alertó a las dos ocupantes, que se miraron entre ellas justo antes de que la puerta se abriera y varios hombres entraran en el reducido espacio. Ambos sonrieron y asintieron al verlas.

El sonido de voces femeninas que emitían protestas y chillidos alertó a Montgomery y Derrick, quienes desviaron la atención del segundo al mando de *La Bella Helena* y, al ver a las dos muchachas, intentaron zafarse de sus captores.

—¡Vaya, miren lo que tenemos aquí! —exclamó Morgan con una amplia sonrisa—. Dos jóvenes damas. Siento molestarlas, señoritas, pero este barco ha cambiado de capitán.

—No se atrevan a ponerles una mano encima —masculló Montgomery con los dientes apretados y los músculos en tensión. Lanzó una mirada hacia las mujeres, pero para su sorpresa el semblante de ellas había cambiado de rabia y conmoción a una extraña calma. Sin duda el temor las había paralizado, pensó él.

Heather Brooke sonrió agradecida por el gesto de Ascroft. Nunca un hombre la había defendido de tal modo pese a que la situación estuviera en clara desventaja para él. Recordó el comentario de la noche en la que la había besado, cuando estaban en desventaja con respecto a los cinco marineros que cantaban sobre la cubierta. Ella le había pedido que la protegiera llegado el caso, y él se había mostrado algo reticente. Sabía que no se lo había dicho en serio. Montgomery era de la clase de hombres que no vacilan en arriesgar su propia vida por salvar a una dama. El corazón le dio un vuelco tan inesperado y poderoso que ella no supo ni quiso interpretarlo.

—No está en una posición para pedirme nada —le recordó Morgan.

—Se muestra muy valiente con una mujer desarmada. ¡Exijo ver a su capitán! ¿Dónde se encuentra? —insistió mientras paseaba la mirada por los rostros curtidos de aquellos hombres.

Heather sonrió. Lo cierto era que le agradaba aquel hombre por quien se suponía que debía sentir solo desprecio por lo que había hecho en el pasado. En cambio, tenía una sensación muy diferente. Intercambió un vistazo con él y percibió que en verdad estaba preocupado por el bienestar de ella. De poder hacerlo, él mismo se batiría en duelo con Morgan.

—Le agradezco su valor y su gesto, lord Ascroft, pero ya va a ver que no son necesarios —intervino la muchacha.

—¿Por qué dice eso? Estamos rodeados de piratas —exclamó con expresión desesperada mientras recorría con la mirada los rostros de los allí reunidos como si buscara una cara amiga. Pero lo que no esperaba en cualquier caso era contemplar a la señorita Brooke reírse a carcajadas de las que se hicieron eco el resto de los hombres sobre la cubierta.

Montgomery pensó que lo estaba imaginando. La contempló en busca de respuestas y luego se dirigió a Derrick, pero su amigo se limitó a sacudir la cabeza y a encogerse de hombros. ¿Qué demonios estaba sucediendo allí? ¿Aquello que ya había sospechado, que no quería aceptar?

La señorita Brooke caminó con paso elegante hacia el segundo al mando de *La Bella Helena* sin apartar la vista de Ascroft.

—¿Se ha vuelto loca? ¡Quédese donde está! —le ordenó Montgomery, que se agitaba bajo las manos de sus captores, quienes lo sujetaban a la espera de nuevas órdenes.

Ella le lanzó una mirada cargada de curiosidad y luego sonrió divertida.

—Lord Ascroft, agradezco su preocupación, pero no debe temer por mí, ya se lo he dicho.

—Pero... —No podía dar crédito a lo que estaba viviendo. Quería despertar cuanto antes de aquel extraño sueño. Sí, debía de estar durmiendo en su casa de Londres. Nada de aquello estaba sucediendo en realidad. Y cuando contempló a la señorita Brooke cerrar la mano en torno a la

empuñadura de la espada del segundo al mando de *La Bella Helena* para sacarla con agilidad y destreza de la vaina para esgrimirla ante él, creyó que se estaba volviendo loco. ¿Quién diablos era ella? ¿Qué estaba pasando?

—Y ahora, Montgomery, permíteme que me presente como es debido —le dijo tuteándolo como si fueran viejos camaradas.

Se quedó a escasos pasos de él, con la mirada suspendida en la de Ascroft y un remolino de emociones en el pecho. El corazón le latía más y más deprisa a cada paso que la acercaba a aquel hombre al que había jurado colgar del palo mayor. Pero algo dentro de ella se lo impedía. ¿Se debía a la manera en la que la había sostenido entre sus brazos y la había besado? ¿Era ese el motivo? ¿O tal vez la forma en que la había tratado? Con delicadeza, con exquisita devoción, algo que ella no había conocido antes y que le agradaba pese a venir de él. Se inclinó ante él y se recogió el vestido entre las puntas de los dedos al tiempo que dejaba a la vista el escote para que no lo olvidara. No había soltado la espada todavía.

—¿Soy la señorita Heather Brooke? —Parpadeó como si de una damisela en apuros se tratara, lo que lo sedujo sin escapatoria, sin importar lo que él pensara de ella en ese momento. Ya la había besado y acomodado entre sus brazos, ya conocía la clase de mujer que era. ¿Qué más le daba lo que pensara de ella?

—No es quien afirma... —murmuró con la boca seca al confirmar el engaño. Pero lo que más le impactó fue el recuerdo del beso que ella le había reclamado y que él no había tenido reparo en darle la otra noche—. ¿Quién diablos es usted, mujer?

—No soy lo que tú has visto. Ni lo que te imaginas, ¿verdad? —Heather Brooke frunció los labios en un mohín tentador que hizo hervir la sangre del caballero.

—Un buen disfraz, no cabe duda —ironizó al sentirse engañado por ella—. Qué fácil le ha resultado engañarme como a un vulgar primerizo.

—No creas. No ha sido nada sencillo permanecer cerca de ti sin acabar contigo.

Heather se envaró ante él como había hecho la noche en la que él la había besado: desafiante, orgullosa, ganadora de aquella partida. Pero el comentario de él al confesarle que se sentía traicionado le había dolido más de lo que esperaba.

—Pues ¿quién podría negarlo? Admito que has tenido ocasiones para hundirme una daga entre las costillas. Y ahora, dime, ¿qué te impide hacerlo? —Montgomery se mostró atrevido y retador pese a estar en clara desventaja.

Heather entrecerró los ojos sin apartarlos de él ni un ápice. Apretó los dientes y cerró los dedos alrededor de la empuñadura de la espada hasta sentir el dolor en la palma de su mano. No, no iba a acabar con él allí y en ese momento. No sabía si podría hacerlo. Se dedicó a esbozar una sonrisa entre la timidez, la melancolía y la amargura. Era consciente de que se había convertido en

el centro de atención de todos los presentes y de que alguno podría pensar que ella se estaba volviendo débil. Pero pocos se atreverían a concebir esa posibilidad, la mayoría de ellos la conocían bien y sabían que su palabra se había vuelto ley en el Caribe y que los demás se plegaban a ella.

—No suelo matar a mis enemigos a traición.

—¿Es una advertencia?

—El día que decida acabar contigo, serás el primero en saberlo.

Montgomery comprendió que ella no iba a acabar con él todavía, con lo cual tenía tiempo para pensar. Pero antes debería conocer el resto de la historia de aquella mujer.

—Supongo que ella tampoco es quien dice ser —comentó al hacer un gesto con el mentón hacia Kitty, quien permanecía en segundo plano y observaba el avance de la situación sin mover un solo músculo.

—Es una muy buena amiga, una tabernera de Tortuga a quien arranqué de las garras de un corsario francés que la había acusado de ladrona e iba a hacerle un corte en la mejilla. El que se llevó él después de todo. Ahora me guarda rencor y ha jurado acabar conmigo —contó Heather con una sonrisa ladina mientras agachaba la cabeza y el cabello le ocultaba el rostro un momento. Cuando levantó la mirada, Montgomery pudo vislumbrar el brillo de sus ojos tras los mechones morenos.

—De manera que así nació su amistad —murmuró Montgomery y asintió mientras dejaba escapar un quejido—. ¿Pertencen a la tripulación de *La Bella Helena*? ¿Qué relación tienen con estos hombres?

—Me gustaría seguir charlando contigo, pero ahora nos ocupa otro asunto. Veamos qué hay en estos cofres. —Miró a Ross y señaló con la espada hacia los dos bultos.

El asunto del oro había quedado en un segundo plano al descubrirse la verdadera identidad de ella. Heather Brooke no había querido romper el mágico hechizo en el que se habían quedado sumidos Montgomery y su amigo Derrick. Por nada del mundo se habría perdido las caras que habían puesto, ni siquiera por la cantidad de monedas de oro que en ese momento relucían en el fondo de los cofres recién abiertos.

—Una buena suma. Sin duda destinada al nuevo gobierno de Port Royal, ahora que habrá un nuevo rey en Londres. Lástima que su reinado comience con pérdidas —dijo con un mohín en los labios que, pese a la situación, Montgomery no pasó por alto y que le hizo desear besarla de nuevo.

El coro de risas de los piratas lo hizo volver en sí. ¿Deseaba tenerla entre sus brazos a pesar de haber descubierto que no era una damisela camino de Port Royal? ¿Qué había sido aquella farsa? ¿Y a quién le importaba quién era ella en ese momento?, se preguntaba Montgomery sin poder aplacar el deseo que le provocaba. Incluso creía que el sentimiento se había acrecentado al descubrir la verdadera naturaleza de la joven. Pero había una parte de él que sentía el orgullo herido. Ella había jugado con él y lo había engañado, lo cual no la dejaba en una situación muy favorable. Durante un momento, Ascroft había olvidado cuál era su cometido, la razón de su presencia allí. Por eso mismo dio un paso hacia ella bajo la atenta mirada de varios hombres que no vacilaron en apuntarle con sus pistolas.

—No sé qué clase de relación tiene con estos hombres, pero al parecer la respetan y obedecen. Me gustaría hablar con el capitán para tratar un asunto de vital importancia. Tengo una propuesta que hacerle —exigió Montgomery en un último intento por captar la atención de Heather.

Ella lo miró desconcertada por la conclusión a la que él había llegado. Sacudió la cabeza con una sonrisa que resultó deliciosa a ojos de él.

—Tienes razón, estos hombres me respetan y me obedecen. ¿Hablar con el capitán? —Lo contempló contrariada, frunció el ceño y entrecerró sus ojos—. Pero si lo llevas haciendo desde que nos conocimos, querido Montgomery —le reveló sin poder reprimir la satisfacción, que se hizo evidente en la forma de una sonrisa cínica.

—¿Qué...?

—Señor Snelgrid, condúzcalos a bordo del barco y trátelos bien, puesto que son mis más distinguidos huéspedes. Le avisaré para que lord Ascroft pase a verme por mi camarote cuando esté lista. Estaré encantada de recibirlo y de discutir con él e incluso contarle cómo me convertí en la capitana de *La Bella Helena* —ironizó con una mirada fría como el filo de la espada que todavía sostenía en la mano—. Carguen todo lo que haya de valor y abandonen el buque, señor Morgan —le ordenó con voz y gesto modulados.

—Sí, como guste —asintió él con una leve inclinación de cabeza en señal de respeto—. Ya han oído, en marcha. ¿Qué hacemos con los que se han rendido?

—Facilítenles el regreso a Inglaterra. Que tengan provisiones y que unos pocos hombres nuestros los ayuden a desprenderse de todo aquello que no les sirva. Aparejen la embarcación para que puedan navegar.

Tanto Montgomery como Derrick seguían sin poder creer lo que estaban presenciando. Pero, ¿cómo era posible? Aquellas dos muchachas eran en realidad... ¡la capitana de *La Bella Helena* y una tabernera de Tortuga! Montgomery sacudió la cabeza sin terminar de creerlo, pero, cuando se quedó clavado en la cubierta y la observó dar órdenes y dirigir a los hombres, no le quedó ninguna duda al respecto.

Heather Brooke abandonó el *Tesoro Real*. Durante un segundo cruzó una mirada con

Montgomery y percibió una mezcla de sorpresa, incredulidad y decepción. Lo contempló sacudir la cabeza sin poder dar crédito a todo aquello. Lo entendía, porque nadie en sus cabales podría imaginarla en esa posición. Ella decidió apartar la vista y concentrarse en otras tareas. Pese a ello, la imagen de la expresión de él se le había quedado grabada.

Montgomery y Derrick fueron alojados en un pequeño camarote a la espera de que Heather los llamara.

—Pueden comer y beber, ya han oído a la capitana.

Los dos hombres permanecieron en silencio mientras asimilaban su propia situación o al menos trataban de hacerlo. Pasearon por el reducido espacio sin abandonar el estupor que les había producido conocer la verdadera identidad de las dos mujeres.

Derrick fue el primero en sentarse sobre el camastro, mientras que Montgomery permanecía de pie y caminaba con la mirada fija en el suelo en clara señal de estar absorto en sus pensamientos.

—Ya tienes lo que querías, o mejor dicho lo que buscabas: encontraste al capitán de *La Bella Helena*. Solo que... ninguno contaba con este ligero contratiempo —le comentó Derrick al romper el silencio.

—Ni en mis peores pesadillas podría haberme imaginado algo parecido —murmuró con la mirada perdida en el vacío todavía—. ¿Quién podría haberlo adivinado? Incluso cuando nos enteramos de la coincidencia de los nombres entre el barco de Manston y el de ella, que se paseó en Londres delante nuestro con total impunidad.

—Y dice que estará encantada de charlar contigo. Creo que, después de todo, existe una relación entre ella y Manston. Estoy seguro de que ahora ha llegado el momento de preguntárselo.

—Sí, pienso lo mismo. Si en un primer momento tenía mis dudas y lo achacaba a una mera coincidencia, ahora ya no lo tengo tan claro. Pero, ¿qué diablos hacía en Londres, en los bailes, en las fiestas? —Montgomery sacudió la cabeza.

—Eso puedes planteárselo a ella cuando se reúnan en su camarote. Pero me temo que su objetivo quizás haya sido buscarte.

—¿A mí? ¿Por qué? ¿Para qué? —Montgomery encogió los hombros desconcertado.

—He estado dándole vueltas al asunto desde que el capitán McGowan y tú hablaron de ella y de Manston. Creo que, aparte de que pueda existir una relación entre ambos, también hay una conexión contigo.

—¿Por qué habría de existir un vínculo? ¿Te refieres al hecho de que yo envié a la horca a Manston? —preguntó Montgomery sin dejar de salir del asombro, en especial cuando contempló a Derrick asentir—. Pero, entonces, de acuerdo con lo que dices, lo que ella busca es una

satisfacción.

—Venganza. Creo que tu conversación con la señorita Heather... Oh, vaya, todavía sigo haciendo referencia a su condición social. Sería mejor referirnos a ella como... la capitana de *La Bella Helena*, ¿no crees?

—¿Ha viajado a Londres para encontrarme y cobrar venganza? Pero, ¿por qué? Yo solo cumplía con mi deber —protestó de manera enérgica, como si se estuviera defendiendo ante ella—. ¿Y por qué me ha estado seduciendo? ¿Por qué se entregó en el beso si lo que pretendía era todo lo contrario? Nada tiene sentido ya.

—Para lograr su objetivo: que te centraras en ella como mujer y no consideraras la posibilidad de su verdadera identidad fuera otra.

—Eso es absurdo. —Montgomery sacudió la mano para desechar esa posibilidad—. No la he considerado como quien es en realidad en ningún momento. ¿Cómo iba a pensar en ella como en una pirata? Lo único que se me había pasado por la cabeza era que ambas pudieran ser dos cortesanas en busca de un benefactor.

—Dime la verdad, ahora que ya sabes quién es ella y que has tenido tiempo para conocerla, ¿crees que aceptará la patente de corso del rey Jacobo para luchar en su favor y recuperar el trono?

Montgomery suspiró.

—Quién sabe qué se puede esperar del mismísimo diablo, amigo. —Se sentó con las manos sobre las rodillas y la cabeza gacha.

—Diablo o no, te recuerdo que la besaste —le señaló Derrick.

—Sí, la besé —resumió en tanto recordaba el preciso momento en que ella se había entregado a la pasión. Sí, debía descubrir su juego. Una mujer bonita como ella, sin ningún compromiso, ni una carabina... ¿En qué había pensado? Solo en lo atractiva que le parecía y en el deseo por besarla que despertaba en él cada vez que estaban juntos—. ¿Qué me dices de Kitty? Que sea una tabernera...

Derrick esbozó una media sonrisa llena de amargura y decepción.

—Sí, una tabernera de Tortuga a la que Heather salvó de un corsario francés.

—¿Habías considerado llegar a algo con ella?

—No. Me cae bien, pero... no es lo mismo que tú con Heather. Su compañía me era agradable, pero lo cierto es que nunca se me insinuó, ni dio muestras de estar interesada lo más mínimo en mí. En ese aspecto, estoy en mejor situación que tú.

—No te preocupes, *la capitana* —soltó con ironía— no significaba nada en su momento, menos ahora —dijo con un salto del camastro en el que estaba sentado, como si lo hubiera pinchado.

—Supongo que ya no tendrá interés en que la visites en Port Royal.

—Ahora lo que me preocupa es cómo demonios convencerla para que sirva al rey Jacobo.

—Ardua tarea.

—Sí. Si ya lo era antes de conocer a la capitana en persona, ahora... Estoy seguro de que se estará regocijando por su actuación y su triunfo. —Montgomery apretó los labios y sacudió la cabeza. Luego golpeó la pared del camarote con el puño en señal de rabia e impotencia. ¿Qué iba a hacer con ella?

CAPÍTULO 6

Heather se cambió de ropa en el camarote con la ayuda de Kitty. Llevaba demasiado tiempo con aquellos vestidos que le constreñían el cuerpo y le provocaban dificultades para respirar.

—¿Qué tienes que decir de la situación? —le preguntó a su amiga mientras terminaba de vestirse con unos pantalones sueltos de hilo y una camisa de fina seda de color turquesa. Buscó una botella de vino, la abrió y sirvió dos copas, una de las cuales le entregó a Kitty.

—Sin duda le has dado una sorpresa que tardará mucho tiempo en olvidar —le respondió al llevarse la bebida a los labios para mojarlos sin perder de vista a su amiga. Kitty contempló a Heather fruncir el ceño primero y los labios después, en claro síntoma de preocupación. No olvidaba que Montgomery Ascroft la había besado. Era el primer hombre al que había permitido acercarse más de la cuenta... y seguir respirando. Kitty incluso temía las posibles reacciones de Heather.

—No es eso lo que más me preocupa ahora.

—Lo imagino. Te estarás preguntando lo que vas a hacer con él, ¿me equivoco? —Kitty formó un arco de expectación con sus cejas sin apartar la mirada de Heather.

—Exacto.

—Como presiento que no vas a llevar a cabo tu venganza... —comenzó a conjeturar mientras sentía la mirada de curiosidad de su amiga fija en ella, en lo que tuviera que decir—. ¿No lo oíste antes, cuando le dijo a Morgan que traía despachos del rey Jacobo?

—¿Dijo eso?

Heather no había prestado atención a esas palabras porque en todo momento había estado pensando en la manera de resolver aquella situación. Debía reconocer que su amiga tenía cierta razón: por el momento no iba a cumplir con la venganza. Ella había dejado de ser consciente del motivo por el que había navegado hasta Londres para pasar alguna temporada, distraída por lord Ascroft. Pero no había tenido en cuenta lo que supondría conocerlo, ni mucho menos que, una vez que *La Bella Helena* abordara el *Tesoro Real*, todo quedaría a la luz; una parte de ella temía la repercusión en Montgomery. Le preocupaba lo que él pensara, pese a lo que en un principio había ideado hacerle.

—Yo lo escuché. Fue justo cuando la batalla cesó y se hizo el silencio. Lo dijo en voz alta, de manera clara y potente. Es raro que no lo hayas oído.

Heather se quedó pensativa, apoyada contra el borde de la mesa de madera maciza con las patas torneadas con la forma de un león. No había escuchado muchas cosas porque, en aquellos momentos de combate, ella pensaba en él y en que todo iba a resolverse. Los nervios la habían apresado y no había sido consciente de nada más, salvo de las consecuencias que tendría para ella que él descubriera la verdad. Torció el gesto e iba a responder cuando un golpe en la puerta del camarote hizo que levantara la mirada.

—Pase.

Morgan apareció en el umbral e inclinó la cabeza con respeto antes de dirigirse a Heather.

—Ya está todo cargado.

—¿Y los prisioneros? —Entornó la mirada hacia su hombre de confianza mientras sostenía la copa en una mano y cruzaba los brazos por debajo de sus pechos.

—A bordo del *Tesoro Real* con víveres suficientes para llegar a Inglaterra. Les he advertido de las consecuencias de dirigirse a Port Royal o a La Española: si llegamos a ver que varían el rumbo, iremos a buscarlos y no habrá cuartel.

Heather asintió. No le gustaba tratar mal a los derrotados en una batalla naval, no era partidaria de acabar con ellos a sangre fría. Se merecían una segunda oportunidad siempre y cuando la respetaran, como había comentado su subalterno.

—¿Lord Ascroft y su sirviente? —Heather trató de modular el timbre de voz y dominar la ansiedad que había despertado en ella. Deslizó el nudo que en ese momento le atenazaba la garganta hasta casi impedirle respirar.

—En un camarote, como usted ordenó.

Ella se mordisqueó el labio con gesto pensativo, bajó la mirada al suelo un segundo y la levantó para fijarla en el hombre al mando de su tripulación.

—¿Dijo algo de unos papeles del rey Jacobo? —preguntó al recordar el comentario de Kitty, a la que vigiló por el rabillo del ojo.

—Ah, sí. Aseguré que traía documentos firmados por el rey, a lo que le respondí que no tendrían valor alguno, ya que ha sido depuesto y en su lugar...

—Lo sé. No olvides que he estado en Londres durante las últimas semanas, estoy al tanto de lo que está sucediendo allí. Bien, puedes ir a buscarlo. Hablaré con él para ver qué quiere. —Apuró de un trago el vino que quedaba en la copa con el objetivo de templar la agitación que pensar en

Montgomery le había producido.

—Así lo haré. Y en cuanto al rumbo...

Heather pareció ausente unos segundos. ¿Qué esperaba conseguir con esos documentos de Jacobo Estuardo?, se preguntó mientras se mordisqueaba el labio.

—¿Capitana? —insistió Morgan al ver que no lo había escuchado.

—¿Qué más quieres?

—Le preguntaba por el rumbo que desea que tomemos.

—Ah... Port Royal. Quiero estar en casa unos días antes de tomar nuevos vientos. Ya veremos qué haremos. Además, necesito pensar en la situación de Inglaterra ahora que tiene un monarca nuevo y en cómo afectara mis intereses en el Nuevo Mundo. —Heather agitó la mano en el aire como si el tema no le importara demasiado en ese momento.

—De acuerdo. Le traeré al prisionero.

Cuando la puerta del camarote se cerró, Kitty fijó la mirada en su amiga.

—¿Papeles del rey Jacobo? ¿Qué trama? —cuestionó como si estuviera sola.

—Cualquier documento firmado por Jacobo carece ya de valor, no es el rey de Inglaterra. Pero no podemos pasar nada por alto. Debemos tener en cuenta en qué medida afectará nuestros intereses en Port Royal la llegada de Guillermo de Orange al trono. Ya se lo he comentado a Morgan —le aseguró Heather, que encogió los hombros sin darle mucho valor.

—Sí, es cierto. Puede decir lo que quiera, incluso traer una orden para enviarte a la horca, no le va a servir de mucho —expresó con una sonrisa traviesa—. ¿Crees que Montgomery haya embarcado para buscarte?

Heather levantó la mirada de los mapas que había sobre la mesa. Había centrado su atención en aquellos planos porque intuía que mantenerse ocupada le haría dejar de pensar en él, pero no pudo evitar levantar la vista hacia Kitty entonces. La interrogación le brilló en los ojos.

—¿Con qué motivo?

—Ya te lo he dicho: enviarte a la horca.

—No, no lo creo.

—Pregúntaselo cuando venga. Y dime, ¿estás considerando alojarlo en casa? Ya sé que es meterme donde nadie me llama.

—Es posible. Primero quiero escuchar lo que tiene que exponerme y después veré qué hacer. Pero sí puedo asegurarte desde este mismo instante que prefiero tenerlo cerca de mí. —Kitty dejó escapar un gemido de sorpresa, y los ojos se le llenaron de picardía—. De ese modo puedo vigilarlo. Si viene de parte de Jacobo, tal vez sea un espía que busca tenderme una trampa para llevarme al patíbulo. Claro que carecería de valor, dada la situación. De manera que escucharé lo que tiene que decirme.

Kitty sonrió con sagacidad, segura de que su amiga no iba a ejecutarlo porque sentía algo por él. Por ese motivo, la situación con lord Ascroft era más que interesante.

* * *

Derrick y Montgomery permanecían encerrados en un camarote de *La Bella Helena*. El ruido de carreras, golpes y voces en la cubierta les indicó que el navío iniciaba la singladura lejos del *Tesoro Real*, al que habían saqueado sin piedad, como cabía esperar. Al menos Montgomery confiaba en que la tripulación restante estuviera a salvo y pudiera emprender el camino de regreso a Inglaterra. La pregunta que lo inquietaba era solo una: ¿adónde se dirigían ellos?

Permanecía con la mirada fija en el vasto mar que podía observar a través de una de las pequeñas ventanas del cuarto elegante, distinguido y con un toque femenino.

Derrick estaba sentado en una silla, con las piernas cruzadas, al igual que los brazos, mientras contemplaba a su amigo con semblante taciturno.

—¿En qué diablos piensas?

Montgomery pareció no prestar atención a la pregunta porque no modificó el gesto ni un ápice durante unos segundos. Sin embargo, sí lo había escuchado y reflexionaba una respuesta.

—En demasiadas cosas, aunque solo hay dos que me preocupan en realidad. —Se volvió para contemplar con fijeza a Derrick—. ¿Adónde nos dirigimos? ¿Y qué piensa hacer con nosotros?

—Tal vez la primera sea más fácil de contestar: Tortuga, La Española, incluso no descartaría arribar en Port Royal.

—¿Port Royal? No, nada de eso. No creo que sea tan poco inteligente como para adentrarse en la base de la Armada británica en el Caribe.

—Es verdad, yo tampoco. Pero ten en cuenta que a estas horas debe de haber cierta confusión dado el cambio tan drástico de rey. Además, estoy seguro de que nadie allí conoce su verdadera identidad, por lo que podrá hacerse pasar por la misma dama que tú y yo conocimos en Londres.

Tenlo presente cuando llegue el momento.

—Aunque sea así, no creo que la señorita... —Montgomery se mordió la lengua cuando se percató del tratamiento que acababa de darle. Tomó aire y caminó por el espacio del camarote—. Dudo de que ella vaya a desembarcar en Port Royal. Según parece, sigues creyendo la historia que nos contó.

El toque de sorpresa e incredulidad por parte de Ascroft hizo que su ayuda de cámara se encogiera de hombros sin saber qué decir.

—¿Por qué no? Más bien creo que es así porque de ese modo puede hacerse pasar por una dama.

—¿Con qué fin? Porque yo todavía sigo preguntándome cuál es su juego.

—Para recibir noticias de las islas, de lo que sucede en Inglaterra o incluso en Escocia. Más ahora, con todo el alboroto provocado por la posible rebelión de los clanes escoceses en el norte de la mano de Claverhouse.

—Eso está por verse. Que se esté fraguando una revuelta en las Tierras Altas de Escocia a favor de los Estuardo no significa que vaya a salir adelante.

—Lo hará si es el vizconde Dundee quien la dirige. Es uno de los defensores más acérrimos de la casa Estuardo. Pero ¿qué haremos llegado el caso? Me refiero a si regresaremos para combatir bajo la bandera del legítimo rey —cuestionó Derrick.

—Estás dando por hecho que nuestra querida amiga, la señorita Brooke, nos dejará libres —ironizó Montgomery al tiempo que esbozaba una sonrisa sarcástica al pensar en ella como “señorita”.

—No sé qué valor podemos tener para ella. Eres tú quien más interés tienes en todo esto porque debes conseguir que acepte la petición que traes de Jacobo.

—Sí, ya lo sé, no la olvido.

—¿Entonces?

—Las cosas cambiaron. ¿Te parece poco el cambio que hemos presenciado en la cubierta del *Tesoro Real*? La señorita Heather Brooke, con toda su elegancia y distinción, ¡es una maldita pirata! Que, por cierto, confío en que haya tenido algo de compasión con la tripulación malherida y les haya permitido regresar a casa.

—Tal vez deberías ver el lado bueno después de todo.

Montgomery frunció el ceño mientras contemplaba a su amigo como si no creyera lo que acababa de expresar.

—¿El lado bueno? ¿De qué diablos hablas?

—Tal y como yo lo concibo..., el nuevo monarca no empieza su reinado con buen pie si tenemos en cuenta que acaba de perder la partida de presupuesto destinada a Port Royal, así como el nombramiento de un nuevo gobernador. Tu querida Heather acaba de echarle una mano a Jacobo Estuardo sin pretenderlo.

—No es “mi querida” nada, tenlo presente. Entre mis amistades no se encuentran los piratas — le dejó claro mientras la sangre parecía hervirle y el calor le invadía el rostro.

La puerta del recinto se abrió, lo que captó la atención de los dos caballeros. Morgan, el segundo al mando de *La Bella Helena*, entró con gesto fiero mientras aferraba con una mano la empuñadura de su espada.

—Sígame —ordenó mientras hacía un gesto con el mentón hacia Montgomery.

—¿Adónde?

—Ella lo espera en su camarote.

Ascroft inhaló y lanzó una mirada rápida a Derrick, como si le diera aviso de lo que podía sucederle. Caminó hacia la puerta en tanto Morgan se apartaba para dejarlo salir y miraba al ayuda de cámara.

—Usted espere aquí.

No tuvieron que ir demasiado lejos, solo hasta el final del pasillo. El pirata abrió la puerta e hizo un gesto con la cabeza a Montgomery para que entrara. Él lo observó con desconfianza antes de adentrarse en el lujoso y elegante camarote de la capitana de *La Bella Helena*. Recorrió con la mirada el amplio espacio, en el que no parecía que faltara nada, con enormes ventanales que llegaban hasta el suelo y que en ese preciso instante permanecían abiertos. Montgomery pudo contemplar la claridad que entraba. Ella no estaba allí, sino en un pequeño y refinado balconcillo que había en la parte posterior del navío. Sin embargo, él prefirió volver a la decoración del camarote en lugar de centrarse de manera exclusiva en ella. Una alfombra de llamativos colores cubría el suelo hasta el límite de la mesa y las sillas. La cama con la que contaba el cuarto estaba sin deshacer, de aspecto aristocrático y adornada con cojines de seda. En otro de los extremos, había un mueble repleto de libros, papeles, cartas náuticas y mapas. Él volvió la vista a la mesa para fijarse en el sextante, la brújula, el compás y demás utensilios que esperaban a ser usados para trazar la ruta sobre el mapa extendido. Había una botella y dos copas vacías con restos de lo que parecía ser vino.

—Espere. —Morgan le hizo una señal con la mano para que se detuviera mientras él caminaba hacia el ventanal y se detenía justo en el umbral—. Capitana, el inglés la aguarda.

Montgomery levantó las cejas con desmedido asombro cuando el pirata se refirió a él por su origen y no por el nombre. ¿Acaso él no era británico?, se preguntó en tanto inspeccionaba a aquel hombre prominente con pelo rojizo. Su fiero aspecto se veía acrecentado por la cicatriz que le surcaba el rostro desde el ojo hasta perderse bajo la espesa barba del mismo color que el cabello.

Heather permaneció en la misma postura en la que estaba cuando Montgomery había entrado en el camarote. Parecía como si no hubiera escuchado a su segundo llamarla e informarle de la presencia del cautivo. Le gustaba salir al balconcillo cuando tenía que templar los nervios o meditar con seriedad sobre algún asunto de vital importancia. Se giró hacia Morgan y asintió.

—Bien. Puedes retirarte.

Aquellas palabras, acompañadas de un movimiento de la mano, provocaron en el pirata un gesto de sorpresa. Morgan la contempló con los ojos entrecerrados mientras ella regresaba al interior del camarote y cerraba el ventanal. Esperaba una aclaración de parte de ella que no parecía que fuera a producirse. Fue entonces que carraspeó.

—Con su respeto, capitana, ¿en verdad quiere quedarse a solas con él?

Heather asintió.

—Ya lo he hecho en otras ocasiones y no ha pasado nada malo, ¿verdad, lord Ascroft?

Él asintió con parsimonia en tanto percibía cómo los ojos de ella ganaban una luminosidad producida tal vez por la diversión que le provocaba verlo rendido y, ¿por qué no decirlo?, burlado y humillado ante ella. Había perdido contra los encantos de aquella mujer. No había podido resistirse a besarla y, a partir de ese momento, todo había parecido saltar por los aires, como si se tratara de un barril de pólvora al que le acercaran el fuego de su deseo. Montgomery, lord Ascroft, era su prisionero, le gustase o no. Los hombres de la señorita Brooke habían abordado el *Tesoro Real* y lo habían vencido en justo combate. Por lo que él estaba a su merced. “El conocido azote de los capitanes de la isla Tortuga”, pensó sin poder ocultar una tímida sonrisa de regocijo.

Heather lanzó una mirada a Ascroft, cuyo rostro parecía esculpido en piedra.

—No se preocupe, Morgan. Mi intención con su capitana es muy distinta a la que está pensando. No tengo el más mínimo interés de acabar con su vida, créame. —Montgomery lo observó de soslayo al tiempo que sonreía, divertido por aquella situación. ¿Acaso pensaba aquel navegante que él aprovecharía el momento de quedarse a solas con ella para ajustar cuentas? Ganas no le faltaban, se dijo a sí mismo. Pero la necesitaba con vida para cumplir el propósito por el que estaba allí.

No se había concedido la licencia de pensar en ella y en cómo había cambiado hasta ese momento. Llevaba el cabello suelto, con mechones que le caían sobre los hombros desnudos, expuestos por una camisa de hilo que dejaba al descubierto también el nacimiento de sus pechos

debido a que no llevaba abrochados algunos botones. Había cambiado el vestido de gala por aquel atuendo que resaltaba su atractivo. Si en su momento él había imaginado aquel cuerpo femenino bajo las capas de tela propias de la vestimenta de una dama, ahora lo tenía expuesto ante él. Durante un instante Montgomery sintió la boca seca y se acrecentó su furia por verse en aquella situación. Debería considerarla como la capitana a la que había ido a buscar y no como a la mujer a la que había besado por ser incapaz de contener el deseo por ella.

—Ya lo has escuchado, puedes irte. Además, no estaré sola. —Heather esgrimió en la mano una pistola que extrajo en ese momento de un cajón de la mesa.

—Aun así, me quedaré en el pasillo por si acaso.

Morgan caminó hacia atrás sin perder de vista a Montgomery, de quien no se fiaba. Cerró la puerta para dejar a su capitana a solas con el prisionero.

Heather se sentó de manera relajada, con un codo apoyado en uno de los brazos de la silla de madera con respaldo forrado en terciopelo verde esmeralda, y centró la mirada en Montgomery. Lo contemplaba como si lo estuviera estudiando, como si aquella fuera la primera vez que se veían. Extendió el brazo hasta alcanzar la botella y verter algo de vino en las copas. Luego se levantó de la silla y le ofreció un trago.

—Ten, supongo que tendrás sed —le dijo.

Montgomery no solo no tomó la copa en un primer momento, sino que mantuvo la mirada fija en ella como si la desafiara, a la espera de su siguiente reacción. Heather elevó las cejas e hizo una ligera señal con el mentón hacia el vino.

—No tengo sed, ni bebo con gente que me engaña, y menos si esa persona resulta ser un pirata. —Montgomery se dejaba llevar por el orgullo herido en ese momento pese a ser consciente de que ese no era el camino para lograr su objetivo, pero no podía ignorar lo que sentía.

—¿Lo harías entonces con la señorita Brooke?

—Dicha señorita no existe, fue un invento suyo con no sé qué fin.

—Invento o no, te recuerdo que la besaste. —Ella se sentía traviesa, irónica y con ganas de divertirse a costa de él.

Aquel recuerdo hizo que Ascroft cerrara las manos y apretara los puños contra los costados del cuerpo en un claro gesto de impotencia. No olvidaba aquel momento, ni aquel beso ni la manera en la que ella se había entregado. Eso nada ni nadie podía cambiarlo ya.

—Acepta la copa y bebe conmigo para firmar una tregua —insistió ella al volver a ofrecerle el recipiente con alcohol.

—¿Y si me negara?

El semblante de ella pasó de la pura diversión a uno más acorde al rango que ocupaba en aquel navío y al carácter por el que se la conocía. En el interior de aquel cuerpo menudo y lleno de curvas, anidaban dos mujeres: la seductora y traviesa señorita Heather Brooke y la dueña de *La Bella Helena*. ¿A cuál de las dos prefería?, se preguntó él sin poder evitarlo.

—En ese caso, no atenderé tu petición de escucharte. Recuerdo que, mientras estabas sobre la cubierta del *Tesoro Real*, solicitaste hablar conmigo. Pues bien, aquí me tienes. —Heather Brooke dibujó una media sonrisa en su rostro al tiempo que arqueaba las cejas. Volvió a ofrecerle la copa de vino, que esa vez él sí aceptó. La necesitaría para completar esa misión, pese a que se sintiera burlado por ella.

Montgomery extendió el brazo para agarrarla ante la sonrisa juguetona de Heather, que se sintió un tanto alterada con la tenue caricia de los dedos de él sobre los de ella al apoderarse de la copa.

—¿También va a ordenarme que beba?

—Es de mala educación rechazar la hospitalidad del anfitrión. Yo no lo hice cuando estuve en tu casa, la noche que te despedías de la sociedad de Londres para embarcarte a Port Royal.

Montgomery no pudo evitar una sonrisa cínica.

—A su salud, entonces.

—A la tuya. Pero deja de tratarme con tanto decoro, ¿quieres? No estamos en ningún baile de Londres, ni somos dos extraños —le pidió, complacida al verlo beber sin apartar la mirada de ella en ningún momento. Aquel hombre le gustaba. No le tenía miedo; al contrario, la desafiaba como nunca lo habían hecho antes, ni siquiera el más aguerrido y sanguinario de los capitanes de Tortuga, ni siquiera el francés que tenía presa a Kitty.

Heather se alejó unos pasos hasta quedar apoyada contra el canto de la mesa. Montgomery intentaba por todos medios no recorrer el cuerpo de aquella pirata con la mirada y mantener la vista fija en el rostro de ella, pero era complicado no desviarse a esa blusa con pronunciado escote, ni a los pantalones ajustados a las caderas y muslos. Para sorpresa del caballero, ella iba descalza; detalle en el que no había caído hasta ese momento. La hacía un poco más baja, pero no le restaba atractivo ni carácter, pensó él.

Montgomery se aferró a la copa de fino cristal para ocultar la frustración que sentía cada vez que pensaba en ella de esa manera. La había retenido entre sus brazos en unas pocas ocasiones, la había besado como si ella fuera la mujer escogida por el destino para él. Y en ese momento...

—¿Para qué querías hablar conmigo? —Ella no esperó más para preguntar sobre el motivo de esa visita. No le gustaba perder el tiempo cuando por fin las cartas estaban sobre la mesa.

—Para explicarle la razón por la que la buscaba.

Heather lo miró sorprendida por aquella confesión. Cambió de postura, pero no se apartó de la mesa. Seguía manteniendo distancia con él porque no estaba muy segura de lo que pudiera resultar si se aproximaba en demasía. Ya había comprobado antes que le gustaba su cercanía, pese a que no era lo que ella buscaba. Debía adoptar la personalidad que le correspondía en aquel lugar. No estaban en Londres, ni en Port Royal, ni en ninguno de esos bailes y veladas. La señorita Heather Brooke había quedado relegada a otros menesteres y solo surgiría cuando ella lo decidiera, no en ese momento, en el que debía mantenerse firme.

—¿Me buscabas? ¿Para qué?

Montgomery dejó la copa sobre un mueble lleno de libros, legajos de documentos y mapas enrollados.

—Iré directo al grano, ya que no me gusta andar con rodeos.

—A mí tampoco.

—Sabe que el rey Jacobo ha sido depuesto por el Parlamento inglés. Guillermo de Orange será su sucesor si nadie lo evita.

—Temo que es demasiado tarde ya para hacerlo, ¿no crees?

—Tal vez no si actuamos de manera rápida y eficaz.

—Por mucho que lo intentes..., te encuentras algo lejos de Inglaterra. Y Guillermo de Orange a estas horas estará llegando a Londres, si no lo ha hecho ya. Pero... te escucharé. —Heather asintió y elevó las cejas en un gesto para que él siguiera hablando.

—Su majestad, Jacobo Estuardo, me ha entregado patentes de corso para todos los capitanes de Tortuga que estén dispuestos a luchar para que él recupere el trono. Me pidieron que la buscara y la encontrara para hacerla partícipe de esta oferta. Dicen de usted que es quien manda en Tortuga.

Heather arqueó las cejas con expectación y sonrió divertida por aquel calificativo.

—¿Yo? Tortuga es una cofradía que aglutina a todos sus capitanes sin tener en cuenta su nacionalidad o credo.

—Pero usted... —Ella levantó la mano en alto para obligarlo a callar.

—De manera que el rey Jacobo, o mejor dicho el monarca depuesto, ofrece patentes de corso a los capitanes de Tortuga que luchen a su favor —resumió, y vio cómo Montgomery asentía esperanzado por que ella aceptara. Pero lo que no esperaba era que Heather se echara a reír a carcajadas delante de él.

Pese a ese talante de cierto desprecio, Montgomery no pudo dejar de considerarla como alguien con cordura. Era lógico que reaccionara de aquella forma, puesto que él mismo lo había hecho cuando le habían expuesto aquel plan. Lo había pensado y había expresado sus dudas en su momento a los partidarios de Jacobo, por lo que el comportamiento de ella no le caía de sorpresa.

Se fijó en aquella mujer, en cómo su rostro había ganado color, en parte tal vez debido al vino, al calor que hacía en el camarote o a las carcajadas. Vio que la camisa se le abría un poco y revelaba una parte de esos voluptuosos pechos, así como un cuello de aspecto suave que él no dudaría en recorrer. ¿En qué diablos estaba pensando cuando aquella mujer parecía estar echando por tierra sus pretensiones de devolver a Jacobo al trono de Inglaterra? ¿Cómo podía estar considerándola de tal modo cuando ella era una pirata, y él, su prisionero?

—Veo que le hace gracia —dijo en un intento por devolver la calma a la situación.

Heather se envaró ante él pese a estar en desventaja de estatura y elevó su mirada para fijarse en la expresión de aquel hombre. La cabeza le quedó echada hacia atrás, como si lo estuviera incitando a besarla una vez más, como si le estuviera ofreciendo los labios para que los tomara sin pedir permiso siquiera. Al ver que él no reaccionaba, ella prosiguió.

—¿A ti no? —siguió tuteándolo pese a que él había preferido no hacerlo con ella. Pero a Heather le gustaba tratarlo de ese modo, le hacía sentirlo más cercano, como si estuvieran estableciendo un vínculo íntimo—. No irás a decirme que no se te ha pasado por la cabeza la locura que me estás proponiendo, ¿verdad? Cualquiera a quien se lo expongas te dirá lo que yo voy a decirte e incluso reaccionará de peor forma.

—Lo sé y lo entiendo.

—¿Ves? Al final tú y yo no somos tan distintos. Pensamos igual. —Heather tomó su copa para beber un trago de vino que aplacara el estado de nervios en el que se encontraba en ese momento. Haberse acercado tanto a él hacía un instante sin medir los riesgos que ello entrañaba había sido una completa estupidez por parte de ella.

—¿Iguales? Tú eres una pirata —le dijo tuteándola de nuevo porque comenzaba a hacérsele complicado tratarla de “usted” dado quién era ella—. Y yo soy un capitán de la Armada británica.

—Sí, retirado, y que, hasta hace bien poco, se dedicaba a dar caza a corsarios como yo. Por eso me río. Jacobo nos necesita ahora que se ve arrojado del trono. ¡Qué desfachatez! Y te manda a ti, justo a ti, que has conducido al patíbulo a unos cuantos capitanes de Tortuga.

—Si lo hice, fue porque me lo ordenaron.

—Podrías haberte negado. —Volvió a encararse con él y elevó una ceja con suspicacia, atenta a ver su reacción y escuchar sus palabras.

Montgomery inspiró hondo ante la cercanía de ella una vez más. El aroma afrutado del vino que procedía de su aliento lo envolvió. Se fijó en los ojos claros de ella y en cómo titilaban; refulgían al igual que dos piedras preciosas. Le parecía todavía más sensual e irresistible en esa faceta de mujer rebelde. Irradiaba una fuerza y una convicción de la que carecían algunos caballeros que él conocía; además, ese atractivo era tan marcado que no lo había encontrado en ninguna otra mujer.

—Hace un momento me ordenaste beber...

Heather sonrió ante esa ocurrencia.

—Sí. Pero podrías haberte negado.

—Las órdenes no se discuten, se cumplen, cuando uno es un soldado. Y tú debes saberlo, ya que mandas este barco. Si aquellos hombres merecían ser colgados, era por sus actos, por los delitos que cometieron al asaltar mercantes ingleses. Me enviaron a mí a detenerlos. ¿Qué se suponía que debía hacer? Las pérdidas en vidas y en productos eran cuantiosas.

Heather rechinó los dientes con furia y cerró las manos en puños para apretarlas contra los costados en tanto contenía el deseo de abofetearlo.

—También entregaste a mi padre.

Montgomery se sobresaltó ante aquel comentario. Frunció el ceño y la contempló sin entenderlo en un principio, pero, tras unos segundos de reflexión, llegó a la conclusión que expresaba el gesto en el rostro de ella. *Heather Brooke* era el nombre del navío de Manston, lo que significaba que ella era... ¿su hija?

—¿Era un pirata? —Montgomery entornó la mirada hacia ella y moduló el tono de voz con cautela. No pretendía que ella se enfureciera.

—Al que tú enviaste a la horca. Deberías correr su misma suerte en este momento.

—Puedes hacerlo si es lo que quieres. Estoy en tu barco, y me temo que soy tu prisionero. Ya te dije antes, en la cubierta del *Tesoro Real*, que habrías podido acabar con mi vida cuando hubieses querido. ¿Por qué no lo hiciste entonces? ¿No te resultó convincente hundir el filo de una daga entre mis costillas?

—Podría mandar ejecutarte.

Montgomery la observó caminar delante de él con gesto taciturno. ¿Estaría considerando semejante posibilidad? Tenía que aprovechar el tiempo al máximo para hacerle ver lo equivocada que estaba y demostrarle que le convenía aceptar la patente de corso.

—También puedes obtener el perdón real si combates a favor de Jacobo Estuardo.

—¿De un rey que no tiene trono? —inquirió. Lo contemplaba con incredulidad.

—Para eso los necesita, para recuperarlo.

Heather caminó hasta situarse detrás de la mesa. Permaneció de pie, con la atención puesta en algunos papeles dispersos sobre el mueble, pero sin fijarse en ninguno en concreto. Más bien se trataba de una estrategia para no mirarlo a él.

—Un rey que hasta hace bien poco quería ahorcarme. ¿Qué puede importarme a mí quién demonios se sienta en el trono de Londres? ¿Un Estuardo? ¿Un Orange? Soy irlandesa. Poco o nada me interesa lo que suceda en tus tierras.

—Sin embargo, los irlandeses son católicos y han apoyado siempre a los Estuardo por motivos religiosos —le recordó al tiempo que apoyaba las palmas de las manos sobre la mesa para encararse con ella—. Ahora se está preparando una revuelta en Escocia e Irlanda a favor de Jacobo. Como irlandesa, ¿no quieres secundarla?

Montgomery no estaba seguro de si en Irlanda acabaría produciéndose ese levantamiento al que hacía referencia, pero Heather no lo sabría desde la otra parte del mundo; esa era la baza que él iba a jugar para tratar de convencerla. Aunque en ese momento no estuviera seguro, él creía que al final Irlanda se uniría a los clanes escoceses católicos y que ambos países devolverían a Jacobo al trono de Londres y, con él, la paz a Inglaterra.

—Bravo —exclamó al alzar la copa de vino para brindar por él o por esa ocurrencia—. Apela a mi nacionalidad y a mi supuesta fe para despertar en mí un sentimiento patriota. —Sonrió de manera irónica ante la jugada de él.

—Solo pido que seas leal al rey, nada más. Saquea los barcos del príncipe de Orange o dirígete a las costas de Irlanda o de Escocia para tomar parte en la rebelión —la alentó tras inspirar hondo mientras su mirada se volvía más cálida e incluso esbozaba una media sonrisa.

—Me pides lealtad a un rey que te mandó capturar a mi padre y luego a mí.

—¿Tu padre era el capitán Manston? —La contempló sin entender aquella explicación. Él dio un paso atrás como si pretendiera observarla mejor, de cuerpo entero.

—Jacobo persiguió a mi padre, acusado de piratería, mientras él se quedaba con sus posesiones en Irlanda. ¿Cómo quieres que ahora luche a favor de un monarca que nos lo quitó todo? —le preguntó ella, que lo enfrentó para mirarlo a los ojos de manera fija—. Jacobo y sus leyes. Su declaración de indulgencia religiosa contra los obispos anglicanos, sus juicios sangrientos contra todos los rebeldes que apoyaran la causa del duque de Monmouth... Estabas con él o contra él. No había otra opción para los irlandeses.

—¿Te refieres al hijo ilegítimo de Carlos II?

—Sí. Jacobo lo mandó ejecutar en la Torre de Londres después de haberlo derrotado en el campo de batalla. Persiguió a todos sus opositores sin tregua y ocupó Irlanda para su propio beneficio. ¿Crees que puedo luchar a favor de un rey que no vacila en ejecutar a todo aquel de quien desconfía? ¿Cómo puedo fiarme de las patentes de corso que ha firmado? ¿Quién me asegura que, una vez recuperado el trono, no vuelva a perseguirnos? O tal vez el propio Guillermo de Orange lo haga. No creo en la palabra de ningún rey, llámese Orange o Estuardo. En serio, Montgomery, ¿puedes asegurarme que puedo confiar en él?

Heather apoyó las manos sobre la mesa y se encaró con él sin ser consciente de lo que la cercanía de ambos podría provocar. Ascroft había escuchado con atención episodios que él ya conocía acerca de la llegada al trono de Jacobo. Deslizó el nudo que le apretaba la garganta en esos momentos, sin saber si esa incomodidad se debía a lo que Heather había expuesto o a su imagen, con los cabellos revueltos sobre el rostro, a través de los que vislumbraba una mirada luminosa. Ella tenía los labios entreabiertos, como si le costara respirar, pero él detuvo ese recorrido porque sabía hacia adónde lo conduciría.

—No puedo asegurártelo por más que quisiera.

Ella alzó la mirada, que segundos antes había bajado en señal de abatimiento al recordar aquellos años, y se quedó contemplándolo. Se dio cuenta de que hablaba en serio, no la estaba engañando.

—Ni tú ni nadie. —Sacudió la cabeza y se retiró de la mesa con la mente confusa por todo aquello—. Los reyes cambian de opinión como lo hace el viento en alta mar, y tú mejor que nadie lo sabes, porque el océano ha sido tu hogar durante largas temporadas.

—Prométeme al menos que llevarás esta propuesta ante el consejo de capitanes de Tortuga. No me importa que tú no quieras participar por los motivos que me has expuesto antes y que respeto, lo creas o no.

Heather levantó la vista de nuevo hacia él y frunció el ceño, sin comprender la obstinación que mostraba.

—¿Tanto te importa que un Estuardo se mantenga en el trono de Inglaterra? —Arqueó una ceja con suspicacia.

—Soy un hombre de honor. Me debo a mi rey.

—En ese caso, te debes a Guillermo de Orange —se burló ella mientras se sentaba y colocaba los pies sobre la mesa, sin importarle lo más mínimo el decoro—. Podrían acusarte de traidor, ¿no crees? ¿Ves cómo al final no somos tan diferentes?

La diversión brillaba en la boca de la joven, en sus palabras y en cada uno de sus gestos. Pero Montgomery pasó aquello por alto para centrarse en lo que de verdad le importaba: la misión que lo había llevado a aquel camarote.

—¿Traidor? ¿Por qué?

—Porque estarías incitando a los piratas a luchar a favor de un rey depuesto por el Parlamento y en contra del vigente.

—¿Qué puede importarte lo que me suceda? Al fin y al cabo, tú misma me has repetido tu intención de ajusticiarme por lo de tu padre.

—Cierto. Pero por ahora no lo haré.

Ella entrecerró los ojos como si dudara si en algún momento llegaría a hacerlo. Todas las convicciones e ideas que siempre la habían acompañado parecían difuminarse con el paso del tiempo al lado de él. ¿Se estaba volviendo una mujer blanda acaso? Tal vez la señorita Brooke se estuviera imponiendo a la capitana de *La Bella Helena*, después de todo.

—¿Qué piensas hacer al respecto de lo que te he contado? ¿Vas a seguir saqueando barcos sin importar su nacionalidad? ¿Y qué harás con las posesiones españolas en la cuenca del Caribe?

La contempló mientras ella parecía absorta en sus propios pensamientos.

—No necesito una patente de corso de un rey sin trono para justificar mis correrías por estas aguas. De todas formas tal vez un cambio de dinastía les venga bien a las islas. Los Estuardo llevan demasiado tiempo en el trono —le aseguró al volverse hacia él al tiempo que agitaba una mano en el aire.

—Puede que estés en lo cierto, pero al menos es una casa inglesa. ¿Por qué tenemos que aceptar un monarca extranjero?

—¿Tanto te importa la política de Londres, Montgomery? ¿Por qué no dejas que ellos jueguen sus guerras y tú te estableces en Port Royal o en otra parte? —Heather se incorporó de la silla y lo contempló intrigada.

—¿Y tú?

—¿Yo? La política de Londres me importa nada mientras tenga los bolsillos llenos y mis hombres tengan para gastar.

—¿No te has planteado dejar el mar y la piratería? Recuerdo que me hablaste de una hacienda en Port Royal... Imagino que también era mentira, ¿no? Aquello de tu tío.

Algo dentro de ella se removió. Los recuerdos de la noche en la casa de él, la fiesta, el baile, la conversación, la manera en que él la había mirado... Heather deslizó el nudo que le impedía pronunciar palabra. “¿Cambiar de vida? ¿Cómo? ¿Con quién?”, se preguntó.

—No te mentí. Es verdad que tengo una casa en Port Royal a la que acudo de vez en cuando.

—Cuando sientes nostalgia por la vida en tierra. —La vio sonreír con timidez y un toque de añoranza—. Lo mismo me sucedía cuando llevaba semanas en alta mar.

—Precisamente nos dirigimos allí en estos momentos, a Port Royal.

Montgomery ya sabía algo más: su destino.

—Supongo que allí adoptas el papel que tan bien representaste ante mí en mi propia casa. Una mujer, dos personalidades bien distintas —ironizó con una mueca de rabia al recordar cómo lo había engañado—. ¿No te gusta esa otra vida? A mi modo de ver, te desenvuelves bastante bien en los salones de la alta sociedad. Diría que encajas a la perfección.

El tono de la conversación se había ido volviendo más pausado y cordial. El fragor de segundos antes, cuando hablaban del rey depuesto, se había disipado de manera casi imperceptible. Heather se sentía algo más relajada a medida que pasaba más tiempo en compañía de él, y eso la confundía porque el supuesto odio que debía sentir por Ascroft... ¿dónde diablos se había metido? Los nervios iniciales provocados por la presencia de ese hombre habían desaparecido. Ella sonrió divertida ante la apreciación de él.

—No esperarás que me presente de esta manera, ¿no? ¿Qué te importa si esa vida me gusta o no? —le preguntó mientras el pulso se le aceleraba de nuevo por la manera en que él le recorría el cuerpo con la mirada.

Montgomery la contempló mientras ella bajaba la vista con los brazos extendidos. El cabello negro como la pólvora le ocultó el rostro, pero él lo había memorizado hacía tiempo. Lo que no esperaba fue el golpe que le causó esa mirada azul a través de los rizos y que le obligó a tragar con dificultad.

—Solo era una opinión. Recordé la noche que estuviste en mi casa, nada más.

—¿Acaso crees que puedo encontrar a un caballero que me despose y se venga a vivir conmigo a Port Royal? ¿Alguien que me acepte a pesar de que en realidad no soy esa dama que aparento ser, sino el azote de los mercantes ingleses? Ni qué decir si por casualidad me alistara en el bando de los Estuardo para ayudarlo a recuperar el trono.

El toque irónico y hasta burlón de la pregunta sorprendió a Ascroft.

—Entiendo que te refieres a que no has encontrado un marido.

Heather le lanzó una mirada cargada de suspicacia y el corazón comenzó a retumbarle en el interior del pecho como si se tratara de los disparos de artillería de *La Bella Helena*. Su piel acusó una extraña corriente de frío que la erizó por completo.

—No irás a decirme que estás interesado en mí, ¿verdad? Porque desde ya te aviso que pierdes el tiempo.

—Nunca te he considerado como mi futura esposa —le recalcó con un deje de sarcasmo—. Sería lo último que haría en mi vida.

—Pues, para no considerarme como tal, te recuerdo que me has besado en una ocasión. Y en otras dos estuviste a punto de hacerlo.

La furia y el sarcasmo brillaban en la manera en la que ella lo había atacado. Heather pareció sentirse dolida al escucharle decir que la idea de convertirla en su esposa le resultaba tan inconcebible. Como mujer, el orgullo se había impuesto a la cordura en ese momento; como una reacción a lo que sentía por él, había cerrado la mente a cualquier consideración sobre la propuesta de luchar por un rey sin trono. Lo que él no sabía era que ya le habían hecho desprecios como aquel en otros momentos. Pero, mientras en esas otras ocasiones ella no se había sentido dolida, en ese instante lo había sufrido. “¡Ilusa!”, se reprochó en su mente cuando comprendió que se estaba dejando llevar por la apariencia de él. Sin embargo, como estaba acostumbrada a ganar siempre, se rehízo enseguida, dispuesta a volver a ponerlo a prueba. Se alejó de él para regresar tras la mesa y tomar asiento con el objetivo de tranquilizarse y calmar el notorio temblor de piernas que la afectaba hasta el punto de no verse capaz de mantenerse en pie.

Montgomery sacudió la cabeza y cerró las manos en puños en clara señal de impotencia ante aquella situación, ante la necesidad que ella despertaba en él. Apretó los dientes y dejó escapar una maldición.

—¡Mujer arrogante y testaruda!

Ella lo contempló, exaltada al oír aquel exabrupto pero con un ligero regocijo. No sabía decir si lo encontraba más interesante y atractivo cuando ella se le había insinuado o en ese momento. Lord Ascroft era un hombre peligroso al que convenía mantener alejado de la línea de flotación, no fuera a ser que en algún momento la hiciera saltar por los aires, se dijo haciendo una analogía entre la parte del navío que se hundía en el agua y su propia cordura. Sin embargo, ella no creía que le resultara complicado ante la debilidad que él mostraba por ella.

—¿Es así como me ves, Montgomery? —Se incorporó como un resorte y se dirigió a él con una mirada de incredulidad y curiosidad—. Aseguras que casarte conmigo sería lo último que harías en tu vida y ahora me tachas de arrogante y... ¡testaruda!

La contempló avanzar hacia él de la misma manera que lo había hecho *La Bella Helena* en pos del *Tesoro Real* en alta mar. Aquellos ojos le resultaron tan amenazadores como las bocas de los cañones prestos a ser disparados de un momento a otro. Heather apretaba los dientes debido al estado de agitación en que él la había sumido. No era la clase de mujer que se rendía con facilidad, no sin antes abordar a su presa. Se encaró con él una vez más, consciente de lo que le provocaba ese hombre. Lo vio apretar los labios hasta convertirlos en una delgada línea, sacudir la cabeza y cerrar los ojos.

Montgomery pensaba que aquella joven conseguiría hacerle perder la poca razón que le quedaba. No podía ser cierto que la deseara de ese modo, que quisiera estrecharla entre sus brazos y besarla para hacerla callar de una maldita vez e incluso llevarla hasta la cama con la que contaba su camarote.

—Te he dicho que dentro de ti habitan dos mujeres. Una es arrogante y testaruda, la que tengo en este preciso instante delante de mí. —La contempló de pies a cabeza para volver a concentrarse en la mirada de ella, brillante de furia. Apostaba a que sería capaz de cruzarle el rostro de una bofetada o algo peor. La vio tomar aire como si, de un momento a otro, fuera a estallar—. La otra es más comedida, distinguida.

—No trates de justificarte ahora.

—¿Te preocupa que no te vea como una futura esposa? ¿Y si te dijera que eres la mujer más sensual que he conocido? ¿Qué esperarías de mí? ¿Que te cortejara?

Heather sintió un palpito inesperado en el interior del pecho. Nunca un caballero la había tratado de ese modo. ¿Cómo podría esperararlo de hombres rudos como eran los de su tripulación o los propios capitanes de Tortuga? No, nunca había conocido el romance, ni lo conocería. Un calor sofocante se expandió por todo su cuerpo y consideró que había llegado el momento soltar amarras y alejarse antes de que la impetuosidad de las palabras de él la abordaran por completo.

—¿Acaso piensas que busco un pretendiente?

—No. Ningún hombre podría estar a tu altura, capitana Brooke —le aseguró mientras la contemplaba con una determinación que incluso a él mismo le sobrecogió. Percibió cómo las lágrimas retenidas hacían brillar más los ojos de ella. ¿Qué sentía en ese momento? ¿Qué le pasaba por la cabeza?

“Dos mujeres”, se repitió. La señorita Heather Brooke y la capitana de *La Bella Helena*. El problema de él era que no sabía cuál de ellas le atraía más, a pesar de que se negaba a considerarla atractiva, sensual y deseable porque no era lo que le convenía. ¡Por San Jorge, ella era en verdad una capitana pirata y no una dama casadera a la que cortejar! Pero no podía evitar que la sangre le hirviera cuando estaba cerca y lo miraba como en ese instante.

Heather se quedó sin palabras al escucharlo decir eso. Sintió que una corriente de frío la envolvía y durante un instante pensó que se había olvidado de cerrar el ventanal con salida al balconcillo del navío. La opresión en el pecho se acentuó, pese a que ella trataba de negarla. ¡No!, no era posible que fuera tan blanda como para que las palabras de un hombre la afectaran tanto. No quería creer que en realidad pudiera sentirse así. Pero, cuando la vista pareció nublársele por las lágrimas, comprendió que su línea de flotación se había visto dañada pese a todos los esfuerzos por evitarlo.

—Aunque tú no vayas a hacerlo, si me gustaría que expusieras la situación ante los demás capitanes de Tortuga. Tal vez alguno, o varios de ellos, quieran apoyar a Jacobo —le recordó para

cambiar el tema de la conversación, que a esas alturas se había vuelto demasiado íntimo para el gusto de Ascroft.

Heather inspiró hondo mientras entrecerraba los ojos y lo fulminaba con la mirada. Aquello podía ser peligroso; en extremo, de hecho, porque, si los corsarios accedían a la propuesta del monarca depuesto y se ponían de su parte, ella quedaría como una estúpida por no habersele unido. Estaba segura de que cierto capitán francés que no guardaba muy buen recuerdo de ella aceptaría la patente de corso solo para dejarla en ridículo ante el consejo de capitanes de Tortuga.

—No te prometo nada. Ahora creo que deberías marcharte, ya me has expuesto el motivo de tu viaje.

No se había apartado ni un paso de él. Lo observaba con fijeza, con cierto anhelo en la mirada. Se humedeció los labios en un gesto tímido e imperceptible, o eso se propuso.

—Antes me gustaría saber qué piensas hacer conmigo y con Derrick.

—Por lo pronto ambos me acompañarán.

—¿Adónde?

—A mi casa en Port Royal, acabo de decírtelo hace un momento.

—¿Por qué?

—Porque yo doy las órdenes. Ahora mismo ustedes son huéspedes de mi barco, por lo que me disgustaría que rechazaran mi invitación.

Montgomery se quedó callado mientras guardaba aquella imagen de ella en la retina: los cabellos rizados por el salitre y el viento del mar le caían de manera pecaminosa sobre el rostro y los hombros. Ella alzó la copa de vino y dio un pequeño sorbo en un gesto que lo sedujo y lo tentó una vez más sin motivo alguno. ¿Qué diablos quería aquella mujer de él?

Montgomery volvió a experimentar el deseo primitivo de besarla y demostrarle cuán deseable y sensual le parecía. Pero se estaba dejando llevar por la pasión que lo carcomía, no por la razón. No podía ser, lo sabía. De manera que sería mejor dejarla sola con sus pensamientos, dado que él ya le había revelado el verdadero motivo de ese viaje y lo que buscaba. No se fiaba de que pudiera reconsiderar de manera favorable la propuesta que le había hecho. Nada más podía hacer: solo le quedaba esperar.

—En ese caso, como desee, capitana. —Se inclinó ante ella para hacer una reverencia al tiempo que pronunciaba aquella última palabra con cierta sorna y volvía a tratarla de usted, algo que no le gustó a ella.

Heather lo contempló durante un breve instante antes de que se volviera hacia la puerta, la abriera y desapareciera sin que ella se lo impidiera. De cierta manera se lo agradecía por el mal trago que le estaba haciendo pasar. Luego, se dirigió hacia la silla para recostarse e intentar tranquilizarse. Se sujetó la cabeza entre las manos, con los codos apoyados en la mesa, y el cabello le ocultó el campo de visión, pero también su propio gesto de rabia e impotencia. No era aconsejable jugar con los sentimientos porque uno no sabía hacia dónde conducirían.

Apretó los dientes con rabia y levantó la botella para arrojarla contra la puerta mientras sentía que la respiración se le agitaba hasta alcanzar su cota más elevada. No contenta con ello, pasó un brazo por encima de la mesa y tiró al suelo todo lo que había allí. No le importó lo más mínimo que la alfombra se manchara de tinta y vino; la cambiaría por otra cuando tuviera ganas. Después de todo, tenía de sobra, fruto de los saqueos. Los cabos de vela, papeles, cartas de navegación y demás utensilios quedaron esparcidos por el piso del camarote. Los objetos podían cambiarse cuando dejaban de tener valor o de cumplir su cometido, pero ¿y las personas?, ¿podrían hacerlo después de todo?

Se sentó con las manos en los reposabrazos y un pie en el borde del asiento. Reclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos en busca de paz interior, la misma de la que gozaba antes de cruzarse con Montgomery. Nunca habría imaginado que conocerlo en persona le causaría tantos problemas. Tal vez fuera mejor mandarlo a ahorcar por haber entregado a su padre a la horca. De esa manera, todos los conflictos de Heather desaparecerían. O tal vez debería dejarlo a merced del consejo de capitanes de Tortuga para que hicieran con él lo que gustasen, o abandonarlo en un islote remoto hasta el fin de sus días. Tenía que pensar en la manera de sacarlo de su vida cuanto antes, ya que, desde que lo había conocido, lord Ascroft no había dejado de traer complicaciones de la clase que ella no había enfrentado hasta entonces y que anhelaba dejar de tener.

CAPÍTULO 7

Montgomery regresó al camarote, donde imaginaba que seguiría Derrick. En cuanto la puerta se abrió, el ayuda de cámara, que miraba por la ventana hacia el vasto mar, se volvió. Cuando se fijó en el rostro de Montgomery, supuso que la reunión con Heather Brooke no había ido como esperaba.

—¿Y bien? Aunque tal vez pueda hacerme una idea de lo ocurrido con solo ver el semblante que traes.

—Es inútil tratar de razonar con ella.

Montgomery agitó la mano en el aire para dar a entender que aquella mujer no tenía remedio, que cualquier intento por hacerle ver la realidad sería infructuoso.

—¿No está dispuesta a aceptar la patente de corso para pelear por los Estuardo?

—Según ella, no necesita un documento firmado por un rey sin trono y al que detesta para saquear barcos y posesiones inglesas en estas aguas —le aclaró Ascroft, situado junto a la ventana por la que echaba un vistazo en ese momento. Luego, dirigió la atención hacia Derrick—. No es partidaria de Jacobo por lo que hizo en Irlanda. Además, su padre fue ahorcado por piratería por las órdenes impartidas por el depuesto rey.

—Manston. —Derrick pronunció el nombre con cautela, con la mirada entornada hacia Montgomery, quien asintió. El ayuda de cámara resopló—. De manera que la intrigante señorita Heather Brooke es la hija del capitán Manston y quien gobierna este navío.

—Le he pedido que hable con el consejo de capitanes de Tortuga en un intento por comprometerlos con la causa de Jacobo.

—¿Y qué te ha dicho?

—¡Nada! ¡No me ha prometido nada! —protestó ofuscado y airado.

—Desde el principio, los dos sabíamos que sería complicado que el capitán de *La Bella Helena* aceptara, y ahora todavía más si añadimos que fue Jacobo quien mandó detener y ajusticiar a su padre, sin mencionar el asunto de la revuelta en Irlanda... —Derrick suspiró al pensar en lo complicada que se presentaba la situación—. Por cierto, ¿sabe que fuiste tú quien lo entregó a la Justicia británica?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho? Porque supongo que descubrirlo a estas alturas no le habrá hecho ninguna gracia.

—Ha prometido colgarme del palo mayor, pero estoy convencido de que no lo hará.

—Yo no estaría tan seguro si alguien como ella me amenazara. No olvides que es una pirata, una proscrita a la que harías bien en llevar ante la justicia como solías hacer. Lo que sucede es que ni tú ni yo somos partidarios del actual monarca. Pero ¿por qué estás tan seguro de que no lo hará? Razones no le faltan.

—Si no lo ha hecho todavía, no creo que vaya a hacerlo más adelante. Podría haber acabado conmigo en mi propia casa, habría bastado con hundirme un puñal en el costado. O incluso podría haber enviado a alguno de sus hombres a hacerlo. No, ella no es una asesina a sangre fría después de todo.

—En ese caso, podría retarte a un duelo. Ahí sí podría acabar contigo —lo previno Derrick con toda intención—. Si no va a ponerse del lado de los Estuardo, ¿qué piensa hacer con nosotros?

—De momento, desembarcar en Port Royal.

—¿En el centro de mando de la Armada británica en el Caribe? ¿Se ha vuelto loca?

—Eso parece. Quiere descansar en su casa —ironizó Montgomery con una sonrisa.

—Así que no te mintió cuando te ofreció su hacienda para que pasaras a visitarla —exclamó divertido Derrick.

—Sí. Y lo mejor de todo es que vamos a hacerlo. Tú y yo —le refirió Montgomery, que lo contemplaba con semblante serio.

—¿Me estás diciendo que vamos a alojarnos en su casa? ¿Por qué? ¿Y hasta cuándo?

—No me lo ha dicho, solo que somos sus huéspedes.

—Huéspedes...

—Por lo que será mejor que vayas pensando en pasar una temporada en Port Royal.

—Pero sigue siendo peligroso. Hay un cambio de rey en Londres, y un nuevo gobernador llegará pronto a Port Royal. Ella es una pirata...

—No en tierra. Allí es la señorita Heather Brooke —lo corrigió con ironía lord Ascroft—. No olvides que sabe representar su papel muy bien.

—Entonces, es una dama respetada.

—Respetada o no, asumiré el rol con el que se presentó en Inglaterra y con el que logró engañarme.

—Tranquilo, no fuiste el único —aseguró Derrick con cierta pesadumbre.

—¿Lo dices por Kitty?

—Una ramera de Tortuga.

—¿Acaso tenías algún interés oculto en ella que no me has confesado?

Derrick dejó la mirada perdida en el vacío durante unos segundos y después sonrió con cierta amargura.

—¿Qué importancia tiene ahora? Ninguna. Admito que su compañía me era bastante agradable.

—Pero no quieres saber más de ella después de conocer la verdad.

Derrick sacudió la cabeza.

—Como bien has dicho, ambas representaron su papeles de una manera tan perfecta que llegué a creerles. —Derrick cerró las manos en puños y le dio un golpe a la pared para liberar la rabia e impotencia tras descubrir la verdad.

Montgomery asintió sin apartar la mirada de su amigo. Era la primera vez en tantos años que lo veía... ¿trastocado por una mujer? ¿Acaso había considerado a Kitty como una posible amante? Pero ahora, tras conocer lo que aquellas mujeres ocultaban, parecía dolido. No insistiría en el tema porque bastante tenía él con sus propios problemas. ¿Ver todos los días a Heather Brooke en su residencia de Port Royal? Imaginó la situación mientras se pasaba la mano por el mentón, donde despuntaba la barba. ¿Cómo escapar del infierno cuando el diablo en persona te vigila y uno no puede resistirse a caer en su tentación?

—Entonces tu misión ha fracasado —advirtió Derrick después de unos segundos de pausa.

—No del todo. Confío en que entre en razón o en que al menos transmita mi mensaje a los capitanes de Tortuga. Tal vez entre ellos haya alguno dispuesto a pelear por los Estuardo.

—¿Y si nadie acepta? Supongo que lo habrás considerado.

—Sí. De hecho, cuando se lo propuse a ella, estalló en carcajadas. —Recordar la imagen de Heather muerta de risa le produjo un extraño golpe de añoranza por volverla a verla así.

—Lógico. De todas formas... ¿no te ha dicho qué hará con nosotros si no piensa tomar la patente de corso?

Montgomery sacudió la cabeza.

—Ni una palabra, solo que seremos sus invitados en su casa. Es lo único que sé.

Pensar en eso también le producía sentimientos contradictorios. Deseaba a Heather Brooke como mujer al mismo tiempo que anhelaba que ella aceptara el encargo y de ese modo los dejara libres para regresar a Inglaterra. Si no pensaba colgarlo por lo que le había hecho a su padre, ¿qué sentido tenía mantenerlo allí con ella?

* * *

Morgan vio cómo Montgomery abandonaba el camarote de Heather con cara de pocos amigos. Luego escuchó algo hacerse añicos al otro lado de la puerta y, segundos después, ruidos extraños. Abrió sin esperar a que ella se lo permitiera y la encontró sentada en la silla, con una pierna apoyada en el asiento. Tenía el cabello revuelto, la respiración agitada y una mirada fría y amenazante. Morgan paseó la vista por el camarote para evaluar el estropicio que reinaba. Sobre la alfombra yacían algunos cristales de las copas y de la botella que, suponía, habían impactado contra la puerta. Una espesa mancha de tinta se extendía sobre la tela, allí donde el tintero y la pluma habían caído. Los planos, mapas, papeles... ¿Qué demonios había sucedido allí dentro?

Morgan sacudió la cabeza mientras contemplaba a la capitana con fijeza.

—¿Todo esto es por él? —Hizo un gesto con el pulgar hacia la dirección por la que Montgomery se había ido.

—¿Por qué quieres saberlo? —El tono irascible y frío de ella alertó al segundo al mando de *La Bella Helena*. Aunque la conocía, debía reconocer que esa vez había un toque diferente en sus ojos. Morgan no podía precisar si era de enfado o si se trataba de otra clase de sentimiento.

Por eso sonrió con los brazos cruzados sobre el pecho y entornó la mirada hacia ella.

—¿También ese carácter? —Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua—. Deberías colgarlo del palo mayor. Es lo que pretendías hacer cuando te enteraste de que él había entregado a tu padre a la Justicia inglesa. Te ahorrarías muchas molestias.

—No es eso lo que más me preocupa en estos momentos.

—Bien. ¿Y qué es?

“Cómo demonios voy a hacer para evitarlo, cómo voy a resistirme a seducirlo para que vuelva a besarme y a hacerme sentir... deseada.”

—Trae patentes de corso para convencernos de luchar a favor de Jacobo.

—Eso ya lo sabía. Lo dijo cuando pensó que yo era el capitán. ¿Y qué? ¿Qué vas a hacer?

—Nada.

—¿No piensas luchar por el rey?

—¿Un rey que ahorcó a mi padre y que ha puesto precio a mi propia cabeza? —ironizó ella, y lo contempló con incredulidad.

—Tienes razón, muchacha. Pero yo pienso que...

—Pues deja de pensar. —Heather se levantó como si fuera un resorte para encararse con su segundo al mando—. No voy a luchar por los Estuardo. No les debo nada. Al contrario, son ellos los que están en deuda conmigo. ¿Recuerdas a mi madre?

Morgan apretó los labios en una delgada línea y frunció el ceño al pensar en Helen, la madre de la muchacha que estaba frente a él, con los mismos rasgos y el mismo genio.

—Una gran mujer.

—Pues recuerda la suerte que corrió cuando las tropas reales llegaron a Irlanda. Y no olvides el motivo por el que estamos aquí y ahora —le espetó, todavía furiosa.

Morgan la contempló respirar agitada por la ira endemoniada que la consumía. Tenía razón con respecto a lo sucedido en su tierra natal. Los Estuardo habían invadido Irlanda para dejar claro quién reinaba, y el catolicismo se había instalado en toda la isla, salvo por algunos focos que seguían renegando del Papa y de Roma. Esos rebeldes, sin embargo, habían pagado el precio de su insubordinación, entre ellos la familia de Heather Brooke.

—¿Qué rumbo fijamos? —Morgan desvió el tema de la conversación, consciente de que aquel tema solo podía traer malos recuerdos a los dos.

—¿No te lo dije antes? ¿O es que estás sordo? ¡Port Royal! Quiero descansar una temporada.

—¿Estás segura? —Había un toque de incertidumbre y recelo en la interrogación. Morgan temía que ella se estuviera dejando llevar por motivos muy alejados de la venganza inicial que había prometido llevar a cabo contra Montgomery Ascroft.

—Sí. ¿Qué problema hay? ¿Vas a rebatir todas y cada una de mis órdenes? No vamos a saquear más barcos por ahora. Con lo que hemos sacado del *Tesoro Real*, hay para una temporada. No obstante, los hombres que lo deseen, pueden irse a Tortuga para dilapidar las ganancias o enrolarse en otro barco. *La Bella Helena* no zarpará durante una temporada.

—No te lo discuto si es eso lo que he dado a entender con mi pregunta. Lo que quiero hacerte ver es que la situación en Inglaterra está agitada y que Port Royal...

—Sé lo que vas a decirme, así que ahórratelo. Desde casa nos enteraremos de todo lo que sucede en las islas.

—¿Y los dos prisioneros? ¿Qué piensas hacer con ellos?

—Vendrán conmigo.

—¿A tu residencia? —Morgan se mostró sorprendido por aquella decisión.

—Quiero tenerlos vigilados de cerca. Snelgrid y tú se encargarán —le informó, y el irlandés puso mala cara—. ¿Sucede algo? ¿No crees que sea buena idea?

—No lo sé. Tal vez convendría dejarlos encerrados en el buque o incluso llevarlos a Tortuga y que se arreglen los otros capitanes. ¿No es a eso a lo que han venido? Si están libres en Port Royal, ¿qué le impediría delatarte a las autoridades? —Morgan escrutó a Heather con preocupación por esa posibilidad.

—Lord Ascroft ha venido a ofrecerme una patente de corso a cambio de defender la causa de los Estuardo, no a entregarme a la ley, que pronto estará bajo el mandato de Guillermo de Orange. Es lo último que harían —le dejó claro mientras agitaba la mano en el aire ante él.

—Estás muy segura de que no lo hará llegado el caso.

—¡Odia a Orange tanto como yo a Estuardo! Te repito que no me denunciaría ante un rey al que no puede ni ver —le aclaró con una sonrisa burlona.

—De acuerdo, pero... alojarlos en tu hogar...

—La casa es muy grande, siempre sobra sitio. De manera que ya está decidido. No se hable más. Además, daremos una fiesta con motivo de nuestro retorno a la isla. De ese modo nos enteraremos de lo que sucede en Londres.

—¿Tanto te interesa lo que ocurre allá? Creí haberte escuchado decir hace un momento que te importa más bien poco lo que pase con Jacobo y con Guillermo de Orange.

—¿Y tú vas a seguir contradiciéndome? —La mirada de ella se volvió fría y cortante como el acero de una espada.

—Como gustes. Desembarcaremos donde siempre.

—Sí, en la bahía lejos del puerto.

Morgan sacudió la cabeza sin dejar de contemplarla. ¿Estaba segura de lo que iba a hacer? Él no lo veía nada claro, pero la que mandaba era ella.

Heather apoyó los pies descalzos sobre la mesa y entrecerró los ojos en tanto dejaba la mirada perdida en el vacío. Sus pensamientos, volvían una y otra vez a Montgomery y a la perspectiva de alojarlo en su casa en Port Royal. ¿Qué haría después? No podía retenerlo de por vida. Claro que él le había asegurado que había dejado el Almirantazgo, así que... Podría quedarse con ella por el momento. No había prisas, ya que ella no estaba dispuesta a volver a zarpar durante algún tiempo, hasta ver cómo se resolvía la situación en Inglaterra. Tal vez lo hiciera si se sentía en peligro.

La puerta del camarote se volvió a abrir para dejar pasar a Kitty, que se detuvo de golpe en el umbral al ver el caos del cuarto.

—¿Se han peleado? —preguntó con una sonrisa irónica y la ceja arqueada.

—Nada más lejos de la realidad.

—Pues las pruebas dan a entender que aquí ha habido más que palabras. En fin, ¿qué ha sucedido?

—Hemos tenido una conversación de lo más interesante.

—Apuesto a que sí. Te ha ofrecido una patente de corso para luchar a favor de Estuardo y tú te has negado —le resumió con total naturalidad Kitty mientras recogía el tintero y lo devolvía a su sitio—. Ya puedes ir pensando en cambiar la alfombra.

Heather pareció no escucharla, o hizo como que no lo hacía. Se mordisqueó el labio mientras permanecía sentada y observaba a su amiga levantar algunas de las cosas que había esparcidas por la alfombra.

—Como bien has dicho, me he negado a defender el pabellón de los Estuardo. No olvido la manera en la que entraron en Irlanda.

—Entiendo. Pero, entonces, ¿qué tienes pensado hacer con él? —Kitty contempló de manera fija a su compañera, que parecía estar debatiendo en su interior ese asunto.

—Por ahora no tengo pensando nada.

—Veo que te preocupa más el beso que te dio y lo que te produjo. No sé qué diablos te ha sucedido, pero has dejado la opción de acabar con él a un lado.

Heather ladeó la cabeza para que su mirada se quedara fija en la de Kitty. ¿Era cierto lo que aquella aseguraba? ¿Tanto se le notaba ese cambio? De querer acabar con él nada más conocerlo, había pasado a perdonarle la vida y estaba dispuesta a alojarlo en su propia casa.

—No olvido lo que hizo en el pasado, ni lo que dije.

—Sí, pero admite que, desde la noche que lo conociste en Londres, tus ansias de venganza han ido menguando. ¿Por qué sino sigue vivo? Podrías haber mandado acabar con él en cualquier momento durante esta travesía. Snelgrid lo habría hecho con gusto. O incluso tú misma podrías haberte encargado. Ya escuchaste al propio Montgomery, podrías haberle hundido un puñal en el costado y nadie habría sospechado de ti, querida.

—¿Crees que me estoy ablandando? ¿Es eso? —Heather trató de reunir el aplomo y la rabia necesarios para hacer ver a Kitty que todavía tenía genio.

—No, no te estás ablandando, solo estás dejando salir a la mujer que todas llevamos dentro. O más bien diría que es Montgomery quien la está haciendo salir.

Heather entreabrió los labios como si fuera a rebatir aquel comentario, pero no encontró las palabras precisas. O bien prefirió no hacerlo o no pudo ante el peso de la evidencia. Kitty parecía conocerla mejor que ella misma. ¿Era cierto que Montgomery había logrado desenterrar a la muchacha que habitaba bajo esa fachada de fría pirata?

—Debes admitir que él sí ha conseguido ver a la señorita Brooke, esa imagen que te empeñas en ofrecer cuando estamos lejos de Tortuga. No te das cuenta de que ese disfraz puede convertirse en tu verdadera identidad.

—No creas que es tan sencillo —porfió Heather, presa de la furia que le provocaba pensar en ello.

—Cuando menos lo esperes, la señorita Brooke se habrá impuesto a la capitana de este navío. Si no te deshaces de Montgomery, acabarás enamorándote de él —le advirtió muy segura mientras se incorporaba de la silla y asentía con la mirada fija en Heather.

—¿Y tú? ¿Qué me dices de ti?

—¿De mí? ¿Qué se supone que debo contarte? —Kitty frunció el ceño y sacudió la cabeza desconcertada.

—¿Qué te pasa con el ayudante de Montgomery? Con ese tal... Derrick —precisó al tiempo que sacudía la mano delante de ella en un intento por alejar sus propios pensamientos de Montgomery.

—¿Insinúas que tengo o puedo llegar a tener algo con él? —La sorpresa se dibujó en el rostro y en el tono de Kitty, que contempló a Heather como si estuviera bromeando—. Aunque me hubiera fijado en él, deja que te diga que alguien de su posición social nunca le dedicaría ni un vistazo a una mujer que ha sido tabernera en Tortuga.

—Es un ayuda de cámara —le recordó Heather con naturalidad mientras encogía los hombros.

—No trates de hacerme sentir con él lo que sientes tú por lord Ascroft, ¿quieres? —le advirtió mientras la señalaba con un dedo acusador—. Y por cierto, he escuchado a Morgan decir que vamos a casa. ¿Qué piensas hacer con ellos dos?

—Vienen con nosotras —le respondió Heather con total naturalidad mientras observaba a Kitty quedarse con la boca abierta y sacudir la cabeza.

—No tienes ni idea de las consecuencias que eso traerá.

Heather la vio volverse y caminar hacia la puerta del camarote mientras ella intentaba no pensar en lo que acababa de decirle, lo mismo que antes le había advertido Morgan. No iba hacer caso a ninguno de los dos, no mientras ella fuera la única dueña de su destino, uno que, estaba segura, no estaba ligado a lord Ascroft, a diferencia de lo que parecían indicar tanto Morgan como Kitty. No iba a perder la cabeza ni a entregarse a él solo porque la hubiera besado. Para ella, él sería una diversión hasta que decidiera darle un fin. Solo eso, una diversión para las veladas en Port Royal.

* * *

La Bella Helena fondeó en las aguas cercanas a Port Royal. Desamarraron dos chalupas para que los hombres descendieran a tierra. Las órdenes eran claras para todos: nada de armar alboroto en las tabernas. No estaban en Tortuga, les recordó Heather con un gesto frío. El que quisiera podía irse a esa isla a dilapidar su fortuna en los burdeles. Ella, por su parte, se alojaría en la residencia que mantenía en la ciudad y se mezclaría con la sociedad inglesa durante una temporada, se dijo a sí misma en tanto pensaba en el comentario de Kitty acerca de que el personaje que había ideado para moverse en ese ambiente se estaba imponiendo a la fría mujer rebelde.

Heather apareció en cubierta para dar las últimas órdenes a los hombres, y fue en ese momento que volvió a ver a Montgomery y a su ayudante. Sus miradas se cruzaron con la misma frialdad y determinación, y ella sintió una ligera opresión en el estómago que achacó al vino que había bebido para borrar los recuerdos de Ascroft y de todas las tonterías que había tenido que escuchar por parte de Kitty y Morgan. No debía entablar una relación personal con Montgomery, pero, por otra parte, debía dejarle claro quién tenía el mando allí.

—Lord Ascroft vendrá en mi chalupa —dijo con un gesto divertido e irónico que no pasó por alto ninguno—. Tu ayudante puede ir en el otro bote con Kitty.

—Preferiría ir con mi ayuda de cámara —le rebatió él, que, aunque ya sabía que ella no aceptaría ese cambio porque suponía una afrenta a su voluntad, quería demostrarle que no iba a ponérselo fácil. Si ella no estaba dispuesta a luchar por Estuardo, él no iba a acatar sus órdenes sin pelear.

Heather sonrió y se acercó a él hasta situarse a su altura. Montgomery la vio caminar con los pulgares metidos en el cinturón de cuero del que colgaba una espada y con ojos entrecerrados y escrutadores.

—¿Tengo que recordarte quién da las órdenes aquí y cuál es tu situación?

El caballero no se amilanó ante la mirada retadora, sino que elevó las cejas hasta formar un arco que expresaba asombro.

—Soy consciente de quién manda aquí.

—Pues no parece que lo tengas claro.

Montgomery sonrió.

—Muy claro, capitana. —Se inclinó hacia el rostro de ella como si fuera a apoderarse de su boca. Contempló su propio reflejo en la mirada de ella y se detuvo, alarmado.

Heather no se apartó ni un centímetro. Dejó que él se acercara porque sabía que no la besaría, no delante de todos los marineros. Además, ella quería hacerle ver que no le temía, o tal vez convencerse a sí misma de ello. La mirada de lord Ascroft pareció adentrarse en el alma de la joven y agitarla con descaro.

Ella sentía un ligero temblor en las piernas que amenazaba con acabar sacudiéndole el cuerpo entero.

—Pues no me hagas repetirlo.

—Como guste.

Montgomery inclinó la cabeza, pero no bajó la mirada, que seguía fija en el rostro de ella. Percibió enojo en aquel rostro, en la manera en que se le tensaba la mandíbula primero y en cómo se humedecía los labios a continuación. El descaro que él mostraba la inquietaba, la ponía nerviosa. Era bueno saberlo, se dijo mientras sonreía de refilón y pasaba junto a ella camino de la borda para bajar al pequeño bote ante la atenta mirada del segundo de *La Bella Helena*.

Heather permaneció en el sitio en tanto trataba de calmarse. Se volvió para seguir a Ascroft sin hacer caso a la mirada de Morgan y se acomodó en la barca a lado de Montgomery sin mirarlo siquiera.

—Vámonos.

Los hombres recogieron los remos y de manera lenta y firme, los hundieron en el agua. La chalupa comenzó un tranquilo recorrido hacia la orilla, en la que se divisaba una casa de dos plantas de color blanco con el tejado de pizarra. La abundante vegetación que la rodeaba apenas

si permitía ver algunos detalles de la construcción, pero Montgomery supuso que sería el tipo de casa colonial propia de Port Royal, con un porche en la entrada y un jardín en la parte trasera.

Ascroft volvió la vista hacia el segundo bote para comprobar que Derrick estuviera allí, lo que dibujó una sonrisa cargada de ironía en Heather.

—No temas, no vas a quedarte a solas conmigo en la casa.

—Usted tampoco tiene por qué temerlo.

Heather cerró las manos en puños al tiempo que su mirada se volvía amenazadora. De buena gana habría arrojado a lord Ascroft al agua para librarse de él. Lo que no comprendía todavía era por qué le permitía seguir con vida. Tal vez después de todo Morgan tuviera razón y debería haberlo ahorcado del palo mayor o haberlo abandonado en una isla de camino a Port Royal.

Heather lanzó una mirada por el rabillo del ojo para observarlo en tanto se preguntaba qué intenciones ocultas la impulsaban hacia él.

Derrick iba a bordo de la segunda canoa en compañía de varios hombres de la tripulación de *La Bella Helena* y de Kitty. Se sentía desconcertado por ella desde que había escuchado cuál había sido su verdadera profesión antes de que Heather Brooke la salvara de un corsario francés. Se le hacía más extraño dirigirse a ella sin olvidar su condición social.

Kitty, por su parte, se mostraba callada y contemplaba el vasto mar que la rodeaba, así como la costa cercana que se extendía delante. Notaba que el ayudante de lord Ascroft había cambiado el modo en que la miraba desde que había descubierto quién era. No era que la mirara mal, ni con desprecio o superioridad, sino más bien con decepción, como si conocer que ella había sido una tabernera en Tortuga le hubiera abierto los ojos. Se lo había avisado a Heather: hacerse pasar por damas de la sociedad les acarrearía problemas. Aunque no había imaginado que pudieran ser de esa índole.

Derrick desvió la mirada del mar para encontrarse con la de ella, brillante y curiosa a la vez. Kitty no la bajó, puesto que estaba acostumbrada a desafiar a los hombres. Había percibido el deseo en los ojos de muchos otros, pero nunca antes había encontrado esa desilusión.

Él quiso apartar la atención, pero no le resultaba sencillo. Ella parecía ejercer un influjo desconocido en él, tal vez debido a su aspecto libre, indómito y descarado. Llevaba el cabello recogido con una tira de cuero, excepto por varios mechones que le caían libres a ambos lados del rostro, curtido por el sol y despejado de afeites, cremas o colores artificiales, con los labios entreabiertos... Sacudió la cabeza al llegar a la conclusión de que nada tenía sentido. Debería mantener la mente despejada en todo momento si no quería sucumbir como su amigo Montgomery, a quien en ese momento veía saltar a tierra desde la barca.

Heather pisó tierra acompañada de Morgan y de los demás hombres de confianza y se quedó contemplando a Montgomery con gesto burlón.

—¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó él con el ceño fruncido, sin entenderla.

Ella sacudió la cabeza y se volvió hacia el segundo al mando para transmitir órdenes.

—Después de instalarnos en la casa, llévate un par de hombres hasta la ciudad y averigua cómo está la situación ahora que hay un cambio de rey en Londres.

—Como ordenes.

—¿Le preocupa la situación política?

Heather dirigió el rostro hacia Montgomery para contemplarlo con los ojos entrecerrados, las manos en las caderas y el mentón alzado en claro desafío.

—Sí. Aunque aquí nadie conoce quién soy en realidad, me gusta tenerlo todo bajo control.

—¿Todo? —Él arqueó una ceja con suspicacia.

—Todo, sí. —Heather se envaró ante él y se le acercó para demostrarle que no le temía. Sostuvo la mirada penetrante e interrogante de él y, por la sonrisa cínica que la acompañaba, supo que se estaba divirtiendo con ella—. No perdamos más tiempo y vayamos a la casa.

Ella abrió el camino hacia la mansión que poseía en el litoral. Lord Ascroft la vio caminar por una pequeña cuesta hasta llegar al comienzo de una escalera de madera que conducían a lo alto del promontorio donde se asentaba la casa. Los hombres acarreaban algunas pertenencias procedentes del barco mientras otros ocultaban las chalupas en una especie de gruta que había en aquellos acantilados.

—Vamos, sígueme —le indicó Morgan al tocarle el brazo.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

El segundo al mando de *La Bella Helena* lo miró con una mezcla de interés y desconfianza.

—¿Qué quiere?

—¿Desde cuándo está con ella?

Morgan contempló a Montgomery sin comprender a qué diablos venía aquella pregunta, pero resolvió satisfacer su curiosidad.

—Desde que usted apresó a su padre para conducirlo al patíbulo —escupió la respuesta al tiempo que le lanzaba una mirada de desprecio de pies a cabeza.

—Yo no lo envié.

—¿En serio piensa que voy a creerle? Es usted un estúpido en ese caso. Ha sido el mayor cazador de piratas de Tortuga para la corona inglesa durante los últimos años. ¿Espera que me trague ahora ese cuento? Le rebanaría el pescuezo con gusto a una sola orden de ella, pero no sé qué pretende hacer con usted, le digo la verdad. Dé gracias de que no lo haya mandado colgar de uno de los palos de *La Bella Helena*. Tampoco sé qué clase de locura la posee para invitarlo a su casa.

—Ni yo lo sé. No he venido hasta aquí para convivir con ella en su fastuosa mansión, sino para convencerla de que reúna a los capitanes piratas de Tortuga y luche a favor de su rey.

—Olvida que ella no tiene rey.

—Ella es súbdita de la corona inglesa —protestó Montgomery envalentonado ante el pirata, quien sonrió con ironía.

—Ella no es súbdita de nada ni de nadie, y menos de Estuardo. Él fue quien la empujó a convertirse en lo que es hoy. Métselo en la cabeza cuanto antes. Y ahora caminemos —le ordenó al tiempo que hacía un gesto con el mentón hacia la escalera por la que se accedía a lo alto del acantilado.

—He traído el perdón real.

—No, lo que ha traído es una trampa. Jacobo pide a los capitanes del Caribe que luchen por él. Como no ha podido apresarlos a todos, ahora les ruega que luchen bajo su bandera. ¿Qué mejor forma de eliminar a unos pocos? ¿No cree, lord Ascroft? —le preguntó con un toque irónico mientras volvía a mirarlo de arriba abajo.

Bien pensado, aquel hombre tenía razón, se dijo Montgomery. ¿Quién no daba por descontado que, en mitad de una batalla naval, algunos capitanes perdieran la vida? Sí, Morgan no iba mal encaminado, al rey podía darle igual ahorcarlos que dejarlos perecer en batalla. El resultado sería el mismo para ellos, aunque no para Jacobo.

La casa tenía dos plantas más una buhardilla, toda de color blanco para paliar el calor del sol, excepto por el tejado de pizarra. Contaba con un pequeño porche con diversa vegetación y un banco de madera. A su alrededor había un modesto jardín delimitado por una valla de estilo rústico, y un camino de tierra se extendía desde las inmediaciones de la casa hasta la entrada, precedida por una verja que permanecía cerrada.

—¿Por qué no entra por la puerta principal? —preguntó Montgomery, y la señaló—. ¿Por qué hemos subido por la escalera? ¿De qué tiene miedo, si asegura que nadie en Port Royal sabe quién es ella en verdad?

—Que nadie lo sepa no significa que ella sea estúpida. Entrar en un día como hoy por la verja levantaría sospechas. Cuando llegamos a Port Royal, siempre usamos los acantilados.

—Y esconden los botes y el barco.

—Sí.

—Entiendo que nadie se ha fijado en la embarcación.

—No. Nadie sabe que *La Bella Helena* se oculta aquí, ni tienen que saberlo. —Morgan se acercó a Montgomery con gesto amenazante para que no se le pasara por la cabeza delatarlo.

—Quédese tranquilo, no soy tan estúpido ni estoy tan loco como para delatarla. Además, olvida que el motivo de mi presencia aquí es otro muy diferente.

—No, no lo he olvidado. Y desde ya le repito que pierde el tiempo con ella.

—Entonces, ¿por qué diablos me retiene con tal desfachatez? —le preguntó ofuscado por aquella pérdida el tiempo—. Me enviaron a hablar con el capitán de *La Bella Helena* y a tratar de convencerlo para luchar por Jacobo Estuardo. ¡Si no está interesada en ello, al menos que me permita conversar con el resto de los capitanes de Tortuga!

Morgan sonrió y sacudió la cabeza al ver al pulcro caballero en aquel estado.

—No desespere y agradezca que sigue vivo, cosa que yo ya habría subsanado.

Ascroft apretó los labios sin agregar nada más y siguió caminando hacia la casona.

La puerta se abrió de repente en cuanto se acercaron, y dos hombres de color y una mujer salieron a recibir a su señora.

Montgomery fue testigo de cómo los tres se acercaban a saludar a Heather, que se mostraba igual de atenta —e incluso podría decirse amorosa— con ellos.

—Que no le extrañe verla profesar cariño. En el fondo no es tan mala como usted piensa.

—No lo he creído en ningún momento desde que la conocí en Londres —le rebatió con frialdad y cierta aspereza.

—Entiendo. Será mejor que entremos.

Montgomery subió el escalón que le faltaba y accedió al interior de la casa, tan fastuosa como el camarote de la capitana.

Heather parecía estar esperando a que él apareciera, puesto que estaba allí de pie junto al servicio de la casa. Durante un breve momento sus miradas se encontraron e incluso parecieron buscarse. Él seguía pensando en su incómoda presencia en aquella lujosa casa con candelabros de

oro, alfombras ricas en matices, lámparas de pedrería, cuadros y demás adornos obtenidos sin duda de los saqueos de posesiones españolas en aquellos parajes y de los abordajes en alta mar a mercantes.

—Estos son lord Ascroft y su ayuda de cámara, Derrick. Serán mis invitados durante una temporada, Amelia. Que se alojen en las habitaciones que quedan siempre libres de la segunda planta.

—Bien, señora —asintió la mujer de color mientras su mirada paseaba de Heather a los dos invitados sin poder evitar preguntarse qué clase de relación tenían aquellos caballeros con su señora.

Montgomery no pudo evitar cuestionarse: ¿conocerían aquellas personas a qué se dedicaba en realidad la señorita Brooke?

—Espero que le guste su nuevo alojamiento, lord Ascroft —ironizó ella cuando se acercó hasta él con una mueca de diversión en el rostro.

Aquella mujer lo ponía a prueba con cada uno de sus gestos y movimientos.

—Sin duda está disfrutando de la situación de ventaja que le ofrece el hecho de que yo haya caído en sus manos, ¿verdad?

La mirada de ella se ensombreció por el comentario, y se envaró ante él con gesto altivo y desafiante.

—Tal vez disfrutaría más al verlo balancearse del extremo de una soga.

Heather se apartó de él para desaparecer tras unas puertas que cerró con una furia desmedida. Todos los presentes se quedaron callados hasta que la mujer de color se dirigió a Ascroft.

—Si me sigue, le indicaré cuáles son las habitaciones que la señora ha dispuesto para ustedes. Pero ¿no traen nada de equipaje? —La empleada lanzó una mirada detrás de ellos para ver si había algún baúl.

—Lo perdimos todo en el mar. No se preocupe, ya nos las arreglaremos.

La mujer apretó los labios y abrió los ojos al máximo.

—Está bien. Vengan conmigo.

Montgomery y Derrick siguieron a la sirvienta escaleras arriba. El primero no pudo evitar mirar hacia las dos puertas cerradas tras las que Heather se había ocultado. ¿Qué demonios le había sucedido para reaccionar de aquella forma?, se preguntó mientras ascendía los escalones hasta el segundo piso. No dejaba de darle vueltas en la cabeza a los planes que tenía para él el destino, que lo obligaba a permanecer junto a aquella mujer.

CAPÍTULO 8

El tiempo transcurría de igual modo en Port Royal que en Inglaterra. Las noticias que llegaban a la isla a través de los viajeros no eran nada positivas. Algunos marchaban al Nuevo Mundo a hacer fortuna, otros se veían empujados por el clima bélico que se desarrollaba en las islas británicas. En las veladas y en los clubes de caballeros, el tema de conversación era siempre el mismo: la guerra.

Ni Heather ni Montgomery eran ajenos a todo eso. Mientras para ellas la situación no representaba ninguna amenaza porque ya había dejado claro que no le debía nada a Jacobo, a él, por su parte, le preocupaba que el tiempo corriera en contra del monarca, a la vez que se veía incapaz de hacer algo por ayudarlo.

Cuando acudían a alguna recepción por las noches, la escolta de la que gozaban Derrick y él era digna de un rey. ¿Qué pretendía hacer con él aquella mujer? ¿Divertirse a su costa? Si temía que fueran a escapar, estaba muy equivocada. No había llegado hasta allí y había permanecido en su casa todo ese tiempo para intentar huir a la primera oportunidad que se presentara.

Esa noche Montgomery había recibido órdenes de prepararse para pasar una grata velada en casa del nuevo gobernador enviado desde Londres. No se había hecho esperar en demasía el nombramiento; de hecho, algunas personalidades en Port Royal habían logrado enterarse de la decisión hacía bastante tiempo, incluso antes de que Guillermo de Orange se sentase en el trono. El anterior gobernador, Thomas Kendricks, era un ferviente servidor de Jacobo y un avezado defensor de la casa Estuardo y por consiguiente de la causa jacobita. Con él pretendía verse Montgomery esa noche una vez que se hubiera producido el relevo oficial del nuevo gobierno de la isla.

Por otra parte, lord Ascroft también confiaba en recabar la mayor información posible acerca de la situación en Inglaterra y en Escocia. Lo poco que había llegado a Port Royal hacía referencia al levantamiento llevado a cabo por Claverhouse en las Tierras Altas, pero no se sabía mucho. Por eso, esperaba que la cena de esa noche en la residencia del gobernador fuera algo más fructífera, pese a ser consciente de que los hombres de Heather lo estarían vigilando, así como a Derrick.

En ese momento Montgomery estaba en su habitación ocupado en terminar de arreglarse, con la ropa adquirida por la señorita Brooke para él. Al día siguiente de llegar, ella había ordenado preparar un carruaje que fuera hasta el centro mismo de Port Royal para comprarles algunos trajes a Derrick y a él. Aunque al caballero no le había hecho ni pizca de gracia tener que depender del dinero de ella como si fuera un simple sirviente, no le había quedado otra alternativa.

El sonido de varios golpes suaves en la puerta lo obligó a volverse justo para ver entrar a Morgan. No se parecía en nada al hombre que había conocido a bordo de *La Bella Helena*.

—Lo espera en la biblioteca. Me ha pedido que se lo haga saber.

Montgomery pareció a punto de decir algo; tal vez se trataba de algún reparo, pero al final asintió y salió del dormitorio. Conocía el camino porque ya había recorrido la casa en algunas ocasiones desde que estaban allí. Aquella especie de cautiverio le dejaba mucho tiempo para pasear la propiedad.

Descendió las escaleras y se dirigió hacia la biblioteca en compañía de Morgan.

—No hace falta que me indiques el camino, ya lo conozco.

—Soy consciente de ello, pero es mi deber —objetó al tiempo que extendía el brazo para empujar la puerta y adelantarse para anunciarlo, tras lo cual se apartó y lo dejó pasar.

Montgomery no dijo nada. Conocía muy bien la distribución del lugar, con grandes estanterías repletas de libros, algunos de incalculable valor al ser primeras ediciones de escritores no solo británicos, sino de todo el continente europeo. El suelo de madera laminada hacía resonar los pasos. Se detuvo para poder contemplar mejor a la dueña de casa y de ese modo no perderse ni uno solo de sus gestos, sin saber por qué lo hacía. ¿Tal vez para memorizarlos cuando ella no estuviera? Lo cierto era que, cuanto más tiempo pasaba en aquella casa, más complicado se le hacía considerar a Heather Brooke como lo que era en realidad. La observó en silencio mientras ella permanecía de pie junto al ventanal, de espaldas a la puerta, con lo que no lo había visto llegar. Llevaba puesto un vestido rojo intenso que le dejaba al descubierto los hombros. Su piel parecía más clara y aterciopelada bajo la luz que arrojaban las lámparas encendidas, ya que fuera había comenzado a oscurecer. Se había recogido el cabello, excepto por dos rizos que le caían libres sin llegar a rozarla. El vestido se abría en la espalda, que quedaba al descubierto de una manera insinuante.

Montgomery apretó los labios y cerró las manos en puños que mantuvo pegados a los costados del cuerpo. Seguía en silencio, a la espera de que ella se diera vuelta para decirle algo. A él no le importaba lo más mínimo que se tomara su tiempo. De ese modo él podía seguir contemplándola y robarle ese momento de intimidad.

Heather había escuchado las pisadas sobre el suelo que le indicaban que Montgomery estaba allí, aunque había preferido seguir con la mirada perdida en la oscuridad del atardecer. Tenía las manos entrelazadas y notaba la respiración un tanto más agitada que antes. ¿Era la presencia de él lo que le provocaba esa sensación? Cerró los ojos y se maldijo por todo lo que se estaba permitiendo sentir. No había sido una buena idea después de todo alojarlo en su hogar. Había pensado que podría manejar la situación, de la misma manera que había logrado gobernar el navío y la tripulación de su padre, pero el corazón nada tenía que ver con *La Bella Helena*. ¿Cómo era posible? Se proclamaba como una mujer fría y sin consideraciones, alguien que había perdido

toda capacidad de sentimentalidad desde que había perdido a su familia. Pero al parecer estaba muy equivocada. La llegada de lord Ascroft a su vida había significado un cambio semejante al que había experimentado en alguna que otra ocasión en alta mar, cuando el viento sacudía las velas, los negros nubarrones presagiaban una tormenta y el mar embravecido anunciaba la galerna... Así se sentía ella en su interior.

Se volvió con lentitud mientras inspiraba hondo y sentía que el vestido se le ceñía más al cuerpo. Cuando quedó frente a él, sintió una corriente erizarle la piel de los brazos primero y luego avanzar por su espalda hasta la nuca. Fue entonces que pensó que no debería haberse puesto aquel vestido, sino uno que no expusiera tanto la piel. De ese modo él no sería testigo de las emociones que la embargaban, aquellas que le causaba la manera en que él la contemplaba; tan... especial, tan diferente a otras ocasiones.

Montgomery se quedó sin palabras cuando se fijó en la cristalina mirada de Heather, en sus labios entreabiertos, en la suavidad que desprendía su piel y en su escote, que sin duda resultaría tentador para cualquier hombre, lo cual le produjo una punzada de... ¿celos? Estaba radiante con aquel vestido, exquisita. Temía que, si cerraba los ojos, ella desapareciera de su vista; que en el fondo solo la estuviera imaginando de aquella manera. No sabía si acercarse o dejar que fuera ella quien lo hiciera. Apenas fue capaz de esbozar una tímida sonrisa que lo desconcertó a él mismo.

Cuando Heather lo vio sonreír, el interior de su pecho se agitó y se rebeló contra cualquier obstinación contra lo que comenzaba a experimentar con la cercanía de lord Ascroft. Deslizó el nudo que le cerraba la garganta y le impedía hablar y se recogió el vestido para caminar hacia él, a riesgo de que esa noche perdiera algo más que la cordura.

—Estás muy elegante con la ropa nueva —le confesó cuando estuvo a su altura, sin poder dejar de mirarlo—. Claro que es algo a lo que estás acostumbrado, ¿verdad?

—Puedo decir lo mismo de usted, señorita Brooke —prefirió seguir hablándole con cortesía, sin tutearla como hacía ella con él.

—¿De verdad? —Ella arqueó una ceja con ironía y diversión cuando lo escuchó llamarla “señorita”. El calor en su interior se hacía más acuciante con cada una de las palabras de él.

—¿Ya nos marchamos?

Montgomery prefirió desviar la atención de ella al cambiar el tema de conversación.

—Sí, el coche está preparado —asintió antes de salir de la biblioteca para buscar a Morgan.

—Todo está listo —le aseguró el segundo al mando mientras Heather veía aparecer a Kitty enfundada en un vestido vaporoso que captó la atención del propio Montgomery, lo que lo hizo pensar en Derrick.

Si alguien le dijera que aquella hermosa mujer había sido en verdad una tabernera en Tortuga, sin duda lo tacharía de loco y lo obligaría a retirar aquellas palabras con la promesa de retarlo a un duelo si no lo hacía. En realidad nadie podría asegurarlo, salvo aquellos que conocían la verdad. Por el rabillo del ojo, vio aparecer a su amigo, quien pareció quedarse igual de impresionado que él al ver a Kitty.

—Será mejor que nos marchemos —anunció Heather con una orden hacia Morgan, que ya sabía lo que tenía que hacer en todo momento durante la velada.

Abandonaron la casa para subirse al coche que los aguardaba en la puerta. La señorita Brooke abrió el paso y, cuando llegó ante la portezuela del vehículo, se detuvo y se volvió hacia Montgomery a la espera de que la ayudara a subir. Lo contempló con diversión mientras arqueaba las cejas de manera expectante.

—¿Ha olvidado sus modales?

Él dejó escapar un gruñido. ¿A qué demonios jugaba ella? Le tendió la mano para que entrara, ajeno a la sonrisa de satisfacción que se dibujó en los labios de Heather. Después hizo lo propio con Kitty y dejó que fuera Derrick quien la siguiera. Él prefería subir último.

El corto trayecto hasta la residencia del gobernador de Port Royal discurrió en un relativo silencio. Se trató más bien de un juego de miradas y gestos. Montgomery intentaba por todos los medios dirigir su propia atención al exterior del coche para no quedarse contemplando a Heather, pero el atractivo de ella aquella noche era algo complicado de pasar por alto, y más cuando ella se empeñaba en hablarle.

—Espero que les gusten las veladas aquí en Port Royal —dijo a los dos caballeros que las acompañaban.

—No creo que difieran mucho de las de Londres —intervino Montgomery con una leve sonrisa irónica.

—No, la verdad. Tal vez esta noche sea algo más tediosa dado que se trata de la toma de posesión del nuevo gobernador enviado por Guillermo de Orange. —Heather puso cierto énfasis en las dos últimas palabras para recordarle a Montgomery la situación que atravesaban en las islas.

—No importa. No nos quedaba otra solución que acompañarlas, puesto que somos sus invitados —ironizó.

Heather sonrió. Se estaba divirtiendo con él. En cierto modo se trataba de una pequeña revancha por lo que él le estaba haciendo sentir. Lo mantenía ofuscado con su comportamiento y su falta de interés en navegar hasta Tortuga para hablar con el resto de los capitanes. Ella se había olvidado ya de eso, así como de su propia venganza. Encontraba más satisfactorio llevarlo al límite y ver cuánto estaba dispuesto a soportar.

—Sin duda será interesante comprobar el talante del nuevo mandamás y enterarse de qué directrices le ha marcado Londres. Lo que está claro es que no será un defensor del monarca depuesto. —Heather entornó la mirada con toda intención hacia Montgomery mientras él se mostraba ajeno a sus palabras.

Ascroft tenía la impresión de que lo estaba retando para que él protestara, pero no le daría esa satisfacción.

Derrick, por su parte, permanecía en silencio en tanto escuchaba a Heather y lanzaba miradas de reojo a la sensual Kitty. No podía evitarlo. Tal vez fuera su proximidad en el coche, su perfume, su sensualidad... o bien una mezcla de las tres cosas, pero algo lo tenían atrapado.

Ella no era ajena a esas miradas y trataba de sofocar la risa que le producía ver a Derrick comportarse como un chiquillo. Pero una parte de sí misma sentía la calidez de ese gesto, la inocencia y la timidez que demostraba. No le cabía duda de que él se estaría preguntando por la clase de mujer que era. Le llamaba la atención de igual manera que él a ella. Pero hasta ahí llegaban sus pensamientos en torno al ayuda de cámara, no iban más allá de ese juego de miradas furtivas.

Cuando llegaron a la residencia del gobernador, el ambiente estaba algo animado. Montgomery se libró de ayudar a descender del carruaje a Heather, puesto que de ese menester se encargó un miembro del servicio.

—Espero que esta noche sea productiva —murmuró Montgomery a Derrick.

—¿Qué esperas averiguar?

—Todo lo que pueda sobre lo que sucede en Inglaterra.

—¿Cómo marchan las cosas con ella? —Derrick hizo un gesto con el mentón hacia Heather, que en ese momento entraba en la casa en compañía de Kitty.

—No he avanzado nada. —El caballero apretó los dientes y maldijo.

—¿No han vuelto a hablar del asunto por el que estamos aquí?

—En una sola ocasión. —Se quedó callado al recordar una de las pocas noches en las que ella se había mostrado accesible a charlar con él. Y aunque en un principio Heather le había parecido cordial y dispuesta a tratar el asunto en profundidad, al final había levantado un muro entre ellos y había vuelto a ocultarse. Al instante había dejado salir a la mujer soberbia y fría que él había olvidado en aquel momento, y todo ello había sucedido justo cuando ella parecía más relajada, con la guardia baja ante él. Pero entonces, sin motivo aparente, se había marchado de allí y lo había dejado con la palabra en la boca.

—¿Y qué sucedió?

Montgomery sonrió con ironía al recordar la escena.

—Que me dejó en la biblioteca plantado como un perfecto idiota.

* * *

Heather saludó a ciertas personalidades de la isla que conocía hacía tiempo, se dejó agasajar por algunos caballeros y por fin se dirigió al nuevo gobernador de Port Royal. Lord Thomas Blendit era un hombre entrado en años con una mirada de halcón que no le hizo nada de gracia a Heather. Hizo de anfitrión en la presentación el gobernador saliente.

—Lord Blendit, le presento a la señorita Heather Brooke, una de las mujeres más influyentes y respetadas en todo Port Royal.

Ella se acercó con su mejor sonrisa.

—Señorita Brooke, un placer conocerla —le dijo el nuevo gobernador, que le tomó la mano para hacer el gesto de besarla, pero sin llegar a rozarla con los labios.

—Señor Blendit, espero que su llegada a Port Royal no se haya visto alterada por ningún imprevisto.

—No, no lo ha sido, si se refiere a tener algún encuentro con piratas. Se sabe que no suelen acercarse a estas aguas desde que el propio Henry Morgan, quien hace poco falleció, se planteó acabar con ellos. Paradojas del destino, ya que él mismo fue uno de los más activos en años anteriores.

—Bueno, fue su majestad Carlos II el que le impuso esa labor después de sus saqueos a las ciudades más ricas de la corona de España en el Caribe.

—Sí, pero eso fue hace tiempo ya. Debemos darle las gracias a él de que los corsarios no se acerquen a Port Royal.

Heather no pudo evitar sonreír ante el comentario, aunque lo hizo de una manera disimulada para no llamar la atención.

—¿Cómo marchan las cosas por Inglaterra? No llegan demasiadas noticias aquí.

El gobernador puso mala cara y sacudió la cabeza.

—No son historias para comentar esta noche. Solo le diré que el clima de la guerra se extiende por las islas —le aseguró con mal talante, y sacudió la mano delante de ella—. Si me permite, debo atender a otras personalidades. Encantado de conocerla. Hablaremos más tarde.

Heather mostró una afable sonrisa ante aquel desplante que no le hizo la menor gracia.

—Acaba de dejarte con la palabra en la boca, querida. —El comentario de Kitty no se hizo esperar.

—Es un arrogante, que tampoco tiene tanta información para compartir —explicó mientras se encogía de hombros.

—Te noto algo alterada. ¿Tiene algo que ver tu prisionero? —Kitty hizo un gesto con el mentón hacia Montgomery, que en ese momento charlaba con Derrick.

—¿A quién te refieres? ¿A Montgomery? No es mi prisionero —le dijo molesta.

—Entonces déjalo marchar si no vas a llevar a cabo tu venganza.

Heather frunció el ceño desconcertada por aquella afirmación tan rotunda, pero lo que más la alteró fue la repentina y extraña sensación de ahogo en el pecho. ¿Por qué? ¿Qué podía importarle a ella que él se marchara de Port Royal? Kitty tenía razón: si no iba a ejecutarlo por lo de su padre, ¿por qué lo retenía en su casa?

—Podría navegar hasta Tortuga y convencer a los capitanes para que luchen a favor de Jacobo Estuardo —le recordó todavía irritada y con los dientes apretados.

—¿Y qué puede importarte un rey que ha sido depuesto por el Parlamento de Londres? ¿Qué más da que algunos capitanes o todos puedan luchar por él? Creo que esa es una de las excusas más absurdas que he oído. En el fondo no quieres dejarlo marchar porque te sientes atraída por él, esa es la verdad. —Se encaró con Heather—. No creas que no me fijo en la manera en la que lo miras o en cómo te le acercas. No olvides que te besó, y eso es algo que nunca has permitido a un hombre, bajo pena de cruzarle el rostro con tu espada o incluso acabar con su vida. Todavía recuerdo el modo en que le abriste la cara al francés cuando saliste en mi defensa.

Heather permanecía en silencio mientras escuchaba a su amiga. No quería admitirlo, pero, las pasadas noches, en las que había rehuido de la compañía de Montgomery, lo había hecho tras alegar que estaba cansada, aunque en realidad evitaba sucumbir ante su presencia. ¿Qué le sucedía con aquel apuesto inglés? ¿Por qué no podía mandarlo a ejecutar por haber sido partícipe de la muerte de su padre en la horca? Permaneció con la mirada fija en el suelo, ajena a lo que sucedía alrededor, y fue justo Montgomery quien se percató de ello.

Le pareció extraño que ella se hubiera quedado en el sitio sin moverse. Minutos antes, la había observado hablar con el nuevo gobernador y entonces... ¿Qué le había dicho? ¿O acaso había sido la conversación con Kitty? Sentía una extraña desazón y un deseo por averiguar qué le sucedía,

pero, cuando consideró acudir junto a ella, se detuvo al pensar en ella como la mujer que era. Por suerte, alguien se acercó a él para saludarlo.

—Qué sorpresa más agradable encontrarlo aquí, lord Ascroft. Me dijeron que se había retirado y que estaba planeando viajar al Nuevo Mundo, pero nunca pensé verlo aquí.

—Thomas Fairfax, ¿qué haces en Port Royal?

—Escapar del infierno en el que se han convertido las islas, Montgomery —le dijo muy a su pesar.

—Lamento escuchar eso.

—Con los tiempos que corren en Inglaterra, el cambio era algo inevitable. —Montgomery creyó percibir cierto malestar y desilusión en su colega.

—Supongo que el recién nombrado monarca trae nuevas órdenes en todos los campos.

—Sí. Con el nuevo gobernador, han llegado sus hombres de confianza, así como una nueva política.

—¿Todos ellos leales a Orange? —Ascroft entornó la mirada y realizó la pregunta con cautela.

—Sí. El gobierno de Londres se ha encargado muy bien de apartar de los principales cargos a los partidarios de Jacobo Estuardo por temor a un motín y a que puedan restituirle el trono.

—¿Cómo está la situación? Hace semanas que no sé nada. La gente que llega a Port Royal de Inglaterra ofrece poca información o novedades contradictorias.

—Me temo que no soy portador de buenas noticias —comenzó mientras se llevaba a un lado apartado a Montgomery y a Derrick—. El intento de devolver a Jacobo al trono ha fracasado.

—¿Cómo?

—¿Tan pronto? Si apenas ha pasado tiempo desde que el rey se vio obligado a salir de Londres —refirió Derrick, consternado por aquella noticia.

—Sí, eso es cierto, pero los acontecimientos se han precipitado en nuestra contra, caballeros. El ejército de Guillermo de Orange y del Parlamento no ha dado opción a Jacobo.

—Pero, ¿y Graham de Claverhouse? Lo último que escuchamos de él al zarpar de Inglaterra era que estaba organizando una milicia de partidarios de Jacobo en las Tierras Altas de Escocia.

El antiguo gobernador apretó los labios hasta formar una fina línea y se limitó a asentir con pesar.

—Sin duda las noticias que llegan aquí son pocas. Veo que desconocen que Claverhouse ha muerto —anunció con abatimiento el exgobernador de Port Royal, y contempló la cara de asombro e incredulidad de los dos hombres que tenía enfrente.

—¿Muerto? —repitió Derrick mientras Montgomery no daba crédito a sus propios oídos.

—Sí. Fue un completo desastre para los jacobitas la derrota en Dunkeld y en el paso de Killiecrankie. Tanto que los clanes leales a Jacobo se han dispersado. Guillermo de Orange es el nuevo monarca de Inglaterra, por mal que a algunos nos pese.

Montgomery se quedó sin palabras y sin capacidad de reacción tras oír el relato de su amigo. Frunció el ceño con la mirada todavía perdida en el vacío y no prestó ninguna atención a lo que Derrick y Fairfax charlaban, ni siquiera al cuestionamiento del último, hasta que volvió a centrarse en él.

—Veo que la noticia te ha dejado sin palabras, viejo amigo.

—No me lo esperaba, la verdad. Confiaba en la capacidad guerrera de Claverhouse y de los clanes escoceses leales a Jacobo. Ya nada tiene sentido —dijo en tanto esbozaba una tímida sonrisa al caer en la cuenta de que su misión allí había concluido.

—¿Piensas regresar a Inglaterra, Fairfax? —preguntó con confianza Derrick.

—No. No puedo hacerlo, no veo con buenos ojos lo que está sucediendo. Tardaré algún tiempo en retornar a mi hogar. Hasta que los vientos amainen, ya me entiendes.

—Los partidarios de Jacobo no van a quedarse de brazos cruzados, ¿verdad?

—El único inconveniente es que son minoría frente al Parlamento. ¿Y tú, Ascroft? ¿Piensas quedarte en Port Royal? Ahora que ya sabes lo que sucede en Inglaterra...

—No estoy seguro —respondió en tanto miraba a Derrick, que se encontraba en la misma situación—. Dependerá de lo bien que nos hallemos aquí. Tal vez marchemos a Francia, dado que las islas son un polvorín.

—Tal vez sea lo mejor. Seguir a Jacobo hasta Francia... —Thomas Fairfax resopló con resignación—. En fin, me ha alegrado verte. Por cierto, ¿dónde te alojas?

Montgomery pensaba que ya no se lo preguntaría cuando lo vio alejarse.

—En casa de una vieja conocida de las veladas en Londres, la señorita Heather Brooke. Ella también zarpó de Inglaterra cuando las cosas se comenzaron a complicar y nos ofreció hospedaje hasta que encontremos algo más definitivo.

—En ese caso, ya nos veremos. Disfruten de la velada, aunque no sea mucho de su agrado.

Montgomery asintió sin agregar nada más ante la complejidad de la situación. Sacudió la cabeza sin saber qué diablos hacer. No esperaba ese desarrollo de los acontecimientos.

Derrick se percató de la preocupación de su amigo y supuso que estaría dándole vueltas en su cabeza a las medidas que debería tomar.

—Después de lo que Fairfax nos ha contado, nuestra misión carece de valor, ¿no?

Montgomery apretó los labios y asintió de manera leve.

—Sin duda.

—¿Piensas decírselo? —Derrick hizo un gesto con el mentón hacia Heather, que estaba cercada por caballeros ávidos de bailar con ella.

Ascroft dirigió la mirada hacia el lugar en el que ella se encontraba y sonrió con amargura. Era una mujer bonita a la que sin duda le gustaba estar rodeada de pretendientes aunque al final no fuera a aceptar a ninguno de ellos, dado quién era ella en realidad.

—Si no se entera por los comentarios de los demás... —comentó Montgomery, cuyas cejas se habían arqueado en señal de expectación—. Pero preferiría hablar del tema con ella en privado antes.

—¿Crees que entrará en razón cuando escuche lo que ha pasado?

Montgomery se encogió de hombros y sonrió. Luego se percató de la presencia de una hermosa mujer que no dejaba de contemplarlos.

—Creo que alguien espera que la saques a bailar. —Hizo un gesto con el mentón a Derrick para que se volviera y se fijara en Kitty—. Lleva un rato mirándote.

—Será el vigía que nos ha puesto Heather para tenernos controlados.

—No lo creo —le rebatió de inmediato, y señaló a Morgan—. Ese sí es nuestro vigilante. Ve a bailar con ella, diviértete.

—¿Lo dices en serio? Montgomery, ella es...

—Una muchacha bonita que ansía compartir una pieza contigo. Derrick, que haya trabajado en una taberna de Tortuga no significa que haya sido una prostituta —lo cortó al anticipar que su ayuda de cámara iba a poner esa objeción.

—No te entiendo. ¿Pretendes que entable una amistad con ella?

—Eso es cosa tuya. Mientras danzas con ella, yo aprovecharé para tomar un poco de aire. De ese modo te quitaré a Morgan de en medio. Ve y diviértete. —Le palmeó el hombro para luego emprender el camino hacia la terraza, no sin antes sonreír a Kitty.

Derrick desconocía que ella quisiera bailar con él. ¿Qué clase de juego se traía entre manos? Caminó con paso dubitativo hasta ella, atraído por su singular belleza. En ese momento, le pareció una muchacha tímida, dulce y tierna, no la mujer que imaginaba que había sido en las tabernas de Tortuga. Tal vez, después de todo, Montgomery tuviera razón y ella no hubiera sido más que una camarera. La joven le sonrió con un toque de ironía, pero también de complicidad, cuando él extendió el brazo para que ella lo tomara y fueran juntos al centro del salón de baile bajo la atenta mirada de Heather, quien dejó de reírse ante un comentario que le habían hecho.

Durante un instante la fría mujer que anidaba en su interior pareció derretirse al ver cierta complicidad entre su querida amiga y el ayuda de cámara de Montgomery. ¿Sabían lo que estaban haciendo?, se preguntó al tiempo que esbozaba una sonrisa y apartaba la mirada de ellos al experimentar una inesperada punzada de celos. Entonces buscó a lord Ascroft, pero no lo encontró, ni tampoco a Morgan. ¿Se habrían marchado? ¿Se habrían alejado de la casa? La taquicardia la invadió y se sintió azorada, pero no pudo hacer nada porque en ese instante uno de los caballeros que la agasajaban le solicitó el siguiente baile. Ella lo aceptó en un intento por no pensar en Montgomery ni en dónde se encontraría.

* * *

Ascroft salió a la terraza, donde la temperatura era más agradable. No se respiraba el sofocante calor del interior de la mansión, aunque la gente prefería permanecer dentro. Caminó hasta un extremo, consciente de que Morgan lo vigilaba, pero poco o nada le importaba. Solo quería estar a solas un momento para recapacitar sobre la situación de Inglaterra. Podía hacerse una idea de la cara que tendrían sus amigos partidarios de Jacobo ante los nervios, la incertidumbre y el temor por lo que iba a suceder en los siguientes días. Lo que estaba claro era que Guillermo de Orange era el nuevo rey y que Jacobo Estuardo se había visto obligado a exiliarse.

Montgomery hizo una señal a Morgan para que se acercara.

—No hace falta que me siga a todas partes, no pienso escapar. Imagino que no le hace mucha gracia pasarse la velada mirándome.

—Cumplo órdenes de la señorita —le dijo resuelto y serio.

—Ah, olvídense de ella un momento, ¿quiere?

—¿Y usted? —La interpelación provocó la esperada reacción en Montgomery: el sobresalto, la cara de expectación e incertidumbre.

—¿A qué ha venido esa pregunta?

—No se haga el desentendido conmigo. Llevo muchos años al lado de ella y nunca la he visto mostrar tanta fijación por un hombre como con usted.

—Será porque me acusa de la muerte de su padre, nada más. —Montgomery sacudió la mano en el aire para restar importancia al comentario.

—En parte. Pero también le digo que lo admira, o al menos no siente ese odio del principio.

—Hasta que lo sienta de nuevo y mi cuello vuelva a correr peligro —le aseguró, y se metió un dedo en la camisa para recorrer su cuello como si le cortaran la cabeza.

—No esté tan seguro. Dudo que Heather lo acabe ejecutando. —Morgan entornó la mirada con toda intención.

—Eso está por verse. Hablando del diablo... —Montgomery hizo un gesto con el mentón hacia la puerta por la que Heather aparecía con las mejillas encendidas, la mirada chispeante y los labios entreabiertos. No la perdió de vista mientras se acercaba a ellos. Se fijó en la agitación de su escote, un deleite para la vista. Volvió a centrarse en el rostro de ella, en lo preciosa y llamativa que le parecía esa noche. La mujer más bonita de aquella velada, se dijo en tanto maldecía su propia suerte.

Heather se sintió algo más tranquila cuando vio a Montgomery en compañía de Morgan. El no encontrarlo dentro de la casa hacía unos minutos le había producido un nerviosismo que parecía haberse impuesto a la cordura. ¿Por qué le preocupaba lo que le pudiera suceder? Después de todo era su enemigo. No sabía cómo explicarlo, pero la sensación de vacío que había experimentado de repente al ver que él no estaba allí la había aterrado. Se sintió vulnerable, lo que no le hizo ninguna gracia, como era de esperar en una mujer como ella, acostumbrada a no sentir la más mínima emoción.

—Señorita —dijo Morgan con una leve inclinación de cabeza cuando ella estuvo a su lado.

—¿Conversando con mi hombre de confianza? —preguntó con un tono jocosó al dirigir la mirada a Montgomery, que apenas se inmutó.

—Ya que tiene que vigilarme toda la noche, lo menos que puedo hacer por él es darle conversación para que no se aburra o compartir un trago.

Heather sonrió ante la ingeniosa respuesta. Sí, ella le había pedido a Morgan que mantuviera un ojo sobre Montgomery toda la noche. No se fiaba de él lo más mínimo.

—Si no me necesita... —Morgan arqueó las cejas con la esperanza de que ella le permitiera retirarse y divertirse un poco.

—Puedes irte con los muchachos. Gracias por todo, Morgan, no te precisaré más. Yo le haré compañía a lord Ascroft —aseguró con una sonrisa cínica y pícara a la vez.

Montgomery entrecerró los ojos y se quedó contemplándola con fijeza. ¿Qué diablos estaba tramando? ¿Estaba dispuesta a quedarse con él el resto de la velada? No creía que fuera una buena idea después de la impresión que le había causado verla aparecer en la terraza. En verdad estaba muy atractiva, y el deseo por volverla a besar se le hacía más y más difícil de contener, pensó, y acto seguido se reprochó ese pensamiento absurdo.

—Y bien, ¿de qué hablaban cuando llegué?

—De nada en particular. Acababa de proponerle a Morgan que, ya que tenía que estar vigilando cada uno de mis movimientos, podríamos charlar como dos viejas amistades mientras tomábamos una copa de vino. —Montgomery hizo una señal a un miembro del servicio de la casa que portaba una bandeja con bebidas. Tomó una para él y le tendió otra a Heather, que aceptó con una sonrisa galante. Ella se mojó los labios con el oscuro líquido ante la atenta mirada de él y sonrió con picardía al sentirse observada.

—Un buen vino —comentó, y chasqueó la lengua—. Pero debo decir que he probado mejores.

—Imagino que, en tus correrías por el mar, habrás dado con buenos mercantes.

—Sin duda. Por eso mismo lo digo. Los franceses son mis favoritos. —Heather alzó la copa para brindar por esa afirmación mientras Montgomery se limitaba a asentir—. Dime, ¿te diviertes?

—Lo cierto es que no he venido por ello.

—Derrick, tu ayuda de cámara, sí parece estar pasándola bien.

—Estoy seguro de que lo dices porque lo has visto bailar con Kitty. —El caballero sonrió de manera cínica.

—Sí. He visto cómo él le pedía una pieza.

—Kitty lo estaba esperando, no le quitaba ojo a Derrick. Así que le sugerí que la invitara en ese momento ya que ella estaba sola.

—¿Tú lo animaste?

—Ya te he dicho que Kitty lo deseaba.

—En ese caso parece que estabas en lo cierto y que conoces bastante bien a las mujeres.

—No tanto como quisiera.

Montgomery no quería quedarse contemplándola como un estúpido, pero lo estaba haciendo y se sentía como tal. Decidió que no perdería más tiempo con ella y que sería mejor abordar el tema que lo inquietaba cuanto antes.

—¿Ya conociste al nuevo embajador?

—Sí.

—¿Y qué opinión te ha merecido?

—Poco o nada me interesa mientras no meta sus narices en mis asuntos.

—Que son la piratería —precisó Montgomery con una leve inclinación mientras entrecerraba los ojos para escrutar el rostro de ella y evaluar cómo reaccionaba. Como de costumbre, le regaló una sonrisa sarcástica y divertida.

—La cual tu querido Jacobo necesita para recuperar el trono, y por la que estás aquí. —Ella se mostró juguetona, irónica y hasta cierto punto malvada al recordarle la situación.

Montgomery acusó el golpe, pero se rehízo de inmediato para contraatacar.

—No creo que la necesite más. Si ha charlado con el nuevo gobernador, le habrá explicado cuál es la situación actual en Inglaterra.

La contempló mientras ella detenía el brazo en el aire justo cuando acercaba la copa a los labios. Heather le devolvió la mirada, contrariada por aquella afirmación, y durante un segundo pareció dudar. Frunció el ceño porque no esperaba que él le dijera algo así.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó en un tono que trataba de dejar expuesto un escaso interés, a pesar de que la mirada de Montgomery y aquella declaración la habían agitado.

—El rey Guillermo ya se sienta en el trono.

—Eso no es nada que no supiéramos antes de zarpar de Inglaterra —le recordó ella sin dejar de mirarlo. Lord Ascroft era atractivo, elegante, distinguido; la clase de hombre que cualquier madre querría como esposo para su hija. La había besado, la había sostenido entre sus brazos y la había atraído contra su pecho. Eso no podía olvidarlo.

—Sí, pero lo que no sabía hasta esta noche era que Jacobo se encuentra en Francia.

Heather no esperaba escuchar algo semejante. Sacudió la cabeza sin apartar la atención de Montgomery mientras sujetaba la copa con algo más de fuerza.

—¿Qué hace tan lejos de casa?

—Se ha exiliado, Heather —explicó, y contempló la reacción de ella ante la afirmación.

—¿Qué...?

—Los clanes escoceses han sido derrotados en Dunkeld y en el paso de Killiecrankie. Claverhouse ha muerto, y el rey se ha visto forzado a dejar su tierra.

Ella no parecía ser consciente del significado de aquellas aseveraciones. Sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Poco o nada me importa qué rey se siente en el trono de Whitehall, la verdad.

—Lo celebro. —La vio sonreír un momento—. Eso convierte mi situación aquí en Port Royal en un asunto que me gustaría tratar cuanto antes.

—Te escucho.

—El hecho de que Jacobo haya perdido la guerra y se haya marchado de Inglaterra me deja en una posición un tanto extraña.

—¿A qué te refieres? —le preguntó ella de manera risueña mientras contemplaba como él fruncía el ceño. Deslizó el nudo que de repente se le había subido a la garganta y que le cortaba la respiración como el lazo del verdugo que ella esperaba no probar nunca. Intuía lo que él iba a decirle, pero esperó a que fuera él quien lo hiciera. De ese modo, ella dispondría de algunos segundos para pensar en una contestación.

—Supongo que habrás llegado a la misma conclusión que yo: tanto las patentes de corso como mi reunión con los capitanes de Tortuga carecen de valor ya.

—Es cierto, no tienes misión aquí en el Caribe. —Ella sonrió divertida, más por los nervios que comenzaba a experimentar que porque en realidad aquella situación le resultara graciosa—. Qué paradójico, ¿no crees? Venir al Caribe con un objetivo que al final, por causas ajenas a ti, no necesitas alcanzar.

Montgomery se irguió un poco más delante de ella y la miró de manera fija a los ojos. El brillo que desprendían parecía tenerlo hechizado, puesto que se veía incapaz de continuar hablando.

—Sí, así es, tal y como lo expones.

Heather permaneció pensativa, sin apartar la vista de la de él en ningún instante. Un repentino temblor le sacudió las piernas, y temió caerse. Dejó la copa sobre la balaustrada de la terraza, gesto que aprovechó para recomponerse y erguirse ante él.

—Me parece perfecto.

No se lo iba a poner fácil. Ya intuía lo que él le pediría, pero ella no estaba dispuesta a dejarlo marchar así porque sí. Una cosa era que no tuviera pensando acabar con la vida de lord Ascroft, por muy extraño que le pareciera, y otra dejarlo ir.

—Heather, mi misión aquí ha concluido, no tengo nada que hacer. Encontré a la capitana de *La Bella Helena* y le expuse la situación. Durante estas semanas esperaba que cambiaras de opinión y aceptaras pelear por Jacobo, pero ahora eso carece de sentido —le aseguró sonriente, pero con cierta melancolía y rabia—. Por eso, porque mi presencia aquí no tiene razón, me gustaría saber qué tienes pensado hacer conmigo. Si vas a ejecutarme por ser responsable de la muerte de tu padre, adelante, pero quiero que sepas que me gustaría defenderme e incluso pedirte que me permitas retarte para defender mi honor y mi inocencia. Y si no lo has pensado, me agradecería irme lejos de aquí.

Ella se quedó asombrada. Con cada palabra que salía de la boca de él, se sentía más desconcertada. ¿Quería alejarse de ella? ¿Después de haberla besado y de haberla sumido en aquella espiral de confusión? Ella había considerado la posibilidad de pedirle que se quedara a su lado en Port Royal, y él...

—¿Retarme?

—Eres alguien muy distinto a la mujer que tengo ahora ante mí, y ambos lo sabemos —le aseguró al dar un paso atrás para poder contemplarla de cuerpo entero, de pies a cabeza, mientras sentía el inconfundible e inexplicable deseo de rodearla por la cintura y atraerla contra él hasta fundirse en uno.

Heather arqueó una ceja con suspicacia.

—¿Y qué ves? —Ella acortó la distancia que él había interpuesto entre ellos y se envaró al tiempo que alzaba el mentón como si lo desafiara a tomar sus labios una vez más.

—Heather...

—Dime lo que ves, Montgomery. —Se pegó contra él mientras le posaba las manos en los antebrazos para soportar el empuje que le produciría que él volviera a besarla.

Los brazos de él se deslizaron alrededor del cuerpo de ella sin traba alguna, sin que ninguno lo impidiera. Era como si ellos mismos conocieran el camino y lo que debían hacer. La contempló humedecerse los labios y a continuación dejarlos entreabiertos para inhalar el aire que la cercanía de sus cuerpos le había robado. El pecho de ella estaba agitado por la respiración entrecortada. Poco o nada parecía importarle la situación, el lugar en el que se hallaban o que algunos invitados los contemplaran de reojo y murmuraran.

—¿Crees que, en este preciso instante, lo más acertado es retarme a un duelo?

Montgomery se limitó a sonreír ante la pregunta.

—En este momento lo más acertado sería pedirte que te marcharas. —Aquellas palabras detuvieron el corazón de ella, que abrió los ojos de manera expectante e intentó separarse de él, pero los brazos de Montgomery no se lo permitieron porque la atrajeron contra él de una manera más apremiante—. Sin embargo, no lo consentiré bajo ningún concepto sin haberte besado antes.

Ella dejó escapar un suspiro, y el corazón comenzó a latirle más deprisa cuando él se inclinó con la firme intención de apoderarse de su boca.

Heather no le puso ningún reparo, sino que le facilitó el camino al apretarse contra él y echar la cabeza hacia atrás para que profundizara el beso. En esa ocasión Montgomery no se limitó a tantear sus labios por temor a que ella lo rechazara, como había sucedido la primera vez que la había besado. En cambio, se adueñó de la boca de ella como si le perteneciera, y ella le correspondió al tiempo que ahogaba un gemido cuando sintió el contacto.

Heather cerró los ojos mientras sentía las manos de él recorrer la piel de su espalda desnuda. Volvió a jadear, consciente de que todo control parecía haberla abandonado para dejar su propio cuerpo a merced del ímpetu y del vaivén del momento. Se olvidó de todo menos de lo que sentía mientras Montgomery la dejaba ir de manera lenta y calculada pese a que, si hubiera sido por él, podría haberse quedado besándola toda la velada.

Él no pensó en nada porque hacerlo carecería de sentido. Dejó la mente en blanco mientras por segunda vez abrazaba a la mujer que podría llevarlo a la perdición; a la misma a la que le estaba vendiendo su alma.

CAPÍTULO 9

Heather dio un paso atrás y se volvió para que él no fuera testigo de cómo el calor le encendía las mejillas. Se retorció las manos, fruto de los nervios que experimentaba, mientras luchaba por dejar la mente en blanco para eludir cualquier pensamiento disparatado que tuviera a lord Ascroft como eje principal. Y aunque sacudió la cabeza en repetidas ocasiones para evitar que las especulaciones se filtraran, no logró su propósito. Permaneció de espaldas a él el tiempo que necesitó para tranquilizar su alterado corazón. Las emociones que estaban viviendo esa velada eran más de lo que ella había supuesto en un principio.

Montgomery se quedó detrás de ella. No se había marchado de allí; ni siquiera era capaz de moverse. Esperaba que ella girara hacia él y le comentara algo o que lo abofeteara por el atrevimiento, cosa poco probable después de sentirla entregada. Al parecer lo del duelo había quedado en un segundo plano tras haberla besado, pero no olvidaba el gesto de incredulidad en el rostro de Heather. ¿Qué diablos iba a hacer con ella y con la atracción que no había logrado dejar de experimentar desde la noche en que había aparecido en su casa?

La señorita Brooke tomó aire antes de darse vuelta y volver a enfrentarse a él. No entendía qué le sucedía. ¿Por qué alguien como ella, con su carácter y su frialdad, sucumbía de aquel modo? Se sentía indefensa. La mirada de él estaba cargada de expectación, de curiosidad, pero también de una calidez que no ayudó en nada a que ella conservara el aplomo.

—¿Deseas marcharte? —fue lo primero que le preguntó. Tal vez fuera lo más conveniente para ella puesto que, desde que lo había conocido, su vida había sufrido una sacudida parecida a la zozobra de un navío tras un disparo de cañón.

Montgomery no esperaba que ella se lo propusiera, de manera que se encontró aturrido y sin capacidad de reacción en un principio. El brillo de la mirada de la joven delataba sus emociones. Él suponía que no era lo que en verdad deseaba.

—Expuesta mi situación después del exilio de Jacobo a Francia...

—Entiendo que tu presencia aquí carece de valor. ¿Qué harías si te permitiera marcharte? —A ella le estaba costando hablar del tema, pensar en la ausencia de él, por muy extraño que le pareciera. Tal vez era cierto lo que tanto Morgan como Kitty le habían comentado: ella era una mujer, no una pirata. Y si lo había sido hasta el momento era porque no había conocido al hombre que fuera capaz de arrancarla de esa vida, el que le agitara el pecho como lo hacía Montgomery.

—Irme a Francia.

—¿Francia? ¿Para seguir a tu rey? —Heather arqueó una ceja con perspicacia.

—No se trata de seguir a Jacobo, sino de no volver a Inglaterra. Con el clima político que se respira, no creo que sea una buena opción.

—Entiendo.

—Eso, siempre y cuando me dejes partir —le confesó con la mirada entornada hacia ella.

—¿Por qué no debería hacerlo? Como bien has comentado antes, las patentes de corso carecen de valor y ya has conocido a la capitana de *la Bella Helena*. Y yo... —Bajó la mirada al suelo y se humedeció los labios en tanto reflexionaba las palabras que iba a pronunciar. Sacudió la cabeza bajo la atenta mirada de él. Era una locura pedirle que se quedara allí con ella. ¿Por qué debería hacerlo? ¿Por un par de besos que habían compartido? No, no quería renunciar a la libertad por un hombre, por muy apuesto que fuera. Era mejor dejar que se marchara si no pensaba ejecutarlo, y la verdad era que no podía hacerlo—. Está bien. Si es lo que deseas, prefiero que te marches a batirme en duelo contigo.

Montgomery sonrió.

—No lo decía en serio.

—Más te vale, porque acabaría contigo en dos lances de espada —le aseguró ella con una sonrisa cínica.

—No me cabe la menor duda, dado quién eres —le dijo al volverla a tutear.

—Si es lo que quieres... —Se mostraba nerviosa porque no se esperaba aquella petición por parte de él; tanto que ni siquiera levantó la mirada hacia él una última vez antes de regresar al interior de la casa para dejarlo solo con sus pensamientos.

Montgomery no daba crédito a lo que acababa de suceder. ¿Por qué se había comportado de esa forma? ¿Tan sencillo era para ella dejarlo ir? ¿Dónde había quedado su venganza? Se quedó parado junto a la balaustrada donde Heather había dejado la copa. No podía ser cierto. ¿Qué estaba ocurriendo?

* * *

Heather entró en la casa como un huracán, con paso ligero y el vestido levantado para no pisarlo y caerse. Cuando Kitty la vio, se apresuró a ir junto a ella. Por el semblante de la capitana, no parecía nada contenta, sino de hecho disgustada.

—¿Qué te sucede? ¿Por qué tienes esa cara?

Heather volvió el rostro hacia su amiga con la mirada brillante por las lágrimas que llevaba reteniendo desde que había dejado a Montgomery a solas en la terraza. Tenía ganas de estar a solas para poder desahogarse como correspondía.

—Debo marcharme.

—¿Marcharte? —Kitty la obligó a detenerse al sujetarla por el brazo para que la enfrentara.

—Sí, quiero volver a casa. Tú puedes quedarte si así lo deseas.

Se soltó de la mano de su amiga y caminó hacia la puerta sin detenerse ni mirar hacia atrás para ver si ella la seguía. Morgan, testigo de la escena, acudió junto a Kitty para averiguar qué era lo que sucedía.

—Dice que se va. No entiendo qué ha podido suceder.

El pirata asintió con una media sonrisa.

—No te preocupes, me encargaré de llevarla a la casa. Puedes quedarte si así lo prefieres.

—No cuando ella se marcha. Vamos.

Heather llegó al coche y abrió la puerta para sentarse dentro. Luego la cerró con furia y se acomodó en el asiento. Cerró los ojos y rechinó los dientes para retener el llanto. Se había dicho una y mil veces que nunca lloraría, que ya había vertido todas las lágrimas que le quedaban el día en que se había enterado de que su padre había sido ahorcado en Londres. Por lo tanto no entendía a qué venía aquella reacción.

La puerta del carruaje se abrió de repente, lo que captó su atención.

—¿Por qué no te has quedado en la fiesta? —le preguntó a Kitty con un tono de voz frío y duro, pero también sorprendido por verla allí.

—Porque no pienso dejarte sola y porque en este momento necesitas una amiga.

El carruaje se puso en marcha de repente, y Heather frunció el ceño sin entender quién conducía.

—Morgan va en el pescante. Vino en cuanto te vio caminar hacia la puerta como si el mismísimo diablo te persiguiera —explicó, y Heather esbozó una sonrisa cínica.

—Más o menos.

—¿Qué ha sucedido para que hayas reaccionado así?

La capitana miraba por la ventanilla de la carroza. La noche era cerrada en Port Royal. La oscuridad se extendía por toda la isla y parecía haber penetrado en ella misma. Apoyó la cabeza contra el respaldo y estiró las piernas de una manera poco decorosa hasta dejar los pies sobre el asiento de enfrente.

—Soy una estúpida, mi querida Kitty.

—¿Por qué dices eso?

Heather sonrió de mala gana mientras se deshacía el recogido y dejaba que sus cabellos fueran cayendo libres. Hundió los dedos entre los mechones para darles forma mientras hablaba.

—Por soñar despierta.

—Tu comportamiento tiene algo que ver con lord Ascroft. —Kitty frunció el ceño y bajó el tono de voz, como si en el coche hubiera alguien más que no tenía por qué enterarse de aquella conversación. Contemplaba a su amiga, que seguía con la atención fija en el exterior del carruaje.

—Voy a dejar que Montgomery se marche —informó de repente mientras volvía el rostro para contemplar a Kitty.

—¿Qué ha sucedido para que hayas tomado esa decisión?

—Al parecer, los clanes escoceses leales a Jacobo han perdido la guerra ante las tropas del gobierno de Londres y las propias de Guillermo. Jacobo se ha visto obligado a refugiarse en Francia. Lord Ascroft no tiene ninguna misión que llevar a cabo porque nadie la apoyaría con un rey derrotado y lejos de su propio país.

Kitty permaneció en silencio mientras escuchaba a su amiga referirle los acontecimientos con una mezcla de rabia e ironía en la voz. Pero lo que más le llamaba la atención eran los ojos de Heather, brillantes como dos esmeraldas. Sin duda estaba haciendo verdaderos esfuerzos para contener las lágrimas, y ella no sería quien se las provocara con algún comentario fuera de tono.

—Entiendo que el tema de las patentes de corso...

—No tienen valor. Nunca lo tuvieron en realidad, por mucho que él se propusiera entregarlas en Tortuga.

—¿Dejarás que se marche, olvidada de tu venganza.

—Sí, es lo mejor —le aseguró vacilante sin devolverle la mirada.

En ese momento el vehículo se detuvo ante la puerta de la casa, y los criados se prestaron a recibir a las dos mujeres.

Heather no dijo nada más por el momento, ni siquiera cruzó una mirada con el servicio. Ingresó a su hogar tras elevar el bajo del vestido lo justo para no pisarlo al subir los escalones de la entrada, incapaz de contener el ahogo en el interior de su pecho. Después, mientras buscaba su habitación, dejó que las lágrimas le rodaran por las mejillas.

Kitty y Morgan escucharon el portazo que denotaba la furia de la que Heather era presa.

—Sería conveniente que nadie la molestara durante un rato —sugirió Kitty al intercambiar un gesto con Morgan.

—¿Qué le ha contado durante el trayecto a casa?

—Que Jacobo ha huido a Francia tras la derrota de sus seguidores y que, por lo tanto, dejará que lord Ascroft se marche, puesto que su misión carece de sentido.

—¿Es que acaso ella pretendía llevarla a cabo?

—No sé qué pensar, la verdad.

Kitty se retiró hacia el salón para poder conversar con Morgan a solas.

—¿Por qué dices eso?

—No estoy segura de que la razón por la que ella haya decidido liberar a Montgomery sea porque Jacobo se encuentra en París.

—Entiendo. —Morgan chasqueó la lengua—. ¿Y cuál crees que es?

Kitty sonrió ante la pregunta.

—Vamos, no me digas que tú tampoco lo intuyes.

—Creo saber por dónde va el asunto, pero no soy quién para planteárselo a ella. —Morgan levantó la mirada hacia el piso superior, donde estaría Heather.

—Los dos sabemos desde hace tiempo que ella no va a ejecutarlo. Aunque debería, aunque esté en su derecho bajo la ley pirata.

—Estoy de acuerdo contigo. Comprendo que su primera reacción haya sido la de querer encontrar a lord Ascroft para acabar con él, pero...

—Pero todo se desmoronó cuando lo conoció. Se dio cuenta de que en su interior no deseaba llevar a cabo ese castigo. ¿Por qué no lo hizo cuando estaba en Londres, durante alguna de las veladas que compartió con él? Habría sido más rápido y más sencillo hundirle un puñal.

—Sin duda. Pero no pudo hacerlo tras conocerlo.

—Le dije que traerlo aquí era una locura —le aseguró ella al tiempo que dejaba la mirada perdida en el vacío y sacudía la cabeza.

—Creo que nunca ha calculado los riesgos que corría con sus actos. Y ahora me temo que ya es algo tarde.

Kitty miró al hombre de confianza de su amiga asentir con total seguridad.

—¿Crees que, si lo deja irse, volverá a ser la misma de antes de conocerlo?

—¿Quién lo sabe, muchacha? —Morgan permaneció pensativo unos instantes antes de proseguir—. Creo que es hora de retirarme.

—¿Quién se encarga de Montgomery y Derrick? Se han quedado en la fiesta.

—¿Te preocupa lo que pueda sucederles? Tranquila, poco importa lo que hagan o dónde vayan si Heather va a permitir que se marchen, ¿no crees?

Kitty lo contempló encogerse de hombros sin importarle lo más mínimo lo que ocurriera con ellos. Morgan abandonó el salón para dejarla sola, y ella no pudo evitar preguntarse si al final Montgomery se marcharía de Port Royal y saldría de la vida de su amiga.

* * *

Derrick buscó a Montgomery cuando se dio cuenta de que Kitty se había alejado con su amiga y de que tras ellas iba Morgan.

Cuando lo vio apoyado contra el pasamanos de la terraza con gesto pensativo, no vaciló en acudir junto a él para que le explicara qué era lo que estaba sucediendo.

Montgomery lo vio acercarse. El semblante del ayuda de cámara mostraba confusión.

—He visto pasar a Heather por la casa como si hubiera un incendio y luego caminar hacia la entrada hasta que Kitty la interceptó. Pero no sé qué ha podido decirle porque, acto seguido, ha salido a la calle sin mirar atrás.

—¿Se ha marchado? —Montgomery parecía extrañado por la reacción de ella.

—Junto con Kitty y Morgan.

—¿Los tres?

—Sí, pero apuesto a que habrá hombres de *La Bella Helena* cerca para asegurarse de que no nos escapemos —le aseguró Derrick con cierto malestar.

—Tal vez. Yo no estaría tan seguro —le comentó al recordar la conversación mantenida con Heather justo antes de que ella se marchara.

—¿Por qué? ¿Tienes algo que ver en que ella se haya ido sin importarle que nos quedemos aquí?

—Le conté cuál es la situación en Inglaterra y que mi misión carecía de sentido ahora que Jacobo ha huido a Francia.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Al parecer no muy bien. Ya has visto su reacción. —Montgomery señaló con la mano hacia el interior de la mansión.

—Pero ella aseguraba que Estuardo no le importaba, ni tampoco las patentes de corso ni nada de lo que expusiste.

—Sí. Tal vez le haya molestado que la retara a un duelo.

—¿Que hiciste qué? ¿Te has vuelto loco? —Derrick no cabía en sí mismo del asombro al escuchar aquella confesión.

—Quería saber si seguía pensando en ejecutarme por haber llevado a su padre ante la justicia.

—¿Es ese el motivo por el que ha huido?

—No. Creo que más bien que se debe a que la besé.

Derrick abrió los ojos hasta su máxima expresión y permaneció con la boca abierta sin saber qué decir. De verdad que no comprendía qué diablos estaba sucediendo entre su amigo y la señorita Brooke.

* * *

Heather tomó un sable y una botella de coñac, le dio un corte al tapón, que salió despedido, y vertió un poco de líquido en una copa. Luego la vació de un solo trago mientras tomaba asiento detrás de la mesa de su despacho. No soltó la espada, sino que la esgrimió cuando escuchó una cadencia de suaves golpes en la puerta.

La figura de Kitty apareció en la entrada y, tras cerrar la puerta, se quedó a cierta distancia de Heather al verla con el arma en la mano.

—No sé si acercarme o quedarme aquí —le aseguró con un gesto hacia el sable, que Heather arrojó de mala gana sobre la alfombra.

—No temas, no iba a hacerte nada. La usé para abrir la botella.

—¿Piensas emborracharte? Sería la primera vez que lo hicieras. —Kitty caminó hacia su amiga mientras contemplaba la posibilidad. Estaba dolida, ofuscada y enamorada como una chiquilla, eso era lo que su comportamiento expresaba.

—¿Qué puede importarte que lo haga? Tal vez podrías acompañarme y de ese modo no estaría sola, —Heather le tendió la botella, que Kitty tomó para ver qué estaba bebiendo.

—Estás malgastando este coñac francés.

—Lo sé. Digo que sé qué clase de bebida es y de dónde procede: de un mercante francés que asaltamos hace unos meses, justo antes de embarcarnos hacia Inglaterra en busca de lord Ascroft —dijo con un tono que dejaba entrever cierto resentimiento.

—¿Qué ha pasado con él esta noche?

—¿Otra vez? Ya te lo conté en el coche —le refirió mientras agitaba una mano en el aire para restarle importancia a la pregunta.

—Me contaste una parte, pero quiero que me expliques todo. ¿En serio vas a dejar que se marche?

Heather entrecerró los ojos y miró a su amiga con toda intención.

—Ya lo veo. Sí. Te estás preguntando qué va a suceder con Derrick. Los he visto bailar y he notado que no te apartabas de él después. ¿Te gusta? Porque, si es así y él te corresponde, puedes largarte con ellos dos —le refirió con un gesto hacia la puerta del estudio.

—No pienso dejarte sola después de lo que has hecho por mí todo este tiempo, así que no insistas.

—Está bien. ¿Qué hay entre el amigo de lord Ascroft y tú? ¿Algo serio? —Heather alzó la copa y bebió un sorbo pequeño. No le gustaba el coñac, le parecía una bebida muy fuerte. Ella se inclinaba más al vino.

—¿Qué me dices de lo que hay entre Montgomery y tú? ¿Qué ha sucedido para que hayas salido corriendo de la casa? No creo que se haya debido a que piensas dejarlo irse.

Heather permaneció en silencio durante unos segundos en tanto trataba de no pensar en él ni en lo ocurrido en la terraza de la residencia del gobernador. Hacerlo le provocaba una mezcla de dolor y dicha. Sentía que la mirada volvía a empañarsele y se había prometido no dejarse llevar por las emociones. Ya había tenido suficientes por esa noche.

—Ya te dije que aquí no tiene nada que hacer.

—¿Y tu venganza?

—La olvidé hace tiempo. Aunque esta noche él se ha atrevido a retarme a un duelo —profirió con ironía.

—¿Un duelo? —repitió Kitty sin terminar de creerlo.

—Sí, así me lo ha hecho saber.

—¿Por qué? Espero que lo hayas rechazado —La joven se mostró alarmada por que ella se hubiera dejado llevar por lo que sentía en ese instante y hubiera aceptado.

—¿Temes que me mate? —se burló Heather, que esgrimía una sonrisa acorde a la interpelación.

—No, temo que dejes llevar por el despecho que sientes y cometas una locura que después no tendrá remedio.

—¿Despecho? ¿Locura? ¿Qué estás diciendo?

—Sé lo que digo, Heather. Cuando conociste a Montgomery, él te hizo ver que, debajo de la imagen de la capitana de *La Bella Helena*, late el corazón de una mujer que tiene sentimientos como cualquier otra. —Kitty apoyó las manos sobre la mesa y se quedó contemplando de manera fija a su amiga, que no sabía cómo reaccionar—. Esperabas que lord Ascroft fuera un hombre que, tanto en modales como en apariencia, no tuviera nada que ver con lo que es en realidad. Te imaginabas un hombre huraño, grosero, altivo y que se jactara de llevar a los piratas ante la justicia. Pero no es nada de eso. Puedo recordar la expresión de tu rostro la noche en la que lo conociste.

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Cómo que...?

—Sí, no te atrevas a negarlo. Reconozco la manera en que te mira porque es la clase de mirada que los hombres ponían cuando me veían en la taberna. Y lo mismo puedo decir de la expresión de tu rostro y de cómo reacciona tu cuerpo cuando él está cerca.

—Todo eso da igual, no tiene importancia alguna. Ambos teníamos una imagen del otro que no se ha ajustado a la realidad: lo mismo le sucedió a él cuando descubrió quién era yo en verdad, ya lo viste sobre la cubierta del barco —ironizó ella con una media sonrisa.

—¿Le has pedido que se quede contigo?

La pregunta de Kitty sorprendió a Heather en gran medida, puesto que no esperaba que ella se atreviera a hacerla. Tal vez se le podía haber pasado por la cabeza, pero no imaginó que fuera a pronunciarla.

—¿Por qué lo haría? ¿Y por qué él debería aceptar? No accedería aunque se lo pidiera.

—Eso no lo sabes.

—Me ha asegurado que pondrá rumbo a Francia, por lo que tu pregunta sobra aquí y ahora —le refirió de mal humor porque se había sentido una cobarde al no hacerle ella misma la propuesta a Montgomery. Porque se le había pasado por la cabeza tal proposición, pero ¿por qué motivo?

—Entonces... ¿piensas dejarlo marchar?

—Sí.

Kitty apretó los labios hasta convertirlos en una delgada línea y asintió al tiempo que se apartaba de la mesa, no así con la mirada, que mantenía en Heather. No agregó nada más porque sabía que cualquier comentario que hiciera sobre el asunto caería en saco roto. Conocía a su amiga e intuía que iba a cometer un error. Ella no odiaba a lord Ascroft, de eso no le cabía la menor duda, pero al mismo tiempo no creía que se hubiera llegado a enamorar de él, si bien tal vez comenzara a sentir algo cercano a ello. La dejó a solas con sus pensamientos, que no eran nada agradables. Estaba de acuerdo en que no tenía sentido retenerlo si no iba a hacerlo pagar la muerte de su padre ni a aceptar la oferta de ayudar a Jacobo Estuardo a recuperar el trono. De manera que dejaría que lord Ascroft partiera sin más. Kitty, por su parte, no tenía ese problema con Derrick. Un par de bailes no le habían hecho perder la cabeza. Conocía a los hombres y lo que buscaban de ella, y Derrick estaría interesado en lo mismo por muy caballero que fuera. En ese terreno no había distinción entre un lord y un capitán de Tortuga.

Heather permanecía en silencio, con la mirada perdida en el vacío. No quería darle más vueltas en la cabeza al tema de Montgomery. Lo dejaría zarpar en el primer barco que saliera de Port Royal con destino al continente. De ese modo todas las preocupaciones que la aquejaban se esfumarían de golpe y ella podría seguir con su vida como hasta antes de conocerlo. Se mordisqueó el labio con gesto pensativo mientras se convencía de que era la mejor solución. No podía acabar con él, pero tampoco podía pedirle que se quedara con ella.

* * *

Derrick y Montgomery abandonaron la residencia del gobernador. Al parecer nadie los esperaba para irse, ni había hombres de Heather que los vigilaran.

—Creo que ha desistido de custodiarnos ahora que le pedí que nos dejara libres —comentó Montgomery algo sorprendido.

—Todavía no logro creer que haya accedido a ello; no de alguien como ella.

—Sé lo que quieres decir, pero al parecer la situación ha cambiado mucho en Inglaterra. Ya no tiene sentido tratar de convencerla para que luche por los Estuardo.

—Creo que no tenía pensado hacerlo en ningún momento, si te soy sincero.

—Sí, yo pienso lo mismo. Pero eso es algo que sabíamos mucho antes de zarpar.

—Lo que no consigo entender es por qué no ha cumplido su venganza hacia ti —dudó Derrick.

—Le pedí que me dejara defenderme llegados a ese punto.

—Tal vez pensaba que era algo improvisado por tu parte, una medida desesperada.

—Nada más lejos de la realidad. Es algo que había concebido hacía algún tiempo y que iba a plantearle si no había otra opción.

—De haber aceptado, ¿te habrías batido a duelo con ella? —Había un toque de inquietud en la voz de Derrick porque no estaba convencido de que Montgomery lo hubiera hecho.

Lord Ascroft bajó la mirada hacia sus propias manos con gesto pensativo. Esbozó una mueca de indecisión y sacudió la cabeza.

—Lo habría hecho si nuestras cabezas dependieran de ello.

—¿La habrías matado?

La pregunta paralizó a Montgomery, que levantó la mirada hacia el mar que se extendía ante ellos.

—No creo que hubiera podido hacerlo. Por fortuna para todos, nunca lo sabremos.

—¿Y ahora qué piensas hacer? ¿Cuándo nos marcharemos?

—Tendré que hablar con ella. No sería descabellado que cambiara de opinión de repente.

—Entiendo —asintió Derrick, preocupado por el futuro inmediato de ambos.

Cuando se acercaron a la casa de la señorita Brooke, lo que menos esperaban era encontrarse la figura de alguien sentado en el porche. Montgomery caminó con paso lento porque algo en su

interior le advirtió de quién se trataba. Sí, a pesar de la distancia y de la tenue luz de los faroles colgados para alumbrar la casa, lo intuyó. Era Heather quien permanecía sentada en los escalones con una copa en la mano.

Ella lo divisó llegar junto a su inseparable ayuda de cámara. Se humedeció los labios y luego se los mordisqueó con gesto pensativo. La propuesta de Kitty volvió a martillearle la cabeza. ¿Pedirle que se quedara? Él no lo haría porque en el fondo era un caballero que no querría tener ninguna relación con una mujer como ella y porque su sentido del honor y de la lealtad hacia la casa Estuardo también se lo prohibían. Aunque a decir verdad ninguna de esas cuestiones le habían impedido besarla; y dos veces, se dijo ella a modo de pequeño triunfo.

Montgomery se detuvo a escasos pasos de la joven y se quedó contemplándola en silencio a la espera de que le dijera algo, pero Heather tan solo se limitó a sostenerle la mirada.

—Buenas noches. Yo, con su permiso, prefiero retirarme —dijo Derrick, que asintió con cortesía a Heather pese a que ella ni siquiera se molestó en devolverle el saludo.

Estaba pendiente de cada uno de los gestos de Montgomery, quien no había hecho amago de irse a descansar. Permanecía de pie delante de ella en tanto se preguntaba qué demonios hacía a esas horas allí fuera. Claro que, dado quién era, poco o nada tenía que temer.

—Te has marchado de la fiesta del gobernador muy temprano. —Montgomery desvió la mirada un instante hacia la casona, donde algunas luces todavía permanecían encendidas.

—No había mucho que hacer. Ya lo he conocido y pronto conoceré también sus nuevas políticas.

—Me refería a que saliste poco menos que huyendo.

—¿Es esa la impresión que te di? Nunca he huido en mi vida.

—Pues esta noche es lo que me ha parecido y no logro entender el motivo.

—Deliras, Montgomery. —Heather sonrió con una mueca llena de sarcasmo.

—¿Te importa? —Él hizo ademán de sentarse y, al ver que ella no se resistía, se ubicó a su lado.

—Si quieres tomar un trago, también puedes hacerlo. Siempre y cuando no tengas reparo de beber del cuello de la botella después de que lo haya hecho una mujer. —Lo contempló con un brillo diferente en los ojos y con una sonrisa que con gusto él le borraría al hacerla suya.

Estaba preciosa en ese momento, con el cabello suelto y libre. Se había cambiado de ropa y llevaba una camisa fina de hilo que dejaba al descubierto la piel bronceada del hombro y una falda que le llegaba hasta los pies

—Lo digo porque eres todo un caballero y tal vez no estés acostumbrado a estos gestos.

Montgomery agarró la botella que ella le tendía y se demoró al rozarle los dedos, sin apartar la mirada.

Heather sintió una corriente durante ese breve espacio de tiempo que le llevó a él apoderarse del recipiente de alcohol.

—Me tienes en muy alta estima. No soy tan fino como imaginas.

Ella sonrió al verlo beber del cuello de la botella antes de dejarla sobre el suelo.

—No se trata de lo que yo piense de ti, sino más bien de la realidad. Eres un lord, eso no puedes negarlo.

—A estas alturas mi condición social importa poco.

—¿Por qué? —Ella sacudió la cabeza y frunció el ceño, contrariada por sus palabras.

—Soy un defensor de los Estuardo, como ya sabes. Supongo que eso conlleva ciertos inconvenientes.

—¿Me estás diciendo que ese es el motivo por el que no piensas volver a Inglaterra? ¿Por tus inclinaciones políticas?

—Sí, pero también porque allí no tengo nada de valor. Abandoné la Marina para establecerme aquí en Port Royal cuando el problema con el rey Jacobo surgió.

—¿Y Francia? —El tono de la interrogación se acercó a un susurro que apenas si oyeron.

—Es una posibilidad como otra cualquiera. ¿Y tú? ¿Qué piensas hacer? ¿Vas a seguir saqueando barcos sin importar su nacionalidad? ¿O piensas darle predilección a los mercantes ingleses del nuevo monarca? Yo preferiría que te centraras en esos, claro está. —Montgomery la contempló con las cejas arqueadas. No entendía por qué pretendía continuar con aquella vida cuando podía disfrutar de una mejor.

—¿Qué puede importarte lo que yo vaya a hacer? ¿Me preocupo yo acaso por lo que tú hagas con tu tiempo? Que te vayas a Inglaterra, a Francia... o al mismo infierno. —Heather se mostró algo arisca ante la pregunta. Estaba irascible porque él parecía interesado en serio en lo que le pasara, casi como una promesa.

—Podría asegurarte que nada debería importarme, la verdad —le dijo en un primer momento, y ella se envaró ante él dispuesta a repeler cualquier insulto o comentario acerca de su vida. Sin embargo, le dolió que le asegurara que ella no le importaba. Entonces lo vio claro: un par de besos y nada más. Se lo tenía merecido por estúpida, por adentrarse en el juego de la seducción sin medir los riesgos—. No obstante, creo que te mereces algo mejor.

—¿Por qué? ¿Qué sabrás tú de lo que yo merezco o no? —La sangre le corría por las venas como lava candente. Entrecerró los ojos y le dirigió una mirada fría y cortante como el filo de una espada mientras, en el interior del pecho, la calidez por aquellas palabras se extendía como el fuego sobre la pólvora.

—Creo que algo mejor que surcar el mar en busca de que te maten.

—¿Y quién va a hacerlo? ¿Tú? —Heather arqueó una ceja con suspicacia mientras fruncía los labios.

—No. Olvidas que abandoné la Marina y que ya no me dedico a perseguir piratas.

—No, no lo he olvidado y no lo haré jamás. Enviaste a mi padre al verdugo, eso no puedo borrarlo de mi mente.

—Era mi trabajo, lo que me habían ordenado, y ya sabes lo que sucede cuando se da una orden: se cumple, no se discute. No obstante, te he ofrecido la posibilidad de desquitarte y cumplir tu venganza, pero te has rehusado a batirte conmigo. ¿Qué pensarían tus hombres si lo supieran?

Heather abrió los ojos hasta su máxima expresión al escuchar aquellas palabras y se acercó más a él, con una expresión amenazante y la respiración agitada.

—No se te ocurrirá decir nada. Sería lo último que hicieras en esta vida, tenlo por seguro.

El brillo de los ojos de la joven se intensificó. Cerró las manos en puños como si estuviera preparada para repeler cualquier afrenta de él o bien para ser ella la que lo golpeará si seguía por ese camino.

—No temas, no voy a dejarte mal parada delante de ellos.

—Más te vale. Quedas advertido.

—No soy tan estúpido como para ponerte mi cuello en bandeja, descuida. —Tomó la botella y le dio otro trago bajo la atenta mirada de ella—. Por cierto, ¿cuándo podremos marcharnos Derrick y yo? En la fiesta del gobernador...

—Sé lo que te dije —lo interrumpió, como si quisiera recordarle quién mandaba.

—¿Has cambiado de opinión?

Heather permaneció en silencio durante unos segundos en los que se debatía entre preguntarle si quería quedarse o callar. Pero ¿por qué debería hacerlo? ¿Por qué querría que él permaneciera con ella en Port Royal? Se trataba del hombre que había detenido a su padre para enviarlo a la horca, ¿qué clase de desatino era aquel? ¿Acaso estaba escrito en algún sitio que ella acabaría enamorándose de lord Ascroft?

—¿Qué sucede? ¿Por qué te has quedado callada y sacudes la cabeza? Ya veo, has decidido que...

—¿Te quedarías si te lo pidiera? —Ella levantó la mirada hacia el rostro de él sin ser consciente de nada más, salvo de que lo había dicho. Se lo había pedido sin pensarlo. Observó la contradicción en el rostro de él y cómo se quedaba sin palabras.

—Eh...

¿Había escuchado bien? ¿Era cierto que ella le estaba pidiendo que se quedara?

—Olvidalo, ha sido una completa estupidez.

—¿Por qué?

—No lo sé, me ha salido así. Ya está, olvida la pregunta.

—¿Por qué quieres que me quede aquí? ¿Planeas que me convierta en uno de tus hombres? —Montgomery estaba aturdido y no sabía si ese estado se debía a la proposición de Heather o a que ella lo miraba de aquella manera tan especial, como si en verdad se lo estuviera rogando.

—Acabas de decirme que lo habías pensado. Y no, no quiero que te conviertas en uno de mis hombres a bordo de *La Bella Helena*.

—Sí, lo había pensado antes de que la revolución, por llamarla de alguna manera, estallara en Inglaterra.

—¿Qué te ha hecho cambiar de parecer? —Heather entornó la mirada hacia él al sentir el aguijón de la curiosidad.

Montgomery sonrió. Confesarle que una parte de él deseaba quedarse en Port Royal para descubrir si podría llegar a enamorarse de una mujer como ella sería un despropósito. Por ese motivo la otra mitad de él deseaba alejarse cuanto antes, porque era mejor poner distancia entre ellos dos. No quería chocar contra un corazón frío como el de ella.

—Los últimos acontecimientos. Un poco todo —divagó él para evitar confesarle la verdad.

—En ese todo, ¿me incluyes? —Heather se quedó paralizada al comprobar el gesto de asombro en el rostro de él. Sin duda lo había tomado desprevenido. No había esperado esa pregunta.

Él apretó los labios y meditó qué respuesta darle, si confesarle la verdad o mentirle. ¿Podía decirle que no había conocido jamás a una mujer como ella y que era de hecho ese carácter y esa fuerza que ella tenía los que lo atraían sin remedio?

—Bueno..., en cierto modo tú tienes algo que ver. Me alojo en tu casa, soy tu prisionero, el nuevo gobernador de Port Royal es leal al Orange, Jacobo está exiliado en París... No sé.

—Entiendo. —Ella bajó la mirada hacia sus propias manos entrelazadas y luego dibujó una media sonrisa cargada de ironía o tal vez de melancolía.

En un arranque inconsciencia o de locura, Montgomery deslizó una mano bajo el mentón de Heather para instarla a que lo mirara una vez más. Se quedó mudo cuando percibió el brillo de aquel par de ojos en los que él podía verse reflejado. Y sintió miedo; miedo de cometer una estupidez.

—Antes me has preguntado si yo me quedaría aquí en Port Royal. Ahora te pregunto yo: ¿vendrías a París conmigo?, ¿lejos de cualquier atisbo de rebelión?

Heather creyó que el corazón se detenía en su pecho y que no había vuelta atrás. Entreabrió los labios para soltar algo, aunque tan solo fuera una palabra de protesta, pero lo único que salió fue un leve suspiro. Sintió que la mirada se le nublaba y no fue capaz de decir nada con él tan cerca, mientras acortaba la distancia poco a poco y le robaba el aire.

—París...

—Piénsalo, no hace falta que me des ahora una respuesta. Pero si quisieras...

Heather sacudió la cabeza.

—Me debo a mis hombres, a *La Bella Helena*, a esta casa. No puedo dejarlo todo y marcharme contigo a Francia de la noche a la mañana.

—Comprendo tu respuesta y la acepto. —Montgomery tomó aire y se separó de ella antes de cometer una estupidez. No por el hecho de besarla, que era lo que más deseaba, sino por seguir encariñándose con ella a sabiendas de que al final no lograría retenerla a su lado.

Tomó impulso y se incorporó mientras Heather permanecía sentada con la mirada perdida en la lejanía. No se atrevía a desviarla de allí por miedo a que, al fijarse en Montgomery, él se diera cuenta de lo que esa petición le había causado: una mezcla de emociones —entre las que primaba la angustia— que no sabía cómo detener

—Voy a retirarme a descansar. Buenas noches, Heather.

La contempló durante unos segundos a la espera de una reacción, pero ella no se inmutó, sino que permaneció en la misma postura, desorientada. Sin duda se estaría preguntando qué clase de locura se había apoderado de él para hacerle ese ofrecimiento. Pero lo que ella desconocía era que ni el mismo Montgomery llegaba a entenderlo.

CAPÍTULO 10

—¿Qué estamos esperando para marcharnos a Francia? —Derrick parecía inquieto ante la pasividad de su amigo para decidirse a sacar pasajes para un navío con rumbo a Europa.

Los dos se habían acercado al centro de Port Royal para dar un paseo. Desde la noche de la recepción del nuevo gobernador, Montgomery apenas si había vuelto a ver a Heather. Según parecía, ella se había trasladado a su fastuoso camarote a bordo de *La Bella Helena*. Era como si en el fondo estuviera huyendo de él después de que le había propuesto irse juntos a París. Quería que ella abandonara la clase de vida que llevaba desde hacía años porque estaba convencido de que al final acabaría como muchos otros capitanes o como su propio padre: inerte, colgada de una sogá.

—¿Tienes prisa?

—La verdad es que... ¡Bah!, hay ocasiones en las que deseo alejarme de todo esto porque temo que, de un momento a otro, suceda algo. Y en otras pienso que después de todo no estamos tan mal aquí.

—No creo que pase nada ahora que Orange ocupa el palacio de Whitehall en Londres. ¿Temes acaso una rebelión aquí en las colonias?

—Si pienso en Heather... —Derrick tomó aire para hacerle entender a Montgomery que no se terminaba de fiar de ella.

—No creo que intente nada. Ha dejado claro desde el primer día que no es partidaria de la casa Estuardo, ni tampoco de Orange. De manera que, en ese aspecto, no tienes por qué sospechar. Dime la verdad, ¿prefieres quedarte?

—¿Insinúas que estás dispuesto a marcharte solo?

—Sí. No tienes que acompañarme si en verdad te encuentras a gusto en Port Royal. ¿Tiene algo que ver Kitty en tu decisión? —Montgomery elevó una ceja con suspicacia al intuir que la muchacha estaba relacionada con esa repentina reserva—. Ella se ha quedado en la casa, mientras que Heather se ha marchado al navío, y pasa bastante tiempo contigo.

Derrick sonrió e inclinó la cabeza como si pretendiera ocultar lo que sentía por ella.

—La verdad es que...

—¿Te ves capaz de llegar a experimentar algo que no has conocido antes con otra mujer? Bien, no te lo discuto, amigo.

—No me importa lo que haya sido.

—Eso te honra. No todos en tu lugar lo aceptarían.

—Solo que es ella la que parece algo reticente.

—Entiende que, para ella, puede ser complicado —razonó Ascroft.

—¡Pero si me estoy comportando de modo intachable! ¡Ni si quiera la he besado! No quiero que piense que soy como los demás hombres a los que puede haber conocido. No soy de la clase de tipos que frecuentan las tabernas de Tortuga.

—Soy consciente de ello, pero eso mismo es lo que puede estar asustándola, el darse perfecta cuenta de la manera en que la tratas. Esa es la diferencia entre tú y un tipo de Tortuga, y ella podría sentirse algo cohibida por eso.

—No quiero que piense que pretendo aprovecharme de ella.

—No, no creo que lo piense —le aseguró entre carcajadas—. Kitty conoce a los hombres mejor que cualquiera de estas damas que vemos pasear por aquí con sus madres, carabinas y demás, tenlo presente. No es una mujer que vaya a asustarse porque intentes aprovecharte de ella. Es más, tal vez ella dé el primer paso —aseveró Montgomery—. No tienes de qué preocuparte. Solo tienes que tener claro si vas a quedarte en Port Royal por ella, nada más.

—¿Y qué pasa con Heather?

Montgomery siguió caminando con la cabeza gacha y las manos entrelazadas por detrás. Su gesto se tornó pensativo al momento al pensar en ella.

—No entiendo qué quieres decir.

—Me refiero a si has considerado quedarte aquí con ella.

Un esbozo de sonrisa asomó en los labios de Ascroft.

—Me lo propuso la noche de la fiesta del gobernador.

—Desconocía que lo hubiera hecho —reaccionó Derrick alarmado por la confesión.

—Te he dicho que has pasado mucho tiempo junto a Kitty.

—Pero ¿qué vas a hacer? Aunque, dado que estás informándote sobre los navíos que zarpan para Francia... —Derrick dejó el comentario en suspenso al darse cuenta de lo que estaba planeando su amigo.

—No tengo intención de permanecer mucho tiempo más en Port Royal. Le pedí que me acompañara.

—Y supongo que ella se negó.

—Sí. Por eso creo que ha decidido encerrarse en *La Bella Helena*.

—Entiendo.

—Es mejor que me marche y me olvide de ella —resolvió Ascroft.

—¿Olvidarte? ¿Por qué?

—Porque es lo mejor. Regresaré a Europa, iré a París y me estableceré con los seguidores del rey Jacobo. Buscaré un puesto en la Marina francesa o algo por el estilo. Ya lo decidiré llegado el momento. Pero algo haré —le contó con un tono de rabia. Estaba ofuscado; si con él o con ella, no estaba seguro.

—¿Y ella?

—¿Ella? No sé qué demonios quieres que diga. Supongo que se quedará aquí y seguirá con sus correrías hasta que la apresen y la conduzcan al patíbulo o bien acaben con ella en una batalla naval. Poco me importa lo que le suceda. —El tono de desplante, frío y con fingida indiferencia, no engañó a Derrick.

—No hace falta que finjas que ella no te importa, sé que no es así.

—¡Es una testaruda! Maldita sea, ¿por qué diablos no puede regresar a su hogar en Irlanda? ¡Debería abandonar su carrera en el Caribe y comenzar una nueva vida como la mujer refinada que puede llegar a ser! —Montgomery estalló cuando se vio acorralo por la evidencia que tan bien conocía su ayuda de cámara. Se pasó la mano por el cabello y apretó los dientes, furioso por la situación que estaba atravesando.

—Tal vez sí, en vez de pedirle que te acompañe a París, le confesaras lo que sientes por ella...

Montgomery miró a Derrick como si fuera el mismo diablo.

—¿Lo que siento por ella? Yo no siento nada. Solo trato de salvarle el cuello, nada más. —Cortó el aire con un gesto enérgico de las manos antes de situarlas sobre las caderas, apretar los labios y contemplar el suelo con el ceño fruncido.

—Si es lo que deseas, no seré yo quien te diga lo contrario. Por mi parte, creo que me quedaré en Port Royal para intentar que Kitty me mire con otros ojos.

Montgomery abrió la boca para agregar algo, pero se abstuvo al final cuando volvió a pensar en las palabras de su amigo. Cerró las manos en puños y se maldijo por estúpido, por haberse enredado entre las faldas de Heather Brooke y no saber cómo salir de allí.

* * *

Heather llevaba varios días viviendo en *La Bella Helena* y no tenía pensado asomar fuera de allí hasta que le hubieran asegurado que Montgomery se había marchado de Port Royal. Desde la noche de la fiesta del gobernador, había decidido poner distancia entre ellos dos. Sabía que él no se acercaría al navío. No estaba tan loco como para presentarse ante ella. Todo estaba más que claro entre los dos... ¿o tal vez no? Heather se había refugiado en el camarote del barco para no cruzárselo por la casa o por sus inmediaciones. Quería cerciorarse de que no sentía nada por él, de que el hecho de no verlo no le iba a causar el más mínimo trastorno. Quería demostrarse a sí misma que, si hasta ese día había vivido sin un hombre al lado, bien podía seguir haciéndolo por mucho que Montgomery la atrajera y aunque hubiera dejado que la besara y la estrechara entre sus brazos.

Continuaría surcando las aguas del Caribe hasta que se cansara y decidiera retirarse, pero no porque Montgomery se lo pidiera. ¿Acompañarlo a París? ¿Y qué haría ella en Francia? Dedicarse a asistir a fiesta tras fiesta. Eso ya lo tenía en Port Royal e iba cuando le venía en gana. Allí tenía su casa, sus amistades, *La Bella Helena*. Era la dueña de su propio destino.

Permanecía sentada en cubierta cuando vio llegar a Kitty a bordo de una chalupa con varios hombres, entre ellos a Morgan. Desde que había decidido alojarse en el buque para mantenerse alejada de Montgomery, todos los días alguien le llevaba provisiones, puesto que ropa ya tenía en el camarote. A Kitty no la veía con frecuencia debido a que, según Morgan, pasaba gran parte del tiempo en compañía de Derrick. Sonrió al pensar en ella y el ayuda de cámara de lord Ascroft.

—No te esperaba a estas horas —le dijo cuando su amiga subió al navío.

—No tenía nada que hacer y le pedí a Morgan y a algunos muchachos que me acercaran en el bote. ¿No te aburres aquí sola?

Heather cruzó los brazos bajo los pechos y se apoyó contra la borda. Entrecerró los ojos para contemplar con atención el gesto en el rostro de Kitty.

—Lo cierto es que agradezco esta tranquilidad. Tengo todo el tiempo del mundo para pensar.

Morgan había subido también, pero permanecía algo apartado de las dos mujeres. No tenía intención de entrometerse en la conversación. Tenía su propia opinión al respecto de la dilatada ausencia de Heather en la casa, pero por el momento prefería guardársela para él.

—¿Y en qué has pensado?

Heather comenzó a pasear con gesto pensativo por la cubierta de la embarcación, ajena a las miradas de curiosidad e incertidumbre de Kitty y Morgan.

—En zarpar dentro de unos días.

Morgan la miró de reojo al escucharla. Mientras, Kitty permanecía con la boca abierta como si fuera a decir algo, pero a último momento prefirió esperar a que fuera el segundo de *La Bella Helena* quien lo hiciera.

—¿Zarpar? ¿Con qué rumbo?

—Ninguno. Tan solo dar una vuelta por si vemos algún mercante que abordar. Puede incluso que nos acerquemos a Tortuga.

—Pensaba que preferías quedarte una temporada en Port Royal. Al menos es lo que te escuché decir —le recordó Kitty, quien no parecía muy dispuesta a partir en ese momento.

—Sé lo que dije, pero he cambiado de opinión durante estos días. Además, los hombres se pueden volver demasiado ociosos, y eso no es bueno para la tripulación de un navío.

—¿Qué estás tramando en Tortuga? —Morgan se acercó a ella con el semblante sombrío. No le gustaba nada el cariz que estaban tomando los acontecimientos. Desde que lord Ascroft había aparecido en la vida de la capitana, las cosas habían cambiado.

—Solo quiero saludar a algunos viejos amigos, nada más.

—No estarás buscando al capitán Malvoisin, ¿verdad?

Kitty sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal cuando escuchó aquel nombre.

—La cuenta quedó saldada, ¿no crees? —Heather arqueó una ceja mientras su tono se volvía irónico.

Morgan asintió.

—Estaré con los muchachos bebiendo algo y jugado a las cartas. Avísame cuando quieras irte —le comunicó a Kitty, quien se limitó a asentir.

Heather no dijo que ella fuera a marcharse también.

—¿Y tú? ¿Piensas seguir aquí? —le preguntó mientras paseaba la mirada por la cubierta del barco—. Soy consciente de que amas este navío, pero, con la posibilidad de estar en tierra y de disfrutar de las noches con sus fiestas, bailes...

Heather sonrió ante las palabras románticas de Kitty.

—Sin duda te estás convirtiendo en una soñadora. ¿Qué tal te trata nuestro amigo, el ayuda de cámara de lord Ascroft?

Ella miró con sorpresa a Heather ante la pregunta.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Morgan? ¿Te han comentado que paso el tiempo con él?

—¿Qué importa quién me lo haya contado? Tampoco hace falta que lo hagan, puesto que yo misma he sido testigo de esa compañía mutua que se hacen. Y, a juzgar por tu aspecto risueño, me atrevo a decir que te sienta bien.

—Creo que, después de lo que viví en Tortuga, es algo que tal vez me merezca.

—Brindo por ti —le dijo en tanto tomaba una botella y dos copas en las que vertió vino—. ¿Estás pensando pedirle que se quede contigo? No olvides que Montgomery me ha pedido que los deje ir.

—Lo sé.

—Bien, celebro que lo recuerdes.

Kitty permaneció callada y con gesto pensativo durante un momento. Lo que Heather le había señalado ya lo conocía, se había estado preguntando a cada momento qué haría Derrick si su señor se marchaba de Port Royal. ¿Lo seguiría, como era de esperar, o se quedaría allí con ella?

Cuando la señorita Brooke vislumbró el gesto sombrío en el rostro de su amiga, se apresuró a echarle el brazo por sobre el hombro.

—Quiero que seas feliz, Kitty, porque te lo mereces más que nadie en este mundo.

—¿Y tú?

—Yo ya lo soy a bordo de *La Bella Helena* —le aseguró, y se separó de ella al momento. Le dio la espalda para que no percibiera ningún gesto contradictorio.

—¿Sola?

Heather cerró los ojos e inspiró hondo antes de volverse hacia su amiga.

—Tengo a Morgan y al resto de los muchachos.

—Tú sabes por qué te lo pregunto. —Kitty entornó la mirada con la esperanza de que Heather se sincerara de una maldita vez.

—Sabes que Montgomery no va a cambiar de opinión y que se marchará en cuanto encuentre un barco que lo lleve a Francia.

—¿Por qué te obstinas en dejar escapar tu oportunidad de dicha?

Heather miró a su amiga sin comprender el cuestionamiento.

—Te repito que ya soy feliz aquí.

—Las dos sabemos que no es del todo cierto. Yo también te he observado cuando estabas con Montgomery, y créeme cuando te digo que he visto de todo menos odio en tus ojos. Ni resquemor, ni venganza, ni deseos de acabar con su vida. Todo lo contrario. Y lo sabes, puesto que ya te lo dije en una ocasión.

—No puedo seguirlo. ¿Qué haría yo en Francia? Si al menos te tuviera a ti... o a Morgan.

—A mí puedes tenerme con que me lo pidas, no es problema —le aseguró con total convicción.

—¿De qué estás hablando? ¿Acaso te has vuelto loca?

—No, no lo estoy. Si es tu deseo seguir a Montgomery a París, por mí no debes preocuparte, porque te seguiré.

—No... No sabes lo que dices. Al menos en Port Royal tenemos una casa, amigos, el barco, están los muchachos de la tripulación. Pero en Francia... —Se quedó con la mirada suspendida en el vacío mientras consideraba esa opción. De repente sacudió la cabeza—. Además, estaríamos rodeados de jacobitas. Los seguidores de los Estuardo se encuentran allí, y yo no soy partidaria suya. No, no es buena idea. Ve tú si es lo que deseas. —Agitó la mano delante de su amiga y luego se dio vuelta hacia la borda para contemplar la ciudad a lo lejos. No quería soñar con un futuro prometedor en el que no creía. Ella no era una dama que pudiera pasearse por los salones de París, era una mujer que prefería el mar, el viento contra el rostro mientras le apartaba los cabellos, el olor a sal.

—Pero no correrías peligro.

Heather sonrió ante esa afirmación.

—Tal vez no la clase de peligros a los que nos hemos acostumbrado estos años, pero surgirían otros a los que quizás no podamos hacer frente. Hablo de las traiciones, las disputas por el poder, las denuncias. Si alguien descubriera que soy la capitana de *La Bella Helena*, ¿cuánto crees que

tardarían en delatarme a las autoridades? He asaltado barcos ingleses, franceses, españoles, holandeses... Media Europa me busca para conducirme al patíbulo, Kitty. No, no sería una buena idea dejarme ver por París.

—Pero lo has hecho en Londres. Nadie te reconoció, nadie sospechó siquiera de tu verdadera identidad.

—Tratas de convencerme para que deje todo esto —le aseguró mientras extendía los brazos como si pretendiera abarcar todo el buque entre ellos—. Te repito que no me debes nada y que puedes marcharte a Francia si es lo que anhelas en tu corazón.

Kitty se mordisqueó el labio con gesto pensativo. Lo mejor que podía hacer era dejarla sola. Por el momento no iba a conseguir que cambiara de opinión. “Tal vez si Montgomery...”. Pensó en él como el único medio para convencerla de que se marchara.

* * *

Ascroft llegó a la casa consciente de que Heather no estaría dentro y consideró si sería prudente ir hasta *La Bella Helena* para verla. En su interior sentía la necesidad de sacarla de Port Royal para que no acabara en el fondo del mar o en un patíbulo. Sería cuestión de días o semanas para que el nuevo monarca inglés mandara navíos de la Armada a dar caza a los corsarios que campaban a sus anchas por aquellas aguas. Entonces, ella se vería en peligro, lo que Montgomery quería evitar a toda costa.

Fue Kitty quien lo recibió. La muchacha parecía estar aguardándolo ya que, nada más verlo, fue hacia él. El marino frunció el ceño al notar esa inusual predisposición a hablar con él.

—¿Sucede algo, Kitty?

—Se trata de Heather...

En un arranque de inesperada preocupación, la sujetó por los hombros.

—¿Le ha pasado algo?

—No, solo quería comentarle que se obstina en permanecer en Port Royal. No quiere marcharse a Francia con usted —comenzó a explicarle la muchacha mientras observaba el cambio de humor en el rostro de él, que pasaba de la tribulación inicial al desánimo final.

—Creo que es inútil que intentes convencerla, Kitty. No va a cambiar de idea.

—Tal vez si fuese a verla...

Montgomery sonrió.

—Dudo mucho que quiera verme. Aunque me recibiera, tampoco parece dispuesta a escuchar lo que tengo que decirle.

—Le dije que yo sí estaba dispuesta a irme a Francia. —Montgomery entornó la mirada ante la noticia. Sabía que algo así podría suceder porque Derrick ya había hablado con él. Esperaba que Heather también lo hiciera, que cambiara de opinión, pero eso iba a resultar algo complicado—. Y en un momento pareció que ella consideraba también la idea de irse.

—Pero no lo hará.

—Dice que alguien podría descubrirla y entregarla a las autoridades por haber saqueados barcos franceses.

—No creo que nadie logre hacerlo. Ahora mismo en Francia están más pendientes de lo que sucede en Inglaterra y en las demás islas con la llegada del nuevo monarca que de las correrías de tu amiga. Es absurdo. Además, ¿quién va a reconocerla y acusarla? Ni siquiera lo hicieron en Londres cuando ambas estuvieron allí. Ni yo mismo pensé en ella como tal cuando la conocí. —Montgomery sonrió al recordar ese hecho.

—Entonces no hay nada que la haga cambiar de parecer.

Inspiró ante la mirada de súplica y el tono de desánimo de Kitty. Sin duda esperaba que él pudiera jugarse una última baza.

—Puedo ir a verla e intentarlo de nuevo si de ese modo te quedas algo más tranquila. El barco a Francia zarpa dentro de dos días, y creo que es mi deber comunicárselo para que sepa cuándo partiremos. —Montgomery tomó aire y asintió—. Iré a verla dentro de un rato.

—Se lo agradezco.

—Pero no te aseguro que vaya a cambiar de idea, lo cual te deja en un situación complicada. Debes tener muy claro qué es lo que quieres hacer.

Kitty esbozó una tímida sonrisa porque sabía que tenía poco tiempo para decidirse. Le debía mucho a Heather desde que ella la había arrancado de las garras de aquel corsario francés y siempre se lo agradecería. Pero ¿qué iba a hacer con lo que experimentaba cuando charlaba o bailaba con Derrick? Tendría que poner en una balanza la lealtad hacia Heather y su propio corazón.

* * *

La tarde caía con lentitud sobre la isla. Los últimos destellos del sol se dejaban entrever en el horizonte. Parecían trazos anaranjados y cálidos extraídos de la paleta de un pintor que a su vez se entremezclaban con los tonos azules y negros, más fríos, de la noche que se avecinaba. Un ligero viento procedente de la costa sacudía la lona de la velas pese a estar recogidas en los mástiles. Sobre la cubierta, se erguía una sola figura junto a un fanal encendido. Heather permanecía sentada sobre uno de los barriles en tanto contemplaba el final de día y los primeros puntos luminosos que aparecían en el firmamento. Todo a su alrededor era silencio, lo cual agradecía para poder estar a solas con sus pensamientos. No había vuelto a pensar en Francia, ni en Montgomery, ni en la conversación que Kitty y ella habían mantenido horas antes. No deseaba hacerlo porque se hallaba en una encrucijada. Una parte de ella deseaba dejar esa vida y establecerse en París, pero entonces comprendía que eso conllevaba ciertos sacrificios que no parecía estar dispuesta a llevar a cabo. Abandonar aquella realidad supondría tener que depender de un hombre, de uno como Montgomery. A bordo de *La Bella Helena*, nadie discutía sus órdenes, a sabiendas de lo que podía sucederles. Ella mandaba en su propia vida y la vivía como le apetecía. Pero irse a París...

El sonido de los remos al batirse sobre el agua la puso en alerta. Se bajó del barril y de inmediato ocultó el farol para que la tenue luz no la delatara. Desenfundó la pistola, dispuesta a defenderse del primer malnacido que osara subir a bordo. No esperaba a nadie a esas horas, por lo que le convenía estar prevenida.

La chalupa se detuvo junto al costado del navío. El sonido de pasos mantuvo vigilante a Heather, oculta detrás de algunas cajas y toneles con el arma apuntada hacia la borda, por la que apareció una sombra. Luego escuchó el ruido de los remos al hundirse en el agua otra vez y el murmullo de voces. Todo indicaba que el bote se marchaba. Pero, entonces, ¿quién había subido a bordo?

Heather aferró con fuerza la culata de la pistola y se elevó detrás de las cajas. Llegado el caso, no vacilaría en pegarle un tiro a aquel extraño.

—No se mueva si estima en algo su propia vida. Le estoy apuntando y, créame, tengo muy buena puntería. —Heather tiró del percutor para que el extraño supiera que no mentía.

—Tiene una forma muy original de recibir a las visitas en su barco.

La joven sintió un escalofrío que se abrió paso por su espalda hasta erizarle el vello de la nuca. Durante un momento el arma que sostenía en la mano pareció vacilar. Con premura, tomó el farol que había ocultado y lo elevó en tanto se acercaba al visitante. Cuando reconoció ese rostro, sintió una opresión en el estómago.

Montgomery le devolvía la mirada con las manos en alto en señal de rendición.

—¿Qué diablos haces aquí a estas horas?

—Traerte la cena. —Le enseñó una cesta de mimbre que Kitty se había encargado de prepararle. Habían acordado que él necesitaría una excusa para presentarse tan tarde en el navío.

—¿Por qué?

—¿Podríamos hablar sin que me apuntes? Y, de ser posible, en tu camarote. Es de noche, se está levantando una ligera brisa y la cena se va a enfriar.

—¿Has venido solo? ¿Dónde están los demás? Me refiero a los hombres que te han traído.

—De regreso a Port Royal.

—¿De regreso? —repitió ella, extrañada por aquella respuesta.

—Sí.

—¿Cómo piensas volver a tierra? ¿O es que se te ha pasado por la cabeza...? —Heather se quedó con la boca abierta cuando se dio cuenta de cuál era la situación.

—Vendrán a buscarme mañana temprano. No te preocupes, una vez que hayamos conversado, dormiré en la cubierta o en el camarote de Morgan.

—De eso puedes estar seguro —asintió ella tras bajar el arma, mientras sacudía la cabeza sin poder creer lo que él estaba haciendo—. Será mejor que entremos.

Heather no fue capaz de controlar el estado de agitación que le había ocasionado descubrir a Montgomery allí, pero sobre todo el hecho de que iba a quedarse hasta la mañana siguiente. Se adentró en el camarote y, tras encender algunos faroles más que había diseminados por la estancia, se volvió hacia él.

Lord Ascroft se quedó congelado cuando se fijó en ella. El pelo suelto le caía sobre los hombros. Llevaba una fina camisa de hilo que parecía haber conocido tiempos mejores que hacía conjunto con unos pantalones ajustados a las caderas y muslos. Y como era costumbre en ella cuando estaba en su camarote, iba descalza. Pero lo que más le llamó la atención fue sin duda la mirada de la joven: brillante, llena de expectación y fija en él. Montgomery tuvo que reprimir a duras penas el deseo de tomarla en brazos y besarla hasta que ella le pidiera que se detuviera.

—¿Quién te ha pedido que vinieras? —le preguntó mientras despejaba la mesa para que él apoyara la cena allí. Buscó una copa para él y vertió vino hasta el borde.

—Yo —mintió para dejar a Kitty fuera de aquella situación. No quería inmiscuirlo y que después Heather le recriminara lo que había hecho.

Ella levantó la mirada de la bebida y arqueó las cejas sin poder ocultar la sorpresa por escucharle decir eso.

—Bien, pues, ya que estás aquí, cenemos. —Se sentó de manera relajada en su silla de madera maciza con respaldo forrado en terciopelo verde—. Tienes platos y cubiertos en ese mueble.

Montgomery no ocultó la sonrisa cuando recibió aquella orden. No objetó nada, tan solo se quedó contemplándola con gesto divertido.

—Como gustes.

—Tú eres el que asegura que las órdenes siempre se cumplen y que nunca se discuten. — Heather bebió un sorbito de su copa sin apartar la vista de él. Luego sonrió al tiempo que el calor se extendía por su cuerpo y la relajaba más si cabía—. ¿Y a qué debo tu visita, aparte de a tu noble intención de traerme la cena?

Lord Ascroft levantó la mirada de la mesa en la que había dejado el plato para ella y los correspondientes cubiertos.

—Quería informarte que zarparé hacia Francia pasado mañana —le anunció sin pensarlo dos veces. No deseaba demorarse en demasía en ese asunto ya que ese era el motivo de su presencia allí. La contempló un instante, en el que la expresión de ella no varió ni un ápice. Era como si aquel rostro estuviera tallado en mármol. Todo indicaba que la noticia no le afectaba, a no ser que disimulara muy bien.

Ella trató de no removerse en la silla después de aquel disparo a bocajarro que había representado esa revelación. Siempre había creído que la partida de él no le afectaría tanto. De hecho, en realidad, no pensaba que él fuera a irse una vez que ella le concediera licencia para hacerlo. Había creído que era una especie de juego con el que divertirse, sin nunca imaginarse que en verdad lo llevaría a cabo. Trató de sonreír, pero se dio cuenta de que la mueca era algo forzada. De repente el hambre pareció remitir, así como el estado de relajación en el que se hallaba antes. Se incorporó en la asiento y dejó la copa sobre la mesa sin mirarlo mientras servía la cena.

Montgomery respetó el silencio que se había establecido entre ellos, consciente de que a Heather aquella confesión le había sentado como un jarro de agua fría aunque lo disimulara. Se fijó en cómo el brillo de los ojos de ella se había apagado de repente.

—Supongo que Derrick te acompañará —le comentó de pasada, como si no le importara demasiado.

—Sí —A pesar de que Derrick había tenido intenciones de quedarse, había optado por volver a Europa, casi como una forma de obligar a Kitty a tomar una decisión por más dolorosa que fuera.

—Es lógico, dado que es tu ayuda de cámara y tu mejor amigo.

Él la notó fría en sus respuestas, como si estuviera ocultando lo que en realidad pensaba. La observó sentarse de nuevo y comenzar a comer mientras él inspiraba hondo antes de abordar el asunto que lo había llevado allí.

—¿Y tú? Mi invitación para que nos acompañes a Francia sigue en pie. Solo te pido que me des una respuesta clara y contundente con el fin de hablar con el capitán del barco y reservarte un pasaje.

Montgomery adoptó un tono cálido y sereno mientras se dirigía a ella. Esperaba que lo hubiera pensando mejor durante los pasados días, por ese motivo no había querido importunarla hasta esa noche, pero debía contarle cuál era la situación.

Heather dejó los cubiertos sobre el plato y levantó la vista para fijarla en su acompañante. La calidez de la mirada de lord Ascroft le provocó una sacudida que no esperaba y que por fortuna logró capear. Él le hablaba en serio. No era una broma, ni una petición que se estuviera tomando a la ligera. Percibía el deseo en aquellas palabras, en su mirada. Anhelaba que ella lo acompañara a Francia. Y, aunque una parte de ella lo soñaba, la parte rebelde y orgullosa que habitaba en su interior se impuso de nuevo.

—No insistas. No tiene ningún sentido que vaya a París.

—Sigo sin entenderlo, Heather.

—¿Qué es lo que no entiendes? Olvidas quién soy y que no puedo ir a un país donde es muy probable que me busquen para ajusticiarme por haber hundido barcos franceses.

—No tienes nada que temer, nadie descubrirá tu identidad, al igual que sucedió cuando estuviste en Londres.

—No quiero estar encerrada en una casa. ¿No lo comprendes? Mi vida es el mar, el aire que azota mi rostro y mece mi pelo, navegar libre y sentir que nada puede detenerme.

—¿Y asaltar mercantes? Sabes que eso no puede durar mucho tiempo.

—¿No? —Ella abrió los ojos como platos y arqueó las cejas con incredulidad.

—Acabarán por detenerte y yacerás en el fondo del mar o bien colgarás de una soga, Heather. Abandona todo esto y ven conmigo.

Contempló a Montgomery inclinarse sobre la mesa en un intento por acercarse más a ella con una mirada que irradiaba una fuerza de convicción sin parangón; tanto que ella se sintió tentada a aceptar el ofrecimiento.

Tuvo la impresión de que su propio corazón se derretía y de que estaba dispuesta a entregarlo sin pedir nada a cambio. No había conocido nunca a un hombre como lord Ascroft. No sabía por qué ni qué era con exactitud, pero poseía algo que estaba calando en su interior como una fina lluvia.

—Hace mucho tiempo que dicen eso de mí.

—¿Por qué te muestras tan obstinada?

—Es mi vida, no es obstinación.

—¿Por qué lo haces? Jacobo Estuardo ya no es el rey que irrumpió en Irlanda para avasallar a todos. Antes podía entenderlo, Heather; que tu venganza fuera contra él y que atacar el comercio inglés fuera tu manera de devolverle lo que hizo en tu tierra. Pero Jacobo se encuentra en el exilio...

Ella se levantó de la silla como un resorte en un intento por que él dejara el tema. O tal vez quería dejar de sentir esa mirada de preocupación sobre ella. Quiso alejarse, pero la mano de él la retuvo al sujetarla por la muñeca.

Heather desvió la mirada para fijarla en la de él mientras ni siquiera hacía el intento de soltarse. Cuando él se incorporó y quedó a su misma altura, la joven tuvo la impresión de que el camarote se había reducido. El calor comenzaba a tornarse asfixiante allí dentro, tanto que deseó salir huyendo, pero la voluntad de hacerlo se había esfumado. No se movió de su sitio.

—Quiero ser libre. No quiero depender de un hombre ni estar encerrada entre cuatro paredes. Quiero tener mi poder de decisión, como ahora.

—Todo eso podrías tenerlo. Nada ni nadie te lo impedirá. —Montgomery le soltó la mano para llevar la propia hasta la mejilla de Heather.

Ella no se resistió a la suave caricia. Dejó escapar un suspiro por entre los labios mientras la piel se le erizaba.

—No puedes prometerme algo así.

—Puedo hacerlo. Serías tú misma, como en Londres, cuando te conocí. —Montgomery agonizaba por el deseo de besarla una vez más, con la esperanza de que no fuera la última.

Heather sonrió cuando la mente se le inundó de recuerdos de aquellos días pasados en los que se divertía, en los que la búsqueda del cazador de piratas era su obsesión y en los que su corazón no estaba en juego, ni siquiera estaba preparado para todo aquello. ¿Ahora sí lo estaba? Sintió la mano de él descenderle por la mejilla y el cuello mientras ella no podía controlar la agitación de su respiración. Un calor sofocante pero agradable la acometió; deseó que él la besara y la acariciara de una manera más íntima. ¿Qué importaba si al día siguiente se decían adiós?

Montgomery se inclinó para apoderarse de los labios de ella. La atrajo contra su propio cuerpo para sentirla como parte de él. Sintió los pechos de ella contra él y sus muslos rozarse mientras el fuego se hacía latente. El beso se volvió más intenso, y las manos del caballero pasaron de serpentear por las capas de ropa a introducirse bajo la tela en busca de la piel suave y cálida.

Heather gimió cuando su camisa quedó sobre la alfombra. Rodeó a Montgomery por el cuello y se puso en puntas de pie para besarlo, para apretarse contra él. La pasión los fue empujando hacia la cama sin que ninguno se detuviera. Estaban presos de una lujuria febril.

De repente ella se vio recostada a merced de Ascroft, quien terminaba de deshacerse de las últimas prendas para quedar desnudo ante ella. La acarició de manera lenta y minuciosa, sin dejar de calcular en todo momento hasta dónde llegar, cuándo detenerse. El cuerpo de Heather estaba lleno de curvas sensuales, de recovecos por descubrir. Continuó besándola mientras, con las manos, buscaba provocarle más placer. Sintió la humedad entre los muslos de ella al tiempo que se arqueaba y gemía cuando los labios de él tomaron posesión de su cuello.

Heather agonizaba de deseo. Creía que aquel fuego interno la derretiría de un momento a otro, que se desvanecería sin remedio. Las manos de Montgomery le causaban estragos placenteros mientras la aprisionaba con la boca. Jadeó, se curvó para él, se retorció y se convulsionó cuando, de manera pausada y metódica, él se hundió en la calidez de su interior.

Lord Ascroft se detuvo para permitir que ella recuperara la cordura y el aliento y fuera consciente en todo momento del deseo que lo embargaba. Comenzó a moverse con paciencia porque no quería saciarse de ella con rapidez. No, quería tomarse su tiempo, saborearla e impregnarse de ese aroma tan particular y femenino. La contempló cerrar los ojos durante unos instantes en los que él aumentó el ritmo de sus movimientos.

Heather creía que no podría soportar más tiempo aquellas sensaciones tan diferentes y placenteras. Se aferró a él mientras lo miraba de manera fija y abrió la boca para decir algo, pero lo que salió de ella fueron los estertores del placer máximo cuando llegó a la cumbre del orgasmo. Se mordió el labio en tanto sentía arder el rostro. El corazón le retumbaba en el pecho como disparos de cañón, desbocado. Contempló a Montgomery salir de ella y recostarse a su lado en la cama. Se quedó con la vista fija en el techo de madera del camarote mientras recuperaba el aliento y poco a poco volvía a su estado inicial. Luego volvió la mirada hacia él, que se la devolvía con una ligera sonrisa en el rostro.

El brillo había regresado a los ojos de la capitana, y el calor le teñía las mejillas. Tenía los labios hinchados por los besos, el pelo revuelto, pero él solo pensaba en ella como la mujer que le estaba robando algo más que el sueño o la razón.

En un gesto inesperado de parte de Heather, acarició el rostro de él mientras algo en su interior parecía abrirse. No pretendía sentirse de aquella manera, ni mostrarse como jamás lo había hecho, pero... la impulsaba una urgente necesidad de acariciarle el rostro, de incorporarse sobre él y besarlo, de permitir que él la abrazara y la estrechara contra el pecho.

Montgomery le apartó el cabello con ambas manos y le recorrió las mejillas con delicadeza. Se fijó en los ojos de ella, relucientes como dos cristales. No quiso decir nada, sino limitarse a disfrutar ese momento con ella allí.

—Creo que es algo tarde para que te marches y..., por otra parte, tampoco tienes un medio para llegar a la costa. Ni quiero que salgas de mi cama por ninguna razón.

—¿No tendré que irme a dormir a cubierta?

—No, creo que es mejor que permanezcas aquí hasta el amanecer.

—Heather, yo... —La contempló sacudir su cabeza y posar un dedo sobre los labios de él para instarlo a callar.

—No hagas ningún comentario sobre lo que acaba de suceder, déjalo estar. Si intentas convencerme de que me vaya a Francia contigo mediante cumplidos, deja que te diga que pierdes el tiempo. —Deslizó el nudo que le cerraba la garganta en un intento por mantener la compostura y la frialdad que la caracterizaban.

—No voy a insistir más, Heather, puedes quedarte tranquila. Respetaré tu decisión si es la que ya me has confesado.

—Te lo agradezco.

No se dijeron más. Ella no quería ahondar más en un tema que la estaba afectando más de lo que había imaginado. Se recostó en la cama y se quedó dormida de inmediato, sin preguntarse si él haría lo mismo. Poco le importaba lo que hiciera. Solo quería que saliera de su vida lo antes posible. Con ese deseo, se entregó al mundo de los sueños.

Montgomery se quedó despierto escuchando la respiración de ella. Volvió a pensar en la manera obstinada en que se negaba a irse con él a Francia. No insistiría más en ello. Se marcharía y que fuera lo que tuviera que ser. La dejaría en Port Royal para que siguiera con su vida mientras él hacía lo propio en París. Tal vez el destino tuviera planes para volverlos a unir en algún momento, pero él los desconocía.

* * *

Ella dormía cuando el sol de la mañana comenzó a filtrarse por los cristales de la ventana. Montgomery se había levantado hacía tiempo y la observaba mientras él se vestía. En ese momento se parecía tan poco a la mujer que él conocía en verdad, a aquella pirata dura, fría y

aguerrida, irónica y mordaz. Verla en ese instante le provocó una sensación de ahogo que no había experimentado por mujer alguna. Se dijo que se trataba más del hecho de que ella estuviera dispuesta a seguir con sus correrías que de lo que ella le inspiraba.

Se volvió hacia la mesa, donde parte de la cena de la noche anterior había quedado en los platos. Escuchó el sonido del agua al agitarse por las paladas de los remos y se le encogió el estómago. Eso solo podía significar que el bote venía a buscarlo para llevarlo a tierra. Había acordado con Kitty y algunos hombres que acudieran a *La Bella Helena* al amanecer. De manera que abandonó el camarote en tanto trataba de no hacer ruido para no despertarla, si bien no pudo evitar detenerse en el umbral de la puerta y lanzar una última mirada hacia la cama antes de cerrar la puerta.

Heather no se movió bajo las sábanas. Fingía dormir para no tener que enfrentarse al doloroso momento de la despedida. Había escuchado el sonido de los remos a medida que se acercaban a la nave. Él se marcharía en breve, y ella no quería decir adiós. Era mejor hacerlo de esa manera. Dentro de unos días, cuando él ya no estuviera en la casa ni en Port Royal, sino camino de Francia, ella regresaría a tierra, no antes. Lo que no comprendía era por qué de repente sentía aquel vacío en el pecho.

* * *

Cuando la chalupa se detuvo al costado de *La Bella Helena*, Montgomery ya estaba preparado en la borda. Saludó a Morgan con la mano, ya que era él quien lo contemplaba de pie sobre el bote.

—¿Ella no viene?

Lord Ascroft sacudió la cabeza. Se le hacía extraño que él le hiciera esa pregunta. ¿Esperaba que ella hubiera cambiado de opinión? No, Heather Brooke no era una mujer fácil de convencer. Echó un vistazo por encima del hombro para ver si ella aparecía en cubierta por casualidad, pero, para su desánimo, el deseo de verla una última vez antes de marcharse se vio truncado. Ella no iba a despedirse. Simple y llanamente porque era una mujer demasiado orgullosa.

Subió al bote y permaneció en silencio durante el corto trayecto hasta tierra firme. La canoa llegó a uno de los acantilados apartados de la isla, donde los hombres la escondieron. Luego caminó hasta la casa mientras pensaba tan solo en salir de allí cuanto antes. Si Heather no iba a acompañarlo a Francia, entonces no tenía sentido quedarse más tiempo en Port Royal.

* * *

Ella abandonó la cama cuando escuchó el batir de los remos sobre el agua. La chalupa se distanciaba del navío. No quiso subir a bordo hasta que estuvo segura de que se habría alejado lo suficiente como para no ver a Montgomery. Pero durante un momento el deseo de que él no se hubiera subido y de que la esperara en cubierta la invadió. Salió con rapidez del camarote y subió apurada, pero ya no lo encontró. Se acercó a la borda y se colocó una mano sobre la frente para que los rayos no le impidieran ver por dónde iba. Se sintió rara, diferente, con un vacío en su interior que no sabía cómo ni con qué rellenar. Se dijo que era lógico después de la noche que había compartido con él. Se había ablandado bajo los besos y las caricias de un hombre, nada más, y era eso lo que la hacía sentirse así. En cuanto el tiempo pasara, ella volvería a ser la misma, y nada de lo sucedido con él la afectaría. Ella era diferente a las muchachas casaderas y a las damas de la alta sociedad que él conocía, por mucho que le hubiera asegurado que ella podría llevar una vida así. Pero para hacerlo necesitaba un hombre a su lado, y Heather no estaba dispuesta a aceptarlo, ni siquiera aunque se llamara Montgomery Ascroft, se dijo al apartarse de la borda cuando el bote se perdió de vista.

CAPÍTULO 11

El viento empujaba el navío hacia la costa francesa mientras Montgomery contemplaba el lejano litoral apoyado en la borda. Las gaviotas sobrevolaban por encima de su cabeza, lo que indicaba que la tierra no estaba muy lejos. Suspiró al pensar en la señorita Brooke, en que no había logrado convencerla a pesar de todo. Recordaba el último día en Port Royal y cómo las ansias por que ella apareciera en la casa en el último momento se habían visto truncadas la mañana que había subido a bordo del barco con rumbo a Francia. Heather no se había presentado, ni había mandado recado con la chalupa que iba a y venía de *La Bella Helena* todos los días. Le había dejado claro que no estaba dispuesta a plegarse a su petición, y él no podía seguirla por mucho que la deseara. ¿Qué vida le esperaba a bordo de un buque pirata? Él, que había sido oficial de la Armada británica, no se veía en el papel de un prófugo de la ley.

—¿Piensas en ella?

La voz de Derrick lo sacó de sus pensamientos, y volvió el rostro hacia él.

—Ya poco importa que lo haga. Ella está en Port Royal, y nosotros, a pocas millas de la costa francesa.

—No te culpes por no haber logrado convencerla de que abandonara su vida.

—No, no lo hago. Pero lamento que no haya querido ver la realidad. —Montgomery chasqueó la lengua en un claro gesto de decepción y sacudió la cabeza antes de fijar la vista en el horizonte.

—La realidad es que ella está enamorada de usted y por ese motivo no lo ha seguido. —Los dos hombres se dieron vuelta al unísono cuando escucharon la voz de Kitty, pero lo que más los sorprendió sin duda fue la mirada y el gesto concluyente de aquella mujer.

Ella, finalmente, había aceptado la invitación de irse a París en busca de una nueva vida. Le había dolido mucho abandonar a su amiga y benefactora hasta entonces, pero, como la propia Heather le había señalado, allí podría encontrar algo mejor, una vida que se merecía y que en Port Royal era difícil que consiguiera.

—¿Por qué estás tan segura de que ese es el motivo? —preguntó Derrick, que se anticipó a Montgomery, quien parecía no reaccionar ante aquella afirmación tan rotunda por parte de la muchacha.

Kitty sonrió de lado con cierta melancolía.

—Lo he venido percibiendo en Heather desde que lo conoció en Londres.

—Deseaba acabar conmigo por haber sido parte implicada en la detención y ejecución de su padre —comentó el caballero con determinación.

—Sí, esa era su idea inicial. Pero, cuando lo conoció, todas sus convicciones se vinieron abajo. Disfrutar de su compañía fue para ella como si *La Bella Helena* hubiera recibido una andanada de disparos de artillería en su línea de flotación que la hiciera zozobrar.

Lord Ascroft apretó los labios unos segundos y permaneció en silencio en tanto meditaba aquellas palabras.

—De ser así, ahora mismo ella estaría aquí, a bordo de este navío.

—No la conoce tanto como yo.

—En eso tengo que darle la razón, no la conozco lo suficiente como para saber qué es lo que espera del destino. Solo sé que es orgullosa y testaruda.

—Heather no pretende atarse a una relación en la que ella solo sea un mero objeto decorativo.

—Le dije que eso no era lo que yo quería. —Montgomery apretó los dientes al recordar la conversación con Heather en su camarote la noche que había acabado durmiendo allí—. Podría disponer de las mismas facilidades y lujos de los que disfruta en Port Royal.

—Sí, pero con una diferencia. —Kitty hizo una breve pausa para captar la atención de los dos hombres, que parecían agonizar a la espera de que ella continuara—. Usted.

—¿Yo? —Montgomery se mostró contrariado por la sugerencia—. ¿Qué diablos significa eso?

—Acabo de confesárselo, lord Ascroft. Ella se ha enamorado de usted y teme perder su libertad si le permite permanecer en su vida. Por ese motivo no ha dudado en alejarlo de ella.

—Diablo de mujer —murmuró él tras cerrar las manos en puños en claro gesto de rabia—. Solo espero que mi partida no le sirva como acicate para volver al mar.

—Eso no puedo asegurárselo.

—Ni tú ni nadie, Kitty. —Montgomery suspiró y bajó la mirada mientras el vigía apostado en la cofa del palo mayor gritaba “Tierra” a todo pulmón.

—Estamos llegando a Francia —comentó Derrick en un intento por desviar el foco de la conversación para que su amigo no pensara más en Heather—. Por cierto, no me has comentado nada acerca de dónde viviremos ni estaremos aquí durante mucho tiempo.

Montgomery pareció no escuchar y siguió dándole vueltas a la confesión que acababa de hacerle Kitty y que lo había desarmado por completo. ¿Heather se había enamorado de él? ¿Por qué demonios no se había dado cuenta de ello? Tal vez debería haberse fijado más en los gestos y miradas de ella, en cómo se había entregado en cada uno de sus besos, en vez de verla como a una pirata. Sin duda no conocía a las mujeres. Apretó los dientes y golpeó la borda con enfado ante las miradas de Derrick y Kitty. Se dio cuenta de que lo contemplaban como si estuvieran esperando que él les dijera algo.

—¿Qué sucede?

—Acabo de preguntarte si tienes un sitio en el que alojarnos.

—Sí, sí, tengo una pequeña casa a las afueras de París, no se preocupen por ello.

—Nunca te escuché mencionar que tuvieras posesiones en Francia.

—Bueno, la verdad es que no he tenido necesidad de venir. Solía hacerlo en verano cuando era un niño. Pero siempre mantuve contacto por carta con el buen Benoît, quien se encarga de dirigir la casa. No esperen una gran finca como la que posee Heather en Port Royal, se los advierto, pero hay sitio para los tres —ironizó en tanto observaba a la pareja. Apenas se habían separado durante la travesía, y a él le parecía que, después de todo, Derrick acabaría cortejándola como ella se merecía. Todo parecía indicar que a su amigo el pasado de Kitty no le importaba; lo aplaudía por ello.

Ella sonrió, algo incómoda ante aquella acotación. ¿Pretendía que viviera con ellos? No creería que...

Montgomery se percató del gesto de desconcierto de la muchacha y se apresuró a despejar cualquier duda.

—Por supuesto que cuento con que nos acompañes, Kitty.

—Yo así lo esperaba —apuntó Derrick, lo que hizo que la joven se convirtiera en el centro de atención de los dos caballeros, que contemplaron cómo el rostro de ella se tornaba color carmesí. La mirada le brillaba en demasía por la emoción de emprender una nueva vida muy distinta a la que había conocido hasta entonces.

—No sé qué decir.

—De momento, me basta con que aceptes mi invitación. Por cierto, ¿cuál es tu verdadero nombre? Supongo que “Kitty” es un apodo o un diminutivo.

—Katherine.

—Bien, *mademoiselle* Katherine —asintió Montgomery con una sonrisa de cordialidad—, estás a punto de cambiar de vida.

—Lo sé.

“Y me aterra”, pensó la joven, sin hacer partícipes de sus temores a los dos hombres.

—Derrick se ocupará de ayudarte a instalarte cuando llegemos —le aseguró para desviar la atención hacia él.

—Será un honor para mí.

Montgomery los contempló una última vez antes de que el capitán del navío comenzara a dar las oportunas órdenes para desembarcar. Atracarían en el puerto para que todos los pasajeros pudieran descender por la pasarela hasta tierra firme. En ese preciso instante, no pudo evitar preguntarse qué sería de Heather en ese momento. ¿Seguiría en *La Bella Helena* o se habría acercado a la casa?

* * *

Heather entró en su hogar y saludó a Morgan con una leve inclinación de cabeza, pero sin decir una sola palabra. Se dirigía con paso seguro hacia las escaleras que la conducirían a la planta de arriba. Sin pensar en nada ni en nadie, se encerró en su habitación, ajena al ir y venir del servicio. Lo primero que hizo fue descalzarse y descorder las cortinas para dejar que la luz de la mañana inundara el cuarto. Luego, abrió el ventanal que comunicaba con el balcón y salió para que la brisa le golpeará el rostro. Cerró los ojos y se enfocó en aquella sensación mientras se aferraba a la barandilla con las manos. Permaneció en aquella postura hasta que su doncella apareció en el dormitorio.

—¿Desea un baño, mi señora?

Heather se volvió con una sonrisa reluciente en los labios.

—Sí, por favor. Haz que traigan agua caliente.

—Bien.

Heather se quedó a solas de nuevo y dudó entre regresar al balcón o permanecer en la habitación a la espera de que le llenaran la bañera. La aparición de Morgan en el umbral de la puerta decidió por ella.

Su hombre de confianza a bordo de *La Bella Helena* la contemplaba con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho, con una mirada que no presagiaba nada bueno.

—¿Por qué te quedas ahí y me miras de esa manera, como si hubiera hecho algo malo?

Heather sacudió la mano en el aire mientras y se dirigió hacia afuera.

—No esperaba verte, la verdad.

—En algún momento tenía que volver —concluyó ella sin darle importancia, y se encogió de hombros.

—Justo ahora que los ingleses se han marchado —reflexionó Morgan, que se quedó contemplando a Heather a la espera de su reacción—, y Kitty con ellos.

Ella lo miró por encima del hombro con semblante neutro. No mostraba sorpresa, ni ira, ni ningún sentimiento hacia esa noticia. Era como si ya lo supiera o como si en verdad no le importara.

—Lo sé. Yo misma la animé a que lo hiciera, dado que estaba muy encariñada con el ayuda de cámara de lord Ascroft. Consideré que era una buena oportunidad para ella. Podrá dejar esta vida y prosperar. Aquí en Port Royal...

—¿Y tú?

Heather se giró de cuerpo entero con parsimonia y lanzó una mirada de incomprensión a Morgan. Varios miembros del servicio llegaron con los cubos de agua caliente para verterlos en la bañera.

—Yo sigo aquí.

—Ya te veo. Pero ¿por qué?

—¿Cómo que por qué? —Frunció el ceño sin apartar la mirada del subalterno. ¿Acaso había creído que ella seguiría el mismo camino que Kitty?—. No esperarías que yo abandonara mi vida aquí para lanzarme a la aventura en Francia, ¿no?

—Solo quiero saber el motivo que te ha llevado a quedarte.

—Te lo estoy explicando, cosa que no debería porque es mi vida y mi decisión. Pero, ya que insistes, déjame decirte que no me interesa lo que puedan ofrecerme en París —lo cortó con un tono frío y una mirada amenazante—. Y ahora te agradecería que me dejaras sola mientras disfruto del baño.

Ella se quedó observándolo de una forma que a Morgan le dejó claro que sobraba en la habitación, por lo que sonrió y sacudió la cabeza antes de marcharse. El baño la había salvado de ahondar en esa conversación, pero no evitó que él le lanzara una advertencia:

—Cometes un grave error. Tenlo presente para más adelante. Mi señora. —Morgan se inclinó desde la entrada del dormitorio en tanto sujetaba ambas puertas por el picaporte. Las atrajo hasta él y las cerró con determinación al tiempo que pensaba en la locura que había cometido ella.

Heather permaneció de pie unos segundos mientras el vapor del agua comenzaba a ascender y las doncellas se esmeraban en preparar el baño.

—Pueden retirarse.

La muchachas se miraron entre sí sin comprender la razón de aquella petición, pero no dijeron nada y abandonaron la estancia. La señorita Brooke necesitaba unos minutos a solas para pensar en las consecuencias de sus propios actos. No esperaba que Morgan se presentara de buenas a primeras y le restregara las pasadas decisiones. Heather le había aconsejado a Kitty que se marchara a Francia con lord Ascroft y su ayuda de cámara si así lo deseaba. Había sabido que ella acabaría por aceptar el ofrecimiento porque le convenía. Más aún cuando había percibido la afinidad entre ella y el amigo de Montgomery. No quería ser el motivo por el que Kitty no pudiera alcanzar la felicidad.

* * *

El carruaje se detuvo delante de una residencia no tan modesta como había sugerido Montgomery. La fachada de color blanco contrastaba con el tono oscuro del tejado de pizarra y con la vegetación que la rodeaba.

Alguien abrió la puerta del coche, del que lord Ascroft descendió primero en su papel como dueño de la casa.

—*Monsieur* Ascroft, no lo esperábamos —exclamó con asombro un hombre que inclinó la cabeza nada más reconocerlo.

—Ni yo tampoco, Benoît, ni yo tampoco. Pero el clima de Inglaterra nos ha obligado a venir. ¿La casa está preparada?

—Siempre lo está, *monsieur*.

—Celebro oírlo. Él es Derrick, mi ayuda de cámara en Londres. Y ella es *mademoiselle* Katherine, una buena amiga. Los dos se alojaron en sendas habitaciones.

Benoît lanzó una furtiva y rápida mirada a ambos y asintió.

—Mientras Derrick esté aquí, no debes preocuparte por mi bienestar; él se encargará.

—Como ordene. Vamos, tomen el equipaje de los señores —apremió a otros miembros del servicio.

—¿Dónde está *madame* Flora? —Montgomery arqueó las cejas con sorpresa en tanto buscaba al ama de llaves.

Pero no hizo falta que Benoît le respondiera porque en ese preciso instante la mujer apareció en el umbral de la puerta y ahogó una exclamación de sorpresa al reconocer a la visita.

Montgomery levantó la mirada hacia ella y no pudo evitar sonreír. Allí estaba la mujer que él recordaba de la niñez, con el cabello algo más claro debido a los años, pero con la misma mirada despierta e inquieta. Una sonrisa se perfiló en el rostro del ama de llaves cuando se acercó a él.

—El joven señor... —Se quedó sin palabras cuando le pasó las manos por el rostro ante la emoción de verlo de nuevo.

—Mi querida Flora. —Él le correspondió con la misma sonrisa y calidez—. Sigues igual de hermosa que entonces.

—Siempre tan zalamero, señor. ¿No ha dejado de serlo en todos estos años? Pero ¿qué hace aquí? ¿Por qué no envió recado de su llegada? Y además lo hace acompañado —añadió tras echar un rápido vistazo hacia Derrick y Kitty.

—Todo ha sido muy precipitado. Benoît me ha comentado que la casa está dispuesta.

—Siempre lo ha estado porque hemos estado esperando su regreso durante mucho tiempo. Nos decíamos que, el día menos pensado, retornaría. Ese día ha llegado y aquí está. —Se apartó unos pasos para contemplarlo de cuerpo entero—. Ya no es el chiquillo que correteaba por este lugar. Se ha convertido en todo un hombre, en un caballero.

—Deberías dejar de adularme. Será mejor que entremos. Por cierto, ellos son Derrick y *mademoiselle* Katherine, mi ayuda de cámara y una buena amiga de Londres.

—Corren malos tiempos en Inglaterra, ¿verdad? La gente no cesa de hablar del cambio de monarca y de la presencia de Jacobo Estuardo en la ciudad.

—Sí, no soplan buenos vientos en mi patria —le aseguró con un toque de amargura y decepción.

Montgomery se dirigió al interior de la casona en compañía del ama de llaves mientras el servicio entraba el equipaje. Derrick y Kitty se miraron en silencio durante un breve instante en el que él percibió cierto temor en la mirada de ella, lo cual no dejó de sorprenderlo. ¿Cómo era

posible, cuando ella le había demostrado tanto arrojo en algunas ocasiones y aplomo en otras? Se detuvo a su lado sin apartar la mirada de la joven mientras ella parecía dubitativa a la hora de dirigirse hacia el interior de la morada.

—¿Sucede algo? —Derrick sintió deseos de tomarla de la mano y expresar preocupación por su gesto. No quería que ella se sintiera diferente por haber abandonado la vida que antes llevaba y, en cierto modo, la protección de Heather.

Kitty sacudió la cabeza con una tímida sonrisa, se humedeció los labios y miró a Derrick.

—Todo es tan extraño. No sé si estaré a la altura —le confesó con inquietud. Aquel sentimiento se había asentado en su interior desde que había resuelto partir en busca de una nueva vida lejos de Heather. En cierto modo se sentía algo cohibida e indefensa en aquel momento. Se le hacía raro no ver a su amiga y, pese todo por lo que había pasado y a que se hubiera mostrado fría y orgullosa con los hombres en ocasiones, en ese instante ese sentimiento parecía disiparse. Ya no era una tabernera de Tortuga, acostumbrada a tratar con rudos marineros, capitanes piratas y demás gente de dudosa procedencia. En ese momento era una dama, como le había repetido muchas veces el propio Montgomery.

—Lo estarás, no me cabe la menor duda.

Derrick le regaló una sonrisa cargada de complicidad.

—A veces creo que demuestras demasiada confianza en mí.

—Es lo que me inspiras, Katherine —pronunció su nombre por primera vez. A ella le sonó extraño escucharlo con ese toque de expectación y cariño. ¿Qué pasaba por la cabeza de él?, se preguntó la joven mientras entrecerraba los ojos y lo contemplaba con atención—. ¿Vamos? O Montgomery es capaz de salir a buscarnos.

Entraron juntos en la casa que, pese a lo que el dueño había comentado, no parecía diferenciarse demasiado de la de Heather en Port Royal o del mismo Ascroft en Londres.

* * *

Montgomery tomó el fajo de correspondencia que Benoît le entregó y caminó al interior del despacho, pero antes se volvió hacia el ama de llaves.

—Asegúrese de que *mademoiselle* Katherine cuente con todo lo que necesite.

—No hay problema, señor. Le asignaré una doncella para ella y le proporcionaré la mejor habitación de invitados. El señor Derrick...

—No te preocupes por él, que ocupe otra de las habitaciones. Cualquier duda al respecto, la solucionaré de inmediato.

—Con su permiso.

Lord Ascroft entró en el estudio seguido de Benoît y arrojó las cartas sobre la mesa sin molestarse en echarles un vistazo. Si había algo que mereciera la pena en aquellas misivas, el hombre se encargaría de hacérselo saber. Se detuvo un momento en el camino hacia el escritorio y recorrió la amplia estancia con la mirada en tanto dejaba que los recuerdos de la niñez lo invadieran.

—Hacía tantos años que no venía.

—Sus obligaciones con la Armada no le han dejado mucho tiempo.

—Sí. —Montgomery frunció el ceño y apretó los labios al pensar en ello, sin poder evitar que su mente se disparara hacia la capitana de *La Bella Helena*—. ¿Hay algo importante en esas cartas? —preguntó al señalarlas con la mano.

—No, señor, cosas banales, nada que destacar. En su mayoría son invitaciones a diversos eventos sociales.

—Me alegro. ¿Cómo marchan las cosas por la ciudad? Supongo que las noticias de la capital llegarán hasta aquí.

—Imagino que ya sabe que el rey Jacobo llegó a París hace algún tiempo.

—Sí, derrotado y humillado. —Maldijo y tomó asiento tras la mesa—. Es una verdadera lástima que los partidos políticos se hayan confabulado para propiciar su caída. *Tories* y *whigs*, enfrentados en multitud de ocasiones, se han aliado para echar del trono al legítimo monarca y sentar en él a su yerno. Por otro lado, el rey francés no está dispuesto a ayudarlo a recuperar el trono. Tan solo le ofrece el exilio en París. ¿No fueron antes Inglaterra y Francia acérrimos enemigos que lucharon por el control del Viejo Continente? Pues ¿qué mejor oportunidad que la de auxiliar a Jacobo Estuardo y a los escoceses que han peleado a su favor? —comentó Montgomery, indignado por el devenir de los acontecimientos—. En fin, confío en que pronto se solucione la cuestión y en que todo vuelva a la normalidad.

—Eso esperan los partidarios del rey Jacobo. ¿Permanecerá mucho tiempo en Francia?

—No lo sé. Por ahora no lo tengo pensado, pese a que no tengo intención de regresar a Londres mientras el clima político siga así.

—¿Y su cargo en la Marina británica? —interrogó Benoît, sorprendido de que no hubiera hecho referencia a ello.

—Lo he dejado, Benoît. He decidido que había llegado el momento.

—En ese caso, permanecerá en París —dijo muy confiado Benoît al ver el semblante de Montgomery y la determinación que destilaban sus palabras.

—Sí, es lo mejor por ahora. Me tomaré mi tiempo para decidir qué haré en el futuro, aunque dependerá de la situación de Inglaterra, como acabo de decirte.

Alejó de la mente a Heather porque en ese momento era absurdo pensar en ella y en el lugar que habría podido ocupar en su vida.

* * *

El rey Guillermo se había asentado en el trono de Londres con el beneplácito de las máximas autoridades británicas. El tiempo discurría sin que nadie se atreviera a alzar la voz a favor del rey depuesto. Ya pocos se acordaban de que Jacobo se encontraba en el exilio y apostaban a que se quedaría allí hasta la muerte.

Montgomery repartía su tiempo en París entre la administración del hogar y las reuniones con viejos conocidos jacobitas refugiados en la capital. En una de esas asambleas, escuchó una noticia que no le produjo ninguna satisfacción.

—El rey Guillermo ha solicitado a la Armada de Port Royal que salga en busca de los piratas que todavía pueblan esas aguas y acabe con ellos.

Lord Ascroft, que hasta entonces había estado algo ausente de la conversación, alzó la vista de repente para fijarla en el orador.

—Ese cometido ya lo intentó su majestad Jacobo —comentó Richard Mortimer, el viejo amigo de Montgomery, que también se encontraba en Francia tras lo sucedido en Inglaterra.

—Sí, pero no todos pasaron por la horca, lord Hensford. Es más, aquí tenemos el honor de contar con el hombre que tuvo la loable tarea de conducir a muchos de ellos al patíbulo —dijo al señalar a Montgomery, quien de inmediato se sintió el centro de todas las miradas—. Lord Ascroft, el más temido cazador de piratas.

—Caballeros —se limitó a decir él con una leve inclinación de cabeza.

—¿Es cierto lo que lord Mortimer cuenta de usted? —preguntó lord Hensford.

—En cierta medida, aunque tal vez haya exagerado un poco.

—No seas modesto, Montgomery. Estos caballeros van a pensar que soy un mentiroso. Te conozco desde hace mucho tiempo y doy fe de tus actos a favor del monarca y en contra de la piratería —apuntó Mortimer con una sonrisa cínica.

—Está bien, soy culpable de que muchos corsarios y hayan sido ahorcados, como señala mi querido amigo Richard Mortimer, pero no todo el mérito fue mío.

—Y ahora que el nuevo rey se sienta en Whitehall, ¿qué piensa hacer? —Aquella interpelación sorprendió sin duda a Montgomery, que sacudió la cabeza y se encogió de hombros sin saber a qué venía.

—No entiendo su pregunta...

—Thomas Farley —le dijo para presentarse.

—Bien, señor Farley, repito que no entiendo su pregunta.

—Me estaba refiriendo a si volverá al mar.

—No. Me retiré de la Armada británica antes del cambio de monarca y no tengo interés en regresar.

—Lástima —expresó, y chasqueó la lengua en clara decepción.

—Mi tiempo terminó. Ahora estoy aquí, en mi casa de París, para disfrutar de un merecido descanso.

—Los piratas vuelven a campar a sus anchas por el Caribe y siguen asaltando todo tipo de barcos, pero muestran una predilección por los ingleses. Parece una especie de venganza contra el nuevo inquilino de Whitehall.

—Desconocía esas noticias puesto que, desde que llegué a París hace unas semanas, apenas si he puesto interés en lo que sucede fuera de las cuatro paredes de mi casa —ironizó con una sonrisa carismática.

—Pues sepa que el comercio inglés se está viendo alterado por ese capitán pirata que gobierna *La Bella Helena*.

Escuchar el nombre del navío de Heather modificó el semblante de Montgomery sin poder evitarlo. Se había dicho a sí mismo que no pensaría más en ella, ni mucho menos dejaría que escuchar ese nombre lo afectara. Sabía que ella retornaría al océano en cuanto regresara a Port Royal y no se había equivocado.

El cambio en el gesto de lord Ascroft no pasó desapercibido para Richard Mortimer, quien contempló a su amigo con gran interés. No había podido mantener una conversación con él en condiciones decentes desde que lo había visto por primera vez hacía algunas noches en una

ajetreada velada. Ni tan siquiera habían podido cruzar algunas palabras al respecto de la misión, pero esperaba hacerlo esa misma noche. El cambio de semblante en su amigo no había hecho más que aumentar ese anhelo.

—Como les he dicho, no sé nada de la situación desde que dejé la Armada.

—Ese maldito navío siempre tan escurridizo. No han logrado darle caza.

—Yo tampoco pude durante mis años de servicio. Como bien afirma, es muy escurridizo.

—Si nos disculpan, caballeros, debo comentar un asunto con lord Ascroft antes de que se me olvide. —Richard se llevó aparte a su amigo para tener cierta intimidad.

Montgomery entornó la mirada hacia Mortimer. ¿Qué era eso tan importante que quería tratar con él como para excusarse de ese modo?

—¿Qué sucede?

—¿Has escuchado lo que han dicho de *La Bella Helena*?

—Sí. ¿Por qué tu interés?

—Quería saber si lograste dar con su capitán.

Montgomery inspiró mientras sopesaba la respuesta que iba a darle a su amigo. Tal vez no fuera acertado revelarle que lo conocía demasiado bien.

—Sí. No hablé con él en persona, pero sí a través de emisarios.

—¿Y?

—Ese tipo de gente se mueve por codicia —le aseguró Montgomery sin darle la mayor importancia—. Los piratas son así. No creo que su interés sea político, ni que vaya más allá de obtener un buen botín con el que seguir viviendo con todo tipo de lujos.

—Te he escuchado decir que piensas quedarte en París una temporada...

—Sí, hasta ver qué sucede en las islas. Todo parece indicar que el clima bélico mengua.

—Sí, pero quedan los enfrentamientos entre los partidarios y detractores de Estuardo.

—Poco podrán hacer si *whigs* y *tories* se han conjuntado para derrocarlo.

—No creo que haya una opción para él por el momento.

—Ni yo.

—Celebro que estés aquí en París.

—Sí, yo también —asintió Ascroft sin poder dejar de darle vueltas en la cabeza a la noticia que había recibido. *La Bella Helena* volvía a surcar las aguas del Caribe. Heather...

* * *

Derrick no se había separado de Katherine en ningún momento, en parte porque ella misma se lo había pedido al encontrarse en un lugar extraño, con gente a la que no conocía, y por otra parte porque él no sentía necesidad de apartarse. Desde que habían llegado a París semanas atrás, trataba de pasar con ella el mayor tiempo posible, pero sin llamar la atención del servicio porque no pretendía que surgieran comentarios al respecto.

Habían bailado un par de veces en las que él se había quedado rendido ante la belleza de la joven. El cambio que había experimentado en ese tiempo había sido sin duda alguna a destacar. Había vuelto a ver a la dama que le había llamado la atención la primera vez que la había contemplado aparecer en Londres.

Ella se sentía halagada y colmada de atenciones en todo momento por parte de Derrick, tanto que en ocasiones le parecía que abusaba de la paciencia de él al pedirle que no la dejara sola. No entendía cómo había podido modificarse su situación hasta tal punto en tan poco tiempo, pero era real. Incluso él se lo había preguntado en un par de ocasiones.

Montgomery los encontró charlando de manera fluida. Sin lugar a dudas, la presencia de ella estaba transformando a Derrick. Estaba dispuesto a alentarlos para que hiciera de Kitty, o Katherine, toda una dama.

La pareja lo vio caminar hacia ellos con el semblante taciturno.

—Salgamos un momento a la terraza. Hay algo que deben saber.

Caminaron fuera del salón de baile en busca de un lugar algo apartado para conversar sin que nadie pudiera escucharlos.

—¿Por qué tienes esa cara? ¿Por qué nos hemos alejado de los invitados? ¿Qué sucede? —Derrick intuía que nada bueno se cocía a juzgar por el semblante de su amigo y señor.

Montgomery tenía el ceño fruncido y los labios apretados en una delgada línea.

—Heather está saqueando los barcos de Guillermo.

Katherine dejó escapar un gemido de sorpresa y temor por lo que pudiera sucederle a su amiga.

—¿Cómo es posible? —preguntó la muchacha, que contemplaba a Montgomery sin poder creer que Heather estuviera tan loca o desesperada como para cometer semejante disparate. Había creído de hecho que dejaría la piratería y que se establecería en Port Royal.

—Acaba de comentármelo Richard Mortimer, el mismo hombre que me envió tras ella.

—Pensaba que cambiaría —susurró la muchacha con la mirada perdida en el vacío. Los ojos le brillaban en demasía, como si estuviera reteniendo las lágrimas.

—No; no lo hará. Es demasiado orgullosa —aseveró Montgomery al tiempo que sacudía la cabeza.

—¿Qué piensas hacer?

La interrogación de Derrick no lo sorprendió tanto como lo hizo la de lord Thomas Farley. La pareja lo contempló, expectante por escuchar una respuesta.

Montgomery cerró las manos y las apretó contra la barandilla de la terraza.

—Nada.

—¿Nada? —repitió Derrick—. ¿Cómo puedes quedarte quieto cuando eres consciente del peligro que corre?

—¡Porque ella misma lo ha querido así! ¡Le pedí que abandonara esa vida y viniera a París conmigo, al igual que ella! —dijo mientras señalaba a Katherine—. Pero se negó. Se negó incluso después de que pasé la noche en su camarote.

Derrick y Katherine se quedaron observando a Montgomery con la respiración contenida.

—Pronto el rey mandará tras ella a la flota que hay en Port Royal —dedujo Derrick, que presumía lo que ello implicaría.

—Ya lo ha hecho —asintió Montgomery muy a su pesar.

—La atraparán o incluso hundirán su navío —susurró Katherine, y se llevó una mano a los labios para contener el sollozo.

—Es mejor eso que verla balancearse del extremo de una soga —profirió Ascroft, contrariado por los acontecimientos. ¿Acaso ella tenía que perseguirlo hasta París a pesar de no haber querido ir con él? ¿Por qué debería ayudarla cuando ella misma lo había rechazado?

—Lord Ascroft, se lo ruego, vaya a Port Royal e intente convencerla de que abandone su actual vida. Nunca antes la han atrapado, es cierto, pero ahora está enojada, y cuando uno se enoja pierde el control, se vuelve una presa fácil —Katherine captó toda la atención de él.

El rostro de Montgomery parecía esculpido en piedra, sin ningún rasgo de emoción. ¿No sentía nada por ella? ¿Cómo era posible? La muchacha observó un ligero amago de sonrisa en él después de ese momento.

—Quédate tranquila. Intentaré recabar toda la información posible antes de tomar una decisión.
—Tomó aire y ensanchó la sonrisa—. Y ahora deberían seguir bailando y divertirse.

La pareja lo contempló en silencio. Derrick sujetó del brazo a Katherine para instarla a marcharse con él y dejar a su señor solo. Tendría mucho en lo que pensar esa noche, pero estaba seguro de que no abandonaría a Heather a su suerte por mucho que le doliera el desplante que le había hecho.

CAPÍTULO 12

Montgomery repasaba algunos documentos en su despacho cuando Benoît entró sin tocar a la puerta, lo que le llamó la atención. Dejó lo que estaba haciendo y se centró en él.

—¿Qué sucede?

—Han venido a verlo dos caballeros —le anunció mientras le entregaba las tarjetas de visita.

Montgomery las estudió en silencio. Una era la de su viejo amigo Richard, y la otra la de un tal Aston Holbrook.

—Bien, condúcelos hasta aquí. Los atenderé de inmediato.

Benoît inclinó la cabeza y giró sobre sus talones para abandonar el estudio mientras su empleador permanecía pensativo y se daba golpecitos con las tarjetas en la mano. Lord Ascroft no tardó en escuchar el sonido de pasos que acercaban, por lo que arrojó las cédulas sobre la mesa y se preparó para recibir a los visitantes.

—Richard, ¿a qué debo este honor?

Montgomery tendió el brazo para estrecharle la mano de manera firme.

—¿Cómo estás? Hemos venido para tratar un asunto de la mayor urgencia. Te presento a lord Holbrook.

—Encantado, lord Ascroft —le dijo al estrecharle la mano.

—Bien, pues ustedes dirán. —Indicó que tomaran asiento y le contaran el motivo de la visita —. ¿Desean tomar algo?

—No, gracias, es muy temprano para mí —se excusó lord Holbrook, y sacudió la cabeza.

—Yo tampoco —apuntó Richard Mortimer.

—En ese caso, ¿a qué debo la visita?

—Lord Holbrook ha llegado hace unos días de Inglaterra —comenzó exponiendo Richard mientras observaba que Montgomery no variaba su gesto ni un ápice—. Al parecer en Londres están algo molestos con los ataques de los piratas y corsarios tanto a los barcos como a las

colonias inglesas en el Caribe.

—Su majestad Guillermo de Orange se muestra contrariado por el comportamiento de esos sujetos y ha solicitado a la Armada que tome medidas para limpiar el mar —apuntó el otro para añadir un poco más de información.

Montgomery comenzaba a intuir lo que hacían allí aquellos dos hombres, pero no diría nada ni se anticiparía a las explicaciones. No quería mostrarse demasiado interesado por el tema.

—Verás, Montgomery, en el gobierno quieren que alguien se encargue de ello —expuso con la mirada entornada hacia él con la intención de advertirle acerca de lo que estaba por llegar.

Pero Ascroft no dijo nada, ni varió el semblante ante el comentario de su amigo.

—En la Armada nos dijeron que usted fue el hombre que se convirtió en el azote de los corsarios.

—Sí, eso es verdad. Y supongo que también les habrán dicho que dejé el cargo hace ya algún tiempo —comentó Montgomery con el objetivo de dejar clara su postura.

—Sí, eso también me lo explicaron. —Lord Holbrook pareció algo nervioso y dubitativo—. Por ese motivo he venido a verlo.

Montgomery arqueó las cejas con expectación al tiempo que temía lo peor.

—¿Para comprobar que estoy retirado del servicio?

—Para hacerle llegar la petición de que regrese a su cargo de oficial en la Armada y emprenda rumbo al Caribe para acabar con la piratería.

El dueño de casa inspiró hondo y esbozó una media sonrisa llena de sarcasmo.

—Permítanme decirles que no podrán acabar con ese mal. De hecho, yo no pude hacerlo y por ese motivo solicité mi baja de la Armada.

—Pero... aseguran que apresó a unos cuantos capitanes, a los que más tarde ejecutaron.

—Cierto. Y usted mismo está aquí para ofrecerme algo que en su día ya hice y que no sirvió para nada, salvo para animar a otros muchos a lanzarse al mar y saquear todo navío que cruzara las aguas cercanas a Tortuga o La Española.

—Su majestad está muy comprometido con este tema y...

—Su majestad puede estar tan comprometido como quiera, pero yo le digo cuál es la verdad. —Montgomery parecía comenzar a exaltarse. Ni soportaba a Orange, ni estaba dispuesto a salir en busca de Heather Brooke para conducirla ante el verdugo.

Lord Holbrook lanzó una mirada de auxilio a Richard para que intercediera en su favor.

—Ya le dije que no aceptaría el ofrecimiento porque te habías retirado, pero no me hizo caso e insistió en verte —refirió Richard al mirar a su amigo.

—Su majestad está muy interesado en que sea usted quien...

—Eso ya lo ha dicho, y mi respuesta sigue siendo la misma. Dejé la Armada, no me interesan los piratas, lord Holbrook. —Montgomery frunció el ceño y miró al enviado de Londres con un gesto severo que dejaba clara su postura, así como el hecho de que no iba a abandonarla por mucho que insistieran.

—¿Ni aunque su monarca se lo solicite? Tengo entendido que el propio Jacobo le pidió que zarpase hacia el Caribe para encontrar al capitán de *La Bella Helena* y ofrecerle que se uniera a sus huestes para mantenerse en el trono.

Ascroft apretó los dientes antes aquella afirmación.

—No sé quién le habrá contado semejante chisme de taberna.

—¿Niega haber ayudado a Jacobo Estuardo?

—No tengo que negar ni admitir nada.

—Lord Ascroft, le recuerdo que es usted un súbdito de la corona inglesa y que, como tal...

—Y yo le recuerdo que resido en Francia por lo que la corona inglesa no tiene potestad aquí. Vuelva a Londres y transmítale mi respuesta a su rey: dejé la Armada británica hace tiempo; no tengo intención de regresar. Ahora le pido que, si no tiene nada más que decirme, se marche de mi casa —concluyó Montgomery en tanto se levantaba del asiento para caminar hacia la puerta. La abrió y llamó a Benoît—. Acompaña a lord Holbrook.

El caballero no daba crédito a lo que estaba escuchando. Contempló a Montgomery con la esperanza de que se rectificara, pero aquel hombre no parecía inclinado a hacerlo, lo que lo obligó a tomar medidas más drásticas.

Montgomery lo contempló llevarse la mano al interior de la chaqueta y extraer un sobre lacrado que le tendió.

—En vista de que no he logrado convencerlo, tengo aquí algo que debería leer.

Richard pasó la vista del rostro de lord Holbrook al de su amigo. Podía hacerse una idea de lo que el primero le acababa de entregar.

Montgomery despegó el lacre, que no era otro que el de Guillermo de Orange, y se apresuró a leer el contenido del documento. El gesto en su rostro fue cambiando a medida que avanzaba en la lectura. Cuando concluyó, asintió mientras plegaba la misiva y levantaba la mirada hacia lord Holbrook.

—Lo tenía todo bien pensado.

—Nada más lejos de la realidad. Solo tenía que darle la carta de su majestad si se negaba a aceptar su ofrecimiento. ¿Sigues pensando en no hacerte cargo de la misión? —El tono irónico de lord Holbrook exasperó a Montgomery.

—Pero lo haré a mi manera.

Lord Holbrook se mostró sorprendido por aquella petición tan repentina e inusual.

—Lo escucho.

—Siempre he creído que ese capitán se esconde entre la sociedad de Port Royal. No es el clásico pirata que vive en el mar o que se refugia en Tortuga, es más que eso.

—¿Sospecha de un miembro de la aristocracia? —Lord Holbrook no salía de su asombro ante esa confesión.

—No de alguien en concreto. Pero, en mis continuos viajes hacia esa región del Caribe, escuché numerosos comentarios sobre el tema. Por ese motivo siempre sabía dónde interceptar los mercantes: conocía las rutas porque él o alguien en su nombre estaba infiltrado en las capas altas de la sociedad.

—Interesante.

Richard permanecía en silencio en tanto observaba el desarrollo de la conversación. Sospechó que su amigo estaba inventándose una historia para confundir al enviado del gobierno, pero ¿con qué propósito?

—Por eso digo que lo haré a mi manera, ya que me veo obligado a hacerlo.

—¿Qué piensa hacer?

—Navegar hasta Port Royal y ver qué hay de cierto en esos rumores. Como bien sabe, siempre hay algo de verdad en todo murmullo.

—¿Qué hará si descubre quién es el capitán del navío?

—Lo comunicaré al gobernador de Port Royal para que tome cartas en el asunto. El resto es cosa suya.

Lord Holbrook frunció los labios mientras sopesaba la proposición de Montgomery.

—Esperaba que lo interceptara en el mar y acabase con él.

—Nunca se ha conseguido dar con él mediante ese método. Por lo que sé, las veces en que alguien se ha cruzado con *La Bella Helena*, su tripulación estaba al mando del contramaestre. Su capitán permanece oculto en su camarote.

—Algo extraño.

—Pero creíble si nos atenemos a que nadie ha logrado cruzar su espada con él.

Lord Holbrook permaneció pensativo.

—Está bien. Informaré al rey de su plan. Nos mantendremos en contacto a través de los despachos que envíe desde Port Royal y pondremos al tanto al gobernador de la isla. —Lord Holbrook sonrió victorioso al haber logrado que Montgomery regresara al servicio activo—. Ahora, si me disculpan, tengo más cosas que hacer. Que tengan un buen día. No hace falta que venga conmigo —dijo al dirigirse a Richard, quien se limitó a asentir.

Lord Holbrook lanzó una última mirada a Montgomery antes de girarse hacia la puerta. Salió al pasillo, y el servicio lo acompañó hasta el carruaje.

Montgomery se dio vuelta para regresar junto a Richard Mortimer, quien lo contemplaba con los brazos cruzados y el mentón apoyado sobre el pecho.

—¿Qué demonios está sucediendo para que vengan desde Londres hasta París a pedirme que regrese a mi antigua ocupación? ¿Y a qué ha venido tu aceptación? —la pregunta de Montgomery vino acompañada por una mirada fría y cortante hacia su amigo.

—Lo que has oído por boca de lord Holbrook. Al parecer los ataques de los piratas se han vuelto más frecuentes y cruentos desde que Guillermo de Orange se ha sentado en el trono. ¿Tienen algo que ver con tu anterior cometido? Que, dicho sea de paso, conocían a la perfección. —Richard elevó una ceja con suspicacia.

—No, no creo que estén relacionados. Sí, al parecer estaban al tanto de nuestro pequeño secreto —ironizó Montgomery mientras servía una copa de vino que tendió a Richard—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por si al final los piratas habían accedido a pelear a favor de Jacobo. Claro que, a estas alturas, poco o nada importa.

—Lo dudo mucho. El capitán de *La Bella Helena* me dejó clara su postura cuando lo tuve cara a cara.

—¿Cara a cara? —preguntó Richard, atónito ante la confesión. Contempló a su camarada con

los ojos abiertos como platos mientras la copa parecía a punto de caérsele de un momento a otro —. Me habías dicho que habían hablado por emisarios y acabas de asegurarle a lord Holbrook que no sabes quién es pero que tienes tus sospechas al respecto.

Montgomery sonrió como un zorro, se sentó detrás del escritorio y depositó allí su bebida con parsimonia.

—Como comprenderás, no iba a darle una satisfacción a ese petimetre de lord Holbrook; tampoco podía decírtelo en una fiesta donde todos tienen demasiados oídos.

—Sabía que estabas ocultando algo. Pero no podía imaginar que fuera hasta ese extremo.

—Imaginé que lo intuirías, amigo.

—¿Qué piensas hacer? Bueno, eso me ha quedado claro. Te han obligado a aceptar la petición del rey.

Montgomery permaneció dubitativo unos segundos en los que parecía estarle dando vueltas al tema en cuestión.

—Así es. Creo que en el fondo adivinaban que me negaría y, dado que sabían que había navegado hasta el Caribe para recabar la ayuda de los capitanes de Tortuga, no me quedaba otra opción que acceder a su petición o entregarles mi cabeza en bandeja.

La respuesta fue directa y tajante, incluso fría.

—¿Iba a arrestarte?

—El documento es muy claro: si no colaboro, me acusarán de traidor, de jacobita declarado —le refirió de mala gana con una sonrisa irónica.

—Ni tú ni yo somos partidarios del actual monarca, eso lo sabes. A mí también me insinuaron algo parecido si no colaboraba. Pero ¿qué vas a hacer?

—Ahora mismo no lo sé. Sería capaz de enrolarme en *La Bella Helena* —le aseguró con un toque sardónico.

—¿En serio? ¿Estás pensando entregarlo al gobernador de Port Royal? Después de todo tú lo conoces. Tal vez podrías...

—¿Entregar al capitán de *La Bella Helena*? Tú no la conoces —le cortó sin darse cuenta de que los pensamientos en torno a Heather Brooke acababan de jugarle una mala pasada. Y, para cuando quiso reaccionar, era demasiado tarde porque Richard lo contemplaba con un gesto de expectación e intriga mientras agitaba un dedo hacia él.

—Has dicho “no la conoces”. ¿Es una mujer? —Richard frunció el ceño con gesto contrariado sin moverse de su sitio.

Montgomery cerró los ojos un momento y apretó los labios con una mueca de consternación. ¡Maldita fuera! Resopló con resignación cuando comprendió que su amigo se había percatado de aquel desliz y tenía clavados los ojos en él a la espera de una aclaración.

—Sí —susurró sin apenas escucharse a sí mismo.

Richard se llevó la mano a la boca en un gesto de incredulidad. “Pero entonces...”, se detuvo en medio de ese pensamiento.

—Una mujer... —Richard era incapaz de seguir y coordinar sus propias especulaciones ante una idea tan irreal.

—Acabo de decírtelo: la capitana de *La Bella Helena* es una mujer. Hermosa, con carácter y determinación. Una mujer sin igual, amigo. —Montgomery pareció olvidarse de la presencia de Richard, que lo contemplaba mientras él sonreía con cierta nostalgia al recordar a Heather.

—Parece que la conoces de una manera bastante íntima.

—He pasado a su lado algún tiempo, pero no sé tanto de ella como pensaba.

—¿Y cómo se suponía que debías saberlo?

Montgomery apartó de la mente cualquier imagen de ella en la intimidad de su camarote, en la casa y en la residencia del gobernador.

—Me refiero a que pensé que aceptaría luchar a favor de Jacobo. Pero lo rechazó de plano, ya lo sabes. Es testaruda y orgullosa.

—¿Por qué? ¿Por qué se negó? —Richard mostraba un interés algo desmedido, pensó su camarada.

—¿Qué importancia tiene ahora? Jacobo está exiliado en París, y su yerno se sienta en el trono de Londres. Perdimos la guerra; los clanes escoceses regresaron a las Tierras Altas. Pero, si te quedas más a gusto tras conocer el motivo, te diré que ella es irlandesa, y ya sabes lo que sucedió con Jacobo en este país. No hace falta que te lo recuerde.

Richard asintió al rememorar la problemática religiosa originada en Irlanda con la llegada de Jacobo al trono.

—¿Es simpatizante del nuevo monarca?

—No, no es simpatizante de ninguno. Cuando Jacobo entró en Irlanda, su familia se vio afectada por las nuevas directrices. Su padre tuvo que escapar y terminó convertido en un pirata.

—¿Está muerto?

—Yo lo apresé y lo entregué a las autoridades.

Richard contempló con incredulidad a su amigo.

—¿Lo sabe ella?

—Vino a Londres a conocerme para tratar de acabar conmigo. Estuvo en la fiesta que di para despedirme de la sociedad londinense —le recordó con sorna mientras Richard no lograba escapar del asombro.

Montgomery caminó hasta el ventanal que había en el despacho para contemplar el exterior.

—Pero no lo ha hecho; me refiero a vengarse de ti.

Sacudió la cabeza en tanto evocaba el momento en el que él mismo la había retado a duelo para salvar su propia vida.

—No. Creo que después de todo comprendió que la venganza no le causaría ninguna satisfacción; o al menos eso me insinuó.

—Es fascinante lo que me cuentas.

—Pues imagínate vivirlo en primera persona, descubrir que el hombre al que persigues es una mujer y que has estado bailando con ella en tu propia casa. —Montgomery sonrió con ironía.

—¿Y ahora?

—No sé qué esperas que te diga, la verdad.

—Por lo pronto te has comprometido a navegar hasta Port Royal.

Lord Ascroft levantó la mirada para dejarla suspendida en su amigo sin entender a qué venía la pregunta.

—No me queda otra si no quiero estar postrado ante el verdugo.

No quería pensar en Heather. No deseaba volverla a ver porque sabía que ella no entraría en razón. Y él no estaba dispuesto a perder más tiempo. Sin embargo, la situación había dado un giro inesperado para ambos.

—Pero, por tu manera de hablar de la capitana de *La Bella Helena*, puedo deducir que hay cuentas pendientes entre ustedes. O parece satisfecho con la manera en la que todo acabó. Me basta con mirarte y escucharte para comprenderlo.

Montgomery sostuvo la mirada de Richard durante unos segundos sin añadir nada. Mortimer supuso que su compañero no iba a revelarle nada más de lo sucedido pese a la larga amistad que los unía. Sin embargo, lo escuchó decir:

—Tienes razón. No acabamos como yo esperaba.

—¿Por qué? ¿Qué sucedió?

Montgomery sonrió con cierta melancolía al recordar todo lo acontecido la noche antes de que él se embarcara rumbo a Francia.

—Le pedí que abandonara su actual vida y que viniera conmigo a París.

—Y se negó.

—Sí. Mujer obstinada —murmuró con los dientes apretados por la impotencia que seguía sintiendo por no haberla convencido.

Richard asintió con una media sonrisa bastante significativa cuando vio a su amigo en aquella postura.

—Presiento que no vas a entregarla a la Justicia —le aseguró mientras el dueño de casa levantaba la mirada del escritorio y la fijaba en él. Durante unos segundos se la sostuvo a la espera de su reacción.

—Piensas bien —le aseguró, y relajó los hombros—. ¿Cómo podría hacerlo?

—No te lo estoy pidiendo. Debería dejar la piratería antes de que den con ella. Es más, ahora que tienes la misión de descubrir su identidad, ¿cómo piensas burlar a lord Holbrook?

—Ya se me ocurrirá algo. Lo primero es alejarla de Port Royal. Siempre puedo dar información falsa. Si ella se retirara y dejara de atacar los mercantes ingleses, entre otros... En ese caso, Holbrook no insistiría. Pensaría que se ha retraído a su vida social en Port Royal o en otra parte.

—Dime, ¿qué hay entre...?

—¿Heather y yo? —preguntó Montgomery al completar la pregunta con una media sonrisa—. No estoy seguro.

—Pero..., si estás dispuesto a jugarle así por ella, imagino que no será odio precisamente.

—Puedes darlo por hecho.

—Reconozco que tu querida capitana es bastante interesante. Por ahora no curiosearé más. Esperaré a que seas tú quien me vaya informando de cómo avanzan las cosas. Eso sí, aunque no haga falta que te lo diga, ten mucho cuidado. Estoy convencido de que te seguirán muy de cerca en Port Royal, ya me entiendes. Será mejor que me marche. Al igual que Holbrook, tengo cosas que hacer.

—Claro. Llévate mi carruaje.

Montgomery lo acompañó en persona hasta la puerta. No era menester que lo hiciera el servicio dada la amistad que lo unía a Richard. Lo contempló subirse al carruaje y permaneció en las escaleras de la entrada hasta que lo vio enfilarse hacia el camino de salida de la propiedad. En todo momento trató de no pensar en Heather y en el capricho del destino que volvería a unirlos, pero sabía que, por mucho que se esforzara, no lo conseguiría. ¿Volver a verla?, se preguntó al recordar el último comentario de Richard. Ni siquiera sabía dónde podía hallarla. Aunque la mejor opción sería navegar hasta Port Royal y acercarse a su casa para preguntar por su paradero, si no la encontraba allí. Era una locura lo que pretendía, pero lo habían puesto entre la espada y la pared.

Estaba caminando por el estudio con el ceño fruncido y las manos entrelazadas a la espalda cuando escuchó el sonido de la puerta al abrirse detrás de él. Lanzó una mirada por encima del hombro y descubrió la presencia de Derrick.

—Por el gesto de tu rostro, deduzco que Richard no es portador de buenas noticias.

—Puedes hacerte una idea.

—¿Quién era el otro?

Montgomery resopló.

—Alguien del gobierno de Londres.

—Londres... —Derrick permaneció pensativo unos minutos—. ¿Y qué quería?

—Que me encargue de encontrar al capitán de *La Bella Helena*.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —Derrick entornó la mirada hacia su amigo e hizo la pregunta con mucha cautela. No creía que esa petición significara nada bueno para él.

Lord Ascroft se apoyó en el escritorio con los brazos cruzados y una sonrisa irónica perfilada en el rostro.

—Quieren que lo persiga y lo entregue a las autoridades de Port Royal.

Derrick se quedó con la boca abierta al escuchar aquel comentario. No esperaba que a estas alturas, es decir, tras haber abandonado el cargo en la Marina, el nuevo gobierno en Inglaterra le

pidiera a su amigo que regresara al servicio.

—¿Y qué le has dicho?

—No me ha quedado otra opción que aceptar.

—Pero...

—Saben que he colaborado con Jacobo Estuardo y están más que dispuestos a acusarme de traidor si no les entrego al capitán.

—Presiento que no te lo has tomado nada bien.

—Cierto. Pero poco o nada importa a estas horas. Tendré que navegar hasta Port Royal y fingir que busco al capitán entre la sociedad de la isla.

—¿Por qué entre la sociedad?

—Porque le he asegurado al enviado de Londres que tengo la sospecha de que es alguien que se mueve entre los salones de baile y el mar.

—¿Qué opina Richard? Tú y él son grandes amigos, y fue él quien te encargó en su momento localizarlo.

Montgomery se tomó unos minutos antes de responder a Derrick.

—Le he contado lo que nos sucedió.

—¿Todo? —interrogó el ayuda de cámara con una mezcla de sorpresa y de suspicacia por lo que él sabía que encerraba aquello.

—Todo. Necesitaba ponerlo al corriente —asintió Montgomery, y apretó los labios.

—Eso quiere decir que le has revelado la verdadera identidad de...

—Sí, eso he hecho.

Derrick permaneció en silencio unos segundos para asimilar el significado de aquella revelación.

—¿Y qué opinión te ha dado?

—Se ha mostrado tan sorprendido como tú en este momento.

—Sin duda esta noticia me deja sin capacidad de reacción. Pero ¿qué piensas hacer?

Montgomery sacudió la cabeza.

—Ya te lo he dicho: navegar a Port Royal y advertir a cierta señorita del peligro que corre. Al mismo tiempo, fingiré buscar a ese capitán. Ya veré cómo lo hago, qué invento.

—De eso no me cabe la menor duda. Pero con ella cerca...

Montgomery arqueó una ceja con suspicacia.

—Lo sé, pero es lo que hay. No puedo negarme o me cortarán la cabeza, acabo de decírtelo.

Permaneció en silencio en tanto sopesaba la situación y las dos posibilidades que se le ofrecían. Luego miró a Derrick y asintió.

—¡Maldita sea! Aunque te asegurara que no me importa la suerte que le pueda tocar... y aunque mi cabeza no corriera peligro, no puedo dejarlo estar. ¿Por qué demonios tuvo que cruzarse en nuestro camino? —Contempló a su amigo como si él tuviera la respuesta, pero Derrick se limitó a esbozar una sonrisa bastante significativa.

—Tal vez para hacer que tu retiro de la Armada no fuera tan aburrido, para tenerte siempre alerta.

—Claro. Si solo se tratara de eso...

Montgomery elevó las cejas sorprendido por la conclusión a la que parecía haber llegado Derrick. Sin duda ella había aparecido en su vida por algún propósito, uno que todavía no lograba adivinar, aunque tenía ligeras sospechas que no quería confirmar del todo por el momento.

* * *

Heather caminaba por las calles de Tortuga acompañada en todo momento por Morgan. Había decidido pasar unos días en la isla después de escuchar los rumores de que el rey Guillermo había ordenado confiscar todos los bienes de quienes en Gran Bretaña de quienes vivieran en las colonias. Lo poco que le quedaba iba a pasar a manos del gobierno de Londres. Nada más conocer la novedad, Heather había dado orden de aparejar el barco para zarpar de Port Royal. A eso había que añadir el hecho de que la buscaban para ahorcarla como capitán de *La Bella Helena*.

De manera que, después de abordar un par de mercantes ingleses rumbo a la Indias Occidentales, Heather había decidido poner rumbo a Tortuga para que los hombres dilapidaran sus ganancias en los burdeles y casas de juego de la isla.

Morgan no se mostraba nada tranquilo con los informes de Londres. No había hecho partícipe de esos temores a Heather porque no quería alarmarla, pero por su cabeza se había deslizado la

sutil ocurrencia de que tal vez lord Ascroft mandara un navío a buscarla por orden del rey. La contemplaba beber en compañía de otros capitanes y charlar de manera amistosa mientras él se preguntaba por qué diablos había decidido seguir adelante y no abandonar aquella vida. En ese momento podría haber estado paseando por los jardines del Luxemburgo o de las Tullerías en París. En cambio, estaba bebiendo en una mugrienta taberna de Tortuga mientras hacía planes para atacar más barcos del rey Guillermo.

* * *

—Nadie más tiene que saber adónde voy y mucho menos lo que pretendo llevar a cabo —dejó claro Montgomery, que miraba a las tres personas que había en su despacho: Derrick, Richard y Katherine.

—Es peligroso —aseguró la mujer, que conocía a la perfección los ambientes que Montgomery iba a frecuentar, así como las personas con las que debería tratar—. Si ella se encuentra en Tortuga, deberá andar con cuidado. La gente allí no se fía de los nuevos.

—Quédese tranquila. Soy consciente de dónde me meto y de los riesgos que correré. Pero debo ver a Heather y convencerla para que deje el mar. Solo de ese modo Londres dejará de perseguir a *La Bella Helena*.

—No te será nada sencillo hacerlo, en especial si ya conoce la nueva proclama de Londres acerca de las posesiones que tengan aquellos que ya no vivan en territorio británico en Europa.

—¿De qué estás hablando? —Montgomery frunció el ceño al escuchar aquella confusa información.

—El gobierno quiere confiscar las propiedades de aquellos británicos que ya no vivan en Europa, sino en las colonias. Les ha dado un plazo breve para regularizar su situación o dichas propiedades pasarán a la corona.

—Eso significa que sus posesiones en Irlanda pasarían a manos del rey solo porque ella no vive allí —dedujo Derrick.

—En el fondo pienso que no es sino una nueva forma de hacer que los partidarios del rey Jacobo pierdan parte de su patrimonio y evitar que se establezcan en Irlanda o en Escocia para iniciar una nueva revuelta. Imaginen durante un solo instante que Heather decidiera no regresar a Irlanda en el plazo estipulado. El rey le confiscaría sus bienes.

—Eso incitaría a una rebelión mucho mayor que la que lo ha llevado al trono en Whitehall —aseguró Montgomery con rotundidad.

—Creo que el gobierno busca crear el efecto contrario: que la gente que vive en las colonias se quede allí y se olvide de Gran Bretaña —apuntó Richard convencido—. De ese modo se evitaría el retorno de los seguidores de los Estuardo. Imagina a todos los que viven exiliados en Francia...

—Sin duda. Heather nunca mencionó sentir deseos de regresar a Irlanda, de eso estoy seguro —asumió mientras centraba la atención en Katherine para que ella corroborara o desmintiera esa conclusión.

—Yo tampoco la escuché referirse a la casa de sus padres en la costa irlandesa —señaló—. Por lo tanto dudo mucho que tenga intención de regresar, salvo que usted logre convencerla de lo contrario.

—Tal vez se presente aquí para reclamar lo que es suyo —sugirió Richard, lo que sembró la duda en su amigo, a quien vio fruncir el ceño y asentir.

Ascroft sonrió de manera tímida. Sin duda era lo que él buscaba: que Heather dejara la piratería y se estableciera en Irlanda o donde prefiriera, pero lejos de todo peligro.

—Trataré de hacerle ver cuál es la situación y en qué lugar la deja a ella.

—Espero que no permita que ese advenedizo de Guillermo de Orange se quede con las posesiones de su familia —poco menos que escupió con rabia Richard.

—Lo mismo espero.

—¿Cuándo zarpas? —preguntó Derrick, quien mucho se temía que en esa ocasión él no participaría de aquella misión.

—Mañana. No he querido retrasar en demasía mi viaje. En este caso el tiempo es oro y no conviene malgastarlo.

—Tal vez te encuentres con *La Bella Helena* —le sugirió esperanzado.

—Me ahorraría tener que llegar a Port Royal y preguntar por Heather. Espero que siga allí, pero, si tengo que recorrer el Caribe entero para dar con ella, créeme que lo haré. Me servirá como señuelo para Londres.

—Sin duda estás resuelto a salvarla —apreció Richard con una sonrisa muy significativa.

—Quiero hacerle ver que otra vida es posible antes de que la acaben colgando de una soga —aseguró, y lanzó un vistazo a Katherine para comprobar cómo la de ella había cambiado desde que había llegado a París. La tabernera Kitty se había convertido en *mademoiselle* Katherine, quien no se separaba de Derrick.

—Ten cuidado. Y buena suerte —le reiteró Richard—. No te fíes de los chacales de Londres. Ya te he dicho que te estarán vigilando.

—Lo sé, no te preocupes.

—Hágale ver que tiene que venir a París a toda costa. Usted es el único que puede lograrlo. Estoy segura de que ella lo ama, pero su orgullo no le permite reconocerlo —le advirtió Katherine con una mirada llena de calidez.

Montgomery se preguntó si él también lograría disfrutar de la agradable y seductora compañía de Heather e incluso si llegaría el día en el que podría sentir por ella lo mismo que Derrick y Katherine compartían.

* * *

Heather estaba de regreso en Port Royal, y su arribo había coincidido con las noticias que llegaban de Inglaterra acerca de la nueva proclama del rey sobre las posesiones que tenían aquellos que ya no residían en la Gran Bretaña europea. Los rumores se confirmaban. La noticia no le agradó nada a Heather, quien esa noche volvía a disfrutar de una agradable velada en compañía de numerosos caballeros ávidos por sacarla de la soltería. La señorita Brooke sonreía a unos, charlaba con otros y bailaba con más, siempre con talante lúdico. El amor era eso para ella: un juego en el que siempre ganaba porque nunca apostaba aquello que más apreciaba.

Morgan se mantenía atento en todo momento. Controlaba cada uno de los movimientos de su señora para evitar que cometiera alguna estupidez. Desde que Montgomery se había marchado, ella se había convertido en una especie de alma solitaria que parecía arrastrar una condena. La había observado vagar por las habitaciones de su residencia allí, en Port Royal, y hacer otro tanto a bordo de *La Bella Helena*. Durante el tiempo que habían permanecido en Tortuga, ella había tratado de comportarse como la mujer que todos habían conocido, pero no había nada más lejos de la realidad. Ella no era la misma, y Morgan conocía el motivo de ese cambio aunque que ella no lo quisiera reconocer. La había contemplado beber, jugar a los dados, derrochar el dinero que había obtenido en los pasados saqueos y hasta casi pelearse por un collar de perlas. En los dos únicos ataques a mercantes de bandera británica y holandesa, ella se había mostrado fría y expeditiva. No había hecho prisioneros, sino que había mandado a pique los navíos y había aceptado en la tripulación a aquellos que habían querido pasarse a su barco para suplir las bajas de los ataques. Era otra mujer, algo más descuidada y despiadada. Pero lo que más le preocupaba a Morgan era la manera en que se comportaba con los hombres. Ese coqueteo, esa seducción de la que hacía gala, a él le parecía que era una manera de olvidar al hombre que cruzaba las puertas de la casa en ese preciso instante.

Montgomery acababa de surgir de la nada en la velada de los Brightower.

Morgan buscó con la mirada a Heather, pero al parecer ella no se había percatado todavía de la presencia del inglés porque se encontraba bailando. Morgan creyó que sería lo mejor por el momento, pues eso le daría tiempo para ir al encuentro de lord Ascroft y charlar con él.

Montgomery divisó al hombre de confianza de ella, que le hizo un gesto para que acudiera junto a él. Se alejaron del salón principal para que su señora no los viera.

—¡Maldita sea!, ¿qué diablos hace aquí? ¿Y cuándo ha llegado?

—Hace un par de días. He venido a ver a Heather y a tratar de convencerla de que regrese a Irlanda.

Morgan sonrió.

—Entonces ya puede irse embarcando en el primer buque que zarpe para el Viejo Continente porque desde ya le digo que ella no aceptará.

—¿Es consciente de los peligros que corre? El rey Guillermo ha dado orden de búsqueda y captura del capitán de *La Bella Helena*. —Montgomery rechinó los dientes con furia porque era él quien debería encontrarla y delatarla.

—Eso no es nada nuevo —se jactó Morgan, y agitó la mano en el aire con despreocupación.

—Esta vez la encontrarán y no vacilarán en acabar con ella.

—Le repito que...

—Escúcheme, Morgan, porque solo se lo diré una vez. He recibido órdenes de Londres de capturarla.

El pirata palideció al oír aquella confesión. Dio un paso atrás y contempló a Montgomery con los ojos entrecerrados y las manos convertidas en puños dispuesto a descargar sobre él.

—Si ha venido a llevársela...

—Escúcheme. Mi cabeza está en juego porque me acusan de colaborar con el anterior monarca. No tengo más opción que entregarles al capitán de cierto barco. No me pregunte cuál, porque los dos lo conocemos.

—¿Está hablando en serio?

—Tan en serio como que he venido a Port Royal a cumplir mi misión.

—¿Piensa delatarla? —Morgan se rehízo de la primera impresión y sujetó a Montgomery por el lazo que le adornaba el cuello. La mirada del pirata era fría y amenazadora—. Si le pone un solo dedo encima...

—He venido a avisarle. Yo no voy a hacerlo, pero me vigilan en todo momento. Debo fingir que estoy buscándola, pero no pienso entregarla. —Montgomery hizo un gesto con la mirada hacia Heather, a la que había localizado. Charlaba con un grupo de hombres y mujeres por igual. Al momento sintió que algo en su interior cobraba fuerzas.

—La ama. Por eso no va a entregarla —comentó Morgan de manera tajante sin que las palabras causaran el más mínimo efecto en su interlocutor.

—Es posible, pero eso es lo de menos. Hay más —continuó él sin poder apartar la mirada de ella en ningún momento—. Debe regresar a Irlanda cuanto antes para reclamar su patrimonio. El rey está confiscando las posesiones en las islas de todos aquellos que no vivan allí.

—Ella tiene de sobra para subsistir, si es eso lo que le preocupa.

—Soy consciente de que le alcanza para vivir de manera holgada, pero se trata de la casa de sus padres, de sus raíces irlandesas. Me contó lo que sucedió cuando los Estuardo reclamaron la isla. Imagino que no querrá perder los recuerdos de su propia familia. Estoy aquí para salvarla.

Morgan frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Eso es algo que debe arreglar con ella. —Montgomery hizo ademán de abandonarlo para ir en busca de Heather, pero, en el último momento, la mano del segundo de *La Bella Helena* lo retuvo—. Sepa que estoy de su parte y que nada me agradaría más que lograr que ella abandonara esta vida. No puede durar para siempre. Si necesita ayuda, pídamela.

—Entonces busque a alguien que nos sirva de señuelo para Londres —respondió Montgomery—. ¿Cómo se encuentra ella?

—Mentiría si le dijera que bien. Desde que usted se fue, no es la misma mujer que cuando estaban juntos. Lo ama de la misma manera que usted a ella.

Montgomery asintió, complacido por la sinceridad de Morgan.

—Espero que entre en razón y acepte venir a Francia en esta ocasión. Y después a Irlanda.

—No le diga lo que acabo de confesarle. Sería capaz de despellejarme vivo. —Morgan formó un arco con las cejas.

—Quédese tranquilo, su confesión está a salvo conmigo —le aseguró Montgomery, y le palmeó el hombro—. Me preocupa más sacarla de aquí.

* * *

Heather permanecía absorta en la conversación de la que participaba en compañía de varios invitados, cuyo tema no era otro que las nuevas proclamas del rey Guillermo de Orange. Su manera de reinar estaba dando mucho que hablar para el poco tiempo que llevaba sentado en el trono de Whitehall. Aquellas charlas se debían más al entusiasmo que despertaba su persona que al hecho de que sus políticas fueran o no las más acertadas. Muchos no estaban de acuerdo con la manera en la que había accedido al trono y de ahí el malestar.

—Según cuentan los recién llegados de Londres, el rey ha dictado orden para confiscar todas las propiedades de los exiliados —comentaba uno de los contertulios con cierta exaltación.

Heather entrecerró los ojos y frunció el ceño sin apartar la atención de aquel hombre.

—¿Por qué? ¿Qué sentido tiene adueñarse de las propiedades de esas personas? ¿Hay alguna ley que los obligue a residir en Gran Bretaña? —preguntó otro de los asistentes de la velada.

—Según las malas lenguas, es una manera de expulsar a los posibles seguidores de los Estuardo, un modo de que no regresen a las islas, no vaya a ser que propongan una revuelta como la anterior.

—Si el rey nos quiere lejos de las islas, por mí no tengo inconveniente —comentó Heather de manera resuelta—. Me basta mi casa aquí, en Port Royal.

—¿Es una jacobita? —preguntó el hombre con inusitado interés al escucharla hablar de aquella manera. No recordaba haberla oído manifestar sus inclinaciones políticas antes.

—No estoy a favor ni de un rey ni de otro. No me gusta que me etiqueten como jacobita o como orangista. De hecho me exilié de Irlanda cuando Jacobo subió al trono.

—Pero entregarle nuestras posesiones a la corona solo porque no estemos residiendo en esas tierras...

—Véndalas —dijo ella con naturalidad—. Saque dinero por ellas y de ese modo el rey no podrá arrebátarselas y usted conseguirá un rédito nada desdeñable.

—Cierto. La señorita Brooke acaba de ofrecerle una solución a su problema, mi querido Carlton. ¿Tiene usted alguna casa en Gran Bretaña?

—El hogar de mis padres en Irlanda —confesó con una mueca de desagrado. No había vuelto a pensar en ese lugar desde que había abandonado la isla tras la muerte de su padre. No había querido hacerlo puesto que esa etapa de su vida había quedado cerrada para ella.

—¿Piensa venderlo? Dado que usted tiene una residencia en Port Royal y asegura que con ella tiene suficiente...

Heather se humedeció los labios e inspiró. Tal vez fuera la mejor opción que tenía después de todo. No tenía pensado regresar al hogar familiar, no porque no fuera capaz de enfrentarse a los recuerdos del pasado. Lo mejor sería seguir el consejo que ella misma acababa de darle a lord Carlton.

—Sí, es posible que lo haga, ya que por ahora no tengo intención de volver.

—¿Y qué me dice de la otra ocurrencia del rey? —preguntó un caballero con poco pelo y rostro rubicundo.

—¿Hay más? Parece que el nuevo monarca está más que atareado —ironizó Heather con una sonrisa suspicaz.

—Sin duda tiene mucho trabajo por delante. Está empeñado en dar caza a ese barco pirata llamado *La Bella Helena*.

Escuchar aquello hizo que Heather sintiera una sacudida en el estómago. No esperaba que ese tema saliera en la conversación. Durante un instante pareció tambalearse, lo que no pasó desapercibido para los contertulios.

—Veo que la ha afectado, señorita Brooke —comentó lady Carlton con una sonrisa risueña mientras la tomaba de la mano.

—No... Pero es algo que me sorprende.

—¿Podemos conocer el motivo?

Heather se mordisqueó los labios, ajena a la pregunta, y se olvidó de dar una respuesta porque alguien acababa de dejarla sin respiración; alguien que le había acelerado las pulsaciones de manera inesperada. El pasado retornaba para volver a agitarla como las velas de un navío en un día de fuerte viento. ¡Lord Ascroft! Pero... ¿qué demonios hacía allí? Se suponía que estaba en París con los seguidores exiliados de Jacobo.

No solo ella se percató de su presencia, sino también los demás.

—Montgomery, lord Ascroft —dijo lord Carlton nada más verlo—. ¿Qué hace usted por aquí?

—Caballeros. Señoras —dijo al inclinar la cabeza con respeto hacia los unos y los otros, aunque se demoró un poco más en el rostro de Heather—. Asuntos oficiales me han traído a Port Royal.

—¿Oficiales? —preguntó un caballero con gesto taciturno—. No tendrán algo que ver con las últimas proclamas de su majestad, ¿verdad? Estábamos hablando de eso...

—No, no he venido por ese motivo. Son otras las razones que me han traído aquí. —Montgomery lanzó una mirada bastante reveladora a Heather para que fuera consciente de que ella

era el motivo de su retorno a la isla.

—¿Ha escuchado hablar de lo que pretende hacer el gobierno de Londres con las propiedades que no estén ocupadas por sus dueños? —preguntó lord Carlton sin ocultar su enojo.

—Algo he oído al respecto.

—¿Y qué opinión le merece? —interrogó Heather, quien pretendía mostrarse entera en todo momento. No quería que la presencia de él la afectara, no después del tiempo transcurrido sin saber de él. Pero, aunque en el exterior ella parecía inalterada, el interior de su pecho se agitaba como un mar embravecido sin que pudiera dominarlo.

—Creo que todo aquel que tenga una propiedad en las islas debería regresar para aclarar su situación.

—La señorita Brooke aseguraba hace un momento que sería mejor vender las posesiones. De ese modo el rey no sacaría nada de ellas.

—Sin duda es una buena opción si uno no piensa retirarse a dicha propiedad. Pero tal vez el dinero no logre compensar el valor sentimental. Imaginemos que sea la casa donde uno ha crecido. ¿Puede una bolsa de monedas hacernos olvidar los buenos momentos vividos?

—¿Y si no son tan buenos, lord Ascroft? —Heather dio un paso al frente ante él en tanto recordaba todo por lo que había pasado en su tierra natal cuando los Estuardo habían impuesto la religión católica a la Iglesia de Irlanda.

—Supongo que también los habrá. En ese caso uno debe ponerlos en una balanza y ver cuáles tienen más peso y valor para la persona.

Montgomery se inclinó un poco hacia ella, y Heather se mantuvo firme al tiempo que le sostenía la mirada para hacerle ver que no la afectaba esa proximidad. Contuvo la respiración hasta que él se apartó y solo entonces se permitió relajarse.

—¿Qué le parece que el rey haya dictado orden de dar captura a *La Bella Helena*? Si no recuerdo mal, usted trabajó para frenar la piratería.

Montgomery sonrió.

—Sí, es cierto que, en calidad de oficial de la Armada británica, tuve la misión de limpiar de corsarios estas aguas. Pero al final ha quedado demostrado que no sirvió de mucho, puesto siguen haciendo de las suyas.

—¿Nunca se enfrentó a *La Bella Helena*?

Aquella pregunta dibujó una nueva sonrisa en el rostro de Ascroft. Durante un breve momento, entornó la mirada hacia Heather para comprobar su reacción. La cara de ella no pareció mostrar

ninguna expresión; ni expectación, ni temor, ni nerviosismo por lo que él tuviera que decir.

—No, no conseguí dar con ese capitán. Es muy escurridizo, lo reconozco —admitió, y volvió a contemplarla.

Heather tomó aire y se envalentonó al comprobar que Montgomery parecía estar poniéndola a prueba una y otra vez.

—*La Bella Helena* parece ser un mero invento —dijo ella, lo que captó la atención de todos los allí reunidos, y en especial la de Montgomery.

—¿Un invento, señorita Brooke? —preguntó uno de los caballeros sin salir de su asombro ante esa teoría.

—Nadie ha conseguido hallar ese navío, ni siquiera el gran lord Ascroft, que se dedicó durante años a la persecución de los capitanes piratas en el Caribe —proclamó al tiempo que lo miraba con fijeza y con una mueca de diversión—. Dos reyes han pretendido detenerlo, Jacobo primero y ahora Guillermo, pero no parece que ninguno de los dos vaya a tener éxito. *La Bella Helena* y su capitán se escapan sin que la Armada británica lo pueda evitar —concluyó con una sonrisa pícaro e incluso maliciosa a ojos de Montgomery.

—Todavía está por verse, señorita Brooke —apreció lord Carlton.

—Verán cómo al final Orange tampoco lo logra. Por eso creo que ese misterioso capitán no es sino un invento de alguien.

—¿Con qué propósito?

Montgomery prefería permanecer en silencio y observar a Heather despacharse a gusto en gesto irónico con el que se burlaba de los allí presentes. Casi sentía lástima por todos ellos, que se reían y le seguían el juego. Si supieran quién era en realidad... Montgomery sacudió la cabeza, dejó de pensar en la otra mujer que habitaba en la señorita Brooke y se centró en ella. No hacía mucho tiempo que él se había marchado, pero podría jurar que la encontraba más atractiva y seductora que durante los meses que había pasado junto a ella en Port Royal.

—No lo sé, pero seguro que existe uno. Si me disculpan...

Todos asistieron, y durante unos segundos ninguno profirió una palabra hasta que alguien rompió el silencio.

—Es curioso lo que la señorita Brooke asegura, aunque cueste creerlo.

—¿Se refiere a que ese capitán no es más que un invento? —Lord Ascroft arqueó una ceja con suspicacia.

—Podría ser. No es del todo descabellado. Usted ha surcado estas aguas en muchas ocasiones

y nunca ha visto sus velas, ¿no es así?

—Es verdad, nunca tuve el placer de batirme con ese capitán —confesó con una sonrisa socarrona.

“Solo he conseguido tenerlo desnudo bajo mis manos y mi propio peso para recorrer las dunas de su cuerpo perfecto hecho para el disfrute.”

—Pero hay personas que aseguran haberse topado con ese navío —profirió otro de los caballeros.

—Sin lograr ver a su capitán, lord Marrick —apuntó lord Carlton.

—Creo que deberíamos dejar a ese pirata por esta noche y centrarnos en la velada. Dejemos que Orange se encargue de él y se rompa la cabeza en su intento por capturarlo —propuso otro de los invitados.

Montgomery asintió en silencio mientras unos y otros se apartaban del lugar para dejarlo a solas. No pudo evitar sonreír de nuevo al recordar la conversación mantenida en presencia de la única y verdadera capitana de *La Bella Helena*, quien había preferido huir de allí antes de tiempo.

CAPÍTULO 13

Heather se alejó con paso rápido de aquellos hombres y en especial de Montgomery. Todavía sentía la taquicardia que le había producido encontrarse con él. ¿Cómo era posible que tuviera aquella reacción después del tiempo transcurrido sin verse? No entendía nada, sobre todo qué hacía él en Port Royal. ¿Por qué diablos había regresado justo cuando ella había comenzado a asumir su ausencia?

Iba tan ofuscada en tanto sacudía la cabeza y pensaba en todo ello que no se percató de que alguien la obligaba a detenerse de manera brusca al sujetarla del brazo. Cuando se dio cuenta de que no podía seguir, se revolvió como una gata a la defensiva para luego encararse con la persona que la retenía, sin importarle quién fuera. En ese momento estaba dispuesta a todo, incluso a dejar el decoro a un lado. Solo cuando reconoció a Morgan, pareció reaccionar.

—¿Adónde se va tan rápido? Parece un barco que escapa de una tormenta en alta mar.

Heather permaneció con los ojos entrecerrados mientras reflexionaba sobre el comentario del segundo al mando de *La Bella Helena*. Trató de serenarse para apaciguar los latidos de su corazón.

—Voy a tomar el aire. Aquí dentro el ambiente está algo cargado.

—¿Lo ha visto? —La pregunta de él le provocó una reacción de incomprensión, lo que llevó a Morgan a especificar—: Me refiero a lord Ascroft.

Heather dio un paso atrás para apartarse de su hombre de confianza y cerró los ojos un segundo. Estaba tratando de calmarse y así evitar que las emociones la sobrecogieran. Resopló y relajó los hombros por primera vez desde el momento en que había sido consciente de la influencia de Montgomery en ella.

—Acabo de dejarlo en compañía de algunos invitados. Por tu pregunta deduzco que tú ya sabías que él estaba aquí.

—Lo vi justo antes de que fuera a su encuentro.

—Bien, pues ya nos hemos encontrado —dijo mientras la agitación por los nervios le impedía permanecer serena.

—¿Ha hablado con él?

—Hemos intercambiado algunas opiniones acerca de *La Bella Helena* y de su capitán — ironizó ella mientras exhibía su sonrisa más afable y sarcástica al mismo tiempo.

—Me comentó que el rey va a enviar navíos de la Armada para apresarlos.

Heather elevó una ceja con suspicacia.

—Llevan años intentándolo —le recordó ella mostrando su orgullo por el hecho de que hasta el momento no lo habían conseguido.

—Cierto, pero no subestime al nuevo monarca.

Heather desvió la mirada de Morgan con una mueca de indiferencia. ¿Qué podían importarle a ella los reyes y sus triquiñuelas?

—Jacobo o Guillermo, el suegro o el yerno, Estuardo u Orange; todos son iguales. Ninguno tiene la suficiente inteligencia para pensar en mí como la dueña de *La Bella Helena*. Nunca lograrán averiguarlo. Jamás. ¿Y sabes por qué? —Heather se encaró con Morgan al tiempo que esgrimía una sonrisa de suficiencia—. Porque la única persona que podría traicionarme no se atreverá a hacerlo.

Esa confesión quedó ahogada en un susurro cuando Heather se dio cuenta de que esa misma persona la contemplaba de manera fija, lo que la obligó a desviar la atención hacia él. Heather acusó el efecto de aquel par de ojos. Un escalofrío le reptó por la espalda hasta erizarle el vello de la nuca, y el efecto se agudizó cuando lo vio avanzar hacia ella con determinación.

Morgan volvió el rostro al darse cuenta de que ella se había quedado petrificada, con la mirada fija en algo o en alguien. Cuando descubrió el motivo del comportamiento de su señora, no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción. Sí, ella no iba mal encaminada en sus deducciones. Él nunca la traicionaría.

—Debería hablar con él. Creo que le hará bien. Yo voy a dar una vuelta por ahí —le sugirió Morgan tras inclinarse un poco sobre ella para susurrárselo.

Heather se encontró de repente sola frente a su destino. Sí. Porque, para bien o para mal, Montgomery Ascroft estaba destinado a aparecer una y otra vez en la vida de Heather Brooke sin comprender todavía qué papel jugaba. Lo contempló avanzar hacia ella con una seguridad y un aplomo que no había percibido en ningún hombre que conociera. Claro que entre sus amistades, si podía llamarse así a los capitanes de Tortuga, no había nadie como él, se dijo mientras se mordisqueaba el labio para esconder una sonrisa.

—Pensé que estabas en París con tus amigos jacobitas —le dijo en cuanto se aproximó lo suficiente, y se volvió para caminar hacia los jardines con los que contaba la casa. No quería darle la oportunidad de que hablara de ella ni de asuntos que tuvieran que ver con lo que habían

compartido antes de que él partiera hacia el Viejo Continente. Prefería ceñirse al plano político y social de París.

—Sí, allí vivo por ahora, en compañía de Derrick y Katherine —le comentó en tanto caminaba a su lado. Al parecer ella pretendía ponérselo difícil, a juzgar por ese ligero desplante.

—¿Katherine? —preguntó ella con un deje irónico, y se detuvo para darse vuelta hacia él y que así fuera testigo de lo atractiva que estaba esa noche—. De manera que mi querida Kitty ya ha ascendido en la escala social hasta el punto de recuperar su verdadero nombre. Me alegro por ella. Supongo que tu ayuda de cámara la cuida bien.

—Así es.

Ella volvió a emprender el camino hacia afuera tras dejarlo con la palabra en la boca. Se sentía victoriosa y juguetona esa noche. Solo tenía que tener cuidado de no acabar perdiendo la partida.

—Tú también podrías cambiar de vida y de condición social si te lo propusieras.

Heather esbozó una sonrisa entre la melancolía y el escepticismo al escucharlo.

—¿Y qué haría yo en París? ¿Asistir a soporíferas reuniones con las damas parisinas? ¿Hablar de vestidos, perfumes, o tal vez de amantes? —Abrió los ojos al máximo y arqueó las cejas en un gesto pícaro.

—Lo mismo que haces aquí en Port Royal: disfrutar de la vida.

Heather no le rebatió el comentario, sino que sostuvo el vestido entre sus dedos y se alejó de él con una mirada de incredulidad. No estaba preparada para pasar más tiempo a su lado. Sin embargo, debía reaccionar y de manera rápida, ya que sabía que él no se rendiría y que la seguiría.

El ambiente estaba algo animado de gente. La temperatura era cálida y agradable, perfecta para pasar el tiempo fuera de la mansión. La noche se había adueñado de Port Royal, y una media luna asomaba en el cielo. Heather saludó a varios de los invitados de aquella noche y se detuvo a charlar con algunas damas, ajena a que Montgomery la observaba desde el umbral de la terraza. Él comenzó a acariciarla con la mirada. La figura de ella en aquel vestido de tonos claros que contrastaban con el color del pelo y de los ojos era impresionante. La piel de los hombros y del escote parecía más blanquecina, más suave y más sugerente. Montgomery no la recordaba tan atractiva, ni tan sensual. Tal vez se debía al tiempo que había permanecido alejado de ella. O quizás era él quien siempre la veía de esa manera. Fuera cual fuera el motivo, tenía que convencerla de que se marchara con él.

Esperó a que ella se despidiera de las personas con las que hablaba para seguirla como si fuera su protector o bien como si estuviera hechizado.

La joven sabía que él estaba detrás. Lo que sentía en su interior no podía ser algo falso, algo que pudiera rechazar como una simple copa de vino o solventar con una estocada de su espada. No. De manera que cerró los ojos e inspiró hondo antes de lanzarle una mirada por encima del hombro derecho. Tal vez él lo interpretara como una invitación para que se acercara.

Montgomery no se demoró mucho tiempo en situarse junto a ella sin decir una sola palabra. Se limitó a esperar que fuera ella la que iniciara la conversación. No dejó de contemplarla de reojo y de observar cómo el pecho le subía y bajaba. Casi podía asegurar que ella estaba algo nerviosa o al menos sorprendida por verlo allí.

—¿A qué has venido? —Heather no ladeó la cabeza para mirarlo, sino que permaneció con la vista fija en el frente. Durante un momento contuvo el aliento ante la respuesta que él tuviera que darle.

—A ponerte sobre aviso.

Sonrió decepcionada. Tal vez a una parte de la joven le habría gustado escuchar que estaba allí por ella, que la había echado de menos. Aunque no fuera partidaria de gestos ni declaraciones de amor, no podía negar que le habría gustado escuchar algo parecido.

—¿Por qué?

—Guillermo de Orange va a mandar más navíos a estas aguas para dar contigo. Al parecer tus últimas acciones han levantado ampollas en el palacio de Whitehall. —Montgomery prefirió no confesarle el verdadero motivo por el que estaba allí: ella.

—Los hombres llevaban mucho tiempo sin actividad. No me gusta que pasen demasiados días sin salir al mar, la ociosidad los vuelve vagos —le refirió con toda naturalidad mientras encogía los hombros sin darle la menor importancia al asunto. Por primera vez desde que habían salido a la terraza, se atrevió a mirarlo, pero al momento se arrepintió de haberlo hecho porque no pudo controlar el temblor que la cercanía de él le producía—. El rey puede enviar todos los barcos que quiera. No logrará apresar-me.

—No te confíes, Heather. Tu momento puede llegar cuando menos lo esperes. Alguien podría traicionarte.

Ella lo contempló sin dar crédito a aquel comentario e incluso se permitió la desfachatez de soltar una carcajada.

Montgomery se dio cuenta de lo preciosa que le parecía cuando reía, como en ese momento, cuando los ojos le chispeaban de emoción y las mejillas se le teñían. Le habría gustado rodearla por la cintura con un brazo y atraerla hacia él para acallar aquel sonido. Pero, como si algo se lo indicara, ella mudó el gesto de inmediato, entrecerró los ojos y se acercó a él con determinación sin importar-le las miradas ni los cuchicheos que ese ademán levantaría.

—Nadie me ha traicionado jamás, ni creo que se atrevan a hacerlo, confía en mí. Aquel que lo haga ya puede estar en paz con Dios o con el mismísimo diablo porque no verá otro día.

Montgomery permanecía hechizado mientras fijaba los ojos en el rostro de ella. El perfume femenino lo invadió y lo poseyó sin que él se resistiera. Aquella mujer era demasiado para él. No había conocido a ninguna así, ni a muchos hombres tampoco en realidad que tuvieran el carácter de Heather.

—Solo te lo advierto. Después depende de ti.

—Y yo te aviso lo que le sucedería a aquel que se atreviera a delatarme ante las autoridades británicas.

—Sigues siendo una mujer testaruda y orgullosa —expresó, tras lo cual apretó los dientes y cerró las manos en puños contra los costados del cuerpo.

Ella no esperaba que él le dijera eso, aunque en un primer momento le cayó como un jarro de agua fría, al instante se rehízo para contraatacar.

—¿Quién te crees que eres para hablarse así? No se lo consiento a nadie de mi tripulación, ni siquiera a Morgan. —Heather se acercó más en tanto lo retaba con la mirada.

—Tal vez la diferencia esté en que yo no formo parte de tu tripulación y por ese motivo te lo digo de una manera abierta, Heather Brooke.

Lo contempló con frialdad y rabia e hizo ademán de abofetearlo, pero en el último instante su brazo quedó a media altura; la justa para que él lo tomara y la obligara a bajarlo. Sin soltarla, Montgomery se encaró con ella sin importarle el lugar, las miradas de la gente ni los murmullos que pudieran causar. Solo comprendía que había algo que lo ataba a aquella mujer, que se preocupaba por ella de una manera que ni él mismo terminaba de creer.

—Suéltame.

—No hasta que me escuches. —Las palabras se acercaron a un susurro, casi como si pidiera clemencia. La observó con fijeza durante unos segundos en los que pensó que el mundo acababa de detenerse mientras se perdía en aquella mirada luminosa.

La muchacha deslizó el nudo que parecía cortarle la respiración, se humedeció los labios y sintió que el calor la invadía por completo cuando la mano de él se limitó a acariciar la de ella con languidez. Sus dedos se entrelazaron sin saber cómo ni por qué, pero ella descubrió que le gustaba la sensación. Los latidos de Heather se ralentizaron y su respiración perdió la agitación que él le había causado antes. Montgomery había logrado sumirla en una calma inesperada.

—No quiero que nada malo te suceda.

—¿Por qué? ¿Qué puede importarte lo que me ocurra?

—Me importa. No sé por qué, pero es así. Te ofrecí que vinieras a Francia conmigo y lo rechazaste. Ahora es tarde, Heather.

—No es la vida que deseo, te lo dejé claro. —Ella trató de recomponerse para hacer una objeción. No quería doblegarse ante él ni mostrar la debilidad que sentía cuando él la miraba con tanta ternura y preocupación. Era consciente de que quería salvarla, pero ¿con qué motivo? Ella necesitaba que él le diera una razón convincente para dejar aquella vida—. ¿Tarde? ¿Para qué?

Montgomery apretó los labios y dudó acerca de decirle la verdadera razón de su presencia en Port Royal. Sí no lo hacía él, sería Morgan quien acabara contándoselo, y era algo que no se perdonaría.

—He venido para entregarte a las autoridades británicas.

Ella se quedó paralizada en un primer momento. Lo miró sin poder creer que estuviera hablando en serio. ¿Él? ¿Entregarla a los ingleses? Hacía unos minutos ella le había confesado a Morgan que la única persona que conocía su otro yo nunca la delataría porque presumía lo que sentía por ella. Pero escuchar aquellas la había dejado helada, sin capacidad de reacción en primera instancia. Solo cuando se fijó con determinación en el semblante de él, terminó de convencerse de que estaba hablando en serio. Abrió la boca para decir algo, pero la impresión de aquella confesión parecía haberle atenazado las cuerdas vocales.

—¿Es cierto... lo que has dicho?

—Tengo un documento firmado por el rey que me obliga a averiguar quién es el capitán de *La Bella Helena* y, una vez descubierto, entregarlo al gobernador de Port Royal. —Montgomery bajó la mirada avergonzado por tener que explicarle aquello justo cuando volvía a disfrutar de la compañía de ella.

Heather controló los nervios y se envaró ante él con gesto desafiante.

—¿Piensas hacerlo? Porque desde este momento te aviso que no te lo pondré nada fácil. Debí acabar contigo cuando tuve la oportunidad.

A él le quedó claro que ella hablaba en serio. Tenía la mirada empañada por las lágrimas retenidas. La rabia y el dolor al conocer el motivo de aquel viaje acababan de ser mortales.

—No, no pienso hacerlo.

—No me digas —Heather contraatacó irónica—. ¿Y qué diablos esperas? ¿Que me entregue por mi propia voluntad?

—Que encontremos la manera de que nada malo te suceda.

—Gracias por preocuparte por mí, pero te olvidas de que sé cuidarme sola.

—Siempre puedes abandonar la piratería. Así Londres se olvidaría de ti. ¿Prefieres seguir haciendo lo mismo? ¿Qué me dices de tu casa en la costa de Irlanda?

Ella pareció algo descolocada. Lo miró con el ceño fruncido, sin saber a qué venía aquel interés de él por sus posesiones en su tierra natal.

—Ya sabes lo que pienso al respecto. Creo que lo acabo de dejar claro en la charla que mantuvimos con los otros invitados.

—¿Piensas venderla, despojarte de tus raíces? ¿Por qué no ir hasta allí y reclamarla? Podrías vivir tranquila. Londres se olvidaría de *La Bella Helena* y...

—Y tú no me entregarías —lo interrumpió al tiempo que arqueaba una ceja con suspicacia y revelaba una media sonrisa que hizo vacilar a Montgomery.

—No pienso entregarte. Que te quede claro, Heather.

Durante unos segundos ambos permanecieron en silencio como si se estuvieran retando con la mirada. La joven acusó la impresión que le causaba aquella manera de contemplarla de él, tan íntima y delicada que parecía como si la acariciara y le erizara la piel. Se humedeció los labios y sonrió de manera tímida, algo más confiada. Estaba segura de que él no la delataría, pero había dudado al escuchar la razón de su presencia allí. No, no podía imaginarlo capaz de comportarse de una manera tan ruin después de lo que había sucedido entre ellos en el camarote de *La Bella Helena*.

—¿Y qué haría yo en un caserón vacío?

—Mantenerte viva y disfrutar de las comodidades que puede ofrecerte un nuevo estatus.

—Ya estoy cómoda aquí. —Se apartó de él como si quemara porque se había dado cuenta de que la conversación estaba yendo por un camino que a ella no le agradaba. No quería hablar de sí misma.

—Mientes, Heather. Sabes que en el fondo deseas otra vida, pero dar ese paso te aterra.

La mirada de ella le dejó claro a Ascroft que estaba cruzando unas cuantas líneas que no debería.

—¿Qué diablos sabes tú de lo que yo quiero? ¿Que me aterra? No hay nada que me cause temor. Me he enfrentado a numerosos combates navales, duelos de espada y dagas, tormentas y vientos huracanados en alta mar. No me asusta nada ni nadie, te lo repito.

Se acercó demasiado a él por el ímpetu de las palabras, del enojo que la abrumaba. El pecho le latía de una manera diferente, ya no como los disparos de un cañón, sino relajado como un mar en

calma.

—Te aterra reconocer que puedes llevar otra vida, Heather.

—No me conoces lo suficiente.

—Tal vez tengas razón, pero estaría dispuesto a hacerlo.

Ella volvió a quedarse clavada en el sitio al escucharlo. ¿A qué se refería? Frunció el ceño sin apartar la mirada de la de él, con la mente en blanco. Movi6 la cabeza de manera leve como si no entendiera qué estaba sucediendo. Cerr6 los ojos y se mordió el labio para ahogar un suspiro. Los latidos de su corazón se asemejaban a los disparos de artillería de *La Bella Helena*. Creyó que le quebraría las costillas y que se le saldría del pecho. No podía reconocer que él tenía razón y que una vida alejada del océano era algo que deseaba pero que se negaba a sí misma. Siempre ponía la misma excusa de qué haría ella en tierra rodeada de damas que chismorreaban, paseaban por los parques y se entretenían con bailes y toda esa parafernalia, como la definía ella, más apropiada para jóvenes casaderas.

Abrió los ojos para contemplar a Montgomery una última vez. La angustia se había apoderado de su pecho, y un leve dolor se extendía poco a poco por toda ella.

Él permanecía en el sitio sin dejar de contemplar el brillo de las pupilas de Heather, producido por las lágrimas retenidas. Supo que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no derramarlas. De repente, en un improvisado gesto, ella giró y se apartó de él para dirigirse con paso ligero hacia el interior de la casa.

Lord Ascroft se vio sorprendido por la rápida reacción y permaneció en el mismo sitio en tanto se debatía entre ir hasta ella y arrullarla contra el pecho o dejarla ir para que recapacitara sobre la conversación mantenida. Apretó los dientes y decidió regresar al interior de la mansión para buscarla y hacerle ver que lo mejor que podía hacer era renunciar a la vida que llevaba.

No la encontró en un primer momento. Recorrió el salón de baile, la entrada y algunas habitaciones, pero no había rastro de ella. Todo parecía indicar que se había marchado a su residencia. Sin más preámbulos, resolvió hacer lo mismo.

* * *

Heather no dio explicaciones a Morgan de por qué se marchaba de la fiesta tan pronto, pero él no necesitaba indagar demasiado sobre el motivo. Bastaba con ver los ojos enrojecidos de ella, las mejillas encendidas por el llanto y la mirada llena de confusión y desilusión. A él no le cabía duda

alguna de que ella acababa de enterarse de la verdad, del motivo por el que lord Ascroft había regresado a Port Royal, y se había sentido, si no traicionada, por lo menos muy dolida.

Llegaron a la casa; sin esperar que el servicio la recibiera y le abriera la puerta del carruaje, Heather saltó del interior. Con paso presuroso, se encaminó hacia la entrada. No le importó que el vestido se le manchara al arrastrarlo por el suelo, ni que los cabellos le ondearan libres, ni que su rostro reflejara el llanto que había dejado escapar en el interior del vehículo. Poco o nada le importaba el aspecto que tenía.

Entró como si de un huracán se tratara, algo a lo que ya tenía acostumbrado a los empleados. Morgan caminó tras ella aunque era consciente de que, cuando estaba de mal humor, prefería que la dejaran sola. Esa vez él no iba a hacerlo. Desconocía lo que había sucedido, pero estaba seguro de que ella estaba así por lord Ascroft.

Heather entró en el despacho y tomó una de las botellas de vino que había sobre una mesita. Vertió un poco en una copa y se lo bebió de un solo trago ante la atónita mirada de su hombre de confianza.

—¿Qué sucede? ¿Por qué diablos me estás mirando? —El tono frío y déspota de ella no amedrentó a Morgan. La conocía desde que era una chiquilla y la había visto convertirse en la mujer que era entonces. Ya conocía de memoria esos arranques de mal genio.

—¿Por qué has escapado de la velada de esa forma? Pareciera que te persiguieran los ingleses para ahorcarte. —Morgan se cruzó de brazos y la contempló con una ceja arqueada en clara señal de suspicacia.

—¿Tanto te importa saberlo? Estaba cansada y me aburría.

El marinero sonrió.

—Lo que tú digas.

—¿Vas a rebatir cada cosa que diga?

—¿Qué ha sucedido con lord Ascroft? Los he visto conversar en la terraza y, a continuación, tú has salido corriendo. No sé qué diablos se traen entre manos, pero te aconsejo que te serenes y pongas en orden tus sentimientos por él.

Heather entornó la mirada hacia su hombre de confianza sin dar crédito a lo que le decía.

—¿Sentimientos? ¿De qué demonios me estás hablando? ¿Y desde cuándo sabes tú nada de sentimientos? —le espetó con una mirada de desdén mientras agitaba el brazo en el aire hacia él.

—Escúchame, mocosa. Olvidas que casi te doblo en edad y que te he visto crecer en nuestra amada Irlanda. Que tenga un aspecto fiero y parezca que ignoro ciertas cosas no significa que no sepa por dónde ando. Sé que lord Ascroft pasó su última noche en Port Royal en tu camarote. — Observó cómo ella mudaba el gesto y abría los ojos como platos, sorprendida—. Además, puedo asegurarte que no perdieron el tiempo en jugar a las cartas y beber vino.

Heather sentía que el latido de su corazón ganaba más y más velocidad a medida que Morgan le recordaba lo sucedido aquella vez. Rememoró la manera en la que se había entregado a él sin tapujos, dominada por lo que anhelaba: un hombre como él, que no se echaba atrás en ningún momento ante ella y que ponía determinación y pasión en lo que hacía.

Se sintió desfallecer ante la evidencia. Apoyó las manos abiertas sobre la mesa e inclinó el rostro para dejar que los cabellos lo ocultaran. Cerró los ojos, pero no su corazón. No podía creer que él le importara tanto; lo suficiente como para negarse sentir aquello. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió derrotada.

—Montgomery ha venido por ti.

—A entregarme a los ingleses —objetó, y la ira crepitó en sus palabras.

—Es mentira y lo sabes, muchacha. Es cierto que le han encargado descubrir quién es el capitán de *La Bella Helena* y llevarlo ante las autoridades de Port Royal, pero también sabes que no lo va a hacer. Caminaría por la plancha antes que reconocer que lord Ascroft es un traidor.

—Pareces conocerlo muy bien —ironizó ella, y se dejó caer sobre el sillón que tenía detrás.

—No tanto como tú. —Morgan sonrió con total convicción—. ¿Por qué no lo escuchas?

—¿Para qué? ¿Acaso quieres que me marche a París como Kitty? Oh, perdón, como *mademoiselle* Katherine. Olvidé que ha cambiado de estatus social.

Morgan avanzó hasta quedarse frente a ella. Se inclinó, apoyó las manos en la mesa como había hecho ella antes y la contempló de manera fija.

—Para que por una vez en tu vida conozcas lo que es la felicidad. Desde que los Estuardo llegaron a Irlanda, tu vida ha sido un completo caos. Perdiste a tu padre primero y luego a tu madre. Decidiste seguir los pasos de él y vengarte de Jacobo Estuardo al hundir sus navíos. ¿No crees que ya es la hora de dejarlo? Jacobo ya no reina en las islas. Haz caso a lord Ascroft y regresa a Irlanda, al hogar que nunca debiste abandonar.

El rostro de la joven mudó de color. Sintió la garganta seca de golpe y cómo los nervios se apropiaban de su estómago. Se quedó sentada, incapaz de moverse, y más cuando vio, en el umbral de la puerta del despacho, a Montgomery junto a uno de los miembros del servicio.

—Señora, el caballero...

—No pienso marcharme de aquí hasta que hayamos hablado —le dejó claro al situarse frente a ella a la misma distancia que Morgan, quien al verlo allí asintió con una tímida sonrisa.

Heather entreabrió los labios para tomar aire. Aquella noche estaba siendo demasiado agitada para su gusto. Solo quería irse a dormir y que al despertar nada de lo sucedido fuese cierto, sino solo un sueño.

De repente se encontró a solas con lord Ascroft. Morgan se había retirado junto al miembro del servicio. Ella tardó en reaccionar y en darse cuenta de ese hecho. La mirada de él le transmitió una repentina calma que se adueñó de todo su cuerpo. El enojo que había experimentado momentos antes, cuando hablaba con Morgan, se había disipado.

De manera lenta y medida, se incorporó de la silla para quedar a la misma altura que él. Se humedeció los labios y se retorció las manos, fruto de los nervios.

—¿Por qué has venido?

—Porque desapareciste de la reunión sin darme tiempo a explicarme, Heather. He venido para...

—Si es para repetirme lo mismo de antes, ya puedes ahorrarte el discurso.

—Entonces no insistiré con eso.

Ella alzó las cejas sorprendida por ese cambio de parecer de él.

—¿Y qué haces aquí todavía?

—No voy a repetirme lo que ya sabes, de manera que te diré algo que desconoces, algo que quiero pedirte.

Heather frunció el ceño con desconcierto. ¿Qué tenía en mente?

—Bien, te escucho.

Montgomery asintió.

—Quiero que vengas conmigo.

—Eso no es nada nuevo, ya me lo pediste...

—Sí, ya sé lo que te pedí en su momento, pero no me has entendido, Heather. —Él se acercó a ella para quedar los dos detrás del escritorio. Sentía la mirada de sorpresa de ella y la vio humedecerse los labios.

—Pues aclárame cuál es la diferencia.

—La diferencia eres tú —le confesó, y observó el gesto de perplejidad de ella y su nerviosismo. La vio retroceder un paso, como si estuviera asustada por lo que tuviera que decirle. Él lo entendía. No se le hacía fácil confesarle que la necesitaba a su lado, que la había echado de menos el tiempo que habían estado separados—. Te he extrañado todo este tiempo, tanto que ya tenía decidido venir a verte cuando todo este embrollo de Londres surgió.

Heather entrecerró los ojos para escrutar el rostro de él sin poder creer que estuviera hablando en serio.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Como verás, no soy muy bueno para pedirle a una mujer que... Maldita sea, Heather, ¿es que no te das cuentas de por qué estoy aquí? ¿No has notado que me tienes desquiciado?, ¿que no ha habido un día en que no haya pensado en ti?

Ella lo contemplaba en silencio mientras él se ponía más y más alterado. No sabía si aquella forma de comportarse era algo normal cuando un hombre le confesaba sus sentimientos a una mujer, pero no cabía duda de que él estaba pasando un mal momento. Dejó que sus labios se curvaran de manera lenta.

—¿Tratas de decirme que sientes algo por mí? —Ella lo miró con precaución, con una cautelosa sonrisa. Estaba demasiado nerviosa.

—Sí. Por eso he venido, porque tengo miedo de que te suceda algo. —Se acercó más a Heather hasta que las puntas de sus botas rozaron el bajo del vestido de ella; el espacio justo para que el aire circulara entre los dos. Montgomery llevó una mano hasta la mejilla de la joven, tersa y cálida, y dejó que el pulgar la recorriera con exquisita delicadeza mientras contemplaba su propio reflejo en los ojos de ella—. Tengo miedo de perderte, Heather.

Aquella confesión provocó un escalofrío en ella. Se agitó de manera leve pero bastante reveladora. Entreabrió los labios en un último intento por respirar. La cercanía de él y de su boca la estaba martirizando. ¿Por qué diablos no la besaba? ¿Qué estaba esperando?, se preguntaba ella mientras agonizaba por sentirlo. Pero entonces sucedió algo que no imaginaba: ella misma se aferró a las solapas de la chaqueta de él y lo obligó a inclinarse sobre sus labios.

Montgomery se sorprendió por aquel gesto tan repentino y manifiesto. La escuchó dejar escapar un gemido ahogado en el beso cuando él la estrechó con fuerza contra el pecho como si no pretendiera dejarla marchar. No sabía si aquella mujer estaba destinada a formar parte de su vida, pero desde luego que a él no le importaría que lo hiciera. Notó que ella se separaba y la contempló en silencio mientras le pasaba los pulgares por las mejillas.

Heather no sabía qué decir ni cómo actuar porque se veía abordada por una ola de dicha. Apretó las manos contra las de él como si le estuviera pidiendo que no las apartara de su rostro y sonrió al pensar que aquella locura era maravillosa.

—¿Hablabas en serio cuando decías que me habías echado de menos?

Montgomery se alegró al percibir el anhelo en el tono de la pregunta.

—Sí.

—Pero ¿qué sucede con lo que me contaste acerca de que Londres quiere mi cabeza y de que tú tienes que...? —Se calló cuando sintió el dedo de Montgomery sobre sus propios labios como orden de silencio.

—Es verdad. Pero también es cierto que me sentía perdido en París sin ti. El tiempo que pasamos juntos en Londres, en alta mar, aquí en Port Royal... No sé cómo explicarlo, pero algo sucedió. En ningún momento pensé que algo semejante pudiera llegar a ocurrir.

—Lo entiendo. Pero enterarte de buenas a primeras de quién soy... —Heather hizo un mohín de desagrado e inclinó la cabeza hacia adelante. Al momento la mano de Montgomery se deslizó bajo el mentón de ella para instarla a que lo mirara directo a los ojos.

—La mujer que me atrapó con su descaró desde la primera vez que nos vimos.

—Admito que mis planes eran otros contigo. Pero...

—Lo sé y te entiendo. De haber podido evitarlo, tu padre seguiría vivo.

—Él también se lo buscó. Debería haber abandonado la vida de saqueo en alta mar al comprender que no duraría demasiado tiempo.

—Como dices, él no se dio cuenta de lo que podría sucederle.

—No tuvo a nadie tan persistente como tú —ironizó ella con una sonrisa.

—Deja esa vida, Heather. Olvida *La Bella Helena* y sálvate antes de que alguien acabe contigo.

—No será nada sencillo.

—Perderte y seguir adelante con mi vida tampoco lo sería.

Heather inspiró hondo cuando escuchó aquellas palabras. El calor le inundó todo el cuerpo y se hizo evidente en el rostro. Sacudió la cabeza y se apartó de él porque se sentía abrumada. No podía ser cierto. No quería creer que él pudiera llegar a sentir algo así. Se volvió y cerró los ojos como si no quisiera ser testigo de aquella situación.

—Lo que dices... ¡Oh, maldita sea!

—¿Qué sucede? ¿Es por lo que he dicho?

—Es muy revelador, pero... no soy una joven en busca de esposo. Han puesto precio a mi cabeza, y tú eres el encargado de entregarme. ¿Qué te sucederá si no lo haces?

—Ya pensaré en algo cuando estés a salvo.

—A salvo —murmuró ella, tras lo cual inspiró hondo, como si el aire pudiera llevarse todas sus inquietudes—. ¿Qué sugieres que haga?

—Deshazte de *La Bella Helena*. Subástala en Tortuga. Estoy seguro de que te darán una buena cantidad y de que pronto tendremos noticias de que la han apresado.

—¿Por qué estás tan seguro? —Heather experimentó un vuelco en el pecho con solo pensar en librarse del navío.

—Porque nadie podrá gobernarla con tu destreza.

—Sugieres entonces... que la deje en otras manos para que la hundan.

—Es lo mejor para ti. Si apresan el barco en alta mar, no quedarán dudas acerca de que su capitán ha caído también. Nadie podrá relacionarte con la embarcación.

Heather mantuvo la mirada fija en un punto en el vacío mientras sopesaba aquella posibilidad.

—No resultará sencillo.

—Pero te servirá para seguir con tu vida y alejar toda posible sospecha. —Montgomery se situó detrás de ella y la sujetó por los brazos.

—Me pides que me desprenda de media vida.

—Para salvar la otra media que te queda por delante, Heather. —La obligó a darse vuelta para mirarla de frente.

—Necesitaré algunos días para hacer los trámites.

—No tengo prisa por marcharme. De hecho, me servirán para seguir haciendo indagaciones.

—Pero, si ya sabes quién gobierna *La Bella Helena*, ¿qué más tienes que hacer?

—Debo mantener las formas para que nadie sospeche, en especial el gobernador. Por ese motivo es mejor que lo dejemos estar por ahora, ¿no crees?

Heather lo contempló mientras se apartaba de ella, listo para emprender el camino hacia la puerta.

—¿Te marchas?

El tono de asombro que empleó ella detuvo los pasos de Montgomery, que la contempló son una sonrisa.

—Esperaba que me pidieras que me quedara esta noche. Es tarde y...

Ella avanzó hacia él con determinación.

—Creo que pasas demasiado tiempo conmigo. Te estás convirtiendo en un truhán. Un truhán encantador —susurró antes de que él la rodeara por la cintura con el brazo y la volviera a besar.

CAPÍTULO 14

Heather abandonó la cama y caminó por la habitación en busca de ropa que ponerse. No pudo ni quiso evitar volver el rostro y quedarse ensimismada al contemplar a Montgomery, que permanecía relajado bajo las sábanas después de una noche llena de emociones. La complació verlo en aquel estado y no evitó sonreír mientras se preguntaba qué locura se había apoderado de ella como para dar un giro a su propia vida. No entraba en sus planes acabar rendida a la pasión de Montgomery Ascroft luego de haber jurado acabar con él en un principio. Pero el destino parecía tener otros designios muy diferentes.

Se terminó de vestir y salió de la habitación en busca de Morgan. Tras lo hablado con Montgomery la pasada noche, debería dar órdenes para que llevaran *La Bella Helena* a Tortuga y la vendieran. Ella no iría por la carga sentimental que suponía, sino que dejaría que fueran Morgan y sus hombres quienes lo hicieran.

Encontró al marinero en la cocina, sentado mientras disfrutaba de un buen desayuno. Cuando él levantó el rostro del plato y la miró, asintió y sonrió de manera cínica. Era consciente de lo que había sucedido esa noche. No hacía falta hacer preguntas. La siguió con los ojos hasta que ella se irguió delante de él.

—Necesito que hagas algo por mí.

—Lo que pidas.

—Reúnete conmigo cuando termines.

—No hace falta, ya mismo voy.

Dejaron la cocina y se encerraron en el despacho, pero antes se encontraron con Montgomery, que bajaba las escaleras. La mirada de ella se iluminó durante un segundo cuando lo vio, y se mordisqueó el labio para disimular la sonrisa que acababa de dibujársele en el rostro.

—Deberías venir con nosotros. Así podrás explicarle tu plan a Morgan.

Lord Ascroft asintió sin mediar palabra y entró en el estudio de ella. Los tres permanecieron unos segundos en silencio hasta que Heather lo rompió.

—Montgomery asegura que debería deshacerme del navío. —Miró a Morgan para indagar qué opinaba al respecto, pero él no se inmutó en un primer momento—. Sugiere llevarlo a Tortuga y subastarlo al mejor postor, claro.

—Eso significa que usted piensa abandonar su actual vida.

—Sí.

Morgan desvió la atención hacia Montgomery para que le explicara el plan.

—Si venden el barco a otro capitán, ella quedará libre de cualquier sospecha. Si *La Bella Helena* llegara a ser atacada por los navíos de su majestad y a hundirse en alta mar, la persecución cesaría. Eso implicaría que yo no tendría que seguir buscando un chivo expiatorio que llevar a Londres.

—Es un buen plan siempre que salga como supone. Pero ¿qué hará usted, señorita?

—Primero ir a París y después a mi casa en Irlanda. No quiero que la corona inglesa se quede con la herencia de mi familia.

Morgan asintió en silencio.

—¿Cuándo desea que lleve a Tortuga el navío?

—Cuanto antes —respondió Montgomery—. De ese modo podrá zarpar de inmediato.

—¿Y usted? ¿Qué hará mientras tanto? Lo han enviado a averiguar la identidad del capitán de *La Bella Helena*.

—Seguiré como si nada hubiera sucedido. Iré a ver al gobernador hoy mismo y le preguntaré sobre el pirata. Debo seguir actuando.

—Hasta que el barco vuelva a zarpar y tengamos noticias de algún ataque por su parte —sugirió Heather sin apartar los ojos de Montgomery, que asintió.

—Está bien. Hablaré con los muchachos para ir a Tortuga.

—Diles que se busquen a otro capitán si pretenden continuar con la piratería.

Heather permaneció en silencio durante unos segundos bajo las atentas miradas de los dos hombres. Morgan inspiró y asintió.

—Se hará como quiere.

Morgan dio la vuelta y caminó hacia la puerta mientras ella ni siquiera se movía. Montgomery la observaba en silencio como señal de respeto porque comprendía lo que significaba para ella dar ese paso y vender *La Bella Helena*.

—Me gustaría quedarme a solas —pidió al cabo de unos minutos.

Ascroft asintió sin mediar palabra. Entendía que debía hacerlo y por ese motivo no se opuso a la solicitud. Cerró la puerta del despacho y al salir se topó con Morgan.

—Gracias.

—No me las dé.

—Ha logrado que ella abandone esta vida. Yo lo he estado intentando durante años mientras la veía correr peligro. No quería que acabara muerta en un ataque naval a pesar de que ella se exponía poco.

—No crea que ha sido sencillo hacerlo. Le duele desprenderse del barco, pero es por su propio bien —explicó el caballero.

—¿Estará con ella en todo momento?

—Siempre que me lo permita. Ya le he dicho cuál es mi postura en todo esto.

Morgan posó una mano en el hombro de Montgomery y lo miró con confianza.

—La conozco desde que lo vi la pasada noche. Intuía el motivo de su regreso. Ahora, si me disculpa, tengo un barco que vender.

Montgomery no dijo más. Permaneció en el mismo sitio en tanto observaba al hombre de confianza de Heather marcharse. Luego, volvió la mirada hacia la puerta cerrada tras la que se encontraba ella y sacudió la cabeza.

—¿Qué clase de locura es esta? ¿Y por qué me he involucrado hasta tal punto en ella? —Sonrió, fruto de los nervios que lo atacaban, y regresó al salón a esperar a que Heather apareciera.

* * *

La señorita Brooke, encerrada en su despacho, daba vueltas sin dejar de preguntarse si hacía lo correcto, si en verdad era lo que deseaba hacer. Pero ¿cómo podía saberlo? ¿Quién podría asegurarle que lo que había entre Montgomery y ella era real, que duraría? El miedo a quedarse sola después de todo la pellizó durante un instante en el que pareció dudar, pero al final desterró esas vacilaciones y se dijo que nunca antes se había enfrentado a un reto tan apasionante como el de enamorarse. Suspiró y esbozó una sonrisa antes de abrir las puertas del estudio para ir a ver dónde estaba Montgomery.

Cuando lo vio, se quedó parada en mitad del salón a la espera de que él le dijera algo. Sentía una extraña sensación al haberse librado de algo de gran valor para ella como era su navío.

—¿Te encuentras bien? Comprendo que has dado un gran paso.

Heather cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No estoy segura de haber hecho lo correcto, pero ya está, no voy a retractarme. He dado la orden de vender el barco y así será.

—Tal vez ahora sea duro, pero verás cómo con el tiempo te acostumbrarás.

Ella sonrió de manera burlona.

—Si tú lo dices. ¿Cuándo partimos hacia Francia?

—En el primer barco que zarpe. Iré al puerto a informarme. También pasaré a entrevistarme con el gobernador. Necesito saber cómo marchan las cosas en Londres.

—Te veré esta noche.

—Sí. Y espero tener una fecha de embarque rumbo al continente.

Montgomery se despidió de ella sin más preámbulos y se dirigió al puerto para averiguar cuándo partiría un buque hacia Francia.

El ambiente en el puerto estaba bastante tranquilo. No parecía que fuera a salir ningún barco. Se acercó hasta la caseta de información para preguntar.

—Buenos días, ¿cuál es el primer navío que zarpa hacia Europa?

—No sé decirle. Espere. —El hombre consultó una tablilla—. Dentro de tres días, sale un barco con destino al Canal de la Mancha, para ser más concreto, a Dover. ¿Le sirve?

—Sí, perfecto.

—¿Un pasaje?

—No, tres —indicó Montgomery al imaginar que Morgan los acompañaría.

—De acuerdo.

Lord Ascroft abonó el importe y recogió los tiques para zarpar dentro de tres días. Satisfecho, decidió pasar a visitar al gobernador para tratar de averiguar qué tal marchaban las indagaciones acerca del capitán de *La Bella Helena*. Montgomery suponía que lord Blendit estaría al tanto de la

misión para la corona que él había ido a cumplir y esperaba que colaborara y le ofreciera información que pudiera utilizar. Por el momento no sabía cómo plantear la situación, ya que todo lo sucedido con Heather se había dado muy rápido.

Montgomery anunció al secretario del gobernador su presencia, así como la importancia de hablar con él. Tras unos minutos de espera, fue conducido al despacho del funcionario.

Lord Thomas Blendit, a quien Montgomery había tenido la ocasión de conocer el día en que había tomado posesión del cargo, se encontraba sentado detrás de un imponente escritorio cubierto de papeles. Debía de tener bastante trabajo. No era nada sencillo llegar a ocupar una posición como la de gobernador de Port Royal de la noche a la mañana con el clima de tensión que se vivía en Inglaterra y en el Caribe.

—Ah, lord Ascroft, celebro verlo. —Thomas Blendit se levantó de la silla para estrecharle la mano de manera cordial.

—Gobernador.

—¿Qué puedo hacer por usted? ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias. He pasado para saludarlo y charlar sobre el encargo por el que estoy aquí.

—Sí, claro. *La Bella Helena* junto a su astuto y escurridizo capitán —recordó con gesto poco amistoso—. ¿Y bien? ¿Ha logrado descubrir quién se oculta tras ese nombre?

—Todavía no, señor, pero estoy en ello.

—Entiendo. Reconozco que me pareció algo extravagante por su parte suponer que dicho capitán se encuentra entre la aristocracia de la isla —comenzó a exponer el gobernador al tiempo que alzaba la mano para pedir que lo dejara continuar—. Sin embargo, después de meditarlo en repetidas ocasiones, es posible que no vaya mal encaminado.

—Me alegra escucharlo.

—Alguien que está al corriente de todos los navíos que salen y entran en Port Royal. Es por ello que mis sospechas se dirigen hacia la gente que trabaja en el puerto. Ya me comprende...

—¿Insinúa que ese capitán tiene un acuerdo con el personal del puerto? —inquirió Montgomery, sorprendido ante la sugerencia.

—Así es. Estoy seguro de que le facilitan la lista de barcos que zarpan de aquí y el punto exacto donde poder interceptarlos. ¿Cómo podría explicarse si no el hecho de que tantas embarcaciones sean asaltadas a los pocos días de haber salido de Port Royal?

—Pero no es seguro. Me refiero a que, aunque sospeche que algo así sucede, no hay pruebas.

—No, claro que no las hay, solo es una suposición. No obstante, no entiendo muy bien cómo mi predecesor en el cargo no llegó a la misma conclusión. En fin, ¿qué le vamos a hacer? Dígame, lord Ascroft, ¿sospecha de alguien en concreto? —Entornó la mirada hacia Montgomery dispuesto a escuchar un nombre.

—Todavía no. Es pronto para saberlo. Pero le diré que me ha llegado una información a tener en cuenta. —Montgomery pensó en lanzar el anzuelo para ver si el gobernador picaba.

—¿Cuál?

—Al parecer *La Bella Helena* se encuentra fondeando en Tortuga.

—En esa cueva de piratas. Seguro que se aprovisiona para zarpar de nuevo.

—No es eso lo que me aseguró mi contacto en la isla.

—No me diga. ¿Y qué fue, si puede saberse? —inquirió el funcionario.

—Que el barco está en venta.

El gobernador mudó el semblante ante semejante afirmación. Durante un instante pareció perder la noción del tiempo y el espacio y permaneció callado con los ojos abiertos como platos mientras Montgomery se limitaba a asentir.

—¿En venta? ¿Quiere decir que el capitán lo va a ceder?

—Eso me han dicho.

—Pero ¿ello supondría que renuncia a la piratería? Me refiero al capitán, no al navío, ya que, si logra venderlo, imagino que el barco seguirá surcando las aguas en busca de un botín.

—Tal vez haya decidido retirarse.

—¿Por qué ahora?

—¿Por qué no? Sin duda es una buena noticia, ¿no cree?

—En parte. Porque si ese buque sigue navegando... —El gobernador arqueó las cejas—. Sería mejor que acabara en el fondo del mar. De todas formas, que su actual capitán venda *La Bella Helena* no hará que Londres olvide sus crímenes. Aun así, debemos dar con él.

Montgomery permaneció dubitativo. Al parecer Blendit no iba a darse por satisfecho de buenas a primeras.

—Déjeme decirle que a estas horas es posible que nuestro bandido se encuentre fuera de alcance.

—¿Por qué? —preguntó el gobernador, exaltado por tal suposición.

—Porque, según he podido averiguar, han sido varios hombres de la tripulación los que han llevado el navío a Tortuga. Eso indica que el capitán puede hallarse en el sitio más recóndito. Tal vez se encuentre ya rumbo al continente. Es lógico, es lo que yo haría si supiera que andan buscándome para arrestarme y quien me busca me rondara.

—Entiendo. Eso complicará más su detención. Lo cual no deja de ser inquietante. Todo esto se ha producido muy rápido, casi desde su llegada a Port Royal, lord Ascroft. Sin duda ese capitán está muy bien relacionado, ya que alguno de sus confidentes debe haber escuchado el motivo por el que usted estaba aquí.

—Y ponerlo sobre aviso... —le aseguró en tanto seguía las conjeturas de su interlocutor para hacerle creer que así era y dar forma a su plan de marcharse a Francia.

—Sí. Ya le he dicho que siempre he creído que ese maldito pirata tenía gente a su sueldo en el puerto. Ahora también entre la aristocracia en Port Royal. En fin, ¿qué podemos hacer?

—Por mi parte, seguiré indagando a ver si consigo descubrir quién se ha marchado no hace mucho rumbo al Viejo Continente.

—Le deseo mucha suerte y mucha paciencia. La va a necesitar.

Montgomery asintió sin mediar ni una sola palabra más. Mejor dejarlo tal y como estaba. El gobernador ya tenía la información que necesitaba. Dentro de unos días, Montgomery zarparía rumbo a Francia con la excusa perfecta al asegurar que poseía información sobre la presencia del capitán de *La Bella Helena* en aquel país. Luego, sería cuestión de que pasara el tiempo para que nadie sospechara de Heather.

* * *

El día de la partida todo estaba en calma. Montgomery ya había puesto al tanto a Heather acerca de la conversación que había mantenido con el gobernador de cómo parecía haberlo convencido. El día antes le había informado también al funcionario de su repentina marcha hacia Francia sobre la base de cierta información que poseía y que parecía muy veraz.

Montgomery estaba exultante porque estaba a un paso de sacar a Heather de Port Royal y con ello alejarla de ese peligroso pasado. Esperaba que, después de zarpar hacia el continente, no se presentaran más inconvenientes. Nadie la relacionaría con *La Bella Helena*, ni con los delitos cometidos por ese navío siempre y cuando ella se mostrara comedida. En parte temía cómo reaccionara al pisar Irlanda y declarar que iba a vivir en la propiedad de sus padres. No era

sencillo olvidar lo ocurrido allí años atrás. Tampoco se planteaba presentarle a Jacobo en París, dada su animadversión hacia él. Confiaba en poder disfrutar de una breve estancia en la ciudad del Sena junto a ella antes de partir hacia Irlanda.

Lord Ascroft repasaba los pasajes de barco en el salón cuando vio entrar a Heather. Su presencia llenó la estancia en un segundo, y él solo tuvo ojos para ella. Elegante y atractiva con aquel vestido en tono malva que se ajustaba a su talle de manera impecable, llevaba el pelo recogido, lo que le dejaba el rostro libre para que él pudiera recrearse más en sus rasgos.

Cuando ella se percató de la manera en la que él la contemplaba, se detuvo de forma brusca en la entrada. Las pulsaciones en su pecho se elevaron, de igual modo que la temperatura del cuerpo. En un segundo, el corpiño del vestido pareció encogerse y dificultarle la respiración. Se humedeció los labios y entrelazó las manos como señal inequívoca de nerviosidad y de no saber muy bien qué diablos le pasaba. Caminó hacia él con la idea de que acortar la distancia entre ellos la haría sentirse mejor. Por lo general no estaba acostumbrada a no ser ella la que controlara las situaciones.

—¿Tienes todo listo para el viaje?

La pregunta de Montgomery hizo que ella reaccionara. Parpadeó varias veces y asintió.

—Sí. Mi equipaje está dispuesto para irnos cuando sea el momento. Morgan ya está avisado. Apenas si hemos hablado de lo que haremos después de llegar a Francia...

—Pasaremos algunos días en París antes de que dirigirnos hacia Irlanda para que regreses a tu hogar.

Heather dejó la mirada fija en un punto mientras parecía estar sopesando la situación.

—Espero que no me presentes a tus amistades jacobitas. —Ella arqueó una ceja con suspicacia mientras adoptaba un toque irónico en la voz.

—No tengo pensado nada por el estilo. Pero ten en mente que es posible que, en alguna recepción, fiesta o evento al que asistamos, conozcas a algunos. París es el refugio que han elegido muchos de ellos, no lo olvides.

—Por eso mismo te lo hago saber, porque no me haría gracia hablar con Jacobo.

—Trataremos de que algo así no suceda.

—Me alegra la idea de disfrutar mi estadía con Kitty y ponernos al día en cuanto a nuestras respectivas vidas desde la última vez que nos vimos. Ya sé que está con tu querido Derrick y que se ha convertido en una dama, pero aun así quiero pasar tiempo con ella.

Montgomery asintió sin rebatir las intenciones que ella tenía en mente. No quería que nada malo sucediera, ni que nada viniera a enturbiar la situación. Fijó la atención por encima del hombro de ella al ver aparecer a Morgan, y Heather se volvió al notarlo.

—Todo está listo para partir.

—En ese caso... podemos irnos cuando quiera —aseguró Ascroft al lanzar una mirada a Heather.

—Si todas mis pertenencias están empacadas y cargadas en el carruaje, no nos demoremos más tiempo.

Heather le dio la espalda a Montgomery y caminó hacia la salida. Era la mejor manera de abstraerse de las miradas de aquel hombre, que la ponían nerviosa. Trataría por todos los medios de controlar las emociones que la embargaban durante la travesía hasta Francia.

—Por cierto, ¿qué tal ha salido la subasta de *La Bella Helena*? —Heather se dio vuelta en última instancia hacia Morgan y lo miró con una ceja arqueada en señal de suspicacia.

—No fue nada mal. Le he guardado la parte que le corresponde en unos de sus baúles, como acordamos.

—Repartiste entre los hombres una parte, ¿no?

—Como ordenó. Algunos se han enrolado en otros barcos, otros prefirieron quedarse en Tortuga una temporada y dilapidar las ganancias. Incluso la hay algunos que han decidido seguir en *La Bella Helena*.

—¿Quién lo ha comprado?

—El capitán Roche. No vaciló en apostar fuerte en cuanto supo que la nave estaba disponible.

—Espero que haga un buen uso de ella.

El tono de la señorita Brooke estaba impregnado de añoranza, lástima y cierta rabia por haber tenido que desprenderse de aquella posesión para iniciar una nueva vida. Morgan y Montgomery la vieron alejarse desde el umbral del salón. Caminaba con la cabeza gacha en señal de derrota. Solo cuando estuvo lo bastante lejos, Morgan habló.

—Le va a costar mucho aceptar que se ha desprendido del navío.

—Soy consciente. Pero se le acabará pasando en cuanto regrese a su hogar. Tiene asuntos más importantes en que pensar.

Los dos hombres se miraron en silencio durante unos segundos antes de que Morgan se alejara.

—Iré a echarle una mano.

Montgomery asintió, sin poder dejar de pensar en Heather y en lo que representaba para ella ese cambio de vida.

* * *

París, un mes después.

El tiempo corría deprisa, y Heather no podía asegurar si ello la favorecía o no. Desde que había llegado a la ciudad del Sena, la vida discurría entre veladas amenizadas por cuartetos de música, suntuosos bailes, cacerías, paseos a caballo, reuniones con damas de la sociedad parisina... Todo un abanico de actividades diversas. Hasta ese momento no había sentido la necesidad de salir huyendo de allí hacia Irlanda o, más en concreto, hacia cualquier parte donde pudiera mantenerse alejada de Montgomery Ascroft.

Pese a habitar en la misma casa, hacía días que casi no se veían. Ella solía pasar la mayor parte del tiempo en compañía de su querida Kitty, o Katherine, como la conocían todos en París. Se habían puesto al día en todos y cada uno de los aspectos que les importaban. Katherine le había confesado sus sentimientos por Derrick. Desde que él estaba junto a ella, había comenzado a experimentar una serie de emociones desconocidas hasta el momento. La había conquistado la manera en que la trataba, con amabilidad y preocupación.

—No queda nada de la muchacha que conocí en una taberna en Tortuga —le aseguró Heather con total convicción—. Te miro y no te reconozco.

—Ninguna de las dos es la misma.

Heather esbozó una sonrisa llena de melancolía y un poco de humor ante ese comentario.

—Lo sé —asintió, y emitió un suspiro de resignación—. Desde que abandoné Port Royal, mi vida ha dado un giro.

—¿Piensas regresar a tu casa en Irlanda? Ya has escuchado a Montgomery, el rey Guillermo va a confiscar las propiedades en las islas a todos aquellos que no las ocupen.

—Lo sé, lo sé. Es solo que ese tema ha quedado en un segundo plano desde que he llegado a París.

Heather se había quedado con la mirada fija en un punto en el vacío. Estaba más pendiente de distraerse para no pensar en Montgomery que del motivo por el que había abandonado el Caribe. Solo pensaba en evitarlo, en mantenerse alejada de él porque era consciente de lo que había entre

ellos: la chispa del deseo. Su relación se asemejaba al disparo de un cañón: bastaba acercar el fuego a la mecha para que se activara. Así era lo que tenían. Si cualquiera de los dos se acercaba al otro, las consecuencias serían las mismas que las de aquella noche en el camarote del barco.

—Soy consciente de que tu principal preocupación no es tu casa en Irlanda, ni la presencia de Jacobo Estuardo aquí en París, ni nada de tu anterior vida, sino más bien Montgomery Ascroft —le dejó claro Katherine con la mirada entornada hacia ella a la espera de que se decidiera de una vez por todas—. Te he visto poco menos que huir de él cada vez que se acerca a ti. Incluso hace dos noches rechazaste sus continuas peticiones de baile con la excusa de que estabas cansada. No podrás evitarlo durante mucho tiempo más y lo sabes tan bien como yo.

Heather observó a su amiga como si fuera a fulminarla. La mirada se le había vuelto fría, y había crispado el gesto. Se levantó como un resorte de la silla y caminó por el espacioso salón con los brazos cruzados bajo los pechos, el ceño fruncido y una sensación de nervios en el estómago. Le dio la espalda a Kitty porque tampoco ella tenía la culpa de lo que le sucedía, de las emociones que la confundían ni de los sentimientos hacia Montgomery. Durante un instante cerró los ojos como si, al hacerlo, todos los pensamientos en torno a él pudieran desaparecer.

El sonido de golpes en la puerta captó la atención de las dos mujeres, que se centraron en la persona que se adentraba y que no era otra que Montgomery, quien se quedó en medio del salón para contemplar a Heather mientras la luz del ventanal recortaba su silueta. Estaba radiante con aquel vestido en un tono verde y el cabello recogido de manera informal, salvo por algunos rizos que le caían desmadejados a ambos lados del rostro. Los ojos de ella lo escrutaban con una mezcla de expectación y cierta rabia. Montgomery se preguntó si acababa de interrumpir algo por la manera en que lo contemplaba.

—Señoritas, lamento la intromisión. Solo pasaba para recordarles que esta noche tenemos una invitación para acudir a un baile de máscaras en el palacio real. Creo que ya se lo comenté hace algunos días...

Heather le sostuvo la mirada sin decir nada. Katherine tenía razón en lo que le había contado antes de que él llegara: su principal problema en París era que no sabía cómo tratar con las emociones que Montgomery despertaba en ella. Por ese motivo se había mostrado tan reacia a abandonar Port Royal e irse con él, porque la aterraba lo que no podía controlar, lo que él le provocaba.

—Sí, de eso estábamos hablando en este preciso instante —comentó Katherine al ver que Heather parecía haberse quedado muda, y no sabía si era por la aparición de lord Ascroft o por la velada de esa noche.

—Bien, solo quería recordárselo. Imagino que ya tendrán sus vestidos y máscaras listas. —Montgomery desvió la atención hacia Katherine al darse cuenta de que Heather parecía seguir perdida en sus propios pensamientos—. Si necesitan algo, solo tienen que pedirlo.

La señorita Brooke asintió, pero sin pronunciar ni una sola palabra. Prefería limitarse a escuchar las explicaciones de Montgomery. No, no había olvidado el baile de antifaces de esa noche en el palacio real y casi prefería pensar en eso que en él. Lo observó contemplarla de manera intrigante. Apostaría una bolsa de monedas a que se estaba preguntando qué diablos le sucedía. Pero ella no diría nada. No iba a confesarle aquellos temores que guardaban relación con lo que sentía por él. Por ese motivo permaneció callada y con la mirada algo ausente en tanto esperaba a que él se marchara. Y cuando la puerta se cerró tras él, Heather resopló aliviada bajo la atenta mirada de su amiga.

—¿Puedo saber a qué ha venido ese silencio? Me he fijado en la manera en la que te miraba, como si aguardara que dijeras algo de un momento a otro. Pero tú, en cambio, has permanecido ausente mientras él estaba aquí. Esperaba que hablaras.

—¿Por qué? No ha hecho falta. Ya lo has hecho tú.

—Tienes un grave problema con lord Ascroft, querida.

—No me digas.

—Sí, sí te digo. Te estás enamorando de él y descubrirlo te aterra —Katherine se incorporó de la silla y caminó hacia Heather, que le devolvía una mirada de incredulidad.

—¿De qué demonios me estás hablando? ¿Enamorarme yo de lord Ascroft? Has perdido el juicio, Kitty —le aseguró volviendo a llamarla por el nombre con el que la había conocido en Tortuga.

—No, no lo he perdido. Pero tú vas camino de hacerlo si no enfrentas la verdad.

—¿Y cuál es esa verdad según tú, que parece saberlo todo? —Heather se mostró irónica y mordaz. Era su manera de defenderse de lo que experimentaba, de lo que sabía que le diría su amiga.

—Acabo de explicártelo, pero no parece que quieras reconocerlo. Cuanto más tardes en hacerlo, más lo harás en volver a ser la mujer que conocí. Debo irme a comprobar que toda mi ropa está dispuesta para el baile. —Katherine le lanzó una última mirada mientras se recogía el vestido y abandonaba la estancia para dejar sola a Heather.

La señorita Brooke se volvió hacia una de las sillas y se sentó. Cerró los ojos y apoyó una mano sobre su frente en un vano intento por no pensar en Montgomery ni en nada relacionado con él. No quería arrepentirse de haberlo seguido hasta allí porque después de todo esa estadía en París no estaba siendo tan mala. Solo tenía que ser capaz de controlar sus propias emociones cuando Montgomery estuviera cerca de ella. Pero hasta el momento no había podido conseguirlo, aunque esperaba poder dominarlo con el tiempo. Por lo pronto pensaba divertirse y disfrutar del baile de máscaras de esa noche.

CAPÍTULO 15

Llegaron al palacio de Versalles en sendos carruajes para la ocasión. Morgan conducía el de su señora, quien iba acompañada por Katherine. La había preferido antes que a Montgomery, hecho que la muchacha no parecía compartir, pues miraba a Heather en busca de una explicación. Aunque no parecía muy dispuesta a darla. Mantenía la vista fija en la ventanilla del carro como una manera de disuadir a Katherine de que hiciera cualquier comentario.

Heather y Montgomery habían intercambiado miradas momentos antes de abandonar la casa. Ella había percibido la curiosidad, la emoción y el deseo en los ojos oscuros de él. Su sonrisa cálida podía fundir el corazón de una dama. Por ese motivo ella se había apartado en cuanto había sentido que el calor se extendía por todo su pecho. Se había subido al vehículo y había cerrado a puerta para esperar a que iniciaran el trayecto.

Él estaba muy elegante en aquel atuendo con una capa echada por los hombros, un sombrero de tres picos de corte veneciano y una máscara de color blanco que llevaba en la mano junto a un bastón, más como adorno que porque en verdad lo pudiera necesitar para apoyarse al caminar. Aunque bien podría tratarse de un arma por si la noche se complicaba. Sin duda Montgomery era todo un encanto, pero no para una mujer como ella.

Estaba confundido, crispado, sorprendido. Infinidad de emociones se agolpaban en él en ese preciso instante. Nada más ver a Heather esa noche, con aquel vestido tan elegante y vaporoso, no había podido apartar los ojos de ella, de su distinguida presencia, de la fuerza que irradiaba. Estaba atractiva, sensual y hasta cierto punto pecaminosa. Sintió una punzada de celos al pensar que serían muchos los que la contemplarían, los que la agasajarían con cumplidos y la tendrían en sus brazos al bailar con ella o incluso para pasear por los jardines del palacio de Versalles. De seguro se perderían en la intimidad de esas calles laberínticas y tratarían de seducirla. Pensar de esa manera en Heather le hizo apretar los dientes y cerrar la mano con fuerza ante el asombro de Derrick.

—¿Qué te sucede? Sin duda estás nervioso e incluso molesto. ¿Es por ella?

Montgomery desvió la atención de la ventanilla del carruaje hacia su amigo.

—¿A qué viene tu cuestionamiento?

—Te lo pregunto porque, desde que salimos de casa y nos subimos al carruaje, no has dicho una sola palabra y porque no has apartado la vista de la ventanilla. Sin mencionar que aprietas los dientes y la mano. Hasta tienes los nudillos pálidos.

Montgomery sonrió ante aquellas apreciaciones.

—Tienes razón.

—¿Es por Heather?

Asintió en silencio, con los labios apretados en un gesto de desconcierto. Por fortuna el coche se detuvo y alguien abrió la puerta para que salieran. La buscó con la mirada y, cuando la encontró, ella caminaba del brazo de Katherine, bajo el atento seguimiento de Morgan.

Resopló un instante. No sería nada fácil conseguir que ella no se convirtiera en el centro de atención de aquella velada.

—Deja que te diga que, o bien pones tus cartas sobre la mesa y le confiesas lo que sientes, o...

—O nada —lo cortó Montgomery al tiempo que sacudía la cabeza—. Ella no tiene la intención de formalizar una relación. Me quedó claro hace tiempo.

—Tal vez fuera así en su momento, pero estoy seguro de que al final aceptará. Ahora dime: ¿estás dispuesto a pedirle que se quede a tu lado?, ¿que se case contigo?

Lord Ascroft detuvo sus pasos en la entrada del palacio. Sacudió la cabeza sin entender aquella pregunta de Derrick. ¿Cómo se le había ocurrido pensar en algo así?

—¿Qué dices? Lo cierto es que no me he planteado semejante posibilidad con ella. Además, ya te he dicho que no le interesa iniciar un romance conmigo, de manera que cuestiones como esa sobran. Y ahora sería mejor que entráramos.

Montgomery agitó su máscara, pero no se la colocó. Primero debía saludar a su majestad y a Jacobo Estuardo. Era consciente de que los entresijos políticos de esa noche no le dejarían mucho tiempo libre para estar con Heather. Se acercó a Morgan antes de que lo engullera el ambiente de fiesta que ya se respiraba en los alrededores del palacio.

—Manténgase cerca de las dos. Yo no creo que pueda, dado que me reclamarán para debatir sobre asuntos políticos.

—Quédese tranquilo, lord Ascroft, no me apartaré de ellas.

—Si nos necesita por cualquier motivo, búsqenos.

—Lo haré. Pero le repito que se queden tranquilos. Aunque ya conoce a Heather, no creo que precise demasiada ayuda —recalcó Morgan en tanto arqueaba las cejas.

—Lo sé. Sin embargo... manténgase cerca.

—Descuide. —Morgan se alejó de Montgomery y de Derrick, se cubrió el rostro con un antifaz y se movió entre los invitados sin perder de vista a su señora y a Katherine.

Heather se había desentendido de Montgomery nada más llegar a la entrada del palacio de Versalles. El ambiente era espectacular a esas horas. Sin duda la fiesta de su majestad había congregado a infinidad de miembros de la aristocracia francesa. Heather se cubrió el rostro con la máscara y, en compañía de Katherine, se adentró en la ebullición que representaba en ese momento la noche. Sonrió risueña al disponerse a disfrutar de aquella velada y olvidarse de todo lo demás, en especial de Montgomery.

Lord Ascroft caminaba en compañía de Derrick cuando Jacobo Estuardo captó su atención al hacerle una señal para que se acercara. Se encontraba en compañía de varios nobles, entre ellos Richard Mortimer, con quien Montgomery no había vuelto a coincidir desde que había regresado a París.

—Celebro verlo esta noche, lord Ascroft. Ah, pero pensaba que vendrían acompañado por dos damas —apreció Mortimer al ver a Derrick.

—Y lo hemos hecho, Richard, pero han preferido adentrarse en el jolgorio que representa la mascarada. Las cuestiones políticas las aburren.

—La política siempre aburre a las damas. Dígame, ¿qué tal encontró todo a su regreso de Port Royal? Supongo que habrá conocido al nuevo gobernador enviado por Londres. —Había un toque irónico en el comentario de Jacobo Estuardo, así como un gesto bastante explícito en su rostro.

—Así es. Pero apenas he tenido tiempo para charlar con él, dado que abandoné Port Royal en cuanto me fue posible.

—Lo entiendo.

—En Londres están revueltos y nerviosos por acabar con la piratería en aquellas aguas. Se rumorea que el capitán de *La Bella Helena* vendió su navío en Tortuga. De ese modo nadie logrará atraparlo. —Richard esbozó una sonrisa algo comedida pero no exenta de ironía. Tras la conversación que había mantenido con Montgomery al respecto de la verdadera identidad de ese corsario, no le cabía la menor duda de que su amigo estaba detrás de aquella maniobra.

—¿En serio? Desconocía que hubiera llegado a ese extremo. Bueno, en ese caso, el gobierno de Londres no podrá apresar al auténtico capitán —respondió Montgomery en tanto observaba a su amigo con toda intención.

—Lástima que no logró convencer a los corsarios de que lucharan en mi favor, lord Ascroft. De haberlo hecho, estoy seguro de que el resultado de la contienda habría sido distinto —se lamentó Jacobo, que frunció los labios en un gesto de decepción.

—¿Qué noticias hay de Inglaterra? —intervino Derrick en un intento por dejar a los piratas y en especial a Heather Brooke al margen de la conversación.

Richard hizo una mueca bastante concluyente mientras Jacobo sacudía la cabeza para dar a entender que no había mucho que hacer para restaurar la casa Estuardo.

—La situación está calmada ahora que la rebelión ha terminado. Por el momento no hay nadie que pretenda izar el estandarte de mi familia para reclamar el trono en mi nombre —aseguró Jacobo—. Toca esperar por ahora.

—¿Y Francia? ¿No piensa intervenir? —preguntó Derrick.

—El rey Luis nos ha facilitado asilo, que no es poco, pero no va a contribuir con tropas o armas si es lo que está sugiriendo. No, Francia no quiere iniciar una guerra con Inglaterra por el tema escocés. Y ahora sería más acertado dejar la política y divertirnos, caballeros. Estamos en un baile de máscaras.

Jacobo se retiró acompañado por sus más fervientes seguidores y dejó a Montgomery en compañía de Derrick y Richard.

—Todo parece perdido —comentó Ascroft en tanto contemplaba a Jacobo alejarse.

—Sí, esa es la impresión por ahora. Guillermo de Orange se ha asentado en el trono y cuenta con el apoyo de *tories* y *whigs*, las dos facciones políticas. Creo que pasarán unos cuantos años antes de que un Estuardo se vuelva a sentar en el trono de las islas.

—Conuerdo.

—Y ahora cuéntame qué diablos es eso de que *La Bella Helena* ha cambiado de manos —le comentó Richard, que esgrimía una sonrisa cínica al tiempo que lo señalaba con el dedo como si lo acusara de algo—. ¿Ha venido esta noche con ustedes?

—Sí, se encuentra por ahí. —Montgomery no le dio demasiada importancia al hecho, sino que se limitó a hacer un gesto con el mentón hacia la multitud que aplaudía, vociferaba y bailaba. No sabía con exactitud dónde se hallaba ella, ni creía que buscarla fuera lo más acertado. No deseaba dar la imagen de alguien desesperado por ella. No, ella sabía protegerse sola.

—¿Ha dejado la piratería?

—Sí. Vendió el navío y vino a Francia conmigo.

—¿Pretende quedarse en París?

—No estoy seguro. En un principio la convencí de que regresara a Irlanda y reclamara sus posesiones allí antes de que el gobierno y el rey se las quiten. Pero, después de llevar un mes en París, comienzo a tener serias dudas de que vaya a hacerlo.

—¿Y tú? ¿Has pensado en quedarte aquí o en regresar a las islas?

—Con las noticias que hay..., sería mejor no pisar Inglaterra durante una temporada. Por cierto, ¿qué ha sido de lord Holbrook?

—Bueno, al parecer anda bastante atareado con ciertos asuntos que tienen que ver con los piratas.

—Le dejé por escrito mis impresiones al gobernador. Supongo que se las habrá hecho llegar. Le aseguré que una pista me llevaba a Francia, que era donde se escondía el verdadero capitán de *La Bella Helena*. Después de todo, el rey parece interesado en él, y yo tenía que inventarme una excusa para sacar a Heather de Port Royal.

—Pero el navío...

—Supongo que seguirá surcando las aguas del Caribe bajo el mando de otro capitán y con otra tripulación. Es todo lo que puedo decirte.

—¿Qué harás con Lord Holbrook? —interrogó Richard.

—Si vuelve a molestarme, le diré que la pista se pierde aquí en París y que no es nada fácil dar con el capitán. O bien que mis informantes no han logrado averiguar nada provechoso. Ese tema me preocupa poco a estas alturas.

—¿Y ella?

Montgomery tomó aire y bajó la vista hacia la máscara que sostenía entre las manos en tanto le daba vueltas sin saber qué hacer. Parecía estar sopesando las posibilidades que se abrían ante él, pero no era cierto. Solo existía una posibilidad y era que Heather Brooke no era la mujer destinada para él.

—No tengo ni idea de lo que hará, ya te lo he dicho. Deberíamos dejar de hablar de ella y tomarnos una copa. Como dijo su majestad Jacobo, estamos en un baile de máscaras, así que es mejor divertirse, ¿no crees?

Montgomery se colocó el antifaz y comenzó a moverse por el salón y los pasillos aledaños. No iba en busca de Heather, pero su propio inconsciente parecía traicionarlo porque, a cada paso que daba, intentaba vislumbrarla a través del relativo anonimato que le otorgaba aquel disfraz.

* * *

Heather se había involucrado en el baile, deseosa de escapar de los agobios de los pasados días, en los que no había dejado de pensar en su estancia en París y en la presencia de Montgomery. No habían vuelto a hablar de la residencia de ella en Irlanda, ni de su intención de zarpar hacia las islas. Los días habían transcurrido como si ella diera por hecho que iba a quedarse en aquella casa que lord Ascroft tenía y en la que la joven no dejaba de ser una mera invitada. Aunque se encontraba a gusto, no podía evitar que la presencia de él le alterara el ánimo. Deseaba no haber sentido nada por él desde que lo había conocido, pero todo se había desarrollado de una manera que no lograba entender y entonces poco o nada le importaba. Asegurar que se había enamorado de él podría ser una conclusión muy arriesgada, pero... quizás acertada.

Estaba callada, perdida en esos pensamientos y ajena por tanto a la aparición del hombre que se situó a su lado y la observó con curiosidad desde detrás de la máscara.

Heather le lanzó una mirada por el rabillo del ojo, pero no se movió. Se sintió aliviada cuando descubrió que no era Montgomery, sino algún otro invitado ansioso por acercarse hasta ella. ¿La conocería?, se preguntó sin variar su postura un ápice y a la espera de que fuera él quien mostrara sus cartas.

—No esperaba verla aquí —dijo el extraño de repente, lo que obligó a Heather a fruncir el ceño.

—¿Nos conocemos, *monsieur*?

—Debo decir que sí.

—En ese caso, ¿qué quiere?

Heather seguía con la vista al frente mientras sujetaba su máscara con la mano sin apartarla del rostro. Le gustaba mantenerse oculta tras aquel accesorio sin revelarse todavía.

—Bailar con usted estaría bien —le pidió con una reverencia, algo a lo que ella no pudo negarse. Aquel desconocido parecía conocerla, o al menos eso creía.

Heather se volvió hacia él de cuerpo entero sin correr el antifaz. Le tendió la mano para que él la tomara y juntos fueran al salón de baile. Debía reconocer que todo aquello le divertía e incluso había conseguido hacerle olvidar a Montgomery.

Lord Ascroft la vio avanzar hacia el salón de baile acompañada sin perder detalle de la escena, como cabía esperar de él. De manera casi imperceptible, se fue abriendo paso entre el bosque de cuerpos que se extendía ante él y, cuando tuvo una visión nítida de Heather y su compañero, pareció darse por satisfecho. Se apoyó contra una columna y no apartó la atención de ella. La contempló bailar con soltura y desparpajo, sonreír e incluso coquetear con su pareja de baile. Lo que Montgomery no lograba entender era por qué él se comportaba de aquella manera tan infantil y estúpida. Heather no era su amante, ni su dama, ni mucho menos su prometida. Era una mujer libre que podía hacer lo que le viniera en gana, como de hecho estaba haciendo.

El baile continuó sin que ninguno de los dos hablara y, solo cuando concluyó, el hombre se inclinó con elegancia ante la señorita Brooke.

—¿Me concede unos minutos a solas?

Heather se sobresaltó ante aquella invitación. ¿Qué pretendía aquel desconocido? Lo único que ella tenía claro era su nacionalidad: francesa, dado su acento y entonación.

—¿Qué busca conseguir?

—Conversar con usted a solas.

—No tengo por qué hacerlo, ni con usted ni con ningún otro. De manera que tiene dos opciones: o me dice aquí y ahora lo que quiera decirme o consigue otra joven dama a la que impresionar con sus modales.

Heather se mostró fría y autoritaria con aquel desconocido. La escena no pasó desapercibida para el propio Montgomery, quien observaba a Heather gesticular como si estuviera algo molesta con aquel extraño. Quiso intervenir y acercarse a ella, pero al último momento decidió no hacerlo y dejar que fuera ella la que librara sus propias batallas. Suponía que no le haría ni pizca de gracia que él apareciera para rescatarla. No, se quedaría allí apoyado contra la columna y disfrutaría de la vista.

—Veo que, pese a la distancia, sigue dando órdenes como si estuviese a bordo de su navío o en una taberna en Tortuga.

A Heather aquella confesión le heló la sangre. Un escalofrío le reptó por la espalda y se abrió camino hasta erizarle el vello de la nuca. Se aferró con fuerza a la máscara y entrecerró los ojos para observar con atención a aquel enmascarado que parecía conocerla muy bien. En un arranque de furia, bajó el brazo en cuya mano sostenía el antifaz para revelar una mirada fría.

—No sé de qué me habla. Nunca he tenido un barco, ni mucho menos he dado órdenes a nadie, ni he estado en Tortuga, *monsieur*.

Con lentitud, el misterioso hombre deslizó su propia máscara para revelar un rostro bien conocido por Heather, quien sintió como si el cuerpo se le congelara por la impresión que acababa de causarle. Cómo no hacerlo, si ella misma le había marcado la cara con su acero aquella noche en Tortuga, cuando él había acusado a Kitty de ladrona.

—Usted...

—Hola, capitana Brooke. —El hombre se inclinó con respeto una vez más en un intento por darle un beso en la mano que ella rechazó.

—¿Qué hace aquí? —La joven arqueó una ceja con suspicacia y empleó un tono firme.

—Divertirme, igual que usted. ¿Acaso no puedo?

Heather entrecerró los ojos sin apartar la mirada de aquel corsario francés.

—Pues siga haciéndolo... sin mí. —Heather trató de zafarse de su compañía, pero la mano de él la retuvo y la atrajo. Ella levantó la mirada hacia el rostro de él—. Quítame las manos de encima ahora mismo.

La señorita Brooke le sostuvo la mirada sin importarle para nada que él la siguiera apresando, ni la sonrisa socarrona que exhibía.

—¿Pretende armar un escándalo? ¿Usted? ¿La capitana de *La Bella Helena*? Estoy seguro de que, entre todos estos invitados, habrá al menos un puñado a quienes les gustaría saber quién es usted y lo que les ha hecho a sus barcos, incluidos ambos reyes aquí presentes.

—¿Y qué me dice de usted? ¿Quiere que sepan quién es en verdad?

Heather sonrió cínica mientras se apretaba contra el cuerpo del corsario, quien sintió al momento que algo punzante le oprimía el vientre. Ella se encaró con él al tiempo que sonreía de manera melosa.

—Un pirata al servicio del rey de Francia. No como usted, mi querida señorita Brooke, por cuya cabeza pagaría un elevado precio el rey de Inglaterra.

—Me da igual que sea un corsario al servicio del rey de Francia o de Orange. Pero, ya puestos, yo podría decir que respondo al rey Jacobo.

—¿Estuardo? Ni siquiera tiene un trono en el que sentarse. Sus propios súbditos lo expulsaron de Inglaterra, y ha venido a refugiarse a la corte francesa —le recordó con ironía—. Escúcheme, puedo olvidar mi deuda con usted si me devuelve a su amiga, la que me arrebató. Y puedo también olvidarme de que la he visto esta noche aquí.

—Haría bien en recordar quién le dejó esa marca en la mejilla: la misma persona que ahora lo presiona con una daga. Un solo movimiento y no vacilaré en hacerle otro corte como el que tiene en la cara. Pero en esta ocasión no vivirá lo suficiente para verlo. Podemos hablar como gente civilizada o comportarnos como lo que en realidad somos. —Heather presionó la punta del arma contra él—. Usted lo ha dicho. Esto no es Tortuga, pero sigo siendo una mujer desconfiada y con recursos. Una dama debe protegerse hoy en día. Reconozco que los abanicos y los soportes de las máscaras son perfectos para esconder armas.

—Una vez más, vuelve a sorprenderme.

—No habrá una tercera, de manera que olvídese de mí y de Kitty.

—No olvido la firma que me dejó en el rostro, ni que me arrebató a aquella mujer. Por cierto, la he visto esta noche. Ha prosperado. Una ramera de Tortuga convertida en toda una dama francesa.

—Queda advertido. Ahora regrese al baile y aléjese de mí.

Heather se apartó sin que él la retuviera en esa ocasión. Deslizó la daga bajo el soporte del antifaz con un gesto rápido e imperceptible y, sin preocuparse por cubrirse el rostro, caminó lejos del corsario francés y del salón bajo la atenta mirada de Montgomery. Él la siguió hasta la puerta del palacio y luego más allá, hacia los jardines.

Heather abandonó con paso presuroso el interior del palacio de Versalles. ¿Qué importaba a esas alturas que su viejo amigo, el corsario francés, la hubiese reconocido? No le había comentado nada a Morgan al abandonar la estancia, solo que necesitaba tomar aire. Tampoco le había pedido que le echara un ojo a Kitty porque sabía que lo haría. E incluso el propio Derrick estaría pendiente de ella.

Caminaba ajena a las miradas y comentarios de aquellos con los que se topaba. Estaba ofuscada. El pelo se le había soltado y ondeaba libre sobre sus hombros hasta caerle en cascada sobre la espalda. El pecho se le agitaba en demasía, hasta creer que le estallaría de un momento a otro. ¿Por qué se sentía presa de aquella inquietud? En otros momentos se habría mostrado más comedida y fría, pero entonces... De repente sintió que una mano la retenía en medio de la alocada huida y la obligaba a darse vuelta. En un rápido movimiento, ella extrajo la daga escondida y la esgrimió ante su oponente, dispuesta a todo. Pero, cuando reconoció el rostro de Montgomery, que la contemplaba con una mezcla de desconcierto y temor, se sobresaltó y dejó que la daga cayera sobre el mullido césped.

—¿Puedo saber qué te sucede? Estás temblando, Heather.

Ella cerró los ojos en tanto trataba de recomponerse. Quiso detener los latidos de su corazón. Estaba tiritando de pies a cabeza bajo la atenta mirada de él.

Montgomery se acercó lo justo para posar las manos sobre sus hombros y tratar de tranquilizarla. Cuando ella abrió los ojos, le devolvieron una mirada brillante.

—No me pasa nada. Solo quería estar a solas —se disculpó ella al tiempo que se alejaba de él para que la dejara tranquila.

—No es la impresión que acabas de darme —le rebatió Montgomery mientras sentía la mirada de curiosidad de ella. Se agachó para recoger la daga y, tras sopesarla en la mano, se la devolvió —. ¿De quién huías? Te he visto abandonar el interior del palacio como si el diablo te persiguiera. Ya sé que estás en tu derecho de no contármelo y de decirme que me meta en mis asuntos, pero tú eres uno de ellos y por lo tanto me preocupa.

La manera tan directa de dirigirse a ella y de contemplarla hicieron que Heather se estremeciera. No esperaba que él se mostrara tan honesto. ¿Era uno de sus asuntos?

—No es algo por lo que debas preocuparte.

Montgomery asintió con los labios fruncidos en una mueca de desconcierto.

—Como quieras.

Se alejó sin decir una sola palabra más. Él estaba en lo cierto con respecto a ella: el orgullo no le dejaba ver más allá de la realidad. Tal vez después de todo fuera una pérdida de tiempo tratar de hacerle entender cuánto le importaba. Se distanció sin volver la vista hacia atrás. Era una mujer autosuficiente después de todo. ¿Quién más sería capaz de mandar en un barco repleto de hombres reclutados en los puertos del Caribe? Ella, la capitana de *La Bella Helena*, no necesitaba que nadie la protegiera.

Heather lo contempló alejarse sin decirle nada más, sin que siquiera se molestara en volverse hacia ella una última vez, lo que la encendió más todavía. Estaba enfadada consigo misma por sentir aquello por él. ¡Maldita fuera! ¿Por qué diablos le importaba lo que él pudiera sentir por ella? En un arranque de furia o de vanidad apasionada, ella comenzó a caminar tras él mientras se sujetaba el vestido para poder ir más rápido y no perderlo de vista.

—¡Lord Ascroft!

Cuando él escuchó su nombre, no pudo evitar sonreír y sentirse aliviado. Giró de inmediato para verla avanzar con el vestido recogido y la máscara en una mano. El pelo suelto le flotaba sobre los hombros, los ojos le centelleaban de rabia, tenía los labios entreabiertos y el rostro encendido por el esfuerzo de caminar deprisa con tanta ropa, algo a lo que ella no estaba acostumbrada. Estaba deliciosa, exquisita y sensual, como nunca antes.

—¿Sucede algo? —Montgomery frunció el ceño y cruzó los brazos sobre el pecho para adoptar una postura de interés.

Heather se detuvo ante él y se tomó unos segundos para recuperar el aliento. Sentía el escote del vestido hincharse más de lo permitido. Deslizó el nudo que le apretaba la garganta y se humedeció los labios con lentitud. Quería ordenar sus pensamientos, pero, con él allí delante, le resultaba imposible hacerlo. ¿Por qué no podía comportarse como la mujer que habitaba en ella, como la capitana de *La Bella Helena*?

—Lamento mi desplante.

—Ah, ¿te refieres a cuando me aseguraste que no me incumbe tu bienestar? —Montgomery entornó la mirada hacia ella e intentó no reírse de aquella situación. Creía recordar que era la primera vez que ella le pedía disculpas.

—Sí. Te agradezco que muestres interés por mí, pero... —lo contempló alzar las cejas hasta formar un arco, expectante por lo que ella tuviera que decir. Heather sacudió la cabeza, resopló y relajó los hombros—. Me he reencontrado con una vieja amistad del pasado.

—¿Con quién? ¿Aquí en Versalles? —preguntó Montgomery sin poder salir del asombro.

—Ya sé que suena extraño dado quién soy —ironizó con una sonrisa—. El hombre de cuyas manos arrebaté a Kitty.

—¿Qué hace alguien como él en el palacio del rey Luis?

Heather sacudió la cabeza sin poder creerlo ella misma. Sonrió risueña y se mordisqueó el labio con gesto pensativo.

—Es un corsario al servicio del rey, por eso se encuentra aquí.

—¿Qué es lo que ha sucedido con él para que salieras huyendo al jardín?

—No estaba huyendo, no te confundas. —Heather dio un paso al frente y se envaró con orgullo, presta a rebatir cualquier palabra de Montgomery.

Él la contempló ensimismado. Se mostraba arrogante y temeraria en todo momento. ¡Por San Jorge que en su vida había conocido a una mujer así! ¡Y a fe que estaba dispuesto a no dejarla escapar!

—Tienes razón. No eres la clase de persona que salga huyendo. Dime, ¿era el tipo con el que te he visto bailar?

—¿Desde cuándo me espías? —Ella adoptó una postura que a él lo terminó de convencer de que Heather merecía ser amada y besada solo por él.

La joven sintió el calor expandirse por el interior de su pecho y asentarse de una manera bastante significativa en el lado izquierdo. Se humedeció los labios, dispuesta a seguir hablando, pero el semblante de él se lo impidió.

—No te espío. ¿Por quién me tomas? Que estuviera mirando hacia el salón de baile y justo te viera, no creo que signifique nada más.

—De acuerdo. Sí, era él. Me reconoció y me pidió danzar. Y también ha reconocido a Kitty.

—¿Qué pretende?

—Amenaza con revelar mi verdadera identidad ante todos los presentes como venganza por lo que le hice.

—¿Eso te preocupa? ¿Quién puede relacionarte con *La Bella Helena* a estas alturas? De todas formas, no creo que sean muchos los que le presten atención. Tú misma acabas de decir que es un corsario al servicio del rey.

—Sí. Pero, si lo sé, es porque yo también he frecuentado esos ambientes —le recordó ella.

—Bueno, si te acusa de algo así, siempre puedes sentirte ofendida y montar un escándalo para desacreditarlo. Incluso podrías retarlo a un duelo de espadas al amanecer en el bosque de Boulogne.

—¿De qué diablos...?

—Eso o marcharnos ahora mismo de este lugar. París es muy grande para dar contigo una segunda vez, Heather. También podríamos zarpar rumbo a Irlanda.

Ella permaneció pensativa en todo momento mientras escuchaba lo que le sugería.

—No, no quiero regresar a casa. Lo he estado pensando durante todo este tiempo que llevamos en París y...

—¿Qué es lo que pretendes? ¿Quedarte aquí y renunciar a tus posesiones en la isla?

Levantó la mirada hacia Montgomery mientras resoplaba.

—Creo que sería lo mejor. No tengo intención de retornar a un país que no tiene nada que ver con el que yo conocí, ni a un hogar que no puedo llamar tal. He decidido vender mis posesiones en Irlanda y establecerme en Francia, cerca del mar. Enviaré a Morgan en mi nombre para que lo gestione todo.

Había un toque de esperanza y anhelo en aquellas palabras que Montgomery no pasó por alto. Esa confesión tan inesperada por parte de Heather acababa de dejarlo mudo, sin reacción.

—Si es lo que deseas...

—Lo es.

—En ese caso, no tengo más que decirte, Heather.

Ella lo contempló mientras él parecía dudar de todo aquello.

—¿Y qué piensas hacer con ese corsario francés?

La señorita Brooke sacudió la cabeza.

—Nada. No me interesa lo más mínimo. No voy a remover el pasado.

—Pero él intentará cobrarse tu afrenta, no lo olvides.

—No creo que se atreva.

—No estés tan segura —le advirtió al tiempo que hacía un gesto con la cabeza hacia el corrillo de personas que parecía estar aguardándola a la entrada del palacio con gestos de sorpresa en sus rostros. Algunos se permitían señalarla sin recato y, en medio de todos ellos, había un hombre con la mejilla partida en dos. A Montgomery no le resultó difícil deducir quién era: el pirata con el que Heather había tenido sus momentos malos y buenos. El maldito reía mientras la señalaba con una mano y, en la otra, sostenía una copa.

Heather caminó despacio con Montgomery en tanto escuchaba las risas del grupo de invitados allí congregados y percibía las miradas de asombro y los gestos de incredulidad. Las damas incluso murmuraban detrás de los abanicos y arqueaban las cejas en señal de escándalo.

Lord Ascroft deslizó la mano por debajo del brazo de Heather sin que ella lo esperara. Aún más le asombró que él se le pegara con cierto descaro.

—Creo que tu querido amigo ha cumplido con su amenaza. Estate preparada.

Heather apretó los dientes con rabia. Sí, al parecer había cumplido con aquel chantaje y le había contado a la gente quién era ella. Pero ¿lo creerían? A juzgar por la manera en que la contemplaban y murmuraban, sí, así había sido. Era hora de que ella adoptara la pose de dama ofendida y, si no había otra salida, entonces terminaría lo que había dejado a medias en una lóbrega y sucia taberna en Tortuga.

La joven avanzó con paso firme hacia el nutrido grupo sin prestar atención a los cuchicheos y, cuando quedó justo frente a su viejo amigo, aquel se limitó a sonreír.

—Celebro verla de nuevo, *mademoiselle*.

—¿A qué debo esta reunión? ¿Es acaso el nuevo bufón de su majestad? —Heather optó por emplear un tono irónico y jocosos para hacerle ver no temía nada de lo que él pudiera acusarla.

—No. Solo estaba aquí hablando de usted con unas cuantas amistades.

—Debo de ser muy interesante para que todas estas personas me contemplen como si fuera un trofeo.

Heather sacudió la cabeza y continuó su camino hacia el interior del palacio, ajena por completo al escrutinio y las acotaciones de los allí presentes. Pero aquel pirata no iba a permitir que saliera airosa de aquella encerrona, y ella lo sabía.

—Ya lo creo, capitana.

Durante un segundo o tal vez dos, se hizo un silencio total. Heather volvió el rostro para lanzar

una mirada llena de asombro hacia el francés. Parpadeó varias veces y mostró una mezcla de indiferencia y diversión.

—¿Cómo se ha referido a mí?

—Oh, vamos, no se haga la sorprendida conmigo ni con estos invitados. Me deja en una mala posición —le aseguró con una sonrisa mientras extendía los brazos hacia la concurrencia.

Montgomery permanecía en silencio en todo momento. Había preferido quedarse en un segundo plano porque sabía que a Heather no le haría gracia que él diera la cara por ella.

—Tal vez porque les cuenta historias que no son ciertas.

Heather volvió a girarse con la intención de marcharse, pero la voz de su viejo amigo la retuvo.

—Ambos hemos bebido vino y hemos contado nuestras aventuras por el Caribe a la luz de la velas en las tabernas de Tortuga. Yo no tengo reparo en afirmar que he sido corsario al servicio del rey Luis, ¿y usted?

La señorita Brooke se había convertido en el centro de atención de la velada y, a medida que pasaban los minutos y Malvoisin elevaba la voz, más y más curiosos acudían.

—Creo que su disfraz para esta noche se le ha subido a la cabeza, en serio.

—Heather Brooke, capitana de *La Bella Helena*, el barco pirata más perseguido durante años desde Port Royal a La Española. El más esperado en Tortuga por taberneros y prostitutas. ¡Brinde conmigo!

—No tengo por costumbre hacerlo con borrachos —le espetó en un arranque de furia. Comenzaba a cansarla aquella comedia y tenía ganas de terminarla. Se envaró ante él y bajó el tono de voz para que ninguno de los presentes la escuchara—. ¿Por qué no les cuenta también quién le dejó esa firma estampada en la cara, eh? —Heather levantó la mirada hacia el francés, sabedora de que no confesaría que una mujer lo había derrotado.

—Me arrebató a esa mujerzuela en una taberna en Tortuga. Kitty se llama, ¿verdad? Me la debe —aseguró al señalar a Katherine, quien estaba en compañía de Derrick. Habían acudido al ver el gran número de asistentes que se habían acercado a la entrada de la casa desde los jardines. Pero ninguno de ellos pudo creer lo que estaban viendo y oyendo.

Malvoisin luego se centró en Heather, extrajo su espada de la vaina y la esgrimió ante la sorpresa de todos los reunidos. Montgomery se sobresaltó al ver la situación en la que quedaba Heather y dio un paso al frente para intervenir, pero un rápido vistazo de parte de ella lo detuvo en seco. Allí estaba ella, de pie, con el mentón erguido en señal de orgullo ante el francés, cuyo acero la apuntaba de manera directa.

—Vamos, no sea remisa a tomar una espada. Terminemos lo que quedó pendiente aquella noche en Tortuga. Que Kitty sea para el vencedor —le dijo al lanzarle una mirada al premio.

Derrick la sujetó por los brazos para evitar que saliera corriendo y se situara entre el acero del francés y Heather.

—Todo saldrá bien, confía en ella —le aseguró mientras la estrechaba contra sí mismo.

—Debió acabar con él cuando tuvo oportunidad —comentó Morgan a su lado—. Ahora tendrá que hacerlo.

La gente se había apartado con un ligero murmullo. La expectación dio paso al temor por cómo pudiera resolverse aquel conflicto. Algunos se preguntaban si lo que ese hombre aseguraba era cierto o si se trataba de una treta tras haber sido rechazado por aquella hermosa mujer. ¿Cómo iba a ser ella el temido y conocido capitán de *La Bella Helena*? Sin duda el asunto se debería a una cuestión de orgullo herido por parte de él. Pero lo había llevado demasiado lejos al amenazarla con una espada como lo estaba haciendo.

El corsario sonreía divertido. Estaba disfrutando de ver a Heather en aquella situación. Sin embargo, ella no mostraba ningún recelo, lo cual hacía que la satisfacción de él no fuera plena.

—¿No va a defenderse? ¿Ni a su amiga?

—Usted y yo sabemos que, si decido seguirle el juego, acabará muerto.

Aquella afirmación levantó una ola de exclamaciones. Algunos se rieron por la certeza y el aplomo que la joven mostraba. No era más que una bravuconada, comentaron otros. “No puede vencer a un hombre”, dijo alguien más. “¿Acaso conoce el arte de la esgrima?”, preguntó un caballero, no muy convencido.

—Pues hágalo. Claro que, si necesita un acicate... —El francés movió el sable y le rasgó la manga del vestido, lo que produjo una exclamación de los presentes.

Montgomery cerró la mano en torno al bastón de paseo que acompañaba su disfraz de noble veneciano. Quiso salir a batirse por ella, pero el temple de Heather lo dejó de piedra de nuevo.

—Está yendo demasiado lejos —acusó alguien entre la gente.

—Déjela en paz. ¿No ve que no es quien usted asegura que es? —le espetó un segundo con un deje burlón.

Pero él estaba seguro de quién era ella y de cuál era su jugada. No iba a presentar batalla para dejarlo en evidencia ante todos, por más que él quisiera desquitarse por lo sucedido en Tortuga aquella aciaga noche. Llevaría el recuerdo de ese encuentro hasta el fin de sus días.

—Ya que no parece tener ganas... —El corsario hizo ademán de volver a mover su espada, y

ella se apartó ligeramente.

—Ha errado, *monsieur* —se burló ella en tanto comenzaba a sentir cómo se le agitaba la sangre.

Montgomery captó su atención y le tendió el bastón. Cuando ella agarró la empuñadura, lord Ascroft tiró de la vaina para revelar el frío y brillante acero de un florete.

Una nueva exclamación de sorpresa inundó el espacio acotado por la gente para presenciar el duelo. Heather sonrió divertida e incluso traviesa. Esa vez no habría cuartel para él. No se conformaría con abrirle la otra mejilla.

—Parece que por fin se ha animado —comentó el pirata, que esgrimió el arma ante ella en tanto se movía en círculos con un brazo en alto.

Heather sonrió, inclinó la cabeza a modo de saludo y aguardó que su oponente lanzara el primer ataque, que no tardó en llegar. Ella lo paró sin esfuerzo. Montgomery no perdía detalle del combate, que de inmediato ella comenzó a ganar en agilidad, destreza y movimientos. Quedaba claro que no era una aprendiz ni una fanfarrona, como algunos habían comentado. Heather sabía de qué iba aquello y pronto comenzó a acortar la distancia con su contrincante y a hacerlo retroceder para sorpresa de aquel.

La contienda comenzó a trasladarse a los jardines de Versalles, lo que obligó a los espectadores a correr tras los combatientes. El corsario lanzó una estocada hasta el fondo que rasgó la tela del corpiño de Heather y, durante un momento, todo pareció detenerse: la gente y sus observaciones, las respiraciones, los parpadeos. Heather se llevó la mano a la herida y sintió un ligero escozor. Él había logrado hacerle un corte superficial gracias a la prenda, que había quedado inservible.

Montgomery cerró las manos en puños y apretó fuerte hasta sentir cómo las uñas se le clavaban en las palmas. El estado de nervios al que se veía sometido era indescriptible. Nunca se había sentido así antes de una batalla naval o de una refriega sobre la cubierta de un navío. Tal vez porque en aquellas ocasiones era él quien manejaba la situación, él formaba parte activa del conflicto. En ese momento, en cambio, se había vuelto un simple espectador, y la vida de una mujer estaba en juego.

Heather se movía con agilidad pese al vestido, lo cual no dejaba de ser sorprendente. La supuesta ventaja que podría haber obtenido el francés en ese sentido quedaba reducida con la rapidez de ella.

—Veo que se mueve bastante bien pese a estar enfundada en un vestido, capitana. Pero estoy seguro de que al final le pasará factura.

—Deje de hablar y defiéndase —le advirtió mientras estiraba el brazo al máximo hasta convertir el florete en una prolongación de su cuerpo y herir al francés en un costado.

Montigny apretó los dientes cuando sintió el frío acero: maldijo su propia torpeza. Se rehízo y contraatacó, dispuesto a terminar con aquello a toda costa. Ella se centró en parar los embates. Estaba furioso, y eso la favorecía porque significaba que cometería algún error de cálculo.

Montgomery apartaba a unos y a otros. Corría al lado de Heather sin dejar de prestarle atención y se detenía cuando ella lo hacía para frenar las estocadas del francés. Sentía temor por el desenlace. No soportaría perderla. La vio moverse con agilidad mientras sus cabellos se agitaban libres bajo el ligero viento nocturno que se había levantado. En el momento más inoportuno, resbaló sobre el césped sin llegar a caerse y quedó en cierta desventaja con respecto a su adversario, que se acercaba dispuesto a atravesarla. Heather lo vio claro. Se inclinó hacia la derecha lo justo para encontrar el flanco izquierdo de él desguarnecido y hundir el acero del sable con facilidad. Ella abrió los ojos como platos y dio un pequeño grito de triunfo acompañado por una sonora exclamación de los reunidos. Luego se dejó caer sobre el césped y quedó sentada con la espada en la mano, la mitad de aquella dentro del cuerpo del corsario. Durante una fracción de segundo, sus miradas se encontraron, y al instante él cayó de bruces en medio del silencio que reinaba.

Sin tiempo para nada más, Montgomery fue el primero en llegar hasta Heather y tomarla en brazos sin hacer caso ni a las protestas de ella, ni a las voces de los demás. En un alarde de fuerza y destreza, la llevó al interior del palacio sin que ninguno de los presentes se percatara de ello. La fiesta seguía en pleno apogeo y las parejas bailaban, charlaban, reían o se entregaban al juego de la seducción.

—¿Quieres bajarme de una vez?

Montgomery hizo oídos sordos a esa nueva protesta por parte de Heather y empujó una puerta en busca de un lugar vacío y tranquilo donde soltarla. La depositó con sumo cuidado en un sofá y luego se volvía hacia Morgan.

—Cierre la puerta y que nadie entre. Necesito saber cómo está esa herida. Me las apañaré con ella para curarla y luego nos marcharemos.

—No tienes derecho a darle órdenes a Morgan —le espetó ella, y caminó hacia él mientras la ira relampagueaba en su mirada. No obstante, de repente se sintió desfallecer y, de no ser por la rapidez de reflejos de Montgomery, ella habría yacido sobre el suelo.

—Hágame caso, Morgan. Y tenga preparado un coche.

—Como ordene.

Montgomery volvió a recostarla mientras ella sentía la cabeza darle vueltas.

—¿Me he desmayado?

—Todavía no, pero estás algo débil. Debe de ser por la sangre que has perdido —le comentó al echar un vistazo a la abertura del corpiño.

Heather suspiró cuando sintió las yemas de los dedos de él acariciarle la zona herida. No pudo evitar sentir un escalofrío y que la piel se le erizara con suave tacto de sus manos.

—Por suerte es un corte superficial. Sin duda el corpiño ha hecho de escudo. De haber llevado una tela más fina, el resultado podría haber sido diferente. No te muevas —le advirtió en tanto la contemplaba con determinación y la señalaba con un dedo en claro gesto de amenaza.

—No pienso hacerlo. Creo que me gusta esta situación.

Montgomery buscó algo de alcohol para desinfectar el corte y un paño limpio. Al encontrar una botella de licor, afirmó:

—Servirá.

Luego, se rasgó la parte baja de la camisa ante la mirada de sorpresa de Heather, que lo contempló empaparla en la bebida y acercarse a ella.

—Esto puede escozer.

—¿Por quién me tomas? —Heather quiso mostrarse fría y tajante con él, pero, cuando sintió el alcohol penetrar en la herida, no pudo evitar removerse en el asiento.

Montgomery vio la oportunidad que llevaba esperando toda la noche y se inclinó sobre sus labios para tomarlos ante la expresión de asombro de ella. Primero Heather soltó una ligera protesta, luego un gemido de sorpresa y por último se rindió a la aceptación del beso al rodear el cuello de Montgomery.

En un movimiento inesperado por parte de ella y debido a la quemazón de la curación, le mordisqueó el labio.

—Lo siento, pero no soportaba el escozor.

—Creía haberte escuchado burlarte de mi aviso acerca de lo que supondría desinfectarte la herida —ironizó él en tanto arqueaba una ceja con suspicacia.

—¿Por qué me has besado?

—Era para que nadie te escuchara gritar de dolor. Una simple formalidad —restó importancia al hecho.

De repente, la puerta de la habitación se abrió de golpe para dejar pasar a Jacobo Estuardo, quien observó a la pareja con recelo y luego siguió avanzando hacia ambos.

—Acabo de enterarme del duelo que ha tenido lugar en los jardines. El hombre que está muerto aseguraba que ella es la capitana de *La Bella Helena*.

—Es algo imposible, señor.

—Claro que lo es. Las noticias que tengo son que *La Bella Helena* fue hundida ayer mismo por un navío inglés.

Heather miró a Jacobo Estuardo y después a Montgomery. Por suerte para ella, no hacía falta fingir ni ocultar el dolor que le acababa de producir esa noticia porque la herida en el costado le valdría de excusa.

—Desconocía ese hecho.

—¿Se encuentra usted bien? Veo que la han herido pese a que me han dicho que maneja la espada con destreza —comentó al hacer un gesto con el mentón hacia el sitio afectado—. Mi coche está listo para llevarla adonde desee.

Heather se limitó a asentir ante la pregunta del Estuardo.

—Se lo agradezco, señor, pero no es nada, solo un leve rasguño —le dijo para que se marchara cuanto antes y los dejara en paz.

—Insisto en que, cualquier cosa que precise, me lo haga saber —indicó en tanto miraba a Montgomery—. Estoy en deuda con lord Ascroft por sus esfuerzos en convencer al capitán de *La Bella Helena* para que se uniera a mi causa. Haber dominado el mar nos habría dado cierta ventaja en la guerra. Por desgracia, ya no podrá ser posible. —Jacobó permaneció en silencio con la mirada perdida en el vacío, ajeno a lo que sucedía a su alrededor—. Bueno, los dejo a solas para que termine de recuperarse. Recuerde de mi ofrecimiento.

Montgomery y Heather vieron a Jacobo Estuardo caminar hacia la puerta y cerrarla tras abandonar la salita. Se miraron entre ellos en silencio. Ascroft intuía que el malestar que ella sentía se debía más a saber que *La Bella Helena* descansaba en el lecho del mar que al corte producido por el francés.

—Es mejor que nos marchemos —sugirió ella, y trató de incorporarse, pero no era posible hacerlo sin la ayuda de Montgomery.

—Alto, querida. Debo terminar de limpiar esa herida y cubrirla —le recordó al posar las manos sobre los hombros femeninos para obligarla a recostarse una vez más contra el sofá.

Montgomery terminó de rasgarse la camisa para vendar la herida de Heather, quien no dejaba de sentirse sorprendida por la habilidad que demostraba para ello.

—No trates de hacerte la valiente conmigo.

Él se arrodilló frente a ella y le deslizó un brazo por la espalda para atraerla hacia él. La observó fruncir el ceño y mordisquearse el labio mientras él pasaba la tela de su propia camisa alrededor de la cintura de la joven y cubría el corte. Durante un momento tuvo que bajar la mirada y se encontró con el busto redondo y de aspecto suave de ella, que asomaba por el escote del vestido. Logró centrarse en su cometido y, cuando la herida estuvo cubierta, se incorporó.

—No se nota tanto. Claro que, si prefieres, le podemos pedir el fajín a Morgan y rodearte la cintura con eso. Creo recordar una imagen tuya así a bordo de tu barco —le dijo con una sonrisa cínica que encendió el rostro de ella.

—No importa. Además, sería mejor marcharnos a casa.

—Sí, creo que sería lo más conveniente dado tu estado.

Montgomery pasó un brazo alrededor de ella para sujetarla, todavía preocupado. Cuando Heather volvió el rostro para mirarlo y él contempló su propio reflejo en los ojos de ella, se limitó a sonreír.

—¿Por qué sonríes?

—Porque después de todo es una noche maravillosa.

—¿Te burlas de mí? —Ella endureció el gesto y le habló de modo cortante.

—No, no me burlo de ti. Jamás se me ocurriría luego de lo que he presenciado. Solo digo que acabo de conocer a una joven que tiene fuertes sentimientos, pese a su imagen de mujer fría y dura.

—¿Es esa la imagen que doy? —Heather arqueó una ceja con suspicacia.

—En algún que otro momento.

Ella entrecerró los ojos y sacudió la cabeza. Se soltó del abrazo del él y, con el vestido recogido entre los dedos, caminó con decisión hacia la puerta. La abrió y, antes de salir del cuarto, lanzó una mirada por encima del hombro para comprobar que él la siguiera.

—¿No vienes? Tal vez prefieras quedarte a seguir disfrutando de la noche y del baile de máscaras del rey Luis —ironizó ella, consciente de que él la acompañaría porque lo que sentía por ella era más atrayente que una velada lleno de posibilidades con el sexo femenino.

—Ya escuchaste a Jacobo Estuardo: tenemos su coche para que nos lleve a casa.

—¿Y qué estamos esperando?

Heather sonrió una vez más antes de salir de vuelta al bullicio del baile. Se despidió de Morgan, Derrick y Katherine y caminó seguida por Montgomery bajo la atenta mirada de algunos invitados. Sonrió divertida y abandonó el palacio de Versalles para subirse al carruaje de Jacobo

Estuardo, el hombre que la había empujado a la vida que había llevado hasta hacía poco.

CAPÍTULO 16

—¿Sigues pensando en *La Bella Helena*?

Heather parecía ausente desde que habían llegado a la casa que Montgomery poseía a las afueras de París. Ni siquiera se había desvestido, sino que se había sentado frente al fuego del hogar para dejar la mirada fija en las danzarinas llamas. Emitió un suspiro y relajó los hombros.

—No puedo evitar hacerlo ya que durante años fue mi único hogar.

—Sabíamos que, una vez que te deshicieras de él, podría correr esa suerte.

—Sí, era consciente de ello desde el primer momento.

—Nadie podrá relacionarte con *La Bella Helena* ahora que se ha hundido y que es probable que su capitán esté muerto.

—Sí, ya has escuchado a Jacobo. ¿Cómo podrían relacionarme si el navío fue derribado ayer y yo estoy en París? —Heather sonrió con ironía, sin desviar en ningún momento la mirada hacia Montgomery.

—¿Y ahora? Si renuncias a tus posesiones en Irlanda...

—Es lo mejor. Romper con el pasado de una manera definitiva. Irlanda, *La Bella Helena*, Port Royal...

—¿Piensas quedarte en Francia como decías?

—En la costa. No soporto las ciudades. Necesito una casa lejos de París, de ser posible con el mar cerca.

—Entonces... ¿no tienes pensado regresar a tu casa en Port Royal?

—Acabo de decirte que voy a romper con mi pasado. Dejaré que el servicio siga haciéndose cargo de la residencia, es lo mejor. Y si algún día me apetece regresar, lo haré. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

Por primera vez desde que se había sentado frente al fuego, Heather concentró la atención en él. Lo observó con detenimiento. Todavía no le había dicho qué pensaba hacer o adónde iba a irse. Una parte de ella deseaba que se quedara a su lado. Le había gustado el interés que demostraba en

todo momento por su bienestar. Pero, en cambio, la mujer rebelde que habitaba en ella no deseaba atarse de por vida a un hombre porque sus libertades se verían reducidas. Durante años ella había impuesto su propia voluntad a la tripulación del navío. Los hombres la habían respetado e incluso temido. Claro que tampoco buscaba eso en él, no quería que le tuviera miedo, sino que la amara y la respetara.

Montgomery la miró en silencio y aguardó a que ella añadiera algo más a la pregunta inicial, tal vez que le pidiera que se quedara a su lado. ¿Qué derecho tenía él de quedarse allí en Francia, de solicitarle que le permitiera permanecer junto a ella?

—No lo sé. La situación en Inglaterra parece algo más calmada, tal vez sea el momento idóneo para regresar. Por lo pronto permaneceré en París un tiempo hasta decidirlo.

Escucharlo decir esas palabras provocó un brote de angustia en Heather. No esperaba que él estuviera dispuesto a marcharse después de todo.

—Por mí no tienes que preocuparte —le aseguró ella, lo que despertó en Montgomery un gesto de desconcierto—. Me refiero a la casa. Con el dinero que poseo, me compraré una cerca de la costa, ya te lo he dicho.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que precises, no pienso echarte.

—Es muy amable de tu parte, pero ya te he dicho que las ciudades me ahogan, y París acabaría haciéndolo.

—Heather, yo... —Él se detuvo delante del hogar a leña y la contempló ensimismado. Se le hacía complicado pedirle que no se marchara o que al menos le permitiera permanecer con ella. Pero nunca había sido un hombre que supiera tratar esos asuntos con una mujer.

Ella abrió los ojos como platos y arqueó las cejas en señal de espera, de expectación, mientras el pulso se le aceleraba. Si iba a plantearle algo que tuviera que ver con ellos dos...

La cuestión quedó en suspenso cuando la puerta del salón se abrió para dar paso a un miembro del servicio.

—Lamento molestar, señor, pero llegó esta misma mañana. Parecía urgente.

—Gracias, Simon.

Montgomery aceptó la misiva y, bajo la atenta mirada de Heather, procedió a leer su contenido. Al parecer su querido Holbrook quería verlo en Londres para tratar asuntos relacionados con los piratas. Lord Ascroft apretó los labios y arrugó la carta, que arrojó a las llamas. La señorita Brooke no pudo evitar dar un pequeño salto al ver la reacción de él.

—¿Malas noticias? —Heather entornó la mirada hacia él e hizo la pregunta con cautela.

—Requieren mi presencia en Londres. Nada serio.

—¿Tiene algo que ver conmigo?

—En cierto modo. Imagino que querrán comunicarme que *La Bella Helena* ya es historia, así como su capitán.

—¿Cuándo partes?

—Mañana tendré que prepararlo todo. Zarparé en el primer barco que salga hacia Dover.

Durante un momento ambos se miraron en silencio sin agregar nada. Todo parecía dicho de antemano.

—Deberías cambiarte el vendaje y ponerte algo más holgado, que no te apriete la herida —le señaló él para cambiar el tema de la conversación.

—Sí, es lo mejor. Me retiraré a mi habitación y le pediré a Katherine que me dé una mano.

Montgomery asintió sin decir nada. No tenía más que añadir. No iba a pedirle que la dejara cambiarle las vendas y despojarla del vestido, de toda esa ropa, hasta que quedara desnuda ante él y para él. Tal vez el mensaje de Londres fuera una señal de que debía alejarse de ella después de todo. Había ocasiones en las que era mejor no contravenir al destino. La dejaría irse al norte del país, a la costa. Estaba convencido de que al final ella acabaría a su lado si así debía ser.

* * *

La partida de Montgomery sumió a Heather en cierto estado de apatía. Deambulaba por la casa sin saber muy bien qué hacer, lo cual llamó la atención de Katherine, Morgan y Derrick. El ayuda de cámara no había acompañado a su amigo a Londres por expresa orden de Ascroft.

Heather había pensado que la partida de Montgomery era la mejor opción para que ella comenzara el traslado al norte del país. Por ese motivo, al día siguiente, ella misma decidió que había llegado el momento de buscar un nuevo alojamiento. Pretendía dejar la casa de lord Ascroft lo más pronto posible, antes de que regresara de Londres. De ese modo no le resultaría tan duro marcharse.

Solo Morgan la acompañó, puesto que Katherine prefirió permanecer al lado de Derrick, algo que no sorprendió a Heather.

—¿Estás huyendo?

La excapitana de barco lanzó una mirada de incredulidad a Morgan cuando le hizo esa pregunta.

—Nunca lo he hecho, y lo sabes, así que no entiendo el sentido de lo que dices, la verdad.

—Te lo pregunto porque sabes que a mí no me engañas. ¿Por qué tanta prisa, justo ahora, por encontrar una casa? Montgomery dijo que podías quedarte el tiempo que necesitaras, y tú, en cambio, aprovechas que él ha tenido que viajar a Londres para salir poco menos que huyendo de su hogar. ¿Por qué?

Heather hizo oídos sordos a la explicación de su hombre de confianza y siguió contemplando la casona a la que habían llegado. Disimulaba lo que sentía en tanto fingía prestar toda su atención a la vivienda, pero era consciente de que poco o nada le interesaba.

—Lo único que te digo es que no me gusta estar encerrada entre cuatro paredes ni vivir en una ciudad como París.

—¿Por qué? No le veo nada de malo.

—Siempre he vivido al aire libre. Además, no planeo seguir viviendo en la casa de lord Ascroft de prestado.

—Eres su invitada.

—Sí, pero tengo capacidad económica suficiente para desenvolverme yo sola. Piensa en lo que dirán sus amistades por tener a una mujer como yo bajo su techo —le espetó furiosa por esa situación a la que se aferraba como excusa para abandonar París y a Montgomery.

—¿Desde cuándo te ha importado lo que la gente pueda decir de ti?

—No se trata de mí, sino de él, de su reputación —le aclaró ella enojada con aquella conversación porque no hacía más que ponerla en evidencia—. No tengo intención de perjudicarlo si tiene interés en cortejar a una dama.

—¿Cortejar...?

—Lord Ascroft es un hombre en edad de casarse, pero, si yo permanezco en la casa, la situación se haría más complicada para él. No puedo estar viviendo allí y...

—Y no ser usted la mujer a la que corteje —la interrumpió Morgan con seguridad. Aquella declaración dejó a Heather con la boca abierta y el cuerpo paralizado durante unos segundos; tiempo que tardó en reconocer que así era, si bien le daba miedo aceptar aquella vida.

—Deliras. Sigamos viendo la casa —le dijo a Morgan en un nuevo intento por apartar de su propia mente a lord Ascroft.

Le habría gustado que él la sedujera, la halagara y le confesara lo que sentía por ella. Pero él... Sacudió la cabeza en tanto desechaba todas esas ideas y siguió revisando la mansión que tenía la intención de comprar cerca de la costa francesa.

* * *

Montgomery se reunía esa mañana con Holbrook. Había llegado a Londres con el tiempo justo para pasar por su casa y asearse un poco. De inmediato había mandado un recado a lord Holbrook para avisarle que estaba de camino. La sorpresa de la presencia de lord Ascroft en el hogar había revolucionado al servicio, que no había sido anoticiado de aquella inesperada e inminente llegada.

Una vez en el despacho de lord Holbrook, Montgomery solo deseaba hablar de lo que les concernía para olvidar un momento a Heather, aunque sería complicado si el asunto entre manos estaba relacionado con *La Bella Helena*, aunque ella ya no fuera su capitana.

—Celebro verlo, lord Ascroft, y agradezco que haya venido tan pronto de París. ¿Todo bien por allí? ¿Qué tal se encuentra Jacobo Estuardo? ¿Lo tratan bien? ¿Y nuestro querido Richard?

—Supongo que igual de bien que aquí en las islas. En cuanto a Jacobo Estuardo, no he tenido la ocasión de hablar con él. Ni siquiera hemos coincidido en algún evento. Pero imagino que no me ha citado para hablar de Francia, ni de Jacobo Estuardo, ni de nuestro amigo en común, imagino.

—No. Quería hablar con usted acerca del hundimiento de *La Bella Helena*, como supondrá.

—Me llegó la noticia hace unos días mientras seguía una pista que me había llevado a la capital francesa.

—Pues o bien quien le dio esa pista descubrió su juego y quiso alejarlo de sus investigaciones, o bien el capitán de *La Bella Helena* sigue vivo.

—Pero el barco fue atacado y hundido... ¿Acaso se salvó el capitán?

Montgomery mostró cierta duda y nerviosismo ante esa información.

—Me estoy refiriendo al verdadero capitán. Al parecer el barco se vendió en Tortuga por una jugosa cantidad.

—Eso escuché decir en Port Royal a mis informantes.

—Sí. ¿Los mismos que lo enviaron a París en busca de su auténtico capitán?

—Así es.

—¿Y qué ha averiguado allí?

—Poca cosa. La pista me ha conducido a un callejón sin salida.

—Presiento que alguien descubrió su cometido en Port Royal y le contó a la persona más indicada.

—¿Insinúa que alguien avisó al capitán de *La Bella Helena* del motivo de mi presencia en Port Royal? ¿Que por eso vendió su barco y salió de la isla? —Montgomery resumió los hechos no sin cierta sorpresa fingida.

—Todo parece indicar que fue así. Y le dieron la pista de París para conducirlo a un callejón sin salida. Supongo que ese capitán estará a estas horas en otro lugar del Viejo Continente.

—Bueno, bien mirado... El navío ha sido hundido, lo que supone que su capitán no podrá volverlo a usar. Por otra parte, debido a que sabe que vamos tras él, se mantendrá oculto, lo cual significará que no volverá al mar.

—Eso creo yo también, lord Ascroft. Supongo que, dado que alguien le avisó de su presencia y de su investigación, el muy zorro se ha escabullido una vez más.

—De ese modo el asunto queda zanjado, lord Holbrook —concluyó Montgomery.

—Sí, temo que nunca llegaremos a saber quién dirigía *La Bella Helena*. ¿Tiene pensado regresar a París? Me comentan que se lo ha visto muy bien acompañado durante este tiempo, que vino desde Port Royal con una dama a tener en cuenta; una de las más influyentes y atractivas de la isla.

Montgomery sonrió con timidez, entornó la mirada hacia lord Holbrook y se levantó para marcharse. Creía que el tiempo que le había dedicado era demasiado ya.

—Solo está de paso en París. Tengo entendido que se marchará en breve a Italia —le aseguró para desviar todo posible interés que aquel pudiera tener por Heather.

—¿La acompañará?

—No, permaneceré en Francia. Se lo digo para que pueda emplear a sus confidentes en otros menesteres.

Montgomery inclinó la cabeza de manera respetuosa y salió del despacho antes de que lord Holbrook siguiera con el interrogatorio.

Deseaba regresar cuanto antes a París para ver a Heather y relatarle la entrevista, pero también porque la echaba en falta a cada minuto que pasaba sin ella. Necesitaba verla, conversar con ella, rozarla, mirarse en sus ojos... ¡Maldita fuera!, se dijo mientras rechinaba los dientes y cerraba las manos en puños. ¿En qué momento había perdido la cabeza por ella? ¿Y en qué momento le había entregado el corazón? Zarparía en el primer barco con destino Francia y aclararía todo con ella. La dejaría escapar a la costa francesa siempre y cuando le permitiera acompañarla.

* * *

Montgomery se apeó del carruaje antes de que se detuviera frente a la puerta de su casa en París. Estaba nervioso e impaciente por ver de nuevo a la señorita Brooke y confesarle sus inquietudes y pensamientos en torno a ellos dos.

Llamó a la puerta con impaciencia y, en cuanto se abrió, entró en el vestíbulo como un huracán.

—¡Heather! ¡Heather!

El nombre de ella sonó en toda la mansión mientras Montgomery recorría como un demente cada una de las habitaciones en su búsqueda.

—No está —le anunció Derrick al salir a su encuentro.

—¿Cómo que no está? ¿Dónde se encuentra? —preguntó fuera de sí Montgomery, y sujetó por los brazos a su amigo.

—Se marchó hace unos días al norte, a la costa. Compró una casa y...

—¿Pretende comprar una casa?

En ese momento Katherine apareció para explicarle la situación a Ascroft.

—Sí. Morgan y ella se marcharon al día siguiente de su partida a Londres. Recorrieron la costa norte en busca de un hogar en el que instalarse y ayer mismo se mudaron allí.

—¿Dónde? ¿Conoce la ubicación exacta?

—Sí, está en Calais.

—¡Calais! Por todos los diablos, pero si he estado allí antes de llegarme hasta aquí. De haberlo sabido... Está bien, saldré ahora mismo. No puedo esperar más.

—¿A qué viene tanta prisa por verla? Descansa un poco. Heather no se va a marchar a ninguna parte.

—Es posible. Pero podría arrepentirme de lo que voy a hacer, y ella... podría cansarse de esperar que se lo pida.

Derrick sonrió y palmeó a su amigo en el hombro.

—Si vas a hacer lo que estoy pensando, no pierdas más tiempo o será ella la que se arrepienta.

Montgomery asintió y, sin mediar ni una sola palabra más, salió por la puerta de su casa para pedir un carruaje que lo acercara a Calais sin perder un momento.

* * *

Heather se había detenido frente al mar. Había salido a dar un paseo y había terminado en el litoral. Desde lo alto de los acantilados, podía contemplar la inmensa extensión de agua que separaba Francia de Inglaterra. Las gaviotas volaban por encima de su cabeza mientras emitían graznidos, y el viento soplaba algo más fuerte de lo que ella había esperado en un primer momento, pero no le importaba lo más mínimo porque tenía la misma sensación de libertad de la que había gozado durante años a bordo de su barco. No quería pensar en *La Bella Helena* porque no tenía ningún sentido hacerlo. Su vida había dado un giro que nunca habría conjeturado. Siempre se había visto a bordo de aquel buque, ocupada en beber vino en Tortuga con otros capitanes o en asistir a veladas anodinas en Port Royal. Nunca se había imaginado allí, en la costa francesa, de cara al mar embravecido. Se abrazó cuando sintió que la piel se le erizaba sin motivo aparente. No comprendía aquella reacción de su propio cuerpo luego de haber estado bajo tempestades muchos mayores, pero así era. Sonrió al pensar que se estaba tornando algo blanda. Inspiró y decidió que era momento de regresar al hogar antes de que Morgan saliera a buscarla.

No contaba con verlo allí, de pie, en tanto la contemplaba de aquella extraña manera que la hacía temblar y que no había percibido hasta ese momento. Montgomery estaba a unos metros de ella. Sin duda Derrick o Katherine le habían indicado dónde quedaba su nueva vivienda y él se había acercado a saludarla. ¿Cómo iba a enfrentarse a él después de haber salido a las corridas de París? Lo cierto era que no esperaba verlo tan pronto porque había supuesto que le sentaría mal que ella se hubiera marchado durante su ausencia. Incluso había considerado la posibilidad de que él estuviera agradecido, ya que de ese modo no tendrían nada que aclarar a su regreso.

Caminó hacia Ascroft mientras él hacía lo propio para acortar la distancia cuanto antes. No podía esperar ni un solo minuto más para tenerla entre sus brazos y así se lo hizo saber cuando estuvo a su altura.

Heather se estremeció cuando él la rodeó y la atrajo hasta para mirarla de manera fija a los ojos.

—Siento llegar tarde, pero, en cuanto me enteré de que estabas aquí, vine.

—¿Por qué? ¿Qué haces aquí?

—¿Que qué hago aquí? —Montgomery dio un paso atrás y la recorrió con la vista de pies a cabeza. Ella no comprendía nada de lo que ocurría.

—No esperaba volverte a ver.

—Pues yo sí. Más después de enterarme de que te habías marchado de mi casa y de que tienes pensando comprarte una casa en la costa de Calais.

—Bueno, ya te había dicho que quería vivir cerca del mar —le recordó ella en tanto se sujetaba algunos mechones de pelo que el aire se empeñaba en agitar sobre su rostro.

—Sí, lo recuerdo. Pero ¿marcharte cuando yo me iba a Londres? ¿No podías haber esperado? ¿Tantas ganas tenías de huir de mí?

—No tengo por costumbre huir, ya lo sabes —le recriminó al encararse con él.

—Ni voy a permitir que lo hagas.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

Se sintió aturdida ante aquella confesión que la dejó sin palabras con las que rebatir.

—No quiero que te alejes de mí, ya lo has oído. De manera que puedes ir haciéndome lugar en tu nuevo hogar.

—Pero... ¿de qué me estás hablando?

—Te estoy hablando de que te he echado de menos, de que no quiero pasar ni un solo día sin tenerte cerca, Heather. Te estoy diciendo que te amo. —Él le enmarcó el rostro con las manos y le recorrió las mejillas con los pulgares mientras la mirada de ella brillaba más que de costumbre por estar reteniendo las lágrimas.

—No puedo... No puede ser.

—¿Por qué? ¿Hay algún impedimento que me prohíba hacerlo? Dímelo ahora mismo y me enfrentaré a él.

—Estás loco, Ascroft.

—Creo que nunca he estado más cuerdo que en este preciso instante. También creo recordar que fuiste tú quien fue a Inglaterra a buscarme.

Heather puso los ojos en blanco al recordar todo aquel episodio.

—Sí, lo admito. Tenía una cuenta pendiente contigo.

—Espero que no tengas intención de saldarla después de todo.

—No. No puedo hacerlo después del tiempo transcurrido a tu lado. ¿De verdad quieres que te haga sitio en mi casa? —Ella arqueó una ceja con suspicacia.

—Prefiero que primero me dejes un espacio en tu corazón.

El silencio se impuso entre ambos. Ella lo miró con cariño y ternura mientras sus labios se curvaban. No podía seguir rechazándolo porque era consciente de que era algo inútil y de que no la conduciría a ninguna parte.

—Eso ya lo tienes desde hace algún tiempo, lord Ascroft —le susurró mientras se ponía en puntas de pie para besarlo como exigía el momento, la necesidad y el sentimiento que la inundaba.

—Celebro escucharte decirlo.

Heather se aferró a la mano de él.

—¿Quieres ver la casa?

—Sin duda.

Ella asintió y deslizó los brazos bajo el de él para juntos caminar de regreso a la vivienda.

—¿Qué tal todo en Londres?

—Todo ha quedado solucionado con el hundimiento de *La Bella Helena*, aunque lord Holbrook tiene sus sospechas acerca del verdadero capitán.

—¿Por qué? —Ella se soltó y se quedó mirándolo con cierta preocupación por esa confesión.

—Conocía la historia de la venta del barco en Tortuga y no parecía muy conforme con que su verdadero capitán se hubiera salido con la suya. Por suerte he conseguido hacerle ver que ese pirata puede encontrarse en este momento en cualquier lugar del mundo.

—Ya lo creo. Pero estoy del todo segura de que no se le ocurriría pensar que dicho capitán se encuentra ahora mismo entre tus brazos —aseveró ella mientras Montgomery la abrazaba.

—Sin duda no puede ni siquiera imaginarlo. Pero no me preocupa, porque me basta con saber que te quedarás en ellos para siempre. —Se inclinó sobre los labios de ella para devolverle el beso y borrarle la sonrisa cínica que tenía. Aquella mujer le había gustado desde el primer momento en que la había conocido, con ese atrevimiento y esa picardía que la caracterizaban.

La estrechó con fuerza contra él para que no se alejara nunca de su lado. Y si se le ocurría hacerlo, él la seguiría adonde fuera.

AGRADECIMIENTOS

A la Editorial Vestales, por contar con *La bella Helena* en su catálogo; por seguir confiando en mis historias de amor.

A Mercedes, mi editora, porque es un pilar básico para mis novelas. Su apoyo y su manera de trabajar.

A mi familia, porque me alientan a que siga escribiendo, y en especial a la persona que está a mi lado todos los días. Te quiero.

A Zeus y Hera, mis gatos, que cuando menos lo espero se suben sobre el teclado mientras escribo o se quedan contemplando la pantalla como si entendieran lo que hago.

A mis fieles lectores, por estar siempre ahí. Gracias por el aliento que supone que mis historias sean leídas.